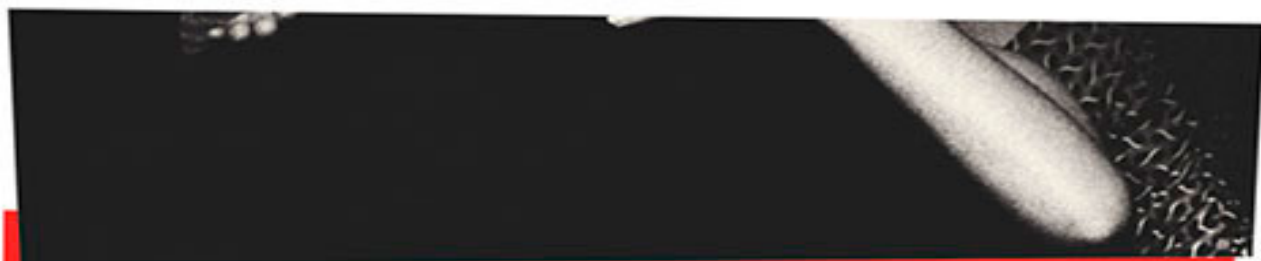


William Boyd *se*

Trío



Estamos en el verano de 1968, el año de los asesinatos de Robert Kennedy y Martin Luther King, de las barricadas en París y del caos en Vietnam. En este mundo convulso, en el que en cada día parecen pasar semanas y en cada semana parecen concentrarse años, coinciden los tres protagonistas de esta historia: un productor, una novelista y una actriz. Talbot, que lucha por sacar adelante una película, oculta algo en su apartamento; Elfrida intenta ahogar su bloqueo como escritora en litros de vodka; Anny, tan glamurosa, se pregunta por qué la CIA está de repente tan interesada en su vida. Trío es una novela trepidante que pone sobre la mesa una pregunta fundamental: ¿qué hace que nuestras vidas merezcan la pena y, sobre todo, cómo actuar si descubrimos que no es así?

OceanofPDF.com



William Boyd

Trío

ePub r1.1

Titivillus 27-02-2022

OceanofPDF.com

Título original: *Trio*

William Boyd, 2021

Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Imágenes de portada: Elliott Erwitt/Magnum Photos, Grey Villet/The Life Picture Collection/Getty Images

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Para Susan

OceanofPDF.com

La mayoría de la gente vive su verdadera vida, la más interesante, en secreto.

ANTÓN CHÉJOV

Solo existe un problema filosófico serio, y es el suicidio. Decidir si merece la pena vivir la vida o no es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Todas las demás se derivan de ella.

ALBERT CAMUS

OceanofPDF.com

Duplicidad
Brighton, Inglaterra, 1968

OceanofPDF.com

1

Elfrida Wing se movió, refunfuñó y cambió de postura en la cama, medio adormilada, cuando el sol oblicuo de la mañana de verano iluminó el dormitorio, imprimiendo muy cerca de su almohada un rectángulo torcido de luz entre limón y oro sobre las motas verde oliva del papel pintado. Despertada por el resplandor que se acercaba centímetro a centímetro, abrió los ojos y se quedó mirando la pared, enfocándola con cierta dificultad, tratando de obligar a su cerebro comatoso a ponerse en funcionamiento, a pensar. Como de costumbre, en el momento de despertarse se sentía fatal. Le parecía estar viendo un diseño de hojitas afiladas, muy delicadas, pensó. ¿O eran pájaros? ¿Siluetas de pájaros? O quizá fueran simples pinceladas y manchas verde oliva que evocaban imágenes de hojas y pájaros.

Daba igual. Hojas, pájaros o motas al azar: ¿qué importancia tenía a gran escala? Salió de la cama y, despacio, se puso la bata encima del pijama. Bajó las escaleras con el mayor sigilo posible, cerrando los ojos cada vez que crujía un peldaño, con una mano bien sujeta a la barandilla, intentando olvidarse del dolor de cabeza brutal —como si se le resquebrajara el cráneo— que, ahora que estaba de pie, había empezado a latir detrás de los ojos, inflándolos rítmicamente por compasión, o esa sensación tenía. Entonces se acordó de que Reggie se había ido hacía un buen rato al rodaje, con las primeras luces. Podía relajarse.

Se detuvo, tosió, se tiró un sonoro pedo y terminó de bajar las escaleras escandalosamente, entró en la cocina con pasos largos y abrió de golpe la puerta del frigo para coger el zumo de naranja. Cortó la esquina del cartón y se sirvió medio vaso antes de volverse hacia el armario de los condimentos y sacar la botella de vinagre blanco de Sarson que guardaba allí, detrás del paquete de azúcar. Añadió un buen chorro en el zumo de naranja. A veces lamentaba que el vodka no tuviera más sabor, como la ginebra, aunque

reconocía que esa neutralidad era precisamente su mayor aliada. Un vaso de vodka con agua del grifo era lo que tomaba a diario para entonarse cuando Reggie estaba en casa. Por suerte, él nunca cuestionaba su sed casi constante ni preguntaba por qué había siempre en el armario tantas botellas de vinagre blanco de Sarson. Elfrida se sentó a la mesa de la cocina y se bebió el vodka con zumo de naranja a sorbitos, lo terminó enseguida y se sirvió otro vaso, hasta que notó el zumbido, el golpe tranquilizador. El dolor ya estaba desapareciendo.

El título de una novela le vino misteriosamente a la cabeza, sin pedirlo. *El hombre en zigzag*. Casi se imaginaba la cubierta. Una inteligente composición de las dos zetas; puede que en distintos colores el «zig» y el «zag»... Se sirvió más zumo de naranja, volvió al armario a por la botella de vinagre y vació en el vaso el dedo que quedaba. Tenía que comprar otra botellita de vodka, pensó. O dos. Buscó su libreta de notas y anotó el título. *El hombre en zigzag*, Elfrida Wing. Había anotado docenas de títulos de posibles novelas, vio mientras pasaba las páginas: *El verano de las avispas*, *Petrificado*, *El acróbata*, *Guapa a morir*, *Una semana en Madrid*, *La regla de oro*, *Oscuro elogio*, *Jazz*, *Equinoccio de primavera*, *El proceso de iluminación*, *Sol fresco*, *Misterio en un pueblo*, *Alejamiento*, *Entrada de artistas*, *De Berlín a Hamburgo*, *El golpe de la hoz*, *Un intervalo en la Riviera*, *Un viaje seguro siempre adelante*, *Caída*: títulos y títulos de novelas no escritas. Y ahora podía incluir en la lista *El hombre en zigzag*. Los títulos eran la parte fácil: escribir la novela era el gran desafío. Bebió un trago de zumo y de repente se puso triste. Habían pasado diez años, pensó con pena, desde que publicó su última novela, *El gran espectáculo*, en la primavera de 1958. Diez largos años en los que no había escrito una sola palabra: solo listas y listas de títulos. Se terminó el zumo con sensación de entumecimiento y el escozor de las lágrimas en los ojos. «Deja de pensar en las malditas novelas», se ordenó, enfadada. Tómate otra copa.

2

Talbot Kydd se despertó de pronto en mitad de un sueño. Había soñado que estaba en una playa grande, y un joven desnudo salía de entre las olas, saludándolo con la mano. Se sentó en la cama, medio dormido aún y miró a su alrededor. Sí, estaba en un hotel, claro, no en casa. En otro hotel: a veces pensaba que se había pasado la mitad de la vida en hoteles. En realidad le daba lo mismo: la habitación tenía un tamaño generoso y el baño funcionaba perfectamente. No necesitaba más para su estancia. Londres estaba cerca, y eso era lo principal.

Sacó las piernas de la cama y se levantó despacio, parpadeando; se estaba frotando la cara cuando sonó la alarma del despertador. Las seis. Qué hora tan absurda de empezar el día, pensó, como hacía siempre cuando su trabajo imposible le imponía estas exigencias. Sin moverse del sitio, se estiró con cuidado, subió los brazos por encima de la cabeza unos segundos, como si quisiera tocar el techo, hasta que oyó el crujido de las articulaciones, y entonces pasó tranquilamente al cuarto de baño.

Tumbado en la bañera y rodeado de vapor, pensó de nuevo en el sueño que había tenido. ¿Era un sueño o era un recuerdo? En cualquier caso agradablemente erótico, y sobre un chico joven, pálido y esbelto... ¿O era su hermano Kit? ¿O una foto que había hecho en realidad, uno de sus modelos? Recordaba el cuerpo pero no la cara. Intentó recuperar más detalles, pero los recuerdos del sueño no cuajaban y el chico seguía siendo inmutablemente genérico: atractivo, delgado, inidentificable.

Se afeitó, se vistió —traje clásico gris carbón, camisa blanca, corbata del regimiento de Infantería Ligera de East Sussex— y se pasó el cepillo dos veces por las sienes casi blancas. Las luces del techo del cuarto de baño le iluminaban la calva pecosa. «Calvo a los veinticinco años —dijo una vez su padre—: Espero que seas hijo mío». Fue un comentario muy

desagradable para un chico avergonzado por la calvicie prematura, pensó Talbot, y se acordó de su padre, que tenía una buena mata de pelo pajizo, ondulado y peinado hacia atrás, como un hombre enfrentado a un temporal. Pero como la amabilidad no era una virtud que pudiera asociarse con Peverell Kydd, el desliz tal vez fue una muestra de sincera sospecha...

Bajó por las escaleras al comedor, para desayunar, y se quitó de la cabeza los recuerdos de ese cabronazo. Peverell Kydd llevaba ya dos décadas muerto. Bien. A la mierda, él y su sombra.

Estaba casi solo en el comedor del Grand, porque era muy temprano. Una pareja de mediana edad con ropa de *tweed* y un chico gordito con el pelo hasta los hombros que estaba fumando, esos eran sus tres compañeros. Talbot pidió como siempre su arenque, se bebió cuatro tazas de té y se comió dos rebanadas de pan blanco con mermelada de frambuesa mientras observaba perezosamente la lenta transformación de un rombo de sol en un triángulo isósceles sobre la alfombra de color granate. Un día soleado, perfecto para Beachy Head.

Casi se había terminado la quinta taza de té cuando apareció Joe Swire, su coordinador de producción, y le pidió una jarra de café a la camarera joven y guapa, con una mancha de nacimiento en el cuello. ¿Por qué se fijaba en esos defectos —pensó Talbot— en vez de celebrar la inocente belleza de la camarera? Y miró a Joe, sentado enfrente de él: un chico joven y guapo al que afeaban los dientes picados y amontonados.

—Suéltalo despacito, anda —dijo Talbot, mientras Joe consultaba la carpeta con la agenda y el horario del día.

—Los Appleby han aplazado la cita —anunció Joe.

—Estupendo.

—Pero han pedido otra copia del contrato de Troy.

—¿Por qué? Ya lo tienen. Lo firmaron.

—Ya lo sé, jefe. Y Tony está enfermo.

—¿Qué Tony?

—El director de fotografía.

—¿Qué le pasa?

—Ha cogido la gripe.

—¿Otra vez? ¿Qué vamos a hacer?

—Que lo sustituya Frank.

—¿Frank?

—El operador de cámara.

—Ese Frank: vale. ¿RT está de acuerdo?

—Parece que sí.

Charlaron un rato mientras repasaban la agenda y anticipaban posibles problemas. Talbot era consciente de que confiaba demasiado en la experiencia de Joe para garantizar el buen funcionamiento del rodaje. No le gustaban nada los intrínquilis del rodaje; no era su fuerte. Por eso contrataba a un tipo resolutivo como Joe, para que se ocupara de lo que en realidad eran obligaciones suyas. Era consciente de que tenía que esforzarse más y mostrar más interés, por ejemplo, en recordar el nombre de la gente. Ese fue uno de los principales consejos de Peverell Kydd. Si sabes cómo se llaman y cuál es su oficio te conviertes en un dios para ellos, o al menos en un semidiós. Como ocurría con la mayor parte de los sabios consejos de su padre, Talbot era reacio a aceptar este. «Haz lo que quieras en la vida, hijo —le repetía su padre—, pero no te metas en la industria del cine; no es para ti». Se lo advirtió con estas palabras. Y ¿qué hizo Talbot?: era productor, con más de doce películas en su haber. Como su padre, aunque Talbot no era una leyenda; definitivamente no lo era, y tampoco tan rico como él.

Se recostó en el asiento y soltó el aire. ¿Por qué se había levantado así, amargado y cascarrabias?, pensó. Hacía sol; iban por la quinta semana, casi por la mitad del calendario previsto; había habido crisis, por supuesto, pero ninguna catastrófica. Tenía dinero suficiente, un matrimonio feliz, buena salud y unos hijos adultos que prosperaban en la vida, a su manera... Entonces ¿qué le picaba?

—¿Estás bien, jefe? —le preguntó Joe, como si notara el mal humor de Talbot.

—Sí, sí. Todo en orden. ¿Vamos a trabajar?

OceanofPDF.com

3

Anny Viklund se despertó y, como hacía todas las mañanas mientras recuperaba poco a poco la conciencia, se preguntó si ese sería el día de su muerte. ¿Por qué le venía a la cabeza esta morbosa pregunta todas las mañanas, sin excepción? ¿Por qué era su primer pensamiento que este día, recién empezado, pudiera ser el último de su vida? «Estúpida. No pienses esas cosas, estúpida». Se quedó un rato acostada, concentrándose, hasta que tomó conciencia poco a poco del chico que estaba a su lado, dormido como un tronco. Troy. Sí, claro. Troy se había quedado a dormir... Se frotó los ojos. Se acordó de que Troy había sido encantador, de que echaron un buen polvo, con ganas: justo lo que Anny quería, lo que necesitaba.

Se deslizó de la cama y fue al baño, desnuda. Se miró la cara en el espejo, como siempre un poco sorprendida del pelo corto, negro como la tinta y con flequillo. A lo mejor se lo dejaba así y no volvía a ser rubia nunca más. Hizo pis, se lavó los dientes y volvió al dormitorio.

Troy estaba sentado en el lado de la cama de Anny, hurgándose entre el pelo castaño y denso con los dedos agarrotados. Sonrió al verla.

—Lo de anoche estuvo muy bien, ¿no? —preguntó, visiblemente satisfecho de sí mismo.

—¿Tú crees? —Anny volvió a la cama y se sentó, abrazándose las rodillas.

Troy le enseñó su erección matinal.

—Yo diría que tiene ganas de más —se acercó y le dio un beso a Anny en la rodilla izquierda.

—Tenemos que estar en el rodaje dentro de una hora. No sabrán dónde estás.

—Mierda. Sí. Es verdad —Troy puso mala cara. Miró a Anny—. ¿Cómo es que tienes el vello púbico de distinto color que el pelo? ¿Eh?

Anny sonrió. Cayó en la cuenta en ese momento de que esa era una pregunta típica de Troy.

—Me he teñido el pelo. El de la cabeza.

—Entonces ¿eres rubia natural? Me gusta.

—Mi familia es sueca.

—Sí, pero tú eres de Estados Unidos.

—Eso no afecta a mis antepasados.

Troy se levantó y dio una vuelta por la *suite*, buscando su ropa.

—Más vale que vuelva a mi habitación —dijo vagamente.

Anny lo miró mientras se vestía. Sabía que Troy tenía veinticuatro años, o sea, casi cuatro menos que ella. A lo mejor por eso se había acostado con él. «Me he acostado con demasiados tíos mayores —pensó—: primero Mavrocordato, luego Cornell, luego Jacques... Se me había olvidado cómo era hacerlo con un chico joven». Llegó a la conclusión de que Troy era muy mono, casi inocente: sí, seguía pensando en que la vida era para divertirse. Agachó la cabeza y apoyó la frente en las rodillas. El movimiento le hizo acordarse de Jacques. Era uno de sus dichos: el mundo se divide entre la gente que agacha la cabeza y la que no... ¿Dónde estaría Jacques? ¿En París? No, dijo que iba a África, a reunirse con un presidente depuesto en el exilio. ¿Cómo se llamaba? Nkrumah. Sí. Muy propio de Jacques. Un viaje a África para conocer a un presidente: Anny siempre se olvidaba de que Jacques era muy famoso en Francia. Levantó la cabeza. Troy estaba delante de ella, ya vestido, con los vaqueros y la chaqueta de ante, mirándola.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, claro. Me lo he pasado muy bien. Estoy muy contenta.

Troy se sentó en la cama y le dio un beso.

—¿Qué vamos a hacer?

—No podemos decírselo a nadie —dijo Anny—. Nadie puede enterarse.

—Pero yo quiero volver a verte. Muchas veces —le acarició la mejilla con los dedos—. Eres genial, Anny. Me gustas mucho. Nunca he conocido a nadie como tú.

—Pues tenemos que tener mucho cuidado. Ser discretos. No se puede enterar nadie. Nadie puede adivinarlo o sospechar —siguió pensando—.

Mientras estemos rodando en el plató tenemos que ser profesionales: ya sabes, amigos.

—Un poco difícil ahora.

—Nadie puede enterarse, Troy. Mi vida es demasiado complicada.

—Vale —Troy se encogió de hombros—. Como quieras, tendremos mucho cuidado. Al fin y al cabo somos actores. Bueno, tú lo eres —la miró con perspicacia—. ¿No estarás casada?

—Estoy divorciada. Pero tengo... Otro amigo.

—¿En Estados Unidos?

—En París.

—Eso está muy bien —Troy sonrió—. Ojos que no ven, corazón que no siente.

—Ojos que no ven pero corazón que siente mucho.

De repente, Anny le cogió del cuello y le acercó la cabeza para besarlo apasionadamente.

Se separaron. Troy parecía un poco aturdido.

—Vete —dijo Anny.

—Anny, yo puedo...

—Vete.

—No.

OceanofPDF.com

Talbot miró a Reggie Tipton y sonrió, tratando de olvidar su mal humor, de ser amable, de ser buen compañero y comprensivo, aunque en el fondo estaba pensando que Reggie era un tipo insufrible, engañado y pagado de sí mismo.

—Creía, perdóname, que teníamos que estar en Beachy Head esta mañana —dijo Talbot, en tono neutro.

—Y estaremos. Solo necesito hacer un plano.

—¿Qué plano? Joe dice que no está en el plan de rodaje.

—Una idea de última hora. Que se dé prisa Joe. Solo Anny: un plano corto. Pensando: no tiene que decir nada —unió las puntas de los índices con los pulgares para formar un rectángulo imaginario y se lo puso delante de la cara... «Como si —pensó Talbot— tuviera que explicarme el concepto de plano corto». Qué cansino podía llegar a ser Reggie.

—Un plano corto. Una sola toma; no más de diez minutos. Confía en mí, Talbot. Haremos todo lo que está previsto para hoy.

—Muy bien, tú eres el director. ¿Dónde está Anny, por cierto?

—Peluquería y maquillaje. Ha llegado tarde. Por desgracia.

—¿Sabemos por qué? —Talbot seguía sin perder la leve sonrisa.

—No. Al menos yo no lo sé. La avisaron de que pasarían a recogerla, y el coche llegó a su hora. Llamamos a su habitación... No contestó. La esperamos. Tardó una hora en bajar.

—Entiendo. ¿Está bien?

Reggie contestó con desdén.

—¿Cómo va a estar «bien» Anny Viklund, conociendo su historial? Se está portando *bastante* bien, tenemos suerte. No podemos pedir más.

—Tú la elegiste.

—Perdona, Talbot, eso no es justo. La elegí presionado a tope, por ti y por Yorgos.

—No es verdad. Yorgos la quería, por algún motivo. Yo quería a Suzy Kendall. O a Judy Geeson.

—Suzy Kendall no habría funcionado. Habría estado muy bien... — Reggie frunció el ceño, como si imaginara su película en un universo paralelo.

—O esa cantante. ¿Cómo se llama? —dijo Talbot.

—¿Lulu?

—No. Sandra Shaw.

—Sandie Shaw... ¿Sabe actuar?

—Reggie, no es difícil. Al menos no lo es en esta película. Sandie Shaw habría sido perfecta, junto a Troy Blaze. Y mil veces más barata que Anny Viklund.

—Actuar es difícil —replicó Reggie con algo de arrogancia. Bajó la voz y se llevó a Talbot a unos metros del equipo de cámara.

—Talbot, ¿me harías el inmenso favor de no llamarme «Reggie» en el plató? Si necesitas un nombre, por favor, llámame Rodrigo. Por favor. Es importante para mí. He cambiado de nombre en el carnet de conducir, en el pasaporte, en todo: es así como quiero que me conozcan, al menos profesionalmente. Es muy importante para mí.

—Muy bien, muy bien. *Rodrigo*.

—Gracias —Reggie/Rodrigo suspiró—. De todos modos, supongo que es increíble contar con Anny Viklund en una modesta película británica. ¿Has visto cuánto ha recaudado *La montaña amarilla*? Decenas de millones. Anny está impresionante. Y parece que Troy se lleva bien con ella. Todo son ventajas —levantó la mano derecha y se frotó las puntas de los dedos—. Nos vendrá muy bien en taquilla.

—Más vale —Talbot dejó de sonreír.

—Hola, cariño. ¿Qué haces aquí? —preguntó Reggie, mirando por encima del hombro de Talbot.

Talbot volvió la cabeza y vio que quien se acercaba era Elfrida, la mujer de Reggie. Una mujer rarísima, pensaba siempre. Alta, delgada, como si quisiera esconder la cara detrás del pelo oscuro. El flequillo le llegaba hasta

las pestañas, y las mejillas y las orejas quedaban escondidas por dos cortinas de pelo, hasta la barbilla, cepillado hacia delante como una especie de casco. Normalmente llevaba unas gafas de montura gruesa y negra que volvían la barrera aún más impenetrable, aunque, y esto también era raro, siempre se pintaba los labios de rojo chillón. Una mujer inteligente, saltaba a la vista, aunque muy extraña. No entendía cómo Reggie y ella habían llegado a casarse.

—Elfrida, me alegro de verte —Talbot le dio la mano. Había leído una novela suya hacía años, y le había gustado... No recordaba el título.

—Talbot, hola, hola —contestó Elfrida, separando enseguida los labios rojos para sonreír. Tenía la voz ronca, como de fumadora empedernida, aunque Talbot nunca la había visto fumando.

—No tengo dinero —le dijo a Reggie—. Y no quedan cheques en la chequera.

—Discúlpanos, Talbot —pidió Reggie.

Talbot los vio alejarse, hablando en voz muy baja. Elfrida era tan alta como Reggie, si no más. Parejas, pensó, qué curiosas son. Apartó la idea, acordándose de pronto de la pareja que formaba él con Naomi: no más curiosa que la de Reggie Tipton y Elfrida Wing, seguramente.

Fue a ver si encontraba a Joe para preguntarle cuándo narices llegarían a Beachy Head. Mientras lo buscaba entre las furgonetas, las caravanas y los camiones del plató, cayó en la cuenta poco a poco de que prácticamente todos los transistores de radio estaban sintonizados en la misma emisora, de que en todos sonaba la misma canción absurda. Le pareció que la canción se iba apagando a medida que iba pasando de una zona auditiva a otra, pero al llegar a donde estaba otro grupo de hombres, fumando, tomando café, prendió otra vez con fuerza. No sé qué de un jardín y una tarta y el azúcar glas verde derretido. ¡Por favor! ¿Cuánto duraba la maldita canción? No paraba de oír el mismo estribillo. Un jardín, de un tal señor MacArthur, donde habían dejado una tarta bajo la lluvia, y algo de una receta que no aparecía. ¡Por favor! No era admirador de la música pop moderna, pero esta canción le parecía especialmente abstrusa, por lo poco que llegaba a entender de la letra a retazos.

Por fin vio a Joe.

—¡Joe! Sálvame de esta locura —dijo—. Llévame a Beachy Head.

OceanofPDF.com

Elfrida se acercó a la barra del reservado del Repulse y pidió otro *gin-tonic*. Era su bar favorito de Brighton, a dos calles del paseo marítimo. Tirando a pequeño, con una barra en el salón además del reservado, y escasa decoración, presumía únicamente de colores apagados y neutros — marrones, verdes, grises oscuros—, sin nada temático ni chabacano. Sin música a todo volumen, sin máquinas tragaperras ni juegos para los hombres. Se llamaba Repulse por un barco excelente de principios del siglo XIX, hundido con toda su tripulación a bordo en alguna remota batalla naval, en el mar de Java Oriental o por ahí —lejos de Inglaterra, eso seguro—, conmemorada para siempre en un modesto bar de Brighton que se construyó con las aportaciones de las viudas de los marinos. Un pergamino enmarcado en el breve pasillo que llevaba a la barra del salón contaba la historia. Una idea bonita, pensó Elfrida; un buen modo de recordar a los ahogados. Un sitio en el que ahogar las penas... Y se le ocurrió que le gustaría mucho que la recordaran con un bar. Mejor que con una hilera de libros en un anaquel. Un barecito en cualquier parte, con un cartel: «Elfrida Wing». Se llevó la copa a la mesa, en el rincón, jugando con la idea, imaginándose el bar: su retrato esquemático en el cartel; flores blancas en cajones en la ventana; bancos en la calle; un jardincito detrás...

El reservado estaba tranquilo: faltaba poco para el cierre de después de comer y solo había otras tres personas bebiendo, todos hombres. Dio un sorbo a la copa y buscó en el bolso (cargado ahora con una botella de vodka recién comprada) su libreta de notas. La abrió y cogió su estilográfica. No tenía intención de escribir nada; solo quería aparentar que estaba haciendo algo, pensando, que no era una bebedora bebiendo. Garabateó unas espirales en una página en blanco y después hizo unos cuadrados y los sombreó con rayas.

Con el rabillo del ojo se fijó en un hombre que, al parecer, la estaba mirando; un hombre de su edad —cuarenta y pico—, vestido con traje y corbata, que estaba leyendo un libro. No paraba de mirarla. Elfrida se escondió con el pelo y el flequillo y se puso las gafas. «A lo mejor me ha reconocido —pensó—; ¡qué horror!». A lo mejor había leído alguna de sus novelas y estaba pensando: «¿Esa podría ser Elfrida Wing?». Vio entonces que el hombre terminaba su media pinta, se levantaba y se acercaba hacia ella. Se concentró en su libreta.

—Disculpe, perdone que la interrumpa, pero ¿por casualidad es usted Elfrida Wing?

Elfrida levantó la vista.

—No. Me llamo Jennifer Tipton.

—Lo siento. Es que se parece a ella. A su foto, quiero decir.

—¿Quién es Elspeth Wing?

—Elfrida. Es una novelista estupenda. He leído todas sus novelas.

—Yo soy comadrona —dijo Elfrida—. Lo siento —señaló su ginebra—. Es mi día libre.

El desconocido sonrió con recelo, como si no estuviera del todo convencido.

—Ojalá fuera capaz de escribir una novela —dijo Elfrida. Al menos eso era cierto.

—Bueno, siento haberla molestado —repitió el desconocido—. Que disfrute de su día libre —y salió tranquilamente del bar, volviéndose a mirarla un momento antes de cruzar la puerta.

El incidente alteró a Elfrida. Parecía mentira que, después de diez años de silencio, de diez años de bloqueo total, aún quedaran lectores fieles y entregados, capaces de reconocerla. Aterrador. Recordó que le hicieron muchas fotos y entrevistas, sobre todo a raíz del éxito de su última novela, y luego por la película, y luego cuando se casó con Reggie en el ayuntamiento de Islington. Reggie convocó a montones de fotógrafos. Él iba de blanco y ella de negro; por lo visto a la gente le hizo gracia. Había algo en sus facciones, en su imagen «pública» —de escritora joven disfrutando del éxito— que se quedaba grabado en la memoria de la gente. Los novelistas, pensó, deberían ser —lo son— los menos reconocidos de las

celebridades menores, casi invisibles. Directores, artistas, bailarines, atletas, magos, deportistas, hombres del tiempo o presentadores de concursos son mucho más familiares. Pero algunos novelistas al parecer perduran en el recuerdo de la gente. Quizá fuera el corte de pelo: el flequillo. ¿Le convenía cambiarlo? Se terminó la ginebra y volvió a la barra a pedir otra.

Se quedó bebiendo en la penumbra del bar hasta que anunciaron «la última ronda», pensando en el desconocido y en lo que había dicho. «Una novelista estupenda». Pensó que habría leído su primera novela, *El día de la señora Bristow*. A Elfrida le asqueaba esa novela. Era corta, de unas ciento sesenta páginas, y contaba —con todo lujo de detalles y matices— un día en la vida de una mujer corriente, de mediana edad, la susodicha señora Bristow, casada y con tres hijos adultos, que simplemente sigue desempeñando la tarea de vivir hasta que muere. Hace la compra; discute con una vecina por culpa de un perro que no para de ladrar y va al dentista. En la sala de espera de la clínica lee revistas y piensa en sus hijos: dónde estarán y qué andarán haciendo. Le arreglan un empaste viejo en un molar y a la vuelta para a comprar un periódico. En casa prepara la cena de su marido y espera a que él vuelva del trabajo; luego echa un vistazo a los titulares y reflexiona sobre las noticias del país y del extranjero. Oye un ruido, va a investigar y se encuentra con un chico que ha entrado en la casa rompiendo una ventana del fregadero. Presa del pánico, el intruso ataca a la señora Bristow y la mata.

El problema que se planteó entonces, piensa Elfrida, no fue el sorprendente éxito que tuvo la novela. Funcionó excepcionalmente bien para tratarse de la primera novela de una escritora de solo veinticinco años, recién salida de Cambridge (Girton College)... No, el problema fue que un famoso crítico literario, en su entusiasmada reseña, la apodaba «la nueva Virginia Woolf», como sí *El día de la señora Bristow* fuera una inteligente reelaboración moderna de *La señora Dalloway*. Al principio no le dio importancia, ni siquiera había leído *La señora Dalloway*, pero al ver que el epíteto se repetía cuando salió su segunda novela, *Excesos* («Elfrida Wing, considerada por muchos como la nueva Virginia Woolf, cosecha una nueva victoria con *Excesos*»), empezó a fastidiarle un poco. Otros críticos reprodujeron la comparación irreflexivamente, temerariamente a juicio de

Elfrida. Tenía la sensación de que el fantasma de Virginia Woolf la perseguía. Era imposible nombrar a Elfrida Wing sin que alguien dijera: «Ah, la nueva Virginia Woolf». Fue con la publicación de su tercera novela, *El gran espectáculo*, cuando comprendió que su nombre quedaría ligado al de Virginia Woolf para el resto de su vida literaria. «Elfrida Wing, celebrada y aclamada como la legítima heredera de Virginia Woolf, nos deja anonadados con *El gran espectáculo*».

Lo peor era que a Elfrida no le gustaban especialmente las novelas de Virginia Woolf. Para entonces había leído *La señora Dalloway* y no la había impresionado. Las novelas de Woolf le parecían recargadas y afectadas. No encontraba ninguna similitud entre su espíritu, su inteligencia y su estilo como novelista, y el de Virginia Woolf. No pensaban lo mismo todos los críticos que reseñaron sus libros. Tampoco su creciente ejército de lectores leales, porque los editores reproducían continuamente la afirmación —en negrita— en la contracubierta. Empezaba a hartarse de ver sus novelas. Y quizá por eso dejó de escribir, pensó. Virginia Woolf tenía la culpa de todo.

Dio un trago al *gin-tonic* y cerró los ojos para disfrutar de su efecto, apacible y sublime. ¿Quién iba a imaginarse que las bayas de un arbusto tan humilde como el enebro pudieran inspirar semejante elixir? Sintió el placentero vaivén en la cabeza, hizo otro cuadrado en su libreta y lo sombreó.

A lo mejor, pensó mientras dibujaba una serie de flechas grandes y pequeñas, estaba poniendo excusas para lo que era pura y simple falta de inspiración. ¿Se había quedado sin fuelle literario después de tres novelas? Tal vez, tal vez; no tenía nada que ver con que la llamasen la nueva Virginia Woolf...

Conoció a Reggie Tipton después de publicar *El gran espectáculo* (dieciséis traducciones y derechos de edición en bolsillo vendidos por una suma de cinco dígitos). Reggie, un director de cine joven y muy prometedor, quería hacer una película basada en su novela. Los derechos cinematográficos se vendieron por otra suma de cinco dígitos aún más elevada y, temporalmente, Elfrida vio que era muy rica. Se compró una casita en el valle de Health, en Hampstead, y se lió con Reggie, cómo no. La futura película de Reggie, que ahora se conocía simplemente como

¡Espectáculo!, la protagonizaron Melanie Todd y Sebastian Brandt, pero ni siquiera estas dos estrellas rutilantes consiguieron convertirla en un éxito. Elfrida, sin embargo, vendió muchos más libros y se hizo aún más rica. Reggie dejó entonces a su mujer (y a sus hijas), y Elfrida y él se casaron. Poco después Elfrida tuvo un aborto. Desde entonces todo se había torcido, sí: ese fue el punto crítico.

Rememoró aquellos días con recelo, con miedo a despertar recuerdos. Cuando Elfrida lo conoció, Reggie estaba casado con Marion, una mujer pretenciosa y sin sentido del humor («El error más grande y grotesco de mi vida», le había confesado a Elfrida en los comienzos de su relación). Reggie y Marion Tipton tenían dos hijas, Butterfly y Evergreen, de ocho y seis años. Desde que Reggie se separó formalmente de Marion, se fue a vivir con Elfrida y puso en marcha los trámites del divorcio, el régimen de visitas que le asignaron fue disminuyendo progresivamente. A los dieciséis años, Butterfly escribió a su padre para decirle que no quería volver a verlo. Reggie le enseñó la carta a Elfrida, no parecía demasiado angustiado. A Elfrida le impresionó más que a él el tono frío y cruel de la carta. Reggie siguió viendo a Evergreen de vez en cuando, hasta que el eterno rencor de Marion consiguió convencerla también a ella para que cortase todos los vínculos con su padre. Reggie, seguro en el castillo de su ego, se lo tomó sorprendentemente bien.

Elfrida, por su parte, siempre tuvo cargo de conciencia. No soportaba la idea de ser significativamente responsable de esta ciénaga de sufrimiento en la familia Tipton, pero la fuerza embriagadora y estimulante de su aventura con Reggie ahogaba cualquier otra emoción. Hasta que, poco después de casarse, al quedarse embarazada, deseó sinceramente que ese hijo consolara a Reggie por la pérdida de las otras dos. Pero tuvo un aborto en el tercer mes de embarazo. El ingreso en el hospital y la minidepresión posterior de un año, ahora lo comprendía, fueron un punto de inflexión para su matrimonio. Poco a poco se dio cuenta de que para Reggie en realidad era un alivio no volver a ser padre. El aborto, pensaba Elfrida, había derivado en un matrimonio abortado. Intentaron tener otro hijo, pero no pudieron; poco después, Reggie pareció perder el poco interés que tenía en el proyecto, y así murió para Elfrida el sueño de ser madre.

Nada volvió a ser igual; Reggie empezó a liarse con mujeres y Elfrida dejó de escribir.

—¡Última ronda, por favor! —anunció el camarero.

Elfrida terminó la ginebra y fue a la barra a pedir la última y un paquete de cacahuètes. Tendría que contentarse con eso para comer.

OceanofPDF.com

6

Anny y Troy estaban sentados dentro del Mini amarillo plátano, en los acantilados de Beachy Head, envueltos en un resplandor soporífero, contemplando los refulgentes destellos de plata en el canal de la Mancha. Arriba, en lo alto del cielo, una estela blanca y perfectamente recta dividía el azul.

—Nadie sospecha nada —dijo Troy—. Eres genial. Eres muy serena. ¿Cuál es la palabra? Impresionante.

—¿Impresionante o impasible?

—Las dos cosas. Sí. Pareces tan tranquila con esas gafas de sol. Nadie adivinaría que estás locamente enamorada de mí.

—Ja, ja.

Troy tenía la mano en la pierna de Anny y había empezado a deslizar los dedos por debajo de la falda corta; ella notaba la palma caliente en la cara interior del muslo a través de las medias de rejilla de color marfil.

Tenían delante a un equipo de rodaje al completo, alrededor de una cámara montada en una grúa. Aunque hacía sol, habían encendido unos focos potentes. El primer ayudante de dirección estaba gritando por un altavoz.

—¡Cámara! ¡Acción!

Anny y Troy salieron por sus respectivas puertas, se cogieron de la mano y echaron a correr hacia la cámara. Cuando se separaron —alejándose cada uno por un lado distinto de la cámara— se detuvieron. Anny sabía que en la escena siguiente, rodada de espaldas, saldrían sus dobles: saltarían desde el acantilado, cogidos de la mano, y caerían en una red montada a algo menos de dos metros del borde de turba. Sería la penúltima escena de la película.

En cuanto a la escena final, no tenía la más remota idea de cómo iban a hacerla. Según el guion, en lugar de morir en la caída, los personajes de Anny y Troy saldrían volando milagrosamente por el cielo, hasta perderse de vista, como esos cohetes que lanzaban desde cabo Kennedy, pensó Anny, y nunca volverían a verse.

Rodrigo Tipton salió de detrás de la cámara y se acercó.

—Estupendo —dijo—. ¿Podemos repetirlo solo una vez más, sin las gafas, por favor, Anny?

—No me apetece hacerlo sin las gafas —dijo Anny, sin pararse a pensarlo.

—Lo más probable es que no utilicemos la toma, pero podría ser una opción interesante. Solo por si acaso —Rodrigo sonrió.

Anny consideró la posibilidad de negarse —normalmente se habría negado— pero, por algún motivo, tener a Troy a su lado hizo que se lo pensara.

—Vale.

Después de repetir otras dos veces la carrera hasta el borde del acantilado, sin gafas, Rodrigo anunció que había quedado genial y pasaban a la escena con los dobles. El rodaje había terminado para Anny y Troy. Anny le dijo a Troy en voz baja que se fuera, que ella se quedaría un rato más. Era mejor que no se marcharan juntos. Troy estaba de acuerdo.

—Sí, pero iré a tu habitación esta noche —dijo—. A medianoche.

—No.

—Sí. No me verá nadie.

—A lo mejor no estoy a esa hora.

—Estarás, cariño.

Troy echó a andar hacia su coche y su chófer. Anny le pidió a su ayudante, Shirley, que le llevara una taza de té, y se puso con Rodrigo detrás de la cámara para ver la toma alternativa de Anny Viklund y Troy Blaze saltando desde Beachy Head. Qué manera de morir, pensó, acordándose de la macabra pregunta que se había hecho esa mañana. A lo mejor, en un sentido extraño, había ocurrido de verdad. Había «muerto» ese día de verdad. La idea le resultó extrañamente liberadora, y empezó a

pensar en Troy y en su visita a medianoche. Estaba muy seguro de sí mismo, pero de una forma agradable, de una forma que...

—¿Cómo va todo, Anny?

Se volvió para ver quién era, y vio a un hombre alto y calvo que se acercaba hacia ella. Era el productor. ¿Tony? ¿Terence? Como solo lo había visto un par de veces, decidió no arriesgarse a adivinar y se limitó a decir que todo iba de maravilla, muy bien, gracias, que todo el mundo era amabilísimo.

—Bien, estupendo, me alegro mucho —dijo Tony o Terence. Tenía ese clásico acento inglés entrecortado y seco, pensó Anny. ¿Cómo pueden hablar así, sin apenas mover los labios? En realidad nadie sabe lo que piensan o sienten, todo suena igual. Lo mismo podría haber dicho: «Mal, terrible, me dejas de piedra».

Se acercó un paso más a ella y bajó la voz.

—Hemos recibido una llamada de teléfono extraña esta mañana. Era la policía. Preguntaban si un tal Cornell Weekes había intentado ponerse en contacto contigo.

Anny notó al instante el sudor en las axilas y en las palmas de las manos. El mero hecho de oír ese nombre producía este efecto en ella. Cornell: su amante-demonio, su antiguo gurú, su némesis.

—No.

—Cornell Weekes es tu marido, ¿no?

—Cornell Weekes es mi exmarido.

—Ah. Bien.

—Está en prisión —dijo Anny.

—Parece ser que ya no.

—¿Qué quieres decir?

—No conozco los detalles... —Qué forma tan rara de pronunciar «detalles», pensó Anny, viendo que el productor miraba de reojo para asegurarse de que nadie los oía—. Por lo visto se ha fugado en un traslado rutinario a una vista para la libertad condicional. Creen que se ha ido a Canadá. A Montreal.

Anny empezó a tranquilizarse.

—¿Por qué creían que estaba en Inglaterra? —preguntó—. Estaba en la cárcel en California.

El hombre alto y calvo sonrió con amabilidad.

—Parece que encontraron un mapa de Londres en la habitación del hotel donde se alojó. En Montreal —se encogió de hombros—. Una suposición lógica. ¿Por qué estaba tu exmarido en prisión, si me permites preguntártelo?

—Intentó volar un edificio federal.

—Ya —el productor se rascó la nariz—. Seguro que era una investigación rutinaria.

—Cornell es un tío raro y está pirado, pero nunca vendría a Inglaterra. Nunca ha estado en Inglaterra.

—Eso me tranquiliza —el productor señaló al equipo de rodaje—. Todo va muy bien —se volvió hacia Anny y la miró con gesto calculador. «Debe de tener sesenta o setenta —pensó Anny—, como mi abuelo». Le pareció que seguía siendo bastante atractivo, delgado y erguido, a pesar de que estaba calvo y era mayor—. Me llamo Talbot, por cierto. Talbot Kydd.

OceanofPDF.com

Al final del día, Talbot se reunió en la oficina con Joe.

—¿Qué hay mañana?

—Vienen Sylvia Slaye y Ferdie Meares para las pruebas de vestuario.

—¡Joder! ¿Los dos el mismo día? ¿Es buena idea?

—Sí, jefe. Breve y fácil. Dos pájaros de un tiro: esa es la idea. Ya han enviado una lista con sus «peticiones».

Talbot irguió los hombros con aire pensativo, como si se esperara recibir un golpe. Un par de veteranos. Viejas glorias. Estrellas en declive. Gente difícil. Lo peor. Encendió un cigarrillo.

—Dime una cosa, Joe. ¿Tenemos idea de cómo se va a rodar la última escena?

—Bueno, se ha hablado de... De animación. Han dicho algo de animación. No sé cómo. No sé de qué tipo —Joe casi no podía estarse quieto en el asiento.

Era un chico decente, pensó Talbot. Le convenía conservarlo como fuera.

—No podemos permitirnos la animación —dijo Talbot tranquilamente—. Además, quedaría fatal. Quedaría fatal concretamente al final de esta película.

—Tendrás que hablar con Reggie, jefe... Perdón, con Rodrigo. Por lo visto se le ha ocurrido una especie de secuencia de dibujos animados.

—Pero no está en el guion. No está presupuestada.

—Están reescribiendo el guion.

—¿Qué? ¡No me jodas!

—Lo siento. Es que le he oído decir a Rodrigo que iba a traer a Janet Headstone. Así que he pensado que...

—Primera noticia que tengo.

—Al parecer Yorgos le ha dado permiso.

Talbot notó que empezaba a arder de rabia. Yorgos era su socio en la producción. ¿A qué estaban jugando? Soltó el aire. Día a día. «No pierdas la calma —se dijo—; siempre es posible encontrar una respuesta más sencilla en alguna parte».

Fue al armario, sacó la botella de *whisky* y se sirvió un dedo en un vaso: todo por alcanzar ese nuevo estado mental de serena indiferencia, de distancia zen de los desquiciantes y molestos detalles de la vida de un productor de cine.

Qué sabios eran los japoneses, pensó, acordándose de que en japonés tenían dos palabras para definir el yo. O eso creía: ¿quién se lo había contado? Al parecer había una palabra para el yo que existía en el ámbito privado y otra, completamente distinta, para el yo que existía en el mundo. ¿Por qué no establecía el inglés la misma división, tan sabia? Abandonó a su yo público y, dando un sorbo de *whisky*, recuperó a su yo íntimo, feliz de sumergirse en los planes que tenía para el fin de semana. Se olvidaría de las penurias de *Escalera a la luna*; su yo íntimo cogería las riendas por un par de días.

Anny estaba quieta, abrazada a Troy. La respiración acompasada y poco profunda, y el aliento cálido de Troy en su hombro derecho, le hicieron preguntarse si se habría dormido. Tenía un ligero dolor de cabeza y estaba completamente desvelada, aunque debían de ser ya más de las dos de la madrugada, pensó. No tendría que haber bebido ese vino tinto que llevó Troy. Si mezclaba el alcohol con las pastillas siempre se desvelaba... aunque se suponía que esas pastillas eran para ayudarla a dormir.

La noticia de Cornell y su fuga la había alterado mucho: estaba nerviosa y de repente se sentía insegura. Y preocupada. ¿Cómo se había fugado? ¿Y por qué había llamado la policía británica a la oficina de producción? Cornell no había estado en Inglaterra en la vida, que ella supiera; entonces, ¿por qué razón sería ese su destino? Porque sabía que ella estaba allí, pensó. La película se había anunciado mucho; le hicieron fotos cuando llegó al aeropuerto de Heathrow. Cornell se habría enterado, seguía su carrera, a pesar de que siempre decía que no le interesaban las «pelis». Anny recordaba perfectamente la cara de Cornell: delgado y guapo, con la frente siempre arrugada y el ceño muy fruncido. De cómo escupía siempre la palabra «pelis». Sus rasgos seguían nítidos para ella, a pesar de que no había vuelto a verlo desde que se divorciaron, un acontecimiento del que casi nunca se acordaba. Fue como si tropezaran con la idea de divorciarse, eso pensaba Anny. ¿Por qué se divorciaron? Se acordaba de que discutieron y ella lo llamó «anarquista borrego». A él le escoció el insulto y se fue de casa unos días. Volvió y pidió disculpas, pero luego se empeñó en pedirle que dejara la película que estaba a punto de rodar, *Noches de hotel*, y Anny se negó y le preguntó cómo pensaba que iban a vivir sin lo que ella ganaba. Cornell la llamó traidora y volvió a marcharse. Luego pidió el divorcio espontáneamente, y Anny, harta de discusiones, lo aceptó. Se dio cuenta de

que no odiaba a Cornell; simplemente no podía con él y sus ideales imposibles. No tenía fuerzas para estar casada con él.

Pero el problema era que, desde el divorcio, desde que pasó lo de la bomba, su nombre siempre había estado ligado al de él. En cada artículo o entrevista que le hacían siempre se mencionaba que estaba casada con el «terrorista urbano» Cornell Weekes. Ella explicaba a los periodistas que su matrimonio solo había durado unos meses, mucho menos de un año, pero por lo visto les daba igual: Cornell Weekes era ya parte inseparable de su biografía. Tomó aire y se mordió el labio, sintiéndose de pronto como una delincuente. ¿Por qué se había casado con él? ¿En qué estaría pensando? Sí, era guapo, tenía el carisma que suele envolver a los visionarios y hablaba sin parar del «Reich estadounidense», a saber qué quería decir con eso. Era muy joven cuando lo conoció —veintitrés años—, pero justo entonces acababa de salir *Los días de Acuario*, de Mavrocordato, y Anny se vio convertida en una estrella de la noche a la mañana. La chica desconocida de Minnesota. No paraban de ofrecerle películas; ganaba dinero a espuestas. Fue entonces cuando Cornell Weekes entró en su vida.

Cornell no trabajaba en el mundo del cine. Odiaba el cine y Hollywood, la división del entretenimiento del Reich estadounidense, según él. Era mayor, canoso; sabio, o eso le pareció a Anny hasta que también ella se volvió sabia. Y le recordaba a su padre. Esa tendría que haber sido la advertencia, esa tendría que haber sido la...

—¿Anny? —dijo Troy en voz baja—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal? ¿Cuál es tu verdadero nombre?

Otra pregunta típica de Troy. Esta vez se alegraba de oírla, se alegraba de la boba distracción. Se dio la vuelta en la cama para mirarlo, contenta de que estuviera despierto.

—Anny Viklund es mi nombre verdadero. Anny Makjen Viklund. ¿Por qué?

—La mayoría de la gente de esta industria no emplea su nombre verdadero. Yo tampoco —empezó a enumerarlos—. Billy Fury, Cliff Richard, Adam Faith, Danny Storm, Tommy Steele, Bobby Hero, Georgie Fame, Mickie Most.

Anny lo besó con ternura.

—Bueno, yo ni por un momento he pensado que Troy Blaze fuera tu verdadero nombre. Pero me gusta.

—Bueno, es mejor que mi verdadero nombre. ¿Para qué habré dicho nada?

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—No quiero que lo sepas. Para ti quiero ser Troy.

—Para mí siempre serás Troy. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Nigel Farthingly.

—Me gusta. A lo mejor empiezo a llamarte Nigel.

—No sé por qué te lo he dicho.

—Es una broma. Nigel —volvió a besarlo—. Perdón, Troy. Comprendo que puede ser difícil para una estrella del pop llamarse Nigel Farthingly.

—Exactamente. Por eso los Appleby me lo cambiaron.

—¿Quiénes son los Appleby?

—Mis mánagers. Jimmy y Bob Appleby.

—¿Se llaman así de verdad?

—Pues sí.

Troy tenía la mano en el pecho de Anny; le estaba rozando el pezón con los dedos. Ella deslizó una mano para tocarlo: duro, rígido. Un chico joven... tan distinto de Cornell, que siempre decía que tenía «problemas de libido», por su adolescencia infeliz. Nunca entraba en detalles.

—No puedo dormir —protestó Anny con voz de niña pequeña—. ¿Qué hacemos?

OceanofPDF.com

9

Después de salir del Repulse, Elfrida compró una botella de jerez Tío Pepe en una licorería, calculando que podría servirle de subterfugio con Reggie. Volvió en taxi a la casa que la productora había alquilado en Rottingdean para Reggie. Era incómodo vivir en un pueblo de las afueras de Brighton: la obligaba a pedir taxis a todas horas, porque no tenía carnet de conducir, y no entendía que Reggie se hubiera conformado con ese alojamiento tan peculiar. Cuando se quejó de que vivir en Rottingdean era un engorro y una incomodidad, Reggie se limitó a decir que llamara a la oficina de producción y le enviarían un coche de la unidad de rodaje: «Va incluido en el presupuesto». Pero a Elfrida nunca le había gustado utilizar los coches del rodaje, los conductores eran unos cotillas empedernidos, que pegaban la oreja con una curiosidad irresistible. Elfrida sabía que se pasaban el día de brazos cruzados, intercambiando información jugosa. ¿Cómo iba a pedir un coche del rodaje para que la recogieran en el Repulse?

En realidad la casa estaba bien, mejor que bien. Era una villa victoriana grande, de tres plantas, de ladrillo gris con adornos rojos, y un nombre de lo más raro: «Peelings». A lo mejor la había construido una familia con un apellido parecido, pensó Elfrida. La casa tenía un jardín considerable, con dos araucarias enormes delante. Contaba con cinco dormitorios y tres cuartos de baño, un amplio salón comedor y una cocina «moderna» —hasta una sala de billar—, todo demasiado grande para dos personas y, como Reggie estaba prácticamente siempre en el rodaje, Elfrida tenía la sensación de vivir sola en una casa enorme, como una viuda retirada para no molestar a la familia.

«Ahora caigo», pensó, probablemente esa era la razón por la que Reggie había elegido la casa: para no estar cerca de ella. Normalmente, cuando Reggie estaba haciendo una película o un programa de televisión se

alojaban en un hotel, pero con esta película de título tan absurdo —*La utilísima escalera a la luna de Emily Bracegirdle*—, él dijo que era una cuestión de prestigio. La productora iba a gastarse mucho dinero en esa villa, y por tanto le tratarían con más respeto, o eso esperaba él. «Hay que jugar a todas las bandas, cariño», había añadido... A saber qué quería decir con eso.

Elfrida se sentó un rato en un banco del jardín, a la sombra de un gran castaño, mientras bebía un poco del vodka nuevo que ya había trasvasado a la botella de vinagre blanco, para leer una carta que enviaba su hermano Anselm desde Londres. Era la carta que Anselm mandaba todos los años a la familia y los amigos, la misma para todos (y siempre por su cumpleaños), y Elfrida a duras penas pudo pasar de la primera página; tan absoluto y despreocupado era el tedio de la vida que Anselm, un eminente cirujano ortopédico, llevaba en Vancouver. Buena parte de la carta se regodeaba en las hazañas deportivas de sus hijos, Jerold y Roldan, los fornidos sobrinos de Elfrida, que por lo visto se pasaban la vida en el campo, la cancha, la ladera de un monte o la pista de hielo. Cuando murieron sus padres —con una diferencia de tres meses, en el limbo que precedió a la publicación de su primera novela—, Elfrida pensó que Anselm (siete años mayor) y ella estarían más unidos, inevitablemente. Pero él emigró a Canadá poco después, se casó, y enseguida llegaron Jerold y Roldan. Se veían muy poco y conservaban los lazos familiares más por obligación que por cariño. Por eso Anselm enviaba esta carta genérica. Podría contarle lo mismo al director de su banco, pensó Elfrida, haciendo una bola con el papel y tirándolo al césped, a sus pies.

Sin embargo, leer la carta le inspiró a escribir otra, así que cogió papel y tinta para escribir a su agente literario y a su editor en Muir & Melhuish y pedirles una cita la semana siguiente. A su agente, Calder McPhail, le decía sin rodeos que necesitaba dinero. Fue deliberadamente sincera, se conocían desde hacía mucho tiempo... y estaba envalentonada por el vodka con agua del grifo después de las ginebras a la hora de comer. Les decía a los dos que necesitaba un anticipo a cuenta de una nueva novela que casi había terminado: *El hombre en zigzag*. Eso los animaría, pensó.

A media tarde vio las noticias por televisión, se preparó algo de cena — una tostada de alubias— y, a eso de las ocho, cuando esperaba que llegaría Reggie, se sirvió un vasito de Tío Pepe, dejó la botella casi intacta bien a la vista, en el aparador, y al mismo tiempo se preparó un vodka con agua, supercargado, cuádruple, en un vaso alto. Gracias a eso, cuando llegó Reggie, tarde, pasadas las diez, Elfrida se sentía maravillosamente segura de sí misma.

Apagó la tele cuando Reggie entró en el salón, se levantó, sin tambalearse, y lo miró fijamente y con frialdad.

—Bueno —dijo—. ¿A quién te estás follando exactamente en *esta* película?

OceanofPDF.com

La mañana siguiente, después de desayunar lo de costumbre, Talbot se sintió mal de repente. Fue a su dormitorio y se tomó un trago del frasco de Previzole, con la esperanza de que el líquido blancuzco hiciera su efecto mágico, preocupado porque la puñetera úlcera estuviera otra vez dando guerra. El malestar no tenía nada que ver con su arenque diario, lo sabía... Era el enfrentamiento que se avecinaba con Reggie, por contratar a Janet Headstone y el cambio de guion que proponía, lo que le estaba produciendo remolinos y burbujas en los ácidos del estómago y atormentando el duodeno.

Sabía perfectamente quién era Janet Headstone aunque no la conocía. Era una novelista joven, descarada y *cockney*, con estilo propio, que escribía historias contemporáneas subidas de tono, con personajes de clase trabajadora, ambientadas en el East End de Londres. De la escuela del «*Kitchen Sink*», pensó Talbot, de lo más resistente. Una de las novelas de Janet Headstone —*En Canada Water*— se llevó al cine (protagonizada por Samantha Frost) y se había convertido en un notable éxito de culto, si tal oxímoron era posible, con sus enamorados *cockneys*, jóvenes imposiblemente atractivos y guapos, idealmente a la moda y pobres. Janet Headstone escribió el guion y, de la noche a la mañana, su nombre pasó a estar muy solicitado en la industria del cine británico cuando se intuía que hacía falta algo «moderno», a la última y «chulo». Una chica guapa, con blusa y los dientes delanteros bien separados, que salía mucho en los tabloides y se dejaba ver por la ciudad con famosos artistas, futbolistas, personajes de televisión y gente por el estilo. A Talbot le horrorizó *En Canada Water* y no entendía qué pretendían Yorgos y Reggie con esta conspiración. Contratar a una persona como Janet Headstone para *La*

utilísima escalera a la luna de Emily Bracegirdle parecía algo terco y sin sentido.

Le pidió a Joe que llevara a Reggie a la oficina de producción en cuanto hubiera un descanso para cambiar de decorado. No podía correr el riesgo de que alguien del equipo los oyera o los viera en plena conversación. Talbot salió al jardín de atrás de la oficina y se tomó otro trago de Previzole. Tenía el estómago en llamas. La oficina de producción se encontraba en una vivienda adosada de dos plantas, en Napier Street. La fachada era de mortero de cemento, con vigas de estilo neotudor en la planta superior. Era muy cómoda y estaba muy cerca de la mayoría de las localizaciones de rodaje en Brighton. El jardín estaba un poco descuidado y lleno de sillas de plástico: ese verano la mayor parte de las reuniones de producción se hacían al sol. Talbot dio una vuelta por el jardín y colocó en posición normal una hamaca volcada. Estaba pensando: ¿qué haría Peverell Kyd en una situación similar? Para empezar, probablemente despedir a Reggie; luego, puede que denunciar a su socio, Yorgos. Peverell no se andaba con tonterías. Otro rasgo que su hijo no había heredado de él. ¿Entonces? Talbot se dijo: «Incendiar y pasar a cuchillo no es mi estilo. *Chacun à sa méthode*».

Alrededor de las diez, Reggie entró en el despacho de Talbot después de llamar a la puerta, que estaba entornada. Talbot le pidió que se sentara, avisó a Rosie para que les llevara dos tazas de café asqueroso, y los dos encendieron un cigarrillo.

Talbot se fijó en que Reggie tenía un rasguño de dos centímetros y medio en la mejilla, y otros tres paralelos debajo, en el cuello.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó, señalando.

—Que soy muy torpe. Tropecé con un montículo cuando estaba cortando el césped y me caí contra una valla de alambre.

—¿Desde cuándo cortas tú el césped?

—Me gusta la jardinería. Me ayuda a pensar.

Talbot no quiso insistir. Las marcas parecían arañazos. De unas uñas largas y afiladas que alguien le había clavado en la cara.

—Bueno... —dijo, y dejó la palabra en el aire unos segundos.

—Tengo la sensación de que me vas a castigar —observó Reggie.

—A lo mejor te lo mereces. ¿Qué demonios está pasando con Janet Headstone?

—Ah, claro. Ya lo entiendo. Janet Headstone.

—¡Exactamente! Explícamelo, por favor.

—Verás, la conocí en una fiesta —Reggie se inclinó hacia delante— y le conté que teníamos problemas con el guion. Dijo que le encantaría ayudarnos. Al día siguiente tenía que tratar un asunto con Yorgos, y en la reunión le hablé de Janet; y dijo «estupendo, es un genio, contrátala cuatro semanas», sin más. Di por hecho que lo aclararía contigo.

—Pues no. Me he enterado por casualidad.

—Bueno, te pido disculpas. Tú conoces a Yorgos mejor que yo.

—Sí, lo conozco. ¿Cuánto se le va a pagar a Janet Headstone por su mes de trabajo?

—Creo que... mil a la semana.

Talbot no se permitió cambiar el gesto ni un milímetro.

—Eso significa que has perdido dos días de rodaje.

—Yorgos dijo que podíamos sacarlo del fondo de contingencias.

—Pero esto no es una puta contingencia, Reggie. Tenemos un guion, muy bueno y muy caro, nada menos que de Andrew Marvell. ¿Qué crees que va a decir cuando se entere de que Janet Headstone está reescribiendo su trabajo? Ese tío es una pesadilla, un perdonavidas. ¿Quién va a darle la noticia? ¿Tú?

Reggie hizo como si no hubiera oído la pregunta.

—No lo está reescribiendo, está añadiendo cosas. Marvell no... no sería capaz de hacer nada parecido a lo que se le ha ocurrido a Jan.

—Ah, es «Jan», ya entiendo.

—Mira, vale, somos amiguetes. Nos hemos visto unas cuantas veces. Estamos en la misma onda. Es encantadora..., refrescante, diferente. Te encantaría.

—Me da igual cómo sea. Lo que me molesta, Reggie, es que ni siquiera se te pasara por la cabeza hablar conmigo... Ver qué me parecía la idea. Me has puenteado, o esquivado, y has ido directamente a hablar con Yorgos. Él es más blando, y tú lo sabes. Eso es una deslealtad.

—Yo nunca sería desleal contigo, Talbot.

—Pues acabas de serlo, amigo mío. Tenemos una nueva guionista en la película que estoy produciendo, le pagamos mil a la semana, y yo, el productor, soy el último en enterarse.

El resto de la reunión ya no fue tan bien. Talbot quería machacar a Reggie «Rodrigo» Tipton, y le faltó muy poco para conseguirlo, según pudo comprobar con alegría. Reggie salió de allí para volver al rodaje cabreado y de malos modos. Talbot se quedó con la ligera sensación de haber hecho justicia.

También con la sensación del ardor ácido en el duodeno. La tensión y el enfrentamiento no le sentaban bien. Y sabía que aún le quedaban más enfrentamientos. Esta vez con Yorgos. Le dijo a Joe que se iba a Londres, que volvería al día siguiente por la mañana.

Pidió que le trajeran el Alvis del garaje del Grand y emprendió el viaje por la A-23. Le sentó bien ponerse al volante, sentir el poderoso zumbido del motor de tres litros vibrando en toda la carrocería, admirar cómo se iba «comiendo» la carretera con su amplio capó plateado, como presumía el folleto publicitario. Este modelo, el TF 21 *coupé* de morro caído, con solo un año de vida, se ponía a ciento noventa kilómetros por hora en un visto y no visto. Adelantaba sin esfuerzo a los camiones y otros coches más lentos con un golpe de acelerador. Notaba el olor a cuero nuevo en los asientos y miraba de vez en cuando las agujas temblorosas de los marcadores del salpicadero como el piloto de un cazabombardero en vuelo rasante que desempeña su misión en territorio hostil. A veces los coches eran sencillamente maravillosos: el Alvis a toda velocidad le hacía sentirse joven de nuevo.

La sede de YSK Films Ltd. se encontraba en Great Marlborough Street, a una manzana al sur de Oxford Street. Al norte del Soho, decía Talbot cuando la gente le preguntaba dónde trabajaba. La Y y la S eran de Yorgos Samsa y la K de Kydd. Yorgos era el dueño del cincuenta y uno por ciento de la compañía y, como señaló en cierta ocasión, si Talbot se hubiera empeñado en que su nombre figurase en primer lugar, la empresa se llamaría KYS, un acrónimo cursi que no era el que buscaban, como el propio Talbot reconoció inmediatamente. YSK Films Ltd. le parecía un nombre perfecto.

Cuando Talbot entró en su despacho, Yorgos Samsa se levantó del escritorio con la cara cetrina distorsionada por una enorme sonrisa. Dio tres besos a Talbot en las mejillas —izquierda, derecha, izquierda— y acercó una silla a la mesita de café que había delante de la ventana, donde se celebraban las reuniones informales. Encendieron un cigarrillo y les llevaron el café. Todo parecía como siempre; la desagradable traición de Reggie y Janet Headstone era lo único que enturbiaba la envidiable armonía entre los socios.

Con apenas veinte años cumplidos, Yorgos Samsa huyó de Alemania en 1933, cuando Hitler pasó a ocupar la Cancillería, y se instaló en Inglaterra. Esa era una de las historias. Talbot había oído otras conversaciones en las que Yorgos aseguraba ser el único superviviente de un naufragio en el mar Negro, y también que la Liga de las Naciones le había facilitado un pasaporte Nansen; en otras Yorgos era víctima de un juicio amañado en Transnistria —a saber dónde estaría eso— y tuvo que fugarse de la injusticia transnistriana. A Yorgos le gustaba cultivar la ambigüedad en lo tocante a su biografía. En realidad, Talbot no tenía una idea clara de cuáles eran su nacionalidad o nacionalidades. Había intentado averiguarlo en muchas ocasiones pero la respuesta de Yorgos siempre era vaga: «Soy una macedonia de frutas, Talbot, un poco de todo»; o «Soy de aquí y de allá»; o «Mis padres eran gitanos y nunca me lo dijeron». Y cosas por el estilo. «Digamos que soy un caballero inglés peculiar... como tú», le dijo una vez. Y eso fue todo lo más que había podido sacarle; enseguida dejó de hacer preguntas.

Aunque Yorgos estaba gordísimo, los trajes de Savile Row, de corte impecable y chaqueta larga y cruzada, le hacían parecer corpulento más que obeso. Se teñía el pelo de negro y lucía en la cara ancha las marcas de un acné severo en la adolescencia. Hablaba un inglés casi perfecto, con un levísimo acento extranjero imposible de identificar. Le gustaba emplear coloquialismos, como muestra de fluidez, que no llegaba a entender del todo.

En la década de 1930, y llegado a Inglaterra de algún lugar de Europa continental, consiguió un empleo en el departamento de contabilidad de la productora de Peverell Kydd. Peverell detectó su talento manifiesto para los

números y no tardó en ascenderlo. Cuando Talbot heredó la productora, al morir su padre en 1948, era evidente que Yorgos tenía que ser su mano derecha. Y en la década de los cincuenta, cuando estaba inmerso en una dura crisis económica —casado, afrontando los gastos escolares de dos hijos, con una inesperada y desorbitada reclamación del fisco y una madrastra a la contra que había saqueado el fondo fiduciario de Talbot—, Yorgos consiguió la liquidez necesaria para no perder la solvencia y fue entonces cuando se asociaron formalmente. Así nació YSK Films Ltd., y Yorgos se adjudicó el cincuenta y uno por ciento. Hicieron películas y ganaron dinero, pero el aire de misterio perduraba.

Antes de que Talbot pudiera sacar el tema, Yorgos le pidió disculpas por el malentendido con Janet Headstone.

—La culpa es toda mía, Talbot. Creía que estabas de acuerdo con Reggie. Tendría que haberte preguntado, haberlo comprobado —se dio una buena bofetada en el dorso de una mano con la otra—. Muy mal, Yorgos. Pero mira... Podemos llevar al caballo hasta el agua y podemos encontrar oro. Haré un pequeño anuncio a la prensa, al gremio: «Janet Headstone contratada para escribir *Escalera*. Tony Blaze, Anny Viklund». ¡Bla, bla, bla! Tenemos todas las de ganar.

—Troy Blaze —corrigió Talbot—. Más vale que no nos equivoquemos, o los Appleby esgrimirán el contrato.

—Troy, Troy, Troy. Me falla la cabeza, Talbot.

Talbot tuvo que darle la razón en que haber contratado a Janet Headstone no era necesariamente una mala noticia.

—Pero ¿qué pasa con Andrew Marvell? —dijo. Marvell era el primer guionista. Un tipo difícil, imposible.

—Le pagaremos más dinero. Y Headstone no figurará en los títulos de crédito. Verás como así cierra la boca. A ese solo le interesa la pasta.

Yorgos fue a su escritorio y volvió con una carpeta.

—Un asunto más importante —anunció—. Tengo el contrato de *Las hojas cuando arden*. Es todo nuestro —estaba radiante—. Eres un tipo muy pero que muy listo, Talbot. Tu padre estaría orgulloso de ti.

—Si tú lo dices...

Talbot abrió la carpeta y encontró un contrato de varias páginas. Había una carta del abogado sujeta con un clip a la primera hoja, con un membrete que no reconoció.

—¿Quién es... quiénes son Cordwainer, Goodforth y Bonvoisin?

—Un importante bufete internacional. Se han ocupado de todo el papeleo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a John Saxonwood? —John Saxonwood era el abogado de YSK Films. Un antiguo amigo del Ejército.

Yorgos se inclinó hacia delante y formó un tejado con las puntas de los dedos.

—John Saxonwood no puede ejercer en California. Está muy bien para Inglaterra pero no sirve para algo tan grande como *Las hojas cuando arden*. Esta es la buena, Talbot, créeme: las pirámides, el Titanic, el canal de Suez. Todo cambia para nosotros, para YSK, con *Las hojas cuando arden*, gracias a ti.

Después de la reunión —tan amigos, más disculpas, todo resuelto—, Talbot fue en taxi al despacho de John Saxonwood en la City, cerca del Banco de Inglaterra. Era una oficina descuidada. En la ventana de la sala de espera agonizaban unas cintas mustias; había revistas con varios años de antigüedad amontonadas en una mesa de cualquier manera y la alfombra estaba llena de manchas. Talbot no sabía si aquel abandono era intencionado, si pretendía enviar algún mensaje. La verdad es que no le resultaba fácil descifrarlo.

John Saxonwood le ofreció té o *whisky*. Talbot pensó que ya era hora de beber alcohol.

—He encontrado un Speyside de malta muy bueno cerca de Forres —explicó Saxonwood—. Glen Feshan.

Sacó una mosca muerta de un vaso y sirvió dos dedos de *whisky* de color pajizo.

—*Slangevar* —brindó en gaélico.

Talbot olfateó el *whisky* y le dio un buen trago antes de aventurarse a sacar el tema de Cordwainer, Goodforth y Bonvoisin.

—Creo que he coincidido con Goodforth. Sam M. Goodforth, si lo prefieres. De Estados Unidos. De los otros nunca he oído hablar —contestó

Saxonwood—. No puedo ponerme en contacto con ellos. Creo que no tienen sede en Londres —se acercó a una librería a buscar algún libro de consulta.

John Saxonwood era muy alto. Medía casi dos metros. Una nariz larga y rota, torcida hacia la izquierda, estropeaba sus facciones delgadas y uniformes. Él y Talbot se conocían desde 1940, cuando eran suboficiales en el Regimiento de Infantería Ligera de East Sussex —conocido como Los Martinetes—, y habían combatido y holgazaneado juntos en la Segunda Guerra Mundial, avanzando con Los Martinetes por el norte de África con el objetivo de llegar a Italia.

—Mira, no me malinterpretes —dijo Saxonwood mientras Talbot seguía dando explicaciones—. Yorgos me cae bien. Él y tú me habéis hecho ganar mucho dinero con el paso de los años, pero lo que dice es una estupidez. Yo puedo llegar a acuerdos en California y lo hago continuamente; me basta con contratar a un abogado allí. Podría contratar a Goodforth si quisiera. ¿Dónde está el problema? No me cuadra.

Talbot se explicó un poco más.

—Como sabes, esta obra que hemos comprado —mejor dicho, los derechos cinematográficos de esta obra— es un bombazo.

—Ya lo sé. La he visto. ¿No te acuerdas? ¿Sigue en cartel?

—Se retiró hace un mes. Más de un año en Broadway, y ahora diez meses en el West End. Irán de gira por todas partes. Es el momento de sacar la película.

Saxonwood volvió a llenar los vasos de Glen Feshan.

—Bueno, no firmes nada sin que yo te lo diga. ¿Entendido? Tengo una sensación rara con este asunto; me preocupa un poco. Me duelen las articulaciones.

—Por supuesto. Mensaje recibido.

—Nuestro Yorgos es un tipo encantador, y puede ser muy convincente. Date por advertido.

—Es mi socio, John. Un amigo de hace muchos años. Me sacó las castañas del fuego.

—Precisamente por eso tienes que poner aún más cuidado.

—Oye, esta obra la encontré yo. Yorgos no ha tenido nada que ver en esto. Somos socios pero *El olor de las hojas cuando arden* fue un descubrimiento mío. Moralmente me pertenece.

—«Moralmente» no es un término que los abogados reconozcan. Los productores de cine tampoco.

Talbot volvió en taxi al aparcamiento del Soho donde había dejado el Alvis, pensando todavía en la extraña cadena de circunstancias que lo llevaron hasta *El olor de las hojas cuando arden*.

En 1965 había estado en Nueva York para participar en una serie de reuniones. Un fin de semana, el sábado, fue a Greenwich Village y estuvo dando una vuelta por Christopher Street. Mientras paseaba vio chicos cogidos de la mano y hombres abrazados de los hombros, tranquilos y risueños. En un bar pequeño vio a dos hombres besarse abiertamente. Se sentía como un fantasma —un fantasma del pasado— o un extraterrestre: un inglés alto, calvo y trajeado, a punto de cumplir sesenta años, mezclándose con aquellos chicos que ahora vivían despreocupadamente, en público, lo que hasta entonces habían sido vidas secretas. Tuvo una sensación extraña, de liberación y de vergüenza al mismo tiempo: de liberación al comprender que nada le impedía comportarse como ellos si así lo quería, y de vergüenza por protegerse detrás de una barrera de camuflaje: su actitud, su mujer, sus hijos.

Al salir del bar se despistó en un cruce. Era media tarde y, en una calle lateral, encontró una iglesia pequeña convertida en teatro. La obra anunciada se titulaba *El olor de las hojas cuando arden*, y el nombre de su autora era Fleur Schwartz. De repente —seguía alterado por la revelación que había tenido en Christopher Street y necesitaba distraerse— se le antojó comprar una entrada.

Dos horas después supo que había sido testigo de un acontecimiento extraordinario. Al menos diez personas —el aforo del teatro era de unas sesenta— abandonaron la sala haciendo ruido, escandalizadas. Esa misma noche llamó por teléfono a casa de John Saxonwood y le dijo que el lunes por la mañana YSK tenía que conseguir, como fuese, los derechos de una obra de teatro titulada *El olor de las hojas cuando arden*, de Fleur Schwartz. El dinero no era impedimento.

Resultó que Fleur Schwartz estaba muerta —se suicidó a los treinta y tres años—, pero sus herederos, en este caso su madre, estarían más que contentos —encantados— de aceptar un anticipo de mil dólares, por un período prorrogable de dieciocho meses, a cuenta de un precio final de diez mil. Una semana más tarde Talbot había firmado el contrato y pagado el anticipo. Tres meses después, Buck Lowry, nada menos, estrenaba la obra en Broadway, y lo demás ya forma parte de la historia del teatro. YSK, así lo dijo Yorgos, acababa de sentarse encima de una montaña de dinero.

Lo que convirtió *Las hojas cuando arden* en un éxito tan sonado fue el tema de la obra. En una palabra: el incesto. El personaje central, «Bud» Lagrange, desarrolla un insano interés sexual por Esmeralda, su hija de veintiún años que acaba de volver a casa de sus padres después de separarse de Freeborn, un marido maltratador. El ambiente social es de chusma blanca en su variedad sureña. La historia transcurre en pleno verano, en una aldea de Louisiana: todo el mundo está sudando y lleva la mínima cantidad de ropa que permite el decoro. El título de la obra se explica durante una conversación que Bud tiene con un amigo. Dice que cada vez que Esmeralda se le acerca nota su olor. ¿A qué huele?, pregunta el amigo. Huele como las hojas cuando arden, contesta Bud. Al final, tras una serie de enfrentamientos cada vez más tensos —Freeborn intenta inútilmente, con violencia, recuperar a su mujer—, Bud no es capaz de resistir su deseo inmoral y, una noche, borracho, en el clímax del acto II agrede a su hija e intenta violarla. Esmeralda mata a su padre con un cuchillo de cocina. De pie, a su lado, cubierta de sangre y con el cuchillo en la mano, lanza un salvaje alarido de victoria. Telón.

Todos los productores, magnates, empresarios y estudios querían los derechos cinematográficos, pero no estaban disponibles. Los tenía una pequeña productora inglesa —¡inglesa!—, de Londres. Los puñeteros británicos se habían adueñado de una obra estadounidense totémica. Yorgos, contentísimo, atendía y rechazaba las ofertas de cientos de miles de dólares por la compra de los derechos. En un momento dado, cuando la Warner Bros elevó el precio a un millón de dólares, Talbot consideró la conveniencia de aceptarlo y embolsarse una ganancia descomunal.

—No, no, no, Talbot —dijo Yorgos—. Esto solo pasa una vez en la vida. El caballo regalado ha entrado en nuestra cacharrería y *no* vamos a mirarle el diente. Esto lo vamos a hacer nosotros, Talbot: tú y yo, nadie más.

Talbot aparcó el Alvis al lado del Austin 1100 de su mujer, en el amplio patio de gravilla de su casa, en Chiswick. Era un chalet de ladrillo, con la planta superior de teja plana y una torreta que rompía agradablemente la simetría del tejado. Varias plantas trepadoras adornaban la fachada (parra virgen, rosales y yedra muy bien podada), y todo irradiaba solidez y elegancia artística. O, pensó Talbot mientras abría la puerta principal, elegancia, solidez y un toque artístico apreciable en los ornamentos de ladrillo azul y los tragaluces con marco de madera.

Naomi, su mujer, estaba en la cocina, hablando por teléfono. Se lanzaron besos mientras Talbot abría la puerta del frigorífico y buscaba unas tónicas. Cogió dos y fue al salón, donde encontró la ginebra en el aparador, entre las demás botellas. Las puertas del jardín estaban abiertas, pero el sol seguía abrasando y Talbot no tenía ganas de calor. Preparó dos *gin-tonics*: encontró hielo en la hielera pero se había olvidado el limón. Estaba dando media vuelta cuando Naomi entró con unas rodajas de limón en un plato.

—Sabes leer el pensamiento —señaló Talbot, dándole un beso en la mejilla.

—¿A ti también te hace falta uno? —preguntó Naomi, cogiendo su vaso.

—He tenido un día un poco desquiciante. Si se pone aún más desquiciante te lo contaré.

Talbot cayó en la cuenta de que llevaban casi dos semanas sin verse, por las exigencias del rodaje, y volvió a sorprenderle, como por primera vez, lo mucho que estaba engordando Naomi. Unos pechos como un parachoques, las caderas bien anchas y una papada muy llamativa. Nunca había sido delgada, pero era evidente que estaba acumulando kilos.

—¿Qué tal en el colegio? —preguntó Talbot, mientras se sentaba y buscaba un cigarrillo.

—Horrible. Todos queremos que lleguen las vacaciones —Naomi sonrió—. No hay que quejarse. *C'est normal*, y esas cosas. ¿Tú qué tal?

¿Cómo va la peli?

—La verdad es que todo va relativamente bien, dentro de lo que cabe. Y eso, por supuesto, me preocupa. Me da que se avecina una tormenta.

La conversación le hizo fijarse, como siempre cuando pasaban un tiempo separados, en el formalismo y la cautela con que se hablaban. Eran como dos desconocidos que, en una fiesta, coinciden en la misma mesa y hablan de cosas sin importancia. No un hombre y una mujer casados desde hacía veintiséis años.

—Yorgos está tramando alguna putada —explicó con deliberada grosería, para que la conversación resultara más natural.

—¿Yorgos no está siempre tramando alguna putada? —contestó Naomi, con una leve sonrisa, como si recogiera el guante. Yorgos no le caía bien.

—Sí, pero esta vez parece algo más subversivo de lo habitual. Aún no he podido llegar al fondo del asunto. Todo tiene que ver con la obra de teatro. De momento no veo cuál es su plan.

—Seguro que lo resuelves. Como siempre —Naomi abrió una reluciente caja de madera de castaño veteada, sacó un cigarrillo y lo encajó en una boquilla de ébano corta. Talbot se inclinó hacia ella y encendió el mechero.

—Humphrey llegará en cuestión de una hora —anunció Naomi, lanzando el humo al techo—. ¿Qué tal si vamos a cenar fuera?

Humphrey era su hijo.

—Tengo que volver a Brighton, mierda. Esta noche hay rodaje. Me esperan.

—Bueno, Humphrey se quedará una semana. Tiene un concierto en el Festival Hall el sábado que viene.

—Eso no hay que perderselo —dijo Talbot—. Anótalo en la agenda. Me buscaré alguna excusa para ir al centro.

A Naomi le gustó la respuesta. Se levantó para coger una postal de la repisa de la chimenea y pasársela a su marido. Talbot vio una cascada larga y fina, en una selva verde y frondosa. Le dio la vuelta y leyó los clichés de costumbre. Era de su hija.

—¿Qué está haciendo Zoë en Nueva Zelanda? —preguntó—. Creía que estaba en Singapur.

—Dando clases de esquí a niños.

—¿En Nueva Zelanda esquían?

—Eso parece.

Talbot se acordó de Zoë cuando era pequeña. Vivaracha, aventurera, divertida: siempre le hacía reír. Y ahora estaba lo más lejos posible de su familia geográficamente, siempre viajando, siempre inalcanzable. Al menos Humphrey seguía en el país; un chico tímido y torturado.

—¿Se va a quedar en casa? —preguntó.

—¡Qué pregunta tan tonta! Pues claro, es gratis.

Talbot preguntó cómo le iba a Humphrey en Manchester. Tocaba los timbales en la Orquesta Hallé.

—Dice que le encanta —Naomi aplastó el cigarrillo en un cenicero—. Que lo prefiere a Londres.

Talbot se sirvió un poco más de ginebra. Con cuidado. Tenía que conducir.

—¿No estarás trabajando demasiado, cariño? —preguntó—. Pareces un poco cansada.

—Pues claro que estoy trabajando demasiado. Es la carga adicional de la directora: una piedra colgada del cuello, gratis. Soy como tú, una especie de productora con un equipo de gente que parece empeñado continuamente en dejarme tirada, por una cosa o por otra.

Talbot se echó a reír con ganas. Naomi también se rio. Y, por un momento, el formalismo —la intimidación fabricada— se esfumó y, mientras ella se reía, Talbot vio una imagen borrosa de su mujer tal como era cuando la conoció, en los primeros años de la guerra. «Dios mío —pensó—, cómo pasa la vida».

—Más vale que me vaya —dijo.

Se despidió en la puerta con un beso, dijo que llamaría dentro de un par de días, subió al Alvis y salió a la carretera, pero en vez de girar hacia Brighton siguió de frente hacia Primrose Hill.

Aparcó el coche algo lejos de la esquina, volvió andando a su apartamento y entró por la puerta del jardín, su acceso habitual. Así no se cruzaba con los vecinos, a los que prácticamente no conocía, y viceversa.

Como mucho entraba por la puerta principal del edificio un par de veces al año.

Había comprado la planta baja de la esquina de una hilera de adosados de estuco de principios de la época victoriana, en una calle tranquila, cerca de King Henry's Road. Tenía un jardincito con una puerta que daba a un camino de hierba. Cruzó el jardín —un cuadrado de césped descuidado con un borde de hortensias y un antiguo manzano con un banco de madera enmohecido alrededor del tronco— y entró por la puerta de atrás. El dormitorio, el baño y el cuarto oscuro estaban en el sótano. La planta a ras de suelo era más amplia y espaciosa. Una cocina-comedor, un salón con dos ventanas francesas de ocho paños que daban a la calle y al jardín, y otra habitación que había sido el dormitorio principal, eso creía. Ahora era su «galería».

La vivienda estaba amueblada con sobriedad pero con gusto: sin cortinas —las persianas de madera interiores estaban en buen estado—, el suelo de tarima oscura con alfombras persas, un sofá Knole y un par de butacas tapizadas con fundas. En las paredes había unas cuantas fotos en blanco y negro —un desnudo contorsionado de Bill Brandt en una playa, una de Cartier-Bresson y una de Ingrid Soames, de dos rosas—, pero nada que en realidad revelase la personalidad del dueño de la casa.

El nombre que figuraba al lado del timbre de la vivienda A era «Eastman». Sus vecinos (habían construido cuatro apartamentos en las dos plantas de arriba) lo llamaban «señor Eastman» las pocas veces que se veían, normalmente porque había que hacer reparaciones en los desagües o en el tejado. Talbot era todo lo anónimo que se podía ser en esa época, o eso creía, y se esforzaba mucho en seguir siéndolo. Nadie sabía cuándo entraba o salía, gracias a la puerta del jardín. Su teléfono rara vez sonaba. Pagaba los recibos al contado... Hasta había comprado la casa al contado, por doce mil quinientas libras, pidiéndole a John Saxonwood que se encargara de todo y no hiciera preguntas. Que él supiera, Talbot figuraba en el censo electoral como «señor Eastman». Nunca recibió allí correspondencia que no hubiera iniciado él. La principal finalidad de ser el señor Eastman de Primrose Hill no era tanto estar solo como descubrir quién era en realidad.

Y ¿quién era exactamente ese «ser» que ocultaba con tanto celo, ese ser íntimo?

Encendió las luces —dejaba las persianas del salón casi siempre cerradas— y echó un vistazo rápido para comprobar que todo estaba en orden. Luego se abrió la bragueta y se sacó la polla. Dio un paseo por la habitación, se sirvió un *whisky* y se lo bebió de un trago. Se quitó toda la ropa y la dejó doblada encima de una butaca. Desnudo, se sirvió otro escocés bien grande, se sentó en la otra butaca y se fumó un cigarrillo, pensando, imaginando. Cuando se sintió a tono, buscó las llaves en su escondite secreto y abrió primero el cerrojo y luego las dos cerraduras de la galería. Entró y cerró la puerta con llave.

OceanofPDF.com

11

Anny Viklund estaba esperando en la parada del autobús, parpadeando por la intensa luminosidad de Brighton. Por eso se llamaba Brighton, había dicho Troy, por lo brillante que era la luz. Es muy brillante, porque estamos muy cerca del mar. La Ciudad del Brillo. Anny se había reído, pero Troy ya no estaba, había vuelto a su tráiler cuando terminaron de rodar su gran escena.

Anny tenía que darle una bofetada, bajarse atropelladamente del Mini amarillo, echar un vistazo, como fuera de sí, y salir corriendo sin pensar. Ahora, sola en una ciudad extraña, Emily Bracegirdle necesitaba coger un autobús y no tenía dinero.

Anny miró a su alrededor en la calle de Brighton. Vio un cine que se llamaba Curzon y una fila de edificios dispares, con comercios en el bajo: un bar Wimpy, un banco, una farmacia y una tienda de pianos. Por la calle pasaban coches ingleses, pequeños.

—¡Acción! —gritó el primer ayudante de dirección, y el bus de color rojo y crema cobró vida y se acercó a la parada.

Un grupo de curiosos del barrio observaba el rodaje de la película que estaban haciendo en su ciudad desde el otro lado de unas vallas de metal portátiles. Anny veía de reojo a Rodrigo Tipton, agachado detrás de la gran cámara montada en los raíles.

El autobús se detuvo y dos extras subieron.

—¡Vamos, Anny! —gritó Rodrigo, y Anny subió a la plataforma por detrás. El autobús arrancó.

—¡Genial! ¡Corten! Vamos a repetirlo.

Mientras bajaba del autobús, Anny pensó si Troy volvería esa noche a su habitación. No había dicho nada después de la escena de la bofetada — confiaba en no haberle hecho daño— y tenía muchas ganas de volver a

verlo. Le hacía gracia que pasar las noches con Troy, en secreto, sin conocimiento de nadie, estuviera convirtiendo esta película —que no le apetecía especialmente hacer— en la experiencia más agradable de su carrera cinematográfica hasta la fecha.

El bus volvió con esfuerzo al punto de partida. Anny se puso detrás de los extras, debajo de la marquesina. Mientras esperaban a repetir la escena, Anny miró con desinterés al grupo de personas que se habían reunido para ver trabajar a las estrellas de cine: hombres, mujeres y niños, callados y atentos.

Y entonces vio a Cornell Weekes.

OceanofPDF.com

Elfrida ni siquiera se había tomado la primera copa del día en el momento en que se le ocurrió la idea, así, naturalmente, espontáneamente. Estaba a punto de coger el cartón de zumo de naranja cuando le llegó, como una revelación, una respuesta, un antídoto. No tuvo nada que ver con el alcohol: fue su cerebro, funcionando por su cuenta. ¡Qué maravilla! Se preparó una mezcla extrafuerte de la botella de Sarson y naranja, brindó consigo misma, dio un par de tragos para poner en marcha el motor, por así decir, y fue a buscar su libreta de notas.

«EL ÚLTIMO DÍA PARA VIRGINIA WOOLF», escribió en mayúsculas. Y a continuación: «EL ÚLTIMO DÍA DE VIRGINIA WOOLF». Quizá lo segundo era mejor; tenía un tono más clásico, más admonitorio. No había necesidad de decidirlo de momento, lo importante era el concepto.

Sin perder un segundo, llamó a un taxi de la empresa de Rottingdean que elegía normalmente y le pidió al taxista que la llevase a la «mejor» librería de Brighton. La elegida resultó estar en Hove, la ciudad hermana de Brighton, más lujosa y señorial, cerca de Portland Road y del destartado espacio verde que era Davis Park. The Book Nook, así se llamaba, era un local pequeño, demasiado pequeño para lo que buscaba, se temía Elfrida. De todos modos, era un primer paso, y eso estaba haciendo, dar pasos.

A Elfrida no le gustaban las librerías desde que empezó su bloqueo de escritora. Le parecían espacios amenazantes, que se burlaban de ella, como si la abundancia de libros expuestos fuera un reproche personal, un insulto manifiesto y un recordatorio de su eterna inactividad. Al entrar vio que la librería se esforzaba para estar a la altura de su reputación. No solo estaba abarrotada de libros hasta el techo, sino que en todas las superficies disponibles, hasta el último hueco y resquicio, había un montón de libros

aparentemente desordenados, aunque le bastó un vistazo para comprobar que los anaqueles seguían cierto criterio de orden, a juzgar por los rótulos de fotografía, arte o viajes.

The Book Nook era un local largo y estrecho, iluminado por dos grandes claraboyas. Las estanterías ocupaban los dos lados completos, y en el centro había una mesa de comedor en la que se apilaban los libros, lo mismo que en la repisa de las ventanas y en diversos taburetes. Al fondo, sobre una plataforma, había un escritorio ocupado por un joven que estaba leyendo. Llevaba una boina y tenía una barba de chivo, con la punta encerada, según vio Elfrida al acercarse, y ensartada en la punta una cuenta de jade, o de ese color.

Elfrida hizo como que miraba los libros: era la única clienta y el librero no le había hecho ni caso; ni siquiera un «buenos días», observó con ligero reproche. Encontró la sección de ficción, con una muestra bastante amplia de las novelas de la señora Woolf, y también reconoció con cierta alarma el inconfundible lomo magenta de *El gran espectáculo*. Sin tocar su libro, interrumpió al librero para preguntarle dónde podía encontrar una «biografía», y el chico le indicó que subiera por una escalera de hierro en espiral a la plataforma que estaba encima del escritorio, igualmente abarrotada de libros, donde las biografías compartían estantes con «interés local» y «cocina». Fue directa a la W y encontró varios volúmenes de la autobiografía de Leonard Woolf pero, desgraciadamente, el volumen IV terminaba en 1939, dos años antes de tiempo. Mierda.

Bajó con cuidado y le dijo al librero que buscaba una biografía de Virginia Woolf.

—La verdad es que no creo que exista —dijo—. A nadie le interesa mucho esa gente de Bloomsbury.

—Ah. Qué raro.

—Está la biografía de Holroyd de Lytton Strachey, el primer volumen. El segundo está a punto de salir. Conocía a Woolf. Strachey, quiero decir.

—Sí, pero Strachey murió en 1932 —señaló Elfrida.

—¿Ah, sí? Pobre hombre.

—Es que a mí me interesa especialmente el... el último año de la vida de Virginia Woolf. 1941.

El chico se puso a toquetear la cuenta de jade que llevaba en la punta de la perilla y frunció el ceño mientras pensaba.

—Está *Diario de una escritora*. Sus diarios... editados por su marido.

—Eso puede ser justo lo que necesito. ¿Lo tiene?

—Está descatalogado; se publicó en la década de los cincuenta. Podría intentar encontrarlo y pedirlo.

—Maravilloso, si pudiera. Es muy amable—. Elfrida lo interpretó como una buena señal. Su simpatía por el joven taciturno creció ligeramente.

—También podría consultar los obituarios —propuso el librero.

—Una idea estupenda.

—¿Puedo preguntarle por qué le interesa tanto el final de la vida de Woolf?

—Bueno, porque soy profesora —improvisó Elfrida—. Doy clase de literatura inglesa en —buscó una institución que estuviera lejos— la Universidad de Aberdeen.

El chico se enderezó.

—Ahora que caigo, puede que tenga algo.

Subió por la escalera en espiral estrepitosamente y bajó en cuestión de un minuto con un panfleto pequeño. Se lo pasó.

—Es de un autor local —explicó—. Edición propia.

Elfrida miró el título: *El East Sussex de Virginia Woolf*, de Maitland Bole. Lo hojeó: unas sesenta páginas, con fotos borrosas y un mapa bastante bueno.

—¿Un autor local?

—Vive en Eastbourne.

—Me lo llevo. ¿Lo conoce?

—Viene de vez en cuando a traer ejemplares. Hace esos panfletos como rosquillas. *El Rye de Henry James*, *La vida literaria en Romney Marsh*, *Kipling y Burwash*... Cosas así.

—Fascinante —Elfrida le dio unas monedas. El panfleto costaba cuatro chelines y seis peniques (un poquito caro, pensó), pero era un comienzo, un símbolo de su intención.

—Necesitaré un nombre y un número de teléfono —dijo el joven, mirándola fijamente.

—¿Por qué?

—Me ha encargado un libro —explicó con paciencia—. Tendré que avisarla cuando llegue.

—Claro. Qué tonta.

El librero le pasó un bloc de notas y un bolígrafo desde el otro lado del escritorio y ella anotó su nombre —Jennifer Tipton, en lugar de Elfrida Wing— y el número de teléfono de la casa de Rottingdean.

—Gracias —dijo, con ganas de salir de allí cuanto antes—. Tengo la cabeza ida con Virginia Woolf. Muchas gracias —cogió el panfleto, sonrió y dio media vuelta, con la sensación de que le faltaba el aire. Le pasaba siempre que entraba en una librería; no podía acercarse a ellas. Necesitaba una copa.

Una vez instalada en el Repulse, con un *gin-tonic* doble delante, Elfrida se quedó mirando el panfleto de Maitland Bole. Virginia Woolf se suicidó el viernes 28 de marzo de 1941, ahogándose en el río Ouse, en East Sussex. Bole decía: «Hay pocos lugares más inspiradores y evocadores que el valle del Ouse en Sussex, entre Lewes y Newhaven. Al amanecer, los prados adoptan a veces un aire casi místico. “Ah, Albion, cuánto te quiero”, es el pensamiento que me viene a la cabeza cuando, una mañana temprano, paseando con mi perro, Trebizond, la neblina etérea que flota suavemente iluminada por los primeros rayos dorados del sol transforma toda la escena en un cuadro de...».

Elfrida cerró el panfleto. Se sentía muy rara pero reconocía la sensación. Estaba inspirada, eso era; los fluidos creativos empezaban a activarse, a alimentar su imaginación. Era como una de esas secuencias a cámara rápida de los documentales de televisión, cuando las gotas de lluvia empiezan a caer sobre el lecho de un río agrietado y seco: el cauce se embarra y el agua forma un reguero, que se acelera y se vuelve un torrente. *El último día de Virginia Woolf* iba a ser su salvación, lo sabía. Para celebrarlo, eufórica, se terminó el *gin-tonic* de un par de tragos. Por partes. Una excursión a Rodmell era lo más urgente, y luego un paseo meditativo por las orillas del río Ouse.

«Echa a andar por el paseo —le había dicho Rodrigo—, no te fijas en las cámaras ni estés atenta a ellas. Tú a lo tuyo: te paras y miras hacia el mar. Tómate todo el tiempo que necesites. Te estarán enfocando tres cámaras con teleobjetivo. La gente que te rodea no sabrá que estamos grabando». «¿Estás seguro? —preguntó Anny—. ¿Qué pasa si alguien me reconoce?». «No te reconocerán, confía en mí», insistió Rodrigo. Y Anny siguió las órdenes: se puso las gafas de sol, salió del coche al aire de Brighton, rasgado por las gaviotas, echó a andar por el paseo marítimo desde Waterloo Street en dirección a Regency Square y, tal como le había prometido Rodrigo, nadie la miró embobado, ni siquiera se fijaron en ella, y tampoco la pararon para pedirle un autógrafo. «A lo mejor es por el pelo negro —pensó—. O a lo mejor es que aquí no soy tan famosa como en Estados Unidos».

Iba paseando, parándose de vez en cuando a mirar un expositor giratorio de postales o a escuchar a un músico callejero; rodeó un puesto de bígaros y siguió andando sin rumbo hasta que se encontró con Shirley, su ayudante, que la acompañó al coche para llevarla volando de nuevo a Waterloo Street y repetir la toma. Rodrigo le pidió que no se parara a escuchar al músico callejero, porque toda la secuencia estaba pensada para ir con música, con una canción de los Beatles, Dangerous Play, los Pretty Things, Pink Floyd, los Rolling Stones, Antarctica, los Kinks, los Troggs o quien pudieran permitirse, le dijo, soltando nombres al azar con confianza.

Anny aceptó de buen grado y echó a andar nuevamente, sintiéndose casi como una persona normal, sin que nadie la reconociese y le diera la lata, paseando rodeada de turistas, fijándose en la playa de guijarros, en las mamás, los papás y los niños que gritaban entre las olas de la orilla. En un punto del paseo pensó: «Podría llevar una vida así —como una persona

corriente— si Gianluca Mavrocordato no me hubiera escogido justo después de terminar mi segundo año de carrera para rodar *Los días de Acuario*, con lo que cambió mi vida para siempre». La idea le hizo ponerse triste de repente. Claro que entonces, cayó en la cuenta, nunca habría conocido a Troy Blaze. Todo tenía sus ventajas, si una sabía buscarlas.

Después de una tercera vuelta por el paseo la llevaron a la unidad base, donde el productor calvo, Talbot Kydd, la esperaba en la puerta de su caravana.

—Buenos días, Anny —saludó con una sonrisa cortés—. ¿Puedes venir conmigo media hora? Es muy urgente.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—La policía quiere hablar contigo. Es por tu marido. He pensado que nos convenía discreción, así que irán a la oficina de producción.

En la oficina —a Anny le sorprendió que fuera una casa normal y corriente en una calle normal y corriente—, la llevaron a una sala llena de sillas de plástico, donde rechazó la taza de té o café que le ofrecieron. Estaba tranquila: había decidido no decir nada. En realidad empezaba a pensar si no estaba alucinando cuando tuvo la sensación de ver a Cornell entre la multitud, el día que rodaron en la parada del autobús. Ese día apartó la vista y cuando volvió a mirar ya no vio ni rastro de él. Autosugestión, pensó, que se activó al oír el nombre de Cornell. Encendió un cigarrillo, dio un par de caladas y lo apagó. Le llevaron una taza de café que no había pedido. Además, tenía una pinta asquerosa, con grumos sin diluir flotando en la superficie.

La puerta se abrió y entraron dos hombres. Uno de ellos, lo supo nada más verlo, era estadounidense: el corte de la chaqueta, la camisa almidonada y los mocasines relucientes lo delataban. El otro era inglés: joven, fuerte, con patillas y un bigotito fino hasta las comisuras de los labios.

—Señorita Viklund, gracias por atendernos —dijo el inglés—. Soy el inspector Desmondson, División Especial.

—¿Qué es la División Especial?

El inspector no contestó y prosiguió con sus presentaciones.

—Este es el agente Radetski.

El agente Radetski era bajito y nervudo, también joven, con el pelo al rape y una sonrisa torcida que intentó enderezar mientras tendía una mano a Anny y le enseñaba la placa con la otra. Anny miró la placa. FBI. Se le secó la boca.

Desmondson colocó tres sillas de plástico formando más o menos un triángulo, y se sentaron.

El agente Radetski carraspeó.

—Creo que ya sabe que su marido, Cornell Weekes, se ha fugado —empezó a decir.

—No es mi marido.

—Disculpe: su exmarido.

—Hace casi dos años que no lo veo. No sé nada de él; ni qué está haciendo ni dónde está. No estamos en contacto para nada. Ni siquiera sabía que estaba en prisión —esto último no era cierto, pero quería rodearse de una muralla infranqueable.

—Creemos que está en Inglaterra —explicó Desmondson—. Lo han visto desembarcando en Dover de un *ferry* que venía de Francia.

—Fue en avión de Montreal a Lisboa, hará una semana o diez días —añadió Radetski—. De eso estamos seguros.

—Me da igual —dijo Anny—. Como si me dicen que Sirhan Sirhan se ha dado a la fuga. Me trae sin cuidado.

Los policías se miraron.

—Nos preocupa que pueda intentar ponerse en contacto con usted en Brighton —dijo Radetski—. ¿Le molesta si fumo?

—Adelante.

Radetski y Desmondson encendieron un cigarrillo.

—¿Por qué querría ponerse en contacto conmigo? —preguntó Anny, esforzándose por emplear un tono neutro—. Estamos divorciados. No tengo absolutamente nada que ver con él desde que nos divorciamos. Para mí es como si no existiera —hizo una pausa—. Fue un divorcio raro, aunque la idea fue exclusivamente suya, no mía. No quería seguir casado conmigo, no soportaba mi trabajo en la industria del cine. Y ahí terminamos. ¿Por qué iba a buscarme?

—Cuando alguien se fuga —explicó Radetski con paciencia, como si hablara con una niña—, cuando alguien está en la lista de «los más buscados», cuando la Interpol ha dado la alerta en toda Europa... uno se desespera.

—Cualquier puerto es bueno si hay temporal —añadió el inspector Desmondson con una sonrisa compasiva.

—No se acercará a mí —contestó Anny, con un punto de vehemencia—. No le odio, pero han pasado muchas cosas. Ha llovido demasiado, supongo que me entienden.

—Yo le pediría que esté en guardia —dijo Radetski.

—Si lo ve, si ve algún rastro de él, si intenta ponerse en contacto con usted, por favor, avísenos —Desmondson se inclinó hacia delante y le dio su tarjeta—. A cualquier hora.

Anny cogió la tarjeta sin mirarla.

—¿Qué hizo exactamente? —preguntó, fingiendo ignorancia, pensando que era el mejor modo de protegerse—. Sé que puso una bomba.

Radetski suspiró.

—En realidad puso tres bombas. Una en la puerta de un centro de reclutamiento militar de San Diego, una en la sede del Partido Republicano de Pasadena y otra en las verjas de Fort Mitchell, en Nevada. Solamente explotó una, la de Fort Mitchell. Hirió a dos soldados, uno de ellos grave: perdió las dos piernas. Las otras dos las desactivaron; se encontraron sus huellas por todas partes.

—¿Por qué? Dios mío. ¿Por qué haría eso? ¿Qué estaría...?

—Hubo una especie de comunicado de prensa sincronizado con las bombas, que se envió al *LA Times* y al *San Francisco Chronicle*. En ese comunicado, Cornell declaraba la guerra al Reich estadounidense e invitaba a la población a sublevarse y participar.

Anny se sintió floja, como si se le abriera un agujero dentro, como si se le revolvieran las tripas. Cornell: ¿hasta qué punto podía llegar a estar jodida una persona?

—¿Está loco? —preguntó en voz baja.

—No lo creo. Pero no lo sabremos con seguridad hasta que lo detengamos.

La reunión había terminado; los detectives apagaron sus cigarrillos con cuidado y el agente Radetski le pidió a Anny un autógrafo para su hija.

OceanofPDF.com

14

—¿Se encuentra bien Anny? —le preguntó Talbot a Joe.

—Está un poco callada. Hemos cancelado su parte del rodaje para hoy. La llevé al hotel. A Rodrigo le pareció que era mejor que se tomara la tarde libre. Mañana toca la gran escena.

—¿Cuál?

—La escena de amor con Troy.

—Vaya. ¿El desnudo?

—Eso todavía está en discusión —dijo Joe. Pero no podía ocultar la curiosidad—. ¿Qué ha dicho exactamente la policía, jefe?

—Este tío fugado del FBI, Cornell Weekes, podría estar camino de Brighton.

—¿En serio?

—Anny es la única persona a la que conoce aquí. Estuvieron casados, por lo visto muy poco tiempo. Es un poco preocupante...

Joe parecía impresionado.

—Y el que estuvo en la oficina era un agente del FBI, ¿no? ¡Vaya!

—Justo lo que nos faltaba: un fugitivo del FBI —Talbot miró al cielo, como si suplicara a los dioses del cine que no le hicieran eso.

—Ah, una cosa —dijo Joe—. Silvia Slaye quiere verte.

Talbot notó que le ardía la úlcera.

—¿Dónde está?

—En vestuario.

Talbot fue andando hasta la unidad base, instalada en un aparcamiento municipal, cerca de Chapel Street. Al acercarse vio el revoltijo habitual de vehículos: caravanas de actores, instalaciones de *catering* y lavabos, peluquería, maquillaje y vestuario en sus camiones más grandes, con una escalera en la parte de atrás, y todo tipo de furgonetas y camiones aparcados

de cualquier manera, cargados con focos, cables y equipo de cámara. Un poco como el cuartel general de un batallón, pensaba siempre, al mando de un oficial que no había oído hablar de las líneas paralelas.

Subió la escalera del camión de vestuario como quien va al cadalso. Ya había trabajado con Sylvia Slaye y sabía a qué atenerse.

—¡No estoy decente, cariño! —gritó Sylvia al verlo entrar por la puerta.

Antes de darse la vuelta, Talbot llegó a ver unos pliegues de carne blanca, unas bragas y un sujetador rojo, y un pelo aclarado con agua oxigenada que asomaba como una fregona del cuello de un vestido de lentejuelas de color violeta.

—Ya puedas mirar, viejo verde.

Talbot dio media vuelta. Sylvia estaba tirando del vestido para pasarlo por las caderas. No había adelgazado desde la última vez que se vieron, pensó Talbot. Después se puso una boa de plumas rosas alrededor del cuello.

—¡Tachán! —exclamó, abriendo los brazos.

Se dieron un beso. Talbot retrocedió un paso. El vestido era demasiado ceñido para tantas carnes y dejaba a la vista demasiado escote. Y era corto: llegaba por la mitad del muslo.

—¿Qué te parece? —dijo Sylvia, posando.

—Tienes que hacer de ama de casa, Sylvia. Pareces... Estás demasiado... Glamurosa.

—¡Venga ya, Talbie! Es lo que esperan de Sylvia Slaye: un poco de glamur en sus vidas tristes.

Talbot sonrió. Tendría que hablar con Rodrigo. Esto era absurdo.

Sylvia se había sentado en una silla y estaba embutiendo los pies en unos tacones de aguja; la presión de los brazos estirados ahondaba el profundo canalillo entre los pechos. Increíble que en otra época la hubiesen llamado la Brigitte Bardot inglesa, pensó Talbot, que la recordaba en su momento de esplendor, en la década de los cincuenta, cuando trabajaron juntos en *Muerte repentina en el Soho*. Sylvia se especializó en papeles de novia de gánster y «mujer de la noche» en *thrillers* sórdidos y baratos antes de conseguir varios taquillazos con una serie de películas sobre un mismo personaje, Milly Jenkins. *Milly Jenkins va de cámping*, *Milly Jenkins se*

casa, Milly Jenkins se enrola en el Ejército y otra media docena de entregas, todas ellas comedias británicas picantes, plagadas de insinuaciones sexuales y exhibiciones de las curvas de Sylvia, cada vez más amplias.

Se acordó de pronto: fueron los Appleby quienes insistieron en contratar a Sylvia. Los Appleby, con su influencia lejana pero poderosa e imposible de ignorar. Talbot le ofreció la mano a Sylvia, viendo que le costaba ponerse en pie. Interpretaba el papel de la señora Bracegirdle, la madre de Emily. Ferdie Meares era el señor Bracegirdle.

—Siempre he pensado que eras un cabronazo mezquino y tacaño, Talbot Kydd —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Como si le diesen pie, Ferdie Meares entró en vestuario, insinuando con una sonrisa amplia y falsa que lo decía en broma. Llevaba un traje de *tweed* en tonos naranjas, como si acabara de llegar a la ciudad de un refugio rural.

—No sé qué me indujo a aceptar tu miserable oferta.

—Eres libre de rechazarla, querido Ferdie. Nadie quiere que hagas esta película a la fuerza.

—¿Y perder la oportunidad de reunirnos en la pantalla? Lo que hay que oír —Meares se acercó a Sylvia, la abrazó y le dio un beso húmedo en la mejilla. Era un hombre anormalmente flaco, con la barbilla floja, la nariz ganchuda y los ojos saltones. Había sido el tonto de un dúo cómico —Moore y Meares— en espectáculos de variedades, que terminó con la muerte repentina y prematura de Moore. Sin embargo, Ferdie siguió ganándose la vida holgadamente en el cine, interpretando papeles cómicos de tonto remilgado y quisquilloso en innumerables películas británicas: el profesor inepto, el trabajador pelota de la Oficina de Empleo, el soldado torpe que no sabe desfilar y cosas así. Un individuo de lo más desagradable, pensó Talbot, forzando una sonrisa.

—Siempre es un placer tenerte a bordo, Ferdie —mintió.

—Espero conseguir mi recompensa en el cielo —dijo Meares, sonriendo con la boca pero no con los ojos.

—Querías verme, Sylvia —dijo Talbot.

—Sí... No estamos contentos con el alojamiento —explicó—. ¿Verdad, Ferdie?

—Ni con el medio de transporte, ya puestos —añadió Ferdie.

Talbot les dijo que hablaran con Joe. Solo los necesitaban para un par de días de rodaje, pero querían *suites* en el Metropole y su propio coche con chófer disponible en todo momento. Ninguno de esos extras figuraba en sus contratos, pero ¡qué coño! Talbot volvió al Grand extrañamente desanimado. Sylvia y Ferdie estaban completamente equivocados: nadie iba a creerse que eran los padres de Anny Viklund; además, sabía que Reggie «Rodrigo» Tipton no tenía la personalidad necesaria para enfrentarse a sus inmensos egos y sus continuas exigencias. A lo mejor podían eliminarlos en el montaje, pensó, tratando de consolarse.

Pidió el Alvis, se puso al volante y enfiló hacia el este por la carretera de la costa, en dirección a Rye. Necesitaba alejarse un rato de *La utilísima escalera a la luna de Emily Bracegirdle*. «Volver a mi mundo —pensó— y un paréntesis de cordura».

OceanofPDF.com

15

—Pero me dijiste que estabas divorciada —dijo Troy—. ¿Por qué viene a buscarte?

Anny cerró los ojos y otra vez le entraron ganas de llorar.

—Ni puta idea. Está hecho un lío. Puso tres bombas. Le ha declarado la guerra a Estados Unidos.

—¡La madre que lo parió! —exclamó Troy—. ¿Por qué te casaste con él? Parece que está piradísimo.

—Antes no era así. No se parecía a nadie que hubiera conocido. Apasionado en todo —y en un raptó de sinceridad añadió—: Me recordaba a mi padre.

Vio que Troy fruncía el ceño, en un claro intento de asimilar la idea. Estaban en la cama, en la *suite* de Anny, y era tarde, más de medianoche. Troy había llevado la botella de vino habitual, pero Anny no quiso beber nada. Se había tomado dos Equanil después de la reunión con los detectives, muy alterada por las desagradables noticias.

—¿Qué hacía tu padre? —preguntó Troy.

—¿Qué?

—¿En qué trabajaba?

—Era farmacéutico.

—¿Qué es eso? ¿Una especie de agricultor?

—Creo que vosotros los llamáis químicos

—Ah, sí. Vale. ¿Eso era en Suecia?

—No. Era en Lake Harbo, en Minnesota —se volvió a mirar a Troy y se acurrucó contra él cuando la abrazó—. En Estados Unidos. Soy de allí. Mi padre era «químico» en Lake Harbo. Tenía su propio negocio: Farmacia Viklund. Es un sitio lleno de inmigrantes suecos.

—¿Tenías hermanos?

—Tengo un hermano, dos años mayor que yo: Lars.

—¡Qué nombre tan raro! Lars...

—Sí. Muy distinto de Troy.

—¿Qué hace?

—Está en el Ejército. En Vietnam.

Anny le contó a Troy una versión breve de su historia. Nació en Lake Harbo, Minnesota, en 1940, no muy lejos de Minneapolis. Su padre se llamaba Kurt; su madre se llamaba Hilma. Todo iba bien hasta que su madre se lió con otro hombre, Melker Eliasson, y volvió con él a Suecia. La guerra había terminado. Dos años después, Hilma Viklund murió en un accidente de coche. A Anny, que no tenía un recuerdo claro de su madre, y a su hermano Lars, los crió su tía Sigrid, hermana de Kurt. Anny se graduó en el instituto de Lake Harbo y fue a la Universidad de Rosenberg a estudiar Veterinaria. Le gustaba actuar y estaba en el grupo de teatro *amateur* de la facultad. Un día le dio por ir a Minneapolis a una prueba para una película de Gianluca Mavrocordato. Mavrocordato la escogió entre mil chicas en su búsqueda por todo el país de una nueva estrella. Fue la protagonista de *Los días de Acuario*, y su vida cambió para siempre.

—Y aquí estoy —susurró—, en la cama con el famoso Troy Blaze.

—A veces se tiene suerte —dijo Troy, y le dio un beso.

—Más vale que te vayas. Mañana es el gran día.

—¿Vas a hacerlo?

—Ya lo he hecho. Lo hice en *Noches de hotel*. Rodrigo dice que solo se me verá el trasero, no las tetas. Es importante.

—Yo también me desnudo si tú quieres.

—Quiero —esta vez fue ella quien le dio un beso.

—Lo malo es que me deje llevar —dijo Troy.

—Lo dudo... Habrá veinte tíos alrededor de la cama.

—Sí. Supongo —se quedó un rato pensativo—. ¿Qué tienes que hacer exactamente?

—Salir de la cama, desnuda, y acercarme a mirar por la ventana. Corte.

—Puedo seguirte a la ventana.

—Eso estaría bien. Díselo a Rodrigo. Seguro que si el público ve tu culo además del mío no podemos fallar.

—Se lo diré. Sí. Ya lo verás —Troy se sentó en la cama y se frotó el pelo con las dos manos—. Mierda —salió de la cama y empezó a vestirse, asintiendo para sus adentros, como si estuviera rumiando algo, algo importante. Volvió a sentarse y cogió a Anny de la mano.

—Oye, en nuestro próximo día libre, ¿te gustaría venir a conocer a mis padres?

—Claro —dijo Anny, sin reflexionar. Y luego pensó: «¿Por qué quiere Troy que conozca a sus padres?». Lo miró y vio que sonreía. Volvió a pensarlo: porque Troy Blaze es así. No había trampa, no había plan oculto —. ¿Viven cerca de aquí?

—En Swindon. Podemos ir y volver en el día.

—Sería genial —dijo Anny—. Genial, en serio —añadió sinceramente —. Me gustaría mucho, gracias. De Swindon al cielo.

OceanofPDF.com

El coronel Ivo Stuart-Hay, Cruz Militar y Orden del Mérito Militar con un galón, vivía en una casa parroquial a unos tres kilómetros de Rye, cerca de Military Road, así llamada casualmente, camino de Appledore. La vivienda era la clásica construcción de ladrillo de color arena en unos jardines de dos hectáreas y media. En *Los edificios de Inglaterra* se definía como «elegante y austera», y tenía dos pisos, cinco ventanales de ocho paños y un pórtico dórico toscano descentrado. Austero y elegante era también el coronel, pensó Talbot, el hombre mejor vestido —con o sin uniforme— que había conocido nunca.

Talbot aparcó a un lado del pórtico y, al salir del Alvis, echó un vistazo a los jardines, con sus hayas, robles y castaños bien distribuidos, hacia el muñón de una torreta sepultada por la yedra, un puesto de caza de ciervos que el coronel llamaba su «capricho». Era un sitio muy tranquilo: no se oía el tráfico de Military Road, la temperatura era suave y un lento convoy de nubes altas se alejaba tranquilamente hacia Europa continental, al este. A lo mejor eso era lo que necesitaba, pensó Talbot, un retiro cerca de la civilización. No estaba demasiado lejos del bullicio —había tardado poco más de dos horas en llegar desde Brighton—, y uno podía escaparse siempre que le apeteciera.

—Comandante Kydd, bienvenido.

Talbot dio media vuelta y vio salir por la puerta principal a George Trelawny, antiguo ayudante del coronel. Trelawny era bajito y de constitución fuerte —pasaba de los cincuenta, calculaba Talbot—, y llevaba una camiseta de rayas rojas y unos vaqueros descoloridos.

Se dieron la mano con familiaridad. Talbot había visto a Trelawny en varias ocasiones desde que dejó el regimiento, pero siempre le impresionaba un poco verlo sin uniforme.

—El coronel está detrás, con los perros. ¿Vamos? —Trelawny nunca llegó a perder su acento de West Country.

Rodearon la casa por un costado hasta un establo grande, con tablones de madera vieja calafateados y la cubierta de teja roja. A un lado había media docena de jaulas de pollos. Unos perrillos negros correteaban al sol por las jaulas de alambre.

—¿Cómo va todo, George? —preguntó Talbot.

—No doy abasto criando —dijo George—. Tengo una lista de espera de dos años.

Talbot se acercó a la jaula que tenía más a mano. Cuatro bulldogs franceses se adelantaron rápidamente y apoyaron de un salto las patas delanteras contra la malla de alambre, con la lengua fuera. Qué cosas tan canijas y feas, pensó Talbot. Le había preguntado al coronel en cierta ocasión por qué, entre todos los perros del mundo, había elegido al bulldog francés para la cría. «Casi nunca ladran —contestó el coronel—, así de sencillo». Talbot miró las jaulas y calculó que habría unos cuarenta perros correteando. Habían abierto unas puertas bajas en los tablones para que los animales pudieran retirarse al establo o quedarse en las jaulas. Vio que los perros eran ciertamente discretos y se limitaban a mostrar su entusiasmo jadeando o emitiendo esa especie de resoplido característico. Era lógico. El coronel Stuart-Hay salió en ese momento por la puerta principal del establo, y Talbot consiguió no hacer el saludo marcial. Había prestado servicio en la guerra con Stuart-Hay, coronel al mando del Segundo Batallón de Infantería Ligera de East Sussex, hasta que lo hirieron al sur de Roma. Talbot era su oficial de inteligencia, y los dos habían pasado necesariamente muchos meses juntos.

Se dieron la mano. Stuart-Hay vestía una americana de sarga azul marino y unas botas de media caña relucientes. Llevaba un pañuelo de seda roja anudado al cuello y el pelo, fosco y gris, peinado con raya a la izquierda y alisado con algún aceite o loción. El parche negro en un ojo acentuaba aún más su encanto enjuto. Debía de andar cerca de los setenta años, pensó Talbot; respondía al perfecto estereotipo de la clase guerrera intelectual inglesa... salvo en un aspecto crucial.

—¿Cómo te va, Talbot? —preguntó Stuart-Hay con una sonrisa—. ¿Todavía no te han derrotado?

—Bueno, lo intentan.

Mientras iban hacia la casa, Talbot les habló de la visita de la División Especial y el FBI al plató.

—Veo que eso no pasa todos los días.

—La pobre chica intenta poner buena cara —dijo Talbot— pero creo que está muy alterada. Esto supone un montón de estrés añadido para ella.

La casa parroquial reflejaba por dentro el mismo gusto austero y elegante de la fachada. Suelos de *parquet* de color claro con alfombras azul marino, sofás y butacas cómodas y escogidas con criterio, y unos cuantos paisajes al óleo de escaso interés en las paredes. La impresión general, pensaba siempre Talbot, era de limpieza casi maniática. Lo atribuía a la formación militar de George Trelawny. A los perros no les dejaban entrar en la casa.

Se sentaron en el salón y George preparó unos martinis potentes. La ginebra helada era justo lo que Talbot necesitaba, y al coronel le puso más hablador de lo normal. Intercambiaron cotilleos de antiguos compañeros del Ejército y el coronel hizo trizas un libro nuevo de reciente aparición sobre el 8.º Ejército italiano: «noventa y cinco por ciento de sandeces» fue su veredicto. George se marchó a la cocina a preparar la comida y cuando la tuvo lista les pidió que pasaran al comedor.

Tomaron de primero salmón ahumado y de segundo cordero asado con guisantes y patatas hervidas, acompañado de un excelente rosado Pichon Longueville del 58. El pudín era de frambuesas con crema, y después sacaron medio Stilton para tomar con el oporto. Dedicaron diez minutos a repasar y analizar, con lápiz y papel, una escaramuza en la que había participado su batallón en 1942, en Wadi Musa: el coronel por fin estaba escribiendo sus memorias.

—Tengo todas mis antiguas notas de inteligencia en Londres —dijo Talbot—. De haberlo sabido las habría traído.

—La verdad es que podrían ser muy útiles. Estupendo. La historia del batallón es puñeteramente vaga: le faltan números precisos, nombres reales y datos del tiempo que hacía.

—Ha pasado mucho tiempo, Ivo. Nos estamos haciendo viejos y nos falla la memoria.

—Cierto, pero no del todo decrepitos.

George se levantó diciendo que tenía que llevar dos cachorros de bulldog francés a un cliente en Ramsgate. Añadió que volvería sobre las seis.

—Me alegro de volver a verlo, señor —le dijo a Talbot, y se corrigió enseguida—: Talbot.

Se acercó al coronel y le dio un beso en los labios.

—Ve con cuidado, cariño —le dijo el coronel—. Recuerda que no hay nada más peligroso que una carretera rural.

Cuando George ya se había retirado, el coronel llenó hasta arriba los vasos de oporto y volvieron al salón. Stuart-Hay encendió un purito y Talbot un cigarrillo.

—¿Cómo te va la vida, Talbot? —preguntó el coronel deliberadamente—. ¿Cómo está tu «corazón sin revelar»? Creo que fue así como me lo describiste una vez.

Talbot captó la indirecta.

—Está en proceso de revelado —dijo, permitiéndose una sonrisa insinuante.

—Me alegro.

—Con pocos cambios. Sigo haciendo mis fotos. Algunos chicos son encantadores.

—¿Mujeres?

—Unas cuantas modelos. Una o dos profesionales. No he perdido el gusto del todo. Aunque soy muy exigente.

—Siempre has estado lleno de secretos.

—¿No lo estamos todos? Llenos de misterios.

El coronel reflexionó sobre este comentario frunciendo ligeramente el ceño, como si le concediera muy en serio el beneficio de la duda.

—Supongo que nada dura demasiado —dijo el coronel.

—No. Como mucho un par de días. Algunos vuelven, pero yo no los animo. Es lo mejor. Lo prefiero así.

—Bueno, ahora podemos hacer algo —asintió el coronel—. Desde esa bendita ley.

—Sí. Solo me gustaría que tuviera otro nombre, ya sabes. «Ley de Delitos Sexuales de 1967». ¿Por qué no «Ley de Naturaleza Sexual»? ¿O «Ley de Orientación Sexual»? Yo nunca creí que estuviera cometiendo un «delito» —hizo una pausa—. En el Ejército sigue siendo ilegal. Menos mal que ya estamos todos retirados.

—Exacto —dijo el coronel—. La verdad es que nunca me lo había planteado así —miró a Talbot con conocimiento de causa—. Entonces... ¿te estás tomando nuevas libertades?

—Estoy muy contento con mi organización. Con mi «vida».

—¿Qué hay de Naomi?

—No creo que tenga una idea clara.

—Alguna tendrá, seguro. Las mujeres tienen instinto. Seguro que sabe que eres raro. Mi madre dice que lo supo desde que cumplí ocho años. Aunque nunca dijo ni mu. Me lo contó en su lecho de muerte.

—Nosotros vivimos y dejamos vivir, Naomi y yo. Es todo muy civilizado.

El coronel se sirvió otro oporto. Talbot no quiso más: tenía que volver al rodaje.

En la gravilla, delante de la puerta principal, el coronel detuvo a Talbot cuando estaba a punto de sentarse al volante del Alvis.

—La semana pasada estuve con George en un club de Brighton... Me llevó George. Se llama Icebox.

—¿Icebox?

—Fue toda una revelación —dijo el coronel con aire pensativo—. Estar allí con nuestra gente, con los «nuestros», por así decir. Sin prohibiciones, sin riesgos, sin escándalo. Todo legal. Nunca me imaginé que viviría para verlo.

—Parece increíble. El cambio de ley, quiero decir.

—Deberías ir, Talbot. Los jóvenes de hoy no son como nuestra generación. Se te caerá la venda de los ojos. Pásate aunque solo sean diez minutos. El ambiente es muy relajado: nada intimidante ni excesivo,

supongo que ya me entiendes. Me resultó... —El coronel buscó una palabra —: Maravilloso, inspirador.

—No estoy seguro de que sea lo mío —Talbot intentó imaginarse al coronel en un sitio como el Icebox, que no conocía. Y comprendió que no tenía la menor idea de cómo sería un club de ese estilo; lo que se imaginó lo había visto en una película anterior a 1967, por supuesto. Luego, animado por el rumbo que había tomado la conversación, hizo una pregunta que nunca había hecho.

—Por favor, Ivo, no me contestes si no quieres. Mándame a la mierda, pero en la guerra ¿tú y George estabais...? —no terminó la frase.

—Claro —asintió el coronel con franqueza—. Éramos muy discretos. Teníamos muchísimo cuidado, pero los dos supimos desde el primer momento lo que... lo que sentíamos el uno por el otro. Yo me enamoré casi a primera vista. Así de simple.

—Comprendo —dijo Talbot—. No tenía la más remota idea. Ni por un segundo se me pasó por la cabeza.

—Esa era mi... nuestra... intención —el coronel sonrió—. Yo tampoco tuve nunca la más remota idea de lo tuyo, si te digo la verdad.

—¡Qué canalla tan guapo! Casi me vuelve loco.

Se rieron.

—Una historia maravillosa. Y ahora estáis aquí, viviendo juntos, trabajando juntos... —dijo Talbot.

—No podríamos ser más felices. Yo no podría ser más feliz. El mundo a veces opera misteriosamente de la manera más oportuna.

Se dieron la mano.

—Quien nada arriesga nada gana, Talbot. Recuerda eso. No estamos aquí demasiado tiempo: sácale el máximo partido posible.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Conoces a alguien que quiera un bulldog francés? Son unos perritos muy leales. Tú te puedes saltar la cola. Y te haré un buen descuento.

Talbot se marchó sin poder quitarse de la cabeza el subtexto implícito en las palabras del coronel. Tenía la esperanza de que la comida fuera un momento de relajación, un paseo por las avenidas del recuerdo y la vida militar, y le había revuelto un poco. Quien nada arriesga nada gana.

De pronto, espontáneamente, al llegar a Rye giró hacia el este, dejó atrás el puerto y continuó hacia Camber y Camber Sands. Al dejar el coche en el aparcamiento de Camber Sands vio que la marea estaba baja y la inmensa playa se extendía a lo lejos, casi hasta el horizonte, parecía, como un tramo de desierto gigantesco trasladado a la costa sur de Inglaterra. Las sombras de las nubes pasaban deprisa, moteando la arena de color caramelo. Se quitó la corbata y la chaqueta y las tiró al asiento trasero. Luego se encaminó a la playa a través de las dunas, entre familias de vacaciones y gente que tomaba el sol, y continuó por la llanura de arena hacia la lejana franja azul grisácea del canal de la Mancha.

Su hermano pequeño, John-Christopher Kydd, el teniente de aviación «Kit» Kydd, fue derribado al otro lado de Rye por tres Messerschmitt 109, y su Spitfire, totalmente inclinado, se estrelló en el canal a unas tres millas de la costa de Camber Sands. El avión y el cuerpo de Kit nunca se recuperaron, tal fue la velocidad del impacto, y la zambullida del Spitfire, casi vertical, hizo que la aeronave quedara sumergida a gran profundidad. Esto ocurrió el 22 de julio de 1940. Habían pasado casi veintiocho años, pensó Talbot. Kit tenía entonces veintitrés.

Talbot adelantó primero a un perro solitario, ladrador y retozón —una especie de terrier, perdido— que iba arrastrando la correa por la arena, y luego a un hombre que enseñaba a su hijo a volar una cometa. Siguió andando, con la sensación ocasional de que el sol le quemaba la calva. La marea estaba en su punto más bajo y quedaba más de un kilómetro y medio hasta la orilla, donde las olas suaves se derramaban en silencio, apaciblemente.

Talbot se quedó allí contemplando las olas, pensando en su hermano, en lo distinta que habría podido ser su vida si Kit no hubiera muerto. Kit: rubio, ingenuo, de risa fácil. Era alto, más alto que Talbot, y Talbot se acordó de cómo se había reído la última vez que estuvieron juntos, de cómo tenía que contorsionarse Kit para entrar en la cabina del Spitfire, doblándose con ayuda de su tripulación de tierra. La muerte repentina de Kit segó la vida de su madre, que murió un año después, y esto permitió a su padre embarcarse en un segundo matrimonio desastroso y una serie de aventuras breves. Si Kit no hubiera muerto...

—¡Kit! —gritó a las olas inquietas y picadas—. ¡Kit, estoy aquí! ¡Soy yo! ¡Estoy aquí, Kit! ¡Pienso en ti! ¡Te recuerdo! ¡Sueño contigo!

Una ráfaga de brisa se llevó sus palabras y, avergonzándose al instante, miró a su alrededor para ver si alguien se había fijado en aquel hombre entrado en años que le gritaba al mar. Al parecer estaba solo en la orilla de la inmensa playa. Volvió al coche por la arena. No sabía explicar por qué, pero tenía la sensación de que acababa de hacer algo valioso, por inútil que fuera imaginar un mundo en el que Kit aún vivía. Los «qué habría pasado si» podían llegar hasta la otra punta de Camber Sands, a ocho kilómetros. Vive la vida que se te ha dado, pensó, recordando las palabras de Ivo Stuart-Hay, y sé quién eres. Del dicho al hecho hay mucho trecho.

De nuevo en el Grand, entregó las llaves del coche al portero y fue derecho al bar. Icebox era el nombre de aquel club. Tenía que averiguar dónde estaba, como un simple experimento, algo nuevo, para ver si algo había cambiado con la promulgación de la ley. Como decía el coronel: no estamos aquí demasiado tiempo, hay que aprovecharlo al máximo.

¿Era hoy el día...? Elfrida se hizo la pregunta con una extraña inquietud. Llenó el vaso de zumo de naranja para tranquilizarse. Quizá le conviniera tomarse un descanso —de unos días—, pensar las cosas un poco más. Al fin y al cabo, la idea se le acababa de ocurrir y a lo mejor se había precipitado indebidamente. Al mismo tiempo, reconocía el síntoma familiar: el aplazamiento, una de las siniestras señales de su bloqueo, su eterna enfermedad. «No, Elfrida —se ordenó—. Arranca, empieza, ponte en marcha». Se acordó de la famosa frase de Guy de Maupassant: «Ponlo negro sobre blanco, tinta sobre papel».

Armándose de valor, pidió un taxi para que la llevara de Rottingdean a Rodmell, ida y vuelta, costara lo que costara, y fue a por su libreta de notas y el panfleto de Maitland Bole. Echó unos dedos de vodka en una botellita de cristal, por si necesitaba animarse un poco y, ya que la botella estaba abierta, bebió un trago, y luego otro. ¿Cómo era ese refrán ruso? «Nunca abras una botella de vodka para servir un solo vaso...», o algo por el estilo. Como mínimo dos. ¿Quién dijo eso? ¿Pushkin? ¿Dostoievski? Daba igual, lo estaba parafraseando, pero, de todos modos, le parecía una tradición popular eminentemente razonable.

El taxi se había parado delante de la puerta, y Elfrida le estaba indicando que lo había visto cuando sonó el teléfono. Pensó en no contestar pero podía ser Reggie, a quien prácticamente no había dirigido la palabra desde que discutieron. Lo veía tan poco como si estuviera rodando en el extranjero, y contestó.

—¿Hola?

—Hola. ¿Podría hablar con Jennifer Tipton?

—Lo siento, se ha equivocado de número. Aquí no hay nadie que... — De pronto cayó en la cuenta—. Un momento —carraspeó—. ¿Sí? Soy

Jennifer Tipton.

—Hola. Soy Huckleberry, de The Book Nook. Hemos recibido su Virginia Woolf.

—¿Virginia Woolf?

—Encargó usted *Diario de una escritora*. Ha llegado esta mañana.

—Ah, sí, claro. Estupendo. Ahora mismo voy.

Colgó. Era una señal. Se sintió rebosante de alegría, arrebatada de alegría, desbordada de alegría, como si estuviera en un poema de Gerard Manley Hopkins. La sombra de Virginia Woolf la animaba a ir a Rodmell y clavarse una estaca en el corazón. Salió corriendo hacia el taxi. A la mierda los aplazamientos. Pidió al taxista, contrariado, que cogiera el desvío de Hove y la llevase a The Book Nook, donde pagó por los diarios de Woolf. Buscó las páginas finales, porque eran las últimas entradas las que le interesaban, y las leyó ávidamente en el trayecto de Brighton al valle del Ouse, que no estaba demasiado lejos.

Pidió al taxista que aparcase en la puerta del bar del pueblo —el Abergavenny—, con idea de entrar luego a tomar algo, cuando hubiera terminado con sus pesquisas. Echó a andar por una calle larga y estrecha hacia la parte baja del pueblo, donde se encontraba Monk's House, la casa de campo de Virginia y Leonard Woolf, que identificó a la primera con ayuda del estupendo mapa de Maitland Bole. Se detuvo a contemplar la casa, muy pequeña y casi escondida entre la vegetación. Vio una cerca de madera blanca y desconchada con una cancela. Los árboles y los arbustos altos tapaban la mayor parte de la vista.

Se detuvo un momento, intentando invocar al espíritu de Virginia Woolf, pero no lo consiguió. A la derecha vio un sendero bordeado por una tapia alta que llevaba a la iglesia, la de San Pedro. Dio unos pasos por el sendero y, de puntillas, se asomó por encima de la tapia para ver el jardín entre el dichoso follaje. Era un jardín considerable, de más de una hectárea, pensó, y al fondo se adivinaba un huerto, detrás de los macizos de flores. Delante tenía un estanque y un porche acristalado. En una pradera de césped vio varias hamacas y sillas de madera, y a un anciano con chaqueta de lino beis y sombrero panamá, podando las dalias. O sea que la casa estaba ocupada. Pensó que podía atreverse a llamar a la puerta después.

Se dirigió a la iglesia, la rodeó y siguió hasta la tapia del cementerio, con sus vistas de los prados a lo lejos. Vislumbró el curso del río, o al menos las orillas, a menos de un kilómetro, muy desnudo, sin árboles ni arbustos a la vista y muy recto, casi como un canal. Se volvió a mirar hacia Monk's House, casi escondida por los árboles y el huerto, desde el mirador. Virginia podía ir paseando por el jardín y el huerto hasta la cancela para salir a los campos que bajaban al Ouse, sin necesidad de pasar por la iglesia, por supuesto. Elfrida se sentó en la tapia con las piernas colgando y saltó al otro lado.

Tardó menos de diez minutos en llegar a los prados y el río, y pronto se vio en lo alto de la orilla, contemplando el lento paso del agua y pensando si sería allí donde Virginia se metió una piedra grande en el bolsillo del abrigo y entró en el agua. ¿Dónde habría aprendido lo de la piedra? Elfrida intentó recordarlo. Ah, sí: se lo contó Enid Bagnold en una fiesta, años antes. Qué curiosa manera de saltar en la memoria tenían las cosas. Entonces pensó: ¿se tiró Virginia al agua? Por el panfleto de Bole sabía que el Ouse estaba expuesto a las mareas, y con marea alta el río era profundo: Elfrida calculó que podía alcanzar el metro ochenta. Era fácil sumergirse y tragar agua varias veces para encharcar los pulmones. Miró de nuevo el mapa de Bole. El siguiente pueblo, que no estaba lejos, era Southease, a medio kilómetro, y en Southease había un puente que cruzaba el río. ¿No habría seguido Virginia un poco más río abajo, hacia Southease? La gente habría podido verla desde el puente. Elfrida se encontraba en ese momento en la orilla oeste, en el punto más cercano a Monk's House. Aguas arriba estaba Lewes. No, en algún punto de este tramo de turba de la orilla —a menos de tres metros en cualquier dirección— se encontraba el sitio exacto en el que Virginia Woolf decidió meterse en el agua y acabar con su vida.

Le entraron escalofríos. Era un día de julio de 1968, agradable a pesar de que estaba nublado. Se imaginó que el 28 de marzo de 1941 debía de hacer un frío brutal. Abrió la botellita de vodka y saludó con ella al río antes de dar un par de tragos reconstituyentes. Volvió a guardarla en el bolso, dio media vuelta y echó a andar por los prados hacia la iglesia, con la sensación de que ahora que había visto el escenario con sus propios ojos empezaba a sentir un respeto desconocido por su colega escritora. Entre

otras cosas, suicidarse allí, ahogándose, exigía definitivamente valor, coraje. Y un pragmatismo gélido: llevaba la piedra en el bolsillo precisamente para no arrepentirse. Y, quizá —la idea se le ocurrió de golpe—, quizá ni siquiera sabía nadar. ¿Quién tendría la respuesta a esas cosas? Dios, pensó Elfrida, viendo que ahora le costaba mucho más saltar la tapia del cementerio, ¿seguro que no hay una forma más fácil de acabar con la propia vida y alcanzar la feliz liberación del olvido?

Se asomó una vez más por encima de la tapia a mirar el jardín de Monk's House. El hombre del sombrero estaba ahora sentado en una hamaca, leyendo el periódico.

—¡Oiga! —llamó Elfrida—. ¡Disculpe! ¡Aquí, en la tapia! —Hizo señas con la mano, separando las ramas de un laurel para que se la viera mejor.

El anciano tardó unos dos minutos en doblar el periódico, levantarse de la hamaca con esfuerzo y acercarse despacio. Se quitó el sombrero y la miró con cara de preocupación.

—Hola —dijo—. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Estoy perfectamente. Solo quería saber —dijo con falsedad— si por una remota casualidad esta era la casa de Virginia Woolf.

—Pues sí —asintió el anciano. Era muy delgado y de hombros estrechos, demacrado y ojeroso, con una buena mata de pelo blanco y unas orejas que asomaban del cráneo en ángulo recto como las asas de una olla.

—Me interesa mucho Virginia Woolf —explicó Elfrida.

—No es usted la única.

—¿Puedo preguntarle desde cuándo vive aquí?

—1919.

—Ah —Elfrida cayó en la cuenta—. Entonces tiene que ser usted el señor Leonard Woolf.

—El mismo.

«Mierda —pensó Elfrida—. No puedo preguntarle qué hizo su mujer el último día, antes de ahogarse. ¡Qué frustración!». Ganar tiempo era la mejor táctica, y por lo menos contaba con la atención del señor Woolf.

—Yo también soy novelista —dijo Elfrida, para justificar su atrevimiento—. A veces me comparan con su mujer, con la señora Woolf. Me llamo Elfrida Wing.

—No conozco su obra. Lo siento.

«Bueno, ¿por qué no me invitas a una taza de té —pensó— y aprendes un poco?». ¿Cuántos novelistas desconocidos se toman la molestia de ir a Rodmell a lo largo del año? Elfrida habría apostado que ninguno. Decidió ser valiente.

—Me interesan mucho los detalles del último día de Virginia Woolf: el 28 de marzo de 1941.

Leonard Woolf la miró parpadeando, como si la viera por primera vez. Mientras la observaba, las comisuras de sus labios se deslizaron hacia abajo. Parecía a punto de escupir.

—Buenos días, señora Gring —dijo sin miramientos, lanzando el periódico encima de una silla y entrando en la casa a pisotones.

«¡Joder! —pensó Elfrida—. ¡Idiota! Tendrías que haber sido más sutil: pedir un vaso de agua o algo así», se reprochó. Volvió de mal humor hacia el Abergavenny —un nombre galés raro para un bar de East Sussex, pensó— y al acercarse no vio ni rastro del taxista. Maldito holgazán.

Entró y pidió un gin-tonic grande. La barra estaba salpicada de aros de cerveza sin secar, y el local parecía sucio y descuidado. Había un grupo de chicos de pelo largo, con pinta de ser vecinos del pueblo, jugando una escandalosa partida de dardos, así que Elfrida se fue al rincón contrario, dio un buen trago de ginebra y abrió *Diario de una escritora* con la esperanza de que Virginia fuera más sociable de lo que lo había sido Leonard Woolf.

Releyó la última entrada, con fecha del 8 de marzo, casi tres semanas antes de que la escritora se quitara la vida. El tono parecía razonable y equilibrado, sin indicios de alteración mental. Una frase le llamó la atención. «Bajaré ondeando mi estandarte». Intrigante. ¿Sería una especie de premonición? Y también las últimas observaciones: «Tengo que preparar la cena. Abadejo y rollo de carne». Qué combinación tan asquerosa, pensó Elfrida. Aunque era interesante que cocinara ella. ¿No tenía servicio doméstico? Siguió leyendo: «Creo que es verdad que al rollo de carne y el abadejo se les coge un poco el tranquillo escribiéndolos». Elfrida se quedó unos momentos pensando en este aforismo. Quizá solo tuviera sentido para otro novelista. Volvió a notar un escalofrío de inspiración. Estaba funcionando. La visita a Rodmell y a Monk's House había sido una

intuición asombrosa. Le «cogería el tranquillo» a Virginia Woolf y su último día —y de paso impulsaría de nuevo su carrera— *escribiendo*. Sí.

OceanofPDF.com

Como por la tarde empezó a llover y no podían rodar en el exterior, Rodrigo anunció misteriosamente que daban por terminado el día.

—¿No tienes «protección contra la lluvia»? —preguntó Anny.

—No creo en la protección contra la lluvia —fue la desconcertante respuesta de Rodrigo—. Destruye la espontaneidad.

Anny volvió temprano al hotel, y aun así el grupo habitual de cazadores de autógrafos ya estaba esperando a un lado de la puerta principal. El número había ido aumentando a lo largo de la última semana, como si por fin hubiera llegado a Brighton la noticia de que una famosa estrella de Hollywood estaba en la ciudad.

—¡Anny! ¡Anny! —Oyó las voces al salir del coche y, con ánimo benevolente, se acercó a sus admiradores y empezó a firmar. Había una media docena de personas, todas mujeres, curiosamente, y Anny, sin levantar la cabeza, firmó los cuadernos que le iban ofreciendo en fila. Pero el último se lo pasó un hombre: lo supo por las manos grandes que abrieron el cuaderno por una página en blanco.

«¡NECESITO TU AYUDA!», había escrito en mayúsculas grandes.

Anny levantó la vista y vio a un hombre con barba y sombrero de lana calado hasta las cejas. Llevaba gafas y fue este detalle extraño lo que prolongó levísimamente la fracción de segundo que tardó en reconocer a su exmarido. Era cierto que Cornell Weekes estaba en Inglaterra. Y en Brighton. Y delante de ella.

Anny miró de nuevo el libro.

—Joder, Cornell, no me lo puedo creer —dijo, con un tono cargado de decepción—. Te están buscando —añadió en voz baja—. El FBI ha estado aquí, hablándome de ti.

—Tienes que ayudarme, Anny. Eres mi única esperanza. Estoy desesperado.

Anny anotó su número de habitación.

—Ven esta noche —dijo—. Sube. Procura ponerte presentable.

Echó a andar y entró en el hotel sin mirar atrás.

En la habitación se tomó dos Equanil y un Seconal. Luego se dio una ducha, colgó en la puerta el cartel de «No molestar» y se metió en la cama. Se quedó dormida y se despertó a las ocho de la tarde, aturdida y con la cabeza como un bombo, y se tomó un Obetral para espabilarse. Se vendían como pastillas para adelgazar pero todo el mundo sabía que eran anfetaminas mal disfrazadas. Se vistió y pidió al servicio de habitaciones un sándwich de jamón y queso y una jarra de café, y cuando se lo llevaron vio que no tenía hambre, por el Obetral. Se bebió dos tazas de café con un montón de azúcar y empezó a pensar qué haría cuando apareciese Cornell.

Una hora más tarde sonó el teléfono.

—Hay aquí un señor que se llama Ingmar Bergman y dice que tiene una cita con la señorita Viklund.

Ingmar Bergman era el director de cine favorito de Anny... Cornell lo sabía, porque le había contado muchas veces que soñaba con trabajar algún día en una película de Bergman... aunque tenía el problema de que no hablaba sueco.

—Que suba —dijo.

Cornell entró en la habitación con torpeza, irradiando su mezcla habitual de nerviosismo y chulería, como si le fastidiara tener que pedirle ayuda y al mismo tiempo fuera consciente de que la necesitaba, «por favor, Anny». Anny se fijó en que llevaba corbata y se había teñido el pelo de negro, como ella. No se dieron la mano ni un beso. Cornell se quitó las gafas y las guardó en un bolsillo. Anny vio que se había recortado la barba, salpicada de canas, y pensó que le sentaba bien. Demacrado y con los ojos oscuros y hundidos, se parecía todavía más al profeta que ella había visto en él: un visionario en el caos del siglo XXI, que cosechaba la oposición y el rechazo del resto del mundo.

Cornell echó un vistazo a la habitación y preguntó si podía comerse el sándwich, que seguía intacto en un plato. Anny le dijo que adelante, y vio

que se lo zampaba de seis mordiscos antes de servirse una taza de café frío.

De repente, Cornell dejó la taza en la bandeja, se inclinó hacia delante y hundió la cara entre las manos.

—Estoy agotado, Anny —dijo, con la voz amortiguada por las palmas de las manos. Y se echó a llorar sin hacer ruido, casi en silencio; únicamente el temblor de los hombros delataba su sufrimiento.

Anny lo miró, procurando olvidar el calambrazo de amor que sentía en ese momento por aquel hombre exasperante, aguantándose las ganas de abrazarlo, de acariciarle el pelo y susurrarle al oído para consolarlo. Sabía que con Cornell siempre pasaba lo mismo; la vida era un péndulo enloquecido: del amor a la ira, del cariño a la irritación, de la calidez al antagonismo más brutal. Y vuelta a empezar.

Dio un paso adelante y le puso una mano con ternura en la espalda.

—Por favor, Cornell —dijo, notando la tibieza de las lágrimas también en sus ojos. Era rarísimo verlo tan vulnerable. Solo recordaba haberlo visto llorar un par de veces. Cornell no soportaba llorar, siempre se lo había dicho: llorar era una especie de derrota; una señal de haber perdido.

—No puedes seguir así —le dijo.

Cornell levantó la cabeza, sorbió por la nariz y se secó los ojos con los talones de las manos.

—No tengo elección. No puedo volver a la cárcel. Me estoy jugando la vida, Anny. La *vida* —el énfasis con que pronunció esta última palabra pareció devolverle su energía habitual. Miró a Anny, que retiró la mano de su hombro. La oleada de amor que acababa de sentir se esfumó inmediatamente.

—No podemos volver a vernos —dijo con brusquedad—. ¿Qué quieres?

—Dinero.

—Entrégate, Cornell. Te lo ruego.

—¿Cómo puedes decir eso? No pienso pudrirme en una puta celda el resto de mi vida. Antes me mato.

—En ese caso, quizá *deberías* matarte. Ya sabes que, cuando la vida no vale la pena, matarse tiene sentido —contestó con dureza, y se arrepintió al

instante del tono—. Entrégate. Tal vez sea lo mejor... a la larga —añadió con un hilo de voz.

—Mi vida valdrá la pena en cuanto llegue a África, a Mozambique.

—¿Mozambique? ¿Allí no hay una especie de guerra, una insurrección?

—Justamente. Una potencia colonial contra un ejército rebelde que lucha para liberar su país. Por eso estaré a salvo. Tengo contactos en el FRELIMO.

—Joder —Anny vio en la mirada de Cornell el brillo familiar del fanatismo—. ¿Por qué pusiste esas bombas?

—Se llama lucha armada. Soy un combatiente por la libertad y estoy en guerra contra un Estado opresor.

—Igual que el FRELIMO. Deberías estar en casa.

—Esto no es una broma, Anny.

—Ya lo sé. Eso díselo al soldado que se ha quedado sin piernas gracias a tu bomba.

—Sí. Lo siento mucho por él... —Y enseguida se endureció visiblemente—. ¿Sabes qué? Es un puto soldado profesional. La profesión entraña riesgos. Daños, calamidades. Ese soldado estaba en combate. En zona de combate.

—Joder, Cornell. Estaba en Nevada.

—La guerra está en todas partes. El país está en guerra.

—Pues él no lo sabía, ¿a que no?

—Lo sabía. Estamos en guerra; es una guerra no declarada.

Anny sintió que el cansancio se posaba en sus hombros como un chal. Con Cornell no había forma de razonar.

—¿Por qué tengo que ayudarte? —preguntó—. ¿Tienes idea de la cantidad de problemas que podrías crearme?

—Fuimos hombre y mujer —Cornell rectificó—. Marido y mujer. Eso tiene que significar algo. Compartimos la vida. Pasamos buenos ratos, Anny. Lo sabes. Hicimos un juramento.

—Que se declaró nulo al cabo de unos meses.

—Unos meses increíbles. Reconócelo, Anny. Fue... especial, diferente. Yo te hice cambiar. Eso me lo debes.

¿Qué podía decir Anny? No tenía respuesta. Estaba mareada; era consciente del efecto que Cornell ejercía sobre ella. Cornell era una fuerza de la naturaleza, una fuerza suave pero concentrada, como el virus del resfriado o un día de lluvia interminable. En él ardía eternamente la llama de la injusticia que detectaba en todas partes, a todas horas. Un parquímetro era una injusticia para él; sacar la basura era una ofensa contra su libertad; la obligación de pararse en un semáforo en rojo minaba sus derechos humanos. Esta implacable falta de lógica se imponía a cualquier argumento racional que aspirase a proponer una explicación alternativa, un freno, una contradicción. El recuerdo que Anny guardaba de su vida de casada era el de una sensación de fatiga intelectual casi constante.

Volvía a experimentar los mismos síntomas mientras lo miraba hablar —sin escucharlo—, sentado en una silla, al lado de la bandeja del servicio de habitaciones. Se fijó en la barba, el traje barato, los zapatos sucios, los calcetines desparejados: uno marrón, el otro azul. ¿Cómo había podido casarse con este hombre, este fanático de mierda?, se preguntó por milésima vez. Y no se le ocurrió ninguna respuesta. A lo mejor era el cansancio lo que la empujaba a tomar la decisión de ayudarlo en ese momento, pensó. Un último gesto. Cualquier cosa con tal de que se largase; cualquier cosa para recuperar la calma y la tranquilidad, detener la eterna sensación de desorden que provocaba la presencia de Cornell Weekes.

—¿Cuánto necesitas?

—Cinco mil dólares.

—¡Joder! Cornell...

—Vale. Dos mil. Tengo que volver a Lisboa y allí coger un avión a Lourenço Marques. Y nunca volverás a saber de mí. No volverás a verme en la vida. Eso vale dos mil pavos, ¿no?

Tenía razón, pensó Anny. Los dos mil pavos mejor gastados de su vida. Los mejores. Tomó la decisión.

—No tengo tanto dinero en efectivo.

—Pero puedes conseguirlo, ¿no? Seguro que te pagan una fortuna por esta peli.

—Lo intentaré —Anny tenía el cerebro a mil por hora, aunque borroso por el Obetral—. Hablaré con la oficina de producción. Con el productor.

—¿Cómo me lo darás?

Anny lo pensó un momento.

—Espera con los cazadores de autógrafos todos los días en la puerta del hotel. En cuanto tenga el dinero te lo pasaré.

—Vale, pero no tardes. ¿De acuerdo?

Cornell se levantó y dio una vuelta por la *suite* agresivamente. Volvía a ser el Cornell Weekes de siempre. Palpó las cortinas gruesas, sopesó el tirador de bronce con el que se abrían y cerraban.

—Vives a todo tren, ¿eh, Anny? —dijo en tono acusador, con desprecio—. Seguro que así la vida es buena.

—Es un trabajo. Me dedico a esto. Me pagan el alojamiento.

—Debería darte vergüenza. Es asqueroso.

—No me da vergüenza, ni por un segundo. ¡Vete a la mierda, Cornell! No tienes ningún reparo en beneficiarte de mi «asqueroso» trabajo, claro que no..., para ir a luchar con los buenos en la selva de Mozambique. ¿No te parece una ironía? ¿Una traición a tus nobles ideales? ¿Aceptas mi cochino dinero tan contento? ¿Por qué no atracas un banco, señor Luchador por la Libertad?

—Yo no puedo elegir. Tú sí.

—Tiene gracia que las cosas siempre acaben igual. Tú tienes razón. Yo estoy equivocada —empezaba a afectarle el cansancio de discutir con él. Le recordaba su breve matrimonio y las tensiones interminables. De repente echó de menos a Troy, tan sencillo, tan sincero.

—¿Sabes qué? Creo que tienes que irte —dijo, acercándose a la puerta de dos zancadas—. Te daré el dinero mañana o pasado mañana—. Abrió la puerta. Cornell se quedó donde estaba, con las manos en jarras, como sin ganas de marcharse.

—Supongo que tengo que darte las gracias —dijo—. Gracias, Anny. Sé que no es fácil para ti. Pero siempre he tenido la sensación de que entre nosotros había algo...

—No quiero tu agradecimiento, Cornell —contestó con hartazgo—. No quiero nada más de ti. Esto es lo último que haré por ti en la vida.

Al pasar a su lado, Cornell se acercó e intentó besarla, y ella le dio un puñetazo en el pecho.

—¡Auu! ¡Eso ha dolido, joder!

—No vuelvas a intentar tocarme.

—Vale. Vale. Déjame en paz.

Cuando Cornell ya se había ido, Anny se acordó de su máxima y se negó a permitirse llorar: llorar era una especie de derrota, una señal de que había perdido. Pero es que había perdido, y lo sabía; o al menos se había rendido. ¿Qué había hecho? Las voces sabias de su cabeza le decían que estaba cometiendo un error garrafal; pero otras voces, las de su corazón, le decían que no tenía alternativa. Cogió un tenedor del carrito del servicio de habitaciones y se clavó las púas en el antebrazo hasta hacerse daño, hasta notar las terminaciones nerviosas, para olvidarse de Cornell Weekes. Apretó más fuerte, más fuerte. Soltó el tenedor y se quedó mirando la línea roja de cuatro puntos suspensivos que se había hecho en la piel. Muy roja. Vio cómo la piel se rompía y brotaban unas bolitas de sangre. Cuatro puntos de color rojo brillante. Los frotó con saliva a la vez que inhalaba y exhalaba, inhalaba y exhalaba.

Por un momento pensó en llamar al detective inglés que le había dado su tarjeta pero, por alguna razón, sabía que no podía delatar a Cornell. Pobre Cornell: triste y hecho un lío. Mejor que se vaya a África, pensó; que se embarque en la nueva fantasía de liberar Mozambique del yugo de la dictadura portuguesa. Que se vaya a hacer realidad otro sueño imposible; a reparar más errores geopolíticos. En cierto modo, pensó, a un hombre como Cornell había que admirarlo. Brillaba con más fuerza que el común de los mortales. De todos modos, sería un dinero bien gastado. Empezaba a tranquilizarse un poco. «Es lo mejor que puedo hacer —razonó—: sacarlo de mi vida cuanto antes».

Y entonces se le ocurrió otra idea. Llamó a recepción y pidió que le pasaran con un número de París.

—*Allò? Oui?*

Era Jacques. Había vuelto de Guinea. Desconocidos países africanos pasaban de repente a formar parte de la vida de Anny. Sintió que se le tensaba el pecho de alegría.

—Soy yo —dijo—. Has vuelto. Qué bien.

—Acabo de volver —Anny prestó atención a la voz grave con que Jacques le hablaba de su reunión con Nkrumah y le contaba que Nkrumah le había condecorado con la Orden de la Estrella de Ghana.

—Creía que lo habían destituido. Que estaba en el exilio.

—Claro. Pero aun así me ha dado esa medalla.

—Felicidades —dijo Anny—. Cornell ha estado aquí.

—*Putain!*

—Sí, *putain!* Necesita dinero.

Hubo un silencio.

—¿Te dejará en paz?

—Creo que sí.

—Bueno, pues dáselo —Jacques se quedó callado—. Oye, voy a ir a verte. Echo de menos a mi niña bonita.

—Yo también te echo de menos —contestó Anny—. ¿Cuándo vienes? Me queda todavía un mes de rodaje.

—Iré dentro de unos días. Te llamaré. Tengo que hacer un par de cosas aquí, en París.

—Vale. Estoy deseando que vengas.

—*Je t'embrasse, chérie.*

—*Bisous* —Anny colgó.

Se quedó un rato sentada, pensando. Preguntándose si había acabado con Jacques por culpa de Cornell. Si había sustituido a un hombre vacilante, imprevisible y desquiciante por otro tan seguro de sí mismo y de su escala de valores que casi irradiaba serenidad. ¿Por qué había hecho eso? ¿Qué decía eso de ella como persona? ¿Qué necesidades estaba satisfaciendo? «Para, para, para», se ordenó. Sintió una leve sacudida de pánico, como si una máquina le hiciera vibrar todo el cuerpo, como si hubiera una máquina potente zumbando en la habitación de abajo. Que su vida se estuviera complicando tanto era una señal, y Anny sabía que eso no era bueno para ella. Primero las exigencias del rodaje, después la aparición de Cornell y ahora Jacques que decía que venía. Y Troy. ¿Por qué su vida era así, por qué iba acumulando una complicación tras otra? Quizá era demasiado. Quizá era mejor que Jacques no viniese... Pero sospecharía si intentaba impedirselo.

Se tomó otro Equanil y llamó a la habitación de Troy. Troy dijo que en dos minutos estaría con ella.

OceanofPDF.com

19

—Ah, sí —recordó Joe mientras desayunaban—. Otra cosa: la señorita Viklund quiere verte, en privado.

—Qué raro —dijo Talbot—. ¿Alguna idea de cuál es el motivo?

—Ninguna. Dijo que pasaría por la oficina. Tiene la mañana libre. Esta tarde es la gran escena de Sylvia y Ferdie.

—Bien —Talbot apartó el arenque ahumado sin terminarlo. Otra vez volvía a notar la bilis, mejor no forzar el duodeno. Tenía un mal presentimiento sobre el día que se avecinaba, y eso que por los altos ventanales del comedor veía brillar el sol.

Anny Viklund llegó a Napier Street poco antes de las diez. Llevaba gafas de sol, y no se las quitó para sentarse delante de Talbot, al otro lado de su escritorio. Talbot se aseguró de que había cerrado la puerta, le ofreció tomar algo —Anny no quiso—, le preguntó si le molestaba que fumase —no— y encendió un cigarrillo.

—Querías verme —dijo—. Espero que vaya todo bien.

—Necesito dos mil dólares en metálico —explicó.

Era guapísima, pensó Talbot, intentando disimular su asombro, y consiguiéndolo; la piel blanca y suave, la barbilla firme, con una mínima insinuación de hoyuelo y la nariz perfecta, diminuta y respingona, con los orificios muy abiertos, como si inhalara con fuerza. El flequillo negro y severo tenía en quien la observaba el efecto de dirigir la atención sobre su fisonomía casi intachable. El efecto se acentuó cuando Anny de repente se quitó las gafas para mirarlo. Tenía los ojos muy claros, entre azules y grises, y una mirada tan intensa que casi sobrecogía.

—¿Puedo preguntarte para qué es el dinero?

—Es un asunto personal.

Drogas, pensó Talbot con cansancio. Tiene que pagar a su camello.

—No es para drogas —añadió Anny, como si le leyera el pensamiento—. Tengo todas las que necesito. Es que tengo que comprar una cosa en efectivo, y como puedes imaginar no me resulta fácil acceder a una cantidad tan grande aquí, en Brighton.

—Deja que te lo compre yo —propuso Talbot—. Sea lo que sea. Puedo extender un cheque, será mucho más fácil.

—¿Puedes comprar mi paz de espíritu con un cheque? No lo creo.

—Eso es verdad. No. Entiendo —Talbot dio una calada al cigarrillo y decidió no seguir insistiendo. Sería prudente no hacer más preguntas.

—Los dólares son un problema. Tendría que ir a un banco.

—Pues que sean libras. Necesito el dinero en metálico.

Talbot hizo un cálculo rápido.

—Dos mil dólares son unas ochocientas libras. Puede que incluso las tengamos en la caja fuerte. Discúlpame un momento.

Subió corriendo al departamento de contabilidad y pidió que le abrieran la caja fuerte. Tenían casi mil quinientas libras en metálico. Geoff Braintree, el contable, no parecía satisfecho mientras contaba el dinero.

—¿A qué lo imputo? —preguntó con voz quejumbrosa—. Es complicado, Talbot. Hay que anotarlo en el libro de contabilidad.

—Préstamo personal al productor. Lo que prefieras, ya se te ocurrirá algo. Te lo devolveré en un par de días. A la vuelta del fin de semana.

Firmó el recibo, volvió a su despacho y le entregó a Anny los cuatro fajos de billetes de diez libras. Ella se los guardó en el bolso y volvió a ponerse las gafas de sol.

—Gracias, Talbot —dijo—. Te lo agradezco mucho. Más de lo que puedas imaginar.

Anny sonrió, enseñando los dientes pequeños, hábilmente retocados con fundas de un blanco imposible. Talbot apagó el cigarrillo y la acompañó a la puerta principal. Estando a su lado se fijó en que era diminuta: parecía un prototipo o una maqueta de mujer joven, casi de otra especie; como si a los fabricantes les hubiera parecido más conveniente que el resto de *Homo sapiens* tuvieran otro tamaño.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó, con ganas de cambiar de tercio—. ¿Algo emocionante?

—Esta tarde voy a conocer a mis «padres» —contestó Anny.

—Ah, sí. Te encantarán —dijo Talbot, con forzado entusiasmo—. Sylvia Slaye y Ferdie Meares. Actores británicos de la vieja escuela. Geniales.

—¿Han hecho muchas películas?

—Montones. Y televisión. Son una leyenda, una gloria nacional —le preocupó haberse pasado de la raya pero ya no tenía remedio. Puso una mano paternal en el hombro de Anny.

—Prométeme que si algo te preocupa o te causa el más mínimo problema me lo contarás inmediatamente —dijo—. Estamos aquí para cualquier cosa que necesites.

—No te preocupes —asintió Anny—. Ya tengo el dinero. Está todo resuelto.

Se despidió de él y se marchó en el asiento de atrás del coche que la esperaba. ¿Qué estaba pasando?, pensó Talbot, mirando cómo se alejaba el coche, hasta que lo perdió de vista a la vuelta de la esquina. Paz de espíritu, había dicho Anny. ¿Un chantaje? ¿Un soborno? ¿Juego? ¿Una deuda? Decidió quitárselo de la cabeza. «No es asunto mío —pensó—. Ya tengo suficientes complicaciones».

Y sus complicaciones crecieron después de comer, cuando Geoff Braintree bajó con un montón de facturas y las desplegó sobre su escritorio.

—¿Qué es esto? —preguntó Talbot.

—Más rollos de película.

—Estamos haciendo una película, Geoff. Necesitamos materiales.

—Al ritmo que nos estamos puliendo el dinero podríamos haber hecho tres películas. Vamos muy muy por encima de lo presupuestado.

—¿Es culpa de Reggie..., perdón, de Rodrigo? ¿Está gastando kilómetros de película?

—Pregúntaselo a Spencer —dijo Geoff—. Yo no entiendo de cine.

—Por eso eres tan buen contable, Geoffrey.

Cuando Geoff ya se había marchado, Talbot llamó a Spencer Osmond, su editor, que estaba en una sala de montaje en Londres, en el Soho, tratando de ordenar más o menos todo lo que habían rodado hasta el momento.

—¿Está gastando Reggie kilómetros de película? —preguntó Talbot—. Ya sabes: tomas y tomas.

—La verdad es que no —dijo Spencer—. Tres o cuatro de media. No las imprime todas. De vez en cuando se pone un poco en plan cine de autor, pero en general se está portando bien.

Talbot colgó el teléfono. Les estaban robando los rollos de película y lo más probable es que fuera alguien del equipo de cámara. Notó que el ácido le mordía las tripas. Necesitaba un descanso, gracias a Dios que el fin de semana estaba a la vuelta de la esquina. La próxima semana investigaría discretamente. Tenía que pensarlo bien.

Una hora más tarde llamó Reggie.

—Problemas graves, Talbot.

—Dispara.

—Anny no quiere trabajar con Sylvia y Ferdie.

—¿Por qué coño no quiere?

—Ha dicho, y cito: «Estos dos nunca podrían ser mis padres». No hay quien le haga cambiar de opinión.

—De eso va el cine, por Dios bendito.

—No quiere hacer la escena con ellos. Se niega rotundamente.

—¿Qué dicen Sylvia y Ferdie?

—Les he mentado. Les he dicho que teníamos un problema técnico con las lentes. No saben nada.

—Bien. Bien hecho. Enseguida voy.

Talbot pidió que lo llevaran al *bungalow* de las afueras de Shoreham-by-Sea que era la casa de la familia Bracegirdle. Le pidió al chófer que aparcara detrás del autobús de dos pisos que usaban como cantina móvil: no tenía ganas de encontrarse con Ferdie ni Silvia. Buscó a Reggie y fueron juntos al tráiler de Anny.

—¿Está histérica? —preguntó Talbot.

—Para nada; sorprendentemente tranquila y razonable.

Reggie llamó a la puerta del tráiler y anunció quiénes eran. Anny los dejó entrar segundos después. Se sentaron en los asientos estrechos. Anny parecía muy tranquila, pensó Talbot —casi serena, la verdad—, y tuvo la

desconsideración de preguntarse si su tranquilidad sería fruto de alguna sustancia química.

—Anny, por favor. ¿Qué problema hay con Sylvia y Ferdie? —preguntó Talbot sin rodeos.

—Que no me creo que esos dos sean mis padres... los padres de Emily —dijo Anny, en un tono muy razonable—. Emily Bracegirdle nunca tendría unos padres así. Me es imposible hacer la escena con ellos. No me veo reflejada en esa gente. No puedo hablar con ellos.

—Ya sabes que no podemos elegir a nuestros padres.

—Pero a mí se me pide que actúe, que actúe como si ellos fueran los padres que me crearon; como si esa mujer fuera la «madre» que me dio la vida. Tengo que quererlos. Es totalmente imposible.

Curiosamente, Talbot entendía lo que Anny estaba diciendo. Era cierto que había algo grotesco, con resonancias de Grand Guignol, en Sylvia Slaye y Ferdie Meares como pareja, como padres putativos. De todos modos, tenía la obligación de rebatir el argumento.

—Pero seguro que si...

—Es como si me presentarais a un perro y una rata, o a una araña y una mosca, y me dijerais: «Estos son tus padres».

—Un poco excesivo, Anny —dijo Reggie tentativamente.

—Lo digo para que veáis lo que siento. No puedo hacerlo. No puedo interpretar eso. Me pone enferma. Lo siento.

Talbot trató de razonar, pero sabía reconocer un muro de ladrillo cuando se topaba con uno.

—Bueno, vamos a pensarlo todos, a ver si encontramos la solución —fue su endeble respuesta. Se sonrieron con intención de retirarse.

—No hago esto por fastidiar, ni porque sea una actriz neurótica —explicó Anny—. Lo hago por el bien de nuestra película. Por su... —dejó la frase en el aire, y Talbot vio que buscaba una palabra—. Su veracidad.

Talbot y Reggie se quedaron en la puerta del tráiler, callados, con la vista en el suelo, como si la solución a su problema estuviera entre las huellas de barro y los tallos de hierba aplastados.

—Put a veracidad —dijo Talbot.

—Puto desastre —dijo Reggie—. ¿Podemos cambiar el *casting*?

—No. Escándalo, querellas y dinero, dinero, dinero. Ya conoces a esos dos.

—Puto desastre —repitió Reggie—. No lo he visto venir. Ni se me había pasado por la cabeza.

—¿Hay algún bar cerca? —preguntó Talbot.

—Sí.

Fueron andando hasta Shoreham-by-Sea, a algo menos de un kilómetro, y encontraron un bar que se llamaba Captain Bligh. Muy oportuno, pensó Talbot, teniendo en cuenta su motín particular. ¿Qué habría hecho el capitán Bligh si esto hubiera ocurrido a bordo del Bounty?, se preguntó. Una ronda de cincuenta latigazos.

El bar estaba en penumbra y vacío; acababan de abrir para el turno de noche. Tenía una alfombra estampada, con el dibujo casi borrado, pisoteado por los zapatos de mil bebedores hasta cobrar una mugrienta uniformidad gris. Los ceniceros seguían llenos de colillas de los clientes del turno anterior, y un olor rancio a humo y cerveza amarga envolvía el ambiente como la neblina. Una chica arisca y rellenita con una permanente exagerada les sirvió un *whisky* grande a cada uno, y se llevaron los vasos a un asiento junto a la ventana, donde unos geranios mustios puestos en una jardinera casi ocultaban las vistas del puerto de Shoreham y sus casas-barco.

—Seguro que hay una solución —dijo Reggie—. Tiene que haberla.

—¿Podemos cortar la escena? —preguntó Talbot.

—No. Es fundamental. Es cuando los Bracegirdle, los padres, descubren que Emily tiene un lío con su chófer, con Troy. Se monta un follón bestial: gritan, chillan y rompen platos. Sylvia y Ferdie se lo juegan todo. Todo lo que viene a continuación depende de eso.

—¿Y reescribirla? ¿Podemos escribir algo distinto? —Talbot en realidad no sabía qué estaba diciendo, pero vio que a Reggie le cambiaba la expresión. Se iluminaba.

—La verdad es que... Esa podría ser la solución... —Puso un gesto de incomodidad—. Iba a decírtelo, Talbot... —carraspeó—. Resulta que Janet está aquí. Llegó hace una semana.

—¿Aquí en Brighton? ¿Janet Headstone?

—Fue idea suya... Se aloja en casa de una amiga. En Kemp Town.

—¿Qué está haciendo?

—Trabajando en un final distinto. Tiene ideas para un final distinto. Versiones, posibilidades —improvisó sobre la marcha—. A lo mejor se le ocurre algo. Es una tía muy lista. Nos puede sacar de este berenjenal.

—Yo no lo llamaría un «berenjenal», Reggie. Además, le estamos pagando mil a la semana. Que se lo gane.

—Voy a llamarla —dijo Reggie, y fue a buscar una cabina de teléfonos.

Talbot cruzó la alfombra mullida hasta la barra y pidió otro *whisky*: curiosamente, el alcohol tibio le calmaba las tripas. Anestesia local... Sabía que después le dolería.

Volvieron andando al plató, donde ya estaban recogiendo todo, porque la negativa de Anny a actuar con Sylvia y Ferdie les obligaba a terminar el día antes de tiempo. ¿Quién lo paga?, pensó Talbot, ofendido, en el coche que los llevaba a Kemp Town. Enfilaron hacia East Cliff, salieron de Marine Parade justo antes de llegar al sorprendente esplendor de Lewes Crescent y continuaron por Chesham Road con ayuda de las indicaciones certeras que, se fijó Talbot, Reggie le daba al conductor. Era evidente que ya había estado allí.

La amiga de Janet Headstone vivía en una casa de tres plantas, en el centro de una hilera de adosados bordeada de árboles. La fachada estaba pintada de color lila y las molduras de las ventanas de rojo. En el jardincito de la entrada había una yuca alta y con las hojas lánguidas y una piscina de plástico verde vacía. Janet Headstone abrió la puerta —Reggie le dio un beso en la mejilla— y los llevó a una moderna cocina comedor. Se sentaron alrededor de una mesa de pino crudo debajo de una lámpara enorme, recuperada de algún salón de billar. Las paredes estaban pintadas de rojo como los buzones británicos y el frigorífico parecía de cromo. En la repisa de la ventana, detrás del fregadero, había una hilera de macetas de cerámica con unas plantas raras, altas y picudas. Por la ventana se veía un jardín lleno de juguetes y equipado como un parque: un tobogán, un columpio, un balancín, un laberinto de barras y una casita de madera.

Janet les ofreció cerveza o ginebra con vermut. Talbot optó por lo segundo. Reggie eligió la cerveza.

—¿Le cuento la historia a Janet? —preguntó Reggie.

—Buena idea —dijo Talbot—. ¿Puedo pasar al lavabo?

Janet lo mandó a un cuarto de baño en el piso de arriba. Las paredes azules estaban decoradas con montones de grabados de estilo ligeramente pornográfico. Talbot hizo un pis y trató de imaginarse a la gente que de verdad vivía en esa casa —los amigos de Janet—, pero no pudo.

Bajó despacio, con sensación de cansancio, preguntándose si había hecho bien eligiendo la ginebra con vermut y, al pisar la alfombra del pasillo, un espejo grande puesto al pie de las escaleras le ofreció una imagen clara de la cocina a través de la puerta abierta. Vio a Reggie y a Janet enganchados en un beso fogoso; las manos de Reggie agarradas a las nalgas de Janet, arrugándole y subiéndole el vestido. Las manos de Janet atrapando la cara de Reggie; y las lenguas húmedas atornilladas.

Retrocedió, carraspeó y esperó unos segundos antes de entrar tranquilamente en la cocina; Reggie y Janet habían vuelto a sentarse, él estaba bebiendo la cerveza a morro y ella arreglándose la coleta.

—Jan ha tenido una idea brillante —anunció Reggie, indicándole que se la contara a Talbot.

—Hacer la escena por teléfono —explicó, aunque a Talbot le sonó como *hacé la cena po talafono*. Janet era muy *cockney*.

—¿Cómo sería? —preguntó.

—Escena primera: Emily llama a sus padres. Plano de la madre contestando: «Hola, cariño». Plano de Emily diciendo: «Voy a casarme...». ¿Cómo se llamaba el personaje de Troy?

—Ben.

—«Voy a casarme con Ben». La madre se vuelve loca. «¡Ni de coña!». Emily cuelga el teléfono. Plano de la madre y el padre despotricando, desquiciados. Intentan llamar a Emily. Emily no contesta. El padre estrella el teléfono contra la pared. La madre rompe a llorar, etcétera, etcétera.

—Es brillante —repitió Reggie—. Sylvia y Ferdie están en su línea: sobreactúan, tiran cosas, lloran y gimotean. Emily está sola, pensando en la bomba que acaba de lanzar.

Talbot tuvo que reconocer que era ingenioso.

—Debería funcionar. Ni siquiera Anny Viklund puede oponerse a decir una frase por teléfono —dijo.

—Exactamente... Todo es muy parecido a como figura en el guion, pero no interpretan la escena los tres juntos.

—¿Hay alguna otra escena entre los tres?

—Una más —dijo Reggie—. La fiesta de compromiso en el bar. Pero podemos hacer lo mismo: Emily no se presenta. Sylvia y Ferdie se enfadan y la montan otra vez. Podría ser muy divertido. Emily se fuga con Ben. Bingo.

—¿Se lo dices tú a Anny? —preguntó Talbot.

—Mañana a primera hora. No quiere actuar con esos dos. Le gustará esta solución. Estoy seguro.

—Por cierto, ¿no fue Ferdie Meares el que la cagó por exhibicionismo?

—No había pruebas suficientes —dijo Talbot—. Lo absolvieron —bebió un trago de ginebra con vermut: estaba tibio. Preguntó si había un poco de hielo pero Janet dijo que el congelador del frigorífico de cromo estaba estropeado.

Entonces le tocó a Reggie el turno de ir al baño, y Talbot y Janet se quedaron a solas. Ella se levantó y fue a por otra botella de cerveza. Talbot se fijó en que llevaba un vestido corto, de rayas negras y blancas, demasiado ceñido, y unas botas de plástico blancas. Una chica guapa que no se cuidaba, pensó: llevaba una vida enloquecida. Tomó nota del silencio.

—Es una casa curiosa —dijo Talbot—. ¿Quiénes son tus amigos?

—Él es batería de un grupo de *rock* que se llama Higher Ground. Muy bueno, la verdad.

—Eso tiene gracia. Mi hijo es «percusionista». Toca el timbal en la Hallé Orchestra.

—¿Ah, sí? Nos movemos en distintas órbitas, Talbot —dijo Janet con astucia.

—No sé si estoy de acuerdo —contestó Talbot—. Estamos trabajando los dos en la misma película, viviendo temporalmente en Brighton.

—Bueno, yo vuelvo a Londres este fin de semana. Esta calle se convierte en una pesadilla los viernes y los sábados. Hay un club en la esquina. A las cuatro de la mañana salen todos dando gritos y voces. Es un bar de locas.

Talbot no dijo nada, pero se permitió una leve sonrisa.

—Yo creo que se han ganado su derecho a divertirse, ¿tú no?

—Que sea legal no significa que puedan destrozarme el sueño —se rio Janet.

—¿Cómo se llama el bar?

—Algo de hielo. Ice Show. No, Icebox.

—A lo mejor puedes recoger firmas entre los vecinos.

—No es mi estilo, amigo Talbot —Janet sonrió de oreja a oreja.

Talbot no estaba seguro de que Janet Headstone le cayera bien.

—Sé que no te hizo mucha gracia que subiera a bordo —dijo ella, como si adivinara su estado de ánimo.

—No tengo ningún problema. Solo me hubiera gustado que me lo dijeran. Me lo ocultaron, y eso me sentó mal. Nada que ver contigo.

—Justamente. Nada que ver conmigo. Reggie me dijo que Yorgos lo había arreglado todo.

—Sí, a escondidas —contestó Talbot, levantándose—. De todos modos, Janet, te lo agradezco mucho. Puede que acabes de salvarnos el culo.

—Vale su peso en oro —dijo Reggie, entrando en la cocina. Puso una mano en el hombro de Janet y la apartó enseguida, como si tuviera la piel demasiado caliente.

—Bueno, tengo que volver —anunció Talbot—. Gracias de nuevo, Janet.

—Hasta la vista, Talbot. Ya verás qué final tengo pensado.

Reggie lo acompañó a la puerta.

—Yo me quedo un rato. Voy a esbozar las páginas nuevas con ella. Mañana seguimos en la brecha.

Talbot resistió la tentación de lanzar una indirecta. Si Reggie Tipton quería follar con Janet Headstone era asunto suyo. «No sé si Elfrida sabrá algo», pensó.

—Crisis resuelta —dijo Reggie.

—*Esta* crisis —señaló Talbot—. Mañana habrá otra, no te quepa duda.

—Siempre arriba y adelante —dijo Reggie, y le abrió la puerta.

Talbot volvió a la oficina de producción. Joe seguía en su escritorio, pero todos los demás se habían marchado; que el rodaje hubiera terminado antes de lo previsto les permitió salir más temprano.

—Ah, jefe, estás ahí —dijo Joe al ver a Talbot—. Me alegro de que hayas venido. Ha llamado *sir* Dorian Villiers. Ha dicho que era urgente.

—Los dioses bajan del monte Olimpo.

—Yo me he puesto firme. Quiere que lo llames —Joe le pasó un trozo de papel con un teléfono anotado. Talbot lo cogió, tratando de ocultar su fastidio. ¿Qué querría Dorian Villiers? Miró el papel de nuevo. Un número de Brighton. Y entonces se acordó de haber leído en alguna parte que Dorian se había mudado recientemente a Brighton, con su última (tercera) mujer, la actriz italiana Bruna Casanero.

Conocía a Dorian Villiers de cuando trabajaron juntos, hacía años, en una película desastrosa para YSK, *Y llegó el hombre*, una epopeya histórica sobre el rey Alfredo el Grande. En general se consideraba que Dorian Villiers era el mejor actor shakesperiano de su generación, a la altura de Burton, Olivier y Gielgud, pero el talento que exhibía en el escenario no se trasladaba bien a la pantalla. Su interpretación era amanerada, declamatoria y excesivamente enfática. *Y llegó el hombre* fue una película cara y un rotundo fracaso de público y crítica, a pesar de lo mucho que gastaron en su promoción. Lo raro, teniendo en cuenta el fiasco que cocinaron entre los dos, era que Dorian, a raíz de esta experiencia, se sentía profundamente unido a Talbot, indisolublemente, definitivamente. Había dicho en numerosas ocasiones que Talbot era uno de sus amigos más queridos, uno de los «pocos hombres buenos» que aún quedaban. Talbot y Naomi pasaron dos navidades con los Villiers (cuando él estaba casado con Vanessa Halton), en su enorme mansión cerca de Cambridge, y Dorian lo invitaba continuamente a comer o a cenar en su club cuando estaba en la ciudad. Por más que lo esquivaba y se escabullía, Talbot no conseguía enfriar el ardor de Dorian. Y ahora vivía en Brighton... Cogió el teléfono y marcó.

—¿Dorian? Soy Talbot.

—Feliz encuentro a la luz de la luna, Talbot, *mon brave!* ¿Cómo es que no me has dicho que estabas rodando en Brighton, cabronazo?

—Creía que seguías en Cambridge.

—La zorra de Vanessa me ha robado la casa, con todos los muebles y enseres.

Talbot oyó que Dorian encendía un cigarrillo.

—Pero aquí estoy, amigo Talbot, refugiado en la querida Brighton, y vamos a dar, mi preciosa Bruna y yo, una fiestecita de aniversario —dijo, con su impostado acento medieval—. Para celebrar un año de gloriosas nupcias. Nos gustaría invitarte, y que nos traigas a todos los comediantes que consigas reunir.

Le explicó más detalles. Talbot prometió decírselo a Reggie, Anny y Troy. Seguro que les encantaría ir.

—¿Qué me dices de Sylvia Slaye y Ferdie Meares? —propuso Talbot—. Creo que los conoces.

—A ese exhibicionista repugnante no lo quiero en mi casa, pero en verdad te digo que la querida Sylvia es más que bienvenida.

Siguieron hablando. La secretaria de Dorian enviaría unas invitaciones formales; les confirmarían la fecha, el sitio, la etiqueta (traje de gala), la hora y si necesitaban coches.

—«Cuando el día, cubierto con un manto rojizo, pasee entre el rocío de ese monte que ves ahí, a levante, no lo dudes^[1]». Será la fiesta del año, Talbot. Me muero de ganas de verte, amigo mío.

Talbot colgó, ligeramente deprimido. De esa iba a ser imposible librarse, con total seguridad. Gracias a Dios que mañana sería viernes y el fin de semana estaba a la vuelta de la esquina. Y eso le recordó que... Cogió el teléfono y llamó a Naomi.

—No puedo ir a casa este fin de semana, cariño —mintió—. Lo siento mucho. Tengo aquí una crisis detrás otra. Hacen falta todas las manos disponibles.

Naomi se quedó callada unos momentos.

—El sábado por la noche es el concierto de Humphrey. En el Royal Festival Hall.

Mierda, pensó Talbot. Se le había olvidado.

—Iré —le aseguró—. Te lo prometo. Allí estaré.

—No le falles —contestó Naomi categóricamente—. Cuenta contigo. Es importante.

—Lo sé. No te preocupes; allí estaré.

Se dieron las buenas noches y Talbot colgó; luego, despacio, dejó caer la cabeza hasta apoyar la frente en el tapete de cuero de su escritorio. Estaba

solo en la oficina: Joe se había ido antes de que hiciese la llamada a Dorian Villiers. Arqueó la espalda, estiró los brazos en una tensa postura de crucifixión y separó los dedos. Tiene que haber una forma más fácil de ganarse la vida, pensó.

Sonó el teléfono. «No pienso contestar —se dijo—; no son horas. Que se vayan a la mierda».

Cogió el auricular.

—Talbot Kydd.

—Ah, Talbot. Me alegro de localizarte —dijo John Saxonwood.

—Es muy tarde, así que no pueden ser buenas noticias —contestó Talbot con cansancio.

—He recibido los contratos de *El olor de las hojas cuando arden*.

—¿Y?

—Yorgos te ha estafado, amigo. Muy muy astutamente. Tu nombre aparece por todas partes pero... en mi opinión... no sacarás nada.

OceanofPDF.com

Elfrida pensaba que había esencialmente dos tipos de alcohólicos, y le gustaba clasificarlos como los «bebedores» y los «borrachos». Los «borrachos» perdían el control: empujados enteramente por el deseo, su consumo era rápido y destructivo; el olvido inmediato era su finalidad. Pasaban los días y los «borrachos» seguían de borrachera —fines de semana perdidos— que normalmente acababa en desmayo, catatonia o muerte. Los «bebedores», por su parte, eran más discretos y astutos. Se entonaban a lo largo del día —poco a poco—, con la intención de mantenerse en un constante estado de embriaguez, potente, agradable y —ojalá— imperceptible. A diferencia de los borrachos, los bebedores —aunque podían llegar a estar muy bebidos—, seguían siendo capaces de funcionar, tener una conversación y hasta conservaban su trabajo.

Elfrida echó un chorro de vodka en el zumo de naranja para desayunar. No se engañaba ni negaba su situación, en absoluto: sabía que era alcohólica, «bebedora», y sabía también que el día en que empezara a escribir una nueva novela volvería a estar sobria. Ese era su problema personal: el *impasse* creativo la impulsaba a beber. No era culpa suya, no tenía ningún defecto de carácter, no. Muchos otros escritores y artistas se habían visto en el mismo apuro: Ernest Hemingway, Scott Fitzgerald, la pobre Edith Everly, Faulkner, Elizabeth Bishop, Dylan Thomas, Morris Hughes, Brendan Behan, Henry Green, el triste Malcolm Lowry, Celia Tanson, Evelyn Waugh, Ian Fleming, George Vanderpoel y un buen puñado más de los que en ese momento no se acordaba. Formaban un club reducido y selecto. Tampoco tan reducido, bien pensado. Repasando la lista comprobó que la mayoría eran «borrachos». Qué raro.

Sí, pensó, satisfecha de sí misma: estaba cogiendo las riendas, dando pasos; veía la luz al final del túnel y esas cosas. Añadió otro chorrito de

vodka al zumo y fue a buscar el teléfono de The Book Nook.

—Hola, quería hablar con Huckleberry, por favor.

—Soy Huckleberry.

—Huckleberry, buenos días. Soy Jennifer Tipton.

—¿Perdón? ¿Quién?

—Le encargué *Diario de una escritora*, de Virginia Woolf.

—¿Ah, sí? Buenos días.

—Y me vendió un ejemplar del libro de Maitland Bole. O, mejor dicho, un panfleto.

—Me voy acordando, señorita Tipton.

—Señora.

—Señora Tipton. ¿En qué puedo ayudarla?

Explicó que llamaba para saber si sería posible conseguir el número de teléfono o la dirección de Maitland Bole. Quería felicitarle por su panfleto: le había resultado muy útil en su investigación sobre Virginia Woolf.

—No creo que pueda dárselo —contestó Huckleberry.

—¿Por qué no? Me dijo usted que vivía en Eastbourne.

—Es que es un hombre muy reservado. No puedo darle su teléfono. Se enfadaría mucho.

Elfrida tuvo una inspiración.

—Bueno, ¿le importaría comunicarle que me gustaría comprar cincuenta ejemplares de su panfleto? Dele mi número de teléfono. Yo no me enfadaré.

—Muy bien. A ver si consigo localizarlo.

Diez minutos más tarde Elfrida recibía una llamada de Maitland Bole en persona. Tenía una voz temblorosa, interrumpida continuamente por carraspeos y tos seca. Resultó que Bole ya no vivía en Eastbourne sino en Londres, en Fitzrovia, aclaró vagamente.

—¿Podríamos vernos? —preguntó Elfrida—. Me gustaría hacerle algunas preguntas, sabiendo que es usted todo un experto en Virginia... Y de paso podría darle un cheque por los panfletos.

Bole propuso quedar al día siguiente, a mediodía, en la puerta principal de la Tate Gallery, en Millbank. Tenía que hacer unas «gestiones» allí, le confió.

—Perfecto. ¿Puedo invitarle a comer? —preguntó Elfrida—. El restaurante de la Tate es de mis favoritos.

Después de una salva de toses, Bole aceptó.

—¿Cómo la reconoceré?

Elfrida reflexionó un momento: ¿cómo describirse? ¿Alta, pelo corto y oscuro, con flequillo y pintalabios rojo? Poco llamaría la atención entre la multitud.

—Llevaré un ejemplar de *Al faro*. ¿Qué le parece?

—Hasta mañana, señora Tipton.

Elfrida colgó el auricular en el soporte. Le latía el corazón como si acabara de subir tres pisos corriendo. Tenía la certeza de que su vida estaba a punto de cambiar, y la carta de vinos del restaurante de la Tate era de las mejores de Londres. Seduciría a Maitland Bole con el mejor burdeos y le sonsacaría los secretos del último día de Virginia Woolf.

Subió al piso de arriba y preparó una bolsa de viaje para una noche. No pensaba seguir esperando: cogería el tren de Londres directamente. Tenía más cosas que hacer en la ciudad. Esa mañana había recibido carta de su editor y de su agente, los dos estaban entusiasmados y «se morían» por saber más detalles de *El hombre en zigzag*. Elfrida sentía que su suerte estaba cambiando.

Escribió una nota para Reggie: «He ido a Londres por trabajo. Llámame a casa. Vuelvo la semana que viene. E», y pidió un taxi por teléfono para que la llevase a la estación. Reggie se alegraría: un fin de semana entero para follar con la furcia de turno y sin ver a su mujer. ¡El paraíso!

OceanofPDF.com

21

Anny vio que había muchos fans esa noche; más de una docena: seguramente había corrido la voz. Les firmó los cuadernos de autógrafos mientras buscaba a Cornell con la mirada. Sintió el pánico una vez más. La policía no había vuelto, pero quizá estuviera vigilando. Aunque, razonó, ¿cómo sabían a qué hora terminaba el rodaje? ¿Por qué tenía que pararse con los cazadores de autógrafos, por qué no entraba directamente en el hotel? No había peligro, había tomado una decisión, pero ese sería el final, punto.

Cornell llegó justo cuando ya se marchaba el último fan. Llevaba una gabardina marrón, las gafas y una corbata. Parecía casi elegante.

—Hola —saludó, sin sonreír—. ¿Lo tienes?

—Me alegro de verte, Cornell. Sí, lo tengo.

Metió la mano en el bolso y sacó el dinero. Había envuelto los fajos de billetes en una bolsa de plástico azul, para que pareciese un sándwich. Cornell se lo guardó rápidamente en el bolsillo del abrigo.

—Gracias, Anny. Me has salvado la vida.

—Pues disfrútala. *Bon voyage* —se interrumpió—. Por cierto, va en libras, no en dólares. Ochocientas libras, que son dos mil dólares. Si quieres dólares tendrás que cambiarlo.

—Mierda. No quiero ir a un banco.

—Pues cámbialo en el aeropuerto. Por cierto, es un regalo. No me lo tienes que devolver. Adiós.

Notó en el brazo la presión de la mano de Cornell, que le impedía irse.

—¿Puedes conseguirme un poco más? Me vendría muy bien —dijo con su voz adulatora, su voz dócil.

Anny se puso muy seria.

—No hay más, Cornell. Se acabó. Hemos terminado. Canelo todas las deudas conmigo.

—¿Por qué eres tan dura, Anny?

—¿Cómo te atreves a decirme eso? Joder.

—¿Puedo volver a verte? Te echo de menos.

—No. Te divorciaste de mí, ¿te acuerdas?

Entró en el hotel con una sensación muy extraña. No quería mirar atrás y al mismo tiempo era consciente de que no volvería a ver a Cornell, de que acababa de cerrarse un importante capítulo de su vida. Dio media vuelta, buscándolo..., pero se había ido. Acababa de llegar un autobús, y los turistas ya estaban bajando. ¿Dónde se había metido Cornell? ¿Cómo se las arreglaría en Mozambique? Era una locura... «¡Basta! —se reprochó—. Busca algo a lo que agarrarte». Pero sentía un peso enorme por dentro, algo casi parecido al dolor, a la pérdida. Y, aunque le reventaba darse cuenta, quería volver a verlo, solo una vez más.

Cruzó el vestíbulo para recoger su llave, sumida en una extraña y desconcertante mezcla de emociones. El efecto Cornell era único, reconoció. Aunque aparentaba mucha seguridad en sí misma, mientras hablaba con él todos los recuerdos habían vuelto, recuerdos inquietantes: el tira y afloja de su relación, su inagotable y agotador vaivén entre la atracción y el rechazo, el cariño y el cabreo. Y al mismo tiempo se daba cuenta del riesgo enorme que había corrido para ayudarlo. ¿Por qué —se preguntó mientras recogía las llaves en recepción—, por qué había hecho eso por un hombre tan desquiciante? ¿Por el recuerdo de lo que había sentido por él? ¿Era compasión lo que expresaba siendo testigo de su ira, de su peligroso fanatismo, de los descabellados ideales que habían llevado a Cornell a este desastroso punto final en su torpe y azaroso viaje en el mundo del activismo político? ¿O es que ella era simplemente así por naturaleza? ¿Sería eso: su absurda reacción instintiva a los hombres más necesitados? No encontraba ninguna respuesta que tuviera sentido.

Poco después, cuando Troy entró en la habitación, Anny vio que él notaba que algo no iba bien.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó con cariño—. Pareces muy nerviosa y tensa.

Por un momento le entraron ganas de hablarle de su último encuentro con Cornell, pero no se decidía. En vez de eso, le contó con detalle el desastre de Sylvia y Ferdie, y le explicó que se había negado a actuar con ellos.

—Vaya —dijo Troy—. Qué fuerte. Menudo día has tenido, preciosa. Así no vas a hacer muchos amigos.

—Tú no querrías actuar conmigo si no te gustara, si no me respetaras.

—Supongo. ¿Qué va a pasar?

—No lo sé. Le he dejado claro a Rodrigo cuál es mi posición.

—En esta vida uno tiene que hacer lo que le toca —dijo Troy con una sonrisa, y empezó a desnudarse.

Después, Anny se preguntó por qué el sexo con Troy era tan fácil; por qué «hacer el amor» con él estaba libre de complicaciones y era tan placentero para los dos. La respuesta tal vez era muy sencilla. Troy siempre estaba empalmado, siempre, nunca tenía problemas de erección. Eso había sido un constante motivo de preocupación con sus otros amantes, sobre todo con Cornell y Mavrocordato. Hasta Jacques necesitaba sus pequeños rituales: desaparecía en el cuarto de baño dos minutos antes de meterse en la cama y le gustaba beber mucho antes. Con Jacques todo era un poco impredecible: a veces bien, a veces raro, solo a medias. Siempre había una leve corriente subterránea de preocupación —como el zumbido de un mosquito— que en cierto modo estropeaba las cosas. Interveníá demasiado el cerebro, demasiado el pensamiento. Con Troy no. Anny solo tenía que desnudarse, y él estaba listo para entrar en acción.

—Somos como animales apareándose —dijo Anny.

—Dicho así no suena muy bonito.

—No, quiero decir que nos entra la necesidad y lo hacemos, sin más.

—Es que eres guapísima, Anny. Me pones a cien. Tienes una cara preciosa, un cuerpo increíble. No me puedo resistir. Además, los animales solo lo hacen para reproducirse.

—Cierto —asintió Anny—. Lo retiro.

Se levantó de la cama de un salto, balanceando la polla, todavía empalmado, se fijó Anny, todavía hinchado, y fue a por su botella de vino.

—¿Quieres un poco? —preguntó desde el otro lado de la habitación, levantando la botella.

—No, he tomado mis pastillas.

—¿Por qué tomas tantas pastillas? Tú no estás enferma —se sentó en el borde de la cama con su copa de vino.

—Las necesito... cuando estoy preocupada. O no puedo dormir. O no me despierto.

—Tomas pastillas para anular el efecto de las pastillas que has tomado. Eso no está bien. Yo no tomo drogas.

—El alcohol es una droga —señaló Anny—. Ahora mismo tienes una droga en la mano.

—No, no lo es. Beber es un acto natural. Llenarte los pulmones de humo, inyectarte, esnifar polvos por la nariz o tragar productos químicos muy potentes no es natural. No forma parte de nuestra naturaleza. Beber es... como comer, respirar, mear.

—No es así. Yo no lo hago para colocarme. Para mí es una red de seguridad. Soy como una funambulista. Necesito mi red.

—Yo seré tu red —dijo Troy.

Anny iba a darle las gracias con un beso, pero sonó el teléfono. Llamaban de recepción.

—Hola, señorita Viklund. Está aquí el señor Jacques Soldat y quiere verla.

—Muy bien. ¿Puede decirle que suba dentro de cinco minutos? Estoy terminando una reunión. Gracias.

Le entraron ganas de vomitar.

—¿Quién va a subir? —preguntó Troy.

—Mi novio de París. Está aquí.

—¡Joder! ¿Qué hacemos?

Cuando le abrió la puerta a Jacques, cinco minutos más tarde, Anny estaba vestida. Le dio un beso, se colgó de su cuello y le susurró al oído.

—Estamos terminando de repasar el guion —dijo—. Se irá enseguida.

Llevó a Jacques por el pasillo hasta la sala de estar de la *suite*. Troy estaba sentado a la mesa, también vestido, con el guion abierto delante. A su lado había otro guion abierto: el de Anny.

—Troy, este es Jacques. Jacques, Troy.

Se dieron la mano.

—He oído hablar mucho de ti, tío —dijo Troy—. Me alegro de conocerte.

—*Enchanté*.

Anny cerró el guion. Le costaba respirar. Necesitaba tomar aire a bocanadas.

—Mañana tenemos una escena importante —explicó Troy—. Hemos pensado que nos vendría bien repasar un poco.

—No quiero interrumpir —dijo Jacques.

—Ya casi hemos terminado —Troy recogió el guion—. Hasta mañana, Anny.

—Hasta mañana.

—Encantado de conocerte, Jacques.

—Ha sido un placer.

Cuando Troy ya se había marchado, Jacques abrazó a Anny, la miró a los ojos y le levantó la barbilla con un dedo.

—¿Por qué coño no me has dicho que venías? —preguntó ella, con firmeza, anticipándose a posibles preguntas incómodas.

—Quería darte una sorpresa.

—Pues lo has conseguido.

Jacques la soltó y fue a servirse una copa de vino de la botella de Troy.

—¿Qué ha pasado con Cornell? —preguntó.

—Le he dado el dinero.

—¿Suficiente?

—Lo que me pidió. Le dije que no había más. Que hemos terminado —oyó su voz como si saliera de una radio: llena de convicción, de seguridad. ¿Cómo lo conseguía? Al fin y al cabo era actriz, estaba actuando; lo importante era que Jacques no lo notara.

—Da igual —dijo Jacques—. Estoy aquí. Tus preocupaciones han terminado.

Talbot tardó un minuto —menos— en darse cuenta de que la chica era un desastre. El mero hecho de llamarla «chica» casi parecía una broma. Había puesto el anuncio de costumbre en el *Photographer's Journal*. «Se necesitan modelos jóvenes, hombres o mujeres, para manuales de medicina y revistas de arte. Imprescindible excelente forma física». Recibió tres respuestas inmediatas —dos hombres y una mujer— y había elegido a la que tenía una dirección de Londres, la supuesta chica joven. No tenía sentido traer a un chico de Escocia o de Yorkshire para un par de horas en el estudio.

La chica que llamó a la puerta del jardín (como se le había indicado) a la hora señalada, sonrió y dijo: «Hola, soy Lorraine». Era bajita y peligrosamente delgada, con el pelo teñido de negro y mal cortado, con pinta de pollo desplumado, pensó Talbot, y calculó que estaba más cerca de los treinta que de los veinte. No se parecía en nada a la fotografía que envió como muestra de su idoneidad como modelo. Talbot siempre pedía una foto, porque necesitaba un tipo de chica en particular. El tipo de chica era vital —con aire de chico y tirando a salvaje—, y Talbot normalmente lo adivinaba por las fotos que enviaban. Pero esta Lorraine era totalmente distinta de su imagen publicitaria, y su forma física tampoco era excelente. La piel pálida acentuaba las cicatrices del acné en las mejillas y componía un triste punteado de manchas rosas y azules, y por encima de la cinturilla de los vaqueros se derramaba una barriga inverosímil en una chica tan exageradamente flaca. ¿Estaba embarazada? Talbot sintió de pronto el cansancio de la decepción inesperada; la leve amargura al comprobar que el mundo ha vuelto a fallarte.

De todos modos, invitó a Lorraine a entrar en casa y pasar al salón, maldiciendo su mala suerte. Tenía que terminar la entrevista lo antes

posible.

—Lo siento mucho —dijo— pero parece que mi cámara se ha roto — señaló su Rolleiflex, montada en el trípode. Todo estaba listo para la sesión: el fondo de lino, la lámpara de quinientos vatios y el *flash*—. Tengo que mandarla a reparar. Te pido disculpas.

—¿No tienes otra cámara?

—Claro, varias. Pero por desgracia no sirven para este trabajo.

Sacó la cartera y le dio a Lorraine un billete de diez libras, los honorarios que habían acordado.

Lorraine cogió el billete, le dio la vuelta, lo examinó, lo dobló y se lo metió en un bolsillo con arrogancia, casi con desprecio, pensó Talbot.

—Bueno, he perdido el sábado —protestó, con un punto de agresividad—. Vengo desde Dagenham.

Talbot se sacó del bolsillo un billete de cinco libras.

—Para los gastos. Un puñetero contratiempo. Lo siento mucho.

—Sí —Lorraine lo miró con aire cómplice—. De todos modos podríamos... ya sabes... aunque se haya roto la cámara.

—No te entiendo.

—No soy idiota, señor Eastman. Todos sabemos lo que significa «modelos jóvenes». He hecho esto muchas veces. Podríamos divertirnos un poco. Me has pagado. He venido hasta aquí.

—Me parece —Talbot cerró los ojos— que estás cogiendo el rábano por las hojas. Soy fotógrafo profesional.

—¿El rábano por las hojas? —repitió Lorraine—. A ver cómo es tu rábano. Sé hacer un montón de cosas con un rábano...

—Creo que es mejor que te vayas, si no te importa.

Talbot la acompañó hasta la puerta fingiéndose ofendido en su dignidad, tenso y callado. Al ver la tela floja en el trasero de los vaqueros de Lorraine —sin nalgas—, de pronto cayó en la cuenta de que seguramente era adicta a alguna droga. *Caveat emptor*.

En la puerta del jardín, Lorraine lo amenazó, señalando con el dedo.

—Recuerda que sé dónde vives. No puedes hacer esto.

—Y yo sé quién eres —contestó Talbot, sin alterarse, fingiendo indiferencia—. Y mi abogado también lo sabrá si me creas problemas —era

consciente de que tenía la indemostrable convicción del patricio de que toda amenaza con la «ley» asustaba a los pobres y a los trabajadores.

—Que te den, viejo pervertido de mierda —dijo Lorraine, y echó andar calle abajo con sus quince libras.

Talbot cerró la puerta del jardín y echó el cerrojo con la sensación de haberse quitado un peso de encima, de que ya podía relajarse. Era muy raro que sus modelos se pusieran desagradables o le amenazaran. Solo le había ocurrido un par de veces antes: las dos con chicos. Era inquietante que una mujer le insultara. Poner anuncios en revistas fotográficas de prestigio era la coartada ideal. Había docenas de anuncios cifrados similares en la contraportada de estas publicaciones —para modelos masculinos y femeninos—, siempre redactados con el máximo decoro, ocultando los motivos normalmente carnales, sin duda.

Se distrajo de pronto con una serie de golpes metálicos y porrazos de tablas caídas desde cierta altura, seguido de un coro de voces roncadas en la calle. Al levantar la vista vio que la fachada trasera de la casa de al lado estaba cubierta de andamios. El ruido seguramente indicaba que ahora estaban montando el andamio por delante. «Más ruido que una cuadrilla montando un andamio», pensó; a saber por qué le vino a la cabeza este símil. Entró en casa y se sirvió un buen vaso de escocés con soda, ligeramente alterado por el encontronazo con Lorraine. Se acabaron sus planes para el sábado, su precioso fin de semana. Con la ilusión que le hacía la sesión de fotos —uno nunca sabía lo que podía surgir de esos encuentros, y esa era una parte esencial de la emoción—, y ahora tenía por delante un día vacío hasta la hora de ir al Royal Festival Hall para el concierto de Humphrey.

Buscó entre los pocos libros que tenía en el apartamento y encontró un ejemplar de *Una habitación con vistas*. Se acordó con dolor de Zoë, que había estudiado *Pasaje a la India* para la reválida de bachillerato. «Es de Em Forster», le había dicho Zoë con confianza. Era encantadora a los dieciséis años, pensó Talbot; había tardado en dejar atrás su inocencia preadolescente, como reacia a enfrentarse al mundo adulto que se le echaba encima sin piedad, demasiado deprisa para su gusto. Talbot se acordó de

cuánto le gustaba a Zoë la compañía de su padre por aquel entonces: pasaban mucho tiempo juntos. Y después todo cambió.

Rellenó el vaso de whisky, cogió los cigarrillos y volvió al jardín a sentarse en el banco, a la sombra del manzano. Pensó en ir al nuevo restaurante italiano de Erskine Road a tomar un plato de pasta.

Encendió un cigarrillo y abrió el libro, pero al ver la página impresa se acordó de repente de Yorgos y el contrato de *Las hojas cuando arden*. Había aplazado mentalmente ese asunto a propósito, convencido —seguro— de que John Saxonwood estaba exagerando. John le había dicho que el contrato estaba en francés y, a su entender, YSK transfería ahora los derechos cinematográficos de la obra a FUMODOR, S. A., una empresa con sede en Luxemburgo. Él, Talbot Kydd, figuraba como uno de los directores de la empresa, pero no era su dueño y tampoco había aportado nada a la cantidad —quinientos mil francos— requerida como depósito a todas las empresas de responsabilidad limitada que operaban en Luxemburgo. Y eso, explicó John, era lo que le preocupaba. ¿Quién había puesto el dinero? ¿Yorgos? ¿O Yorgos y otros socios? ¿Por qué no habían invitado a Talbot a contribuir? «Tiene que haber una explicación sencilla —dijo Talbot—, déjame hablar con Yorgos». «Yo no duermo tranquilo», contestó John Saxonwood.

Talbot pensó en el giro que habían dado los acontecimientos. Con una mano en el corazón habría jurado sobre el proverbial montón de biblias que Yorgos Samsa jamás intentaría engañarlo a conciencia, y mucho menos estafarlo. A lo mejor estaba siendo ingenuo, pero Yorgos le había salvado la vida, profesionalmente, como mínimo en tres ocasiones. Claro que era una especie de cliente escurridizo —era productor de cine, por Dios—, pero este plan de FUMODOR, S. A. tenía que ser algo beneficioso para YSK Films en el futuro: eficiencia fiscal, devoluciones, subvenciones, ayudas, algo de eso. Y en todo caso no había firmado nada, así que de momento todo estaba en compás de espera. Esperaría la oportunidad de tener una conversación en condiciones, el momento de mirar a Yorgos a los ojos y descubrir en qué consistía exactamente su astuto plan.

Leyó unas cuantas páginas de *Una habitación con vistas* antes de que la repentina intromisión de la música lo desconcentrara. Otra vez esa puñetera

canción: la del parque y la tarta y la lluvia y la receta perdida. Se levantó y se puso la mano de visera; vio a un hombre, desnudo de cintura para arriba, subido en el último piso del andamio, con lo que parecía una radio portátil, grande, gritando indicaciones incoherentes a los compañeros que estaban delante de la casa. Algo en la pose y la musculatura del hombre subido en el andamio hizo que Talbot entrara corriendo en el apartamento y volviera segundos después con su Pentax preparada con un teleobjetivo. Sin alejarse de la sombra del manzano, para pasar desapercibido, enfocó al trabajador que iba bajando despacio, apretando tuercas en cada piso con una especie de llave inglesa y desplazando ligeramente las plataformas con la punta de las botas para asegurarlas mejor. Iba a pecho descubierto porque hacía buen tiempo y Talbot pudo ver por el teleobjetivo, cuando bajó otro piso, que era un chico joven, de unos treinta años, delgado, musculoso, de cintura estrecha, hombros anchos y pectorales planos. Talbot se fijó en la flexión y extensión de los músculos por debajo de la piel ligeramente bronceada y sucia, mientras el joven apretaba las tuercas de las piezas que sujetaban los tubos del andamio.

Perfecto, pensó con admiración. Le dejaré que ponga esa música tan tonta. Ya quisiera Lorraine estar tan *en forme*... Volvió al banco, dejó la cámara y cogió el libro. Vio que había doblado hacia dentro la esquina de una página y lo abrió por ahí. Leyó unas líneas:

—Bueno —dijo él—. Si no les gusto qué le voy a hacer. Hay barreras inamovibles entre ellos y yo, y tengo que aceptarlas.

—Supongo que todos tenemos nuestras limitaciones —contestó Lucy sabiamente.

—Aunque a veces nos las imponen por la fuerza —dijo Cecil, viendo que Lucy, a juzgar por su comentario, no llegaba a entender del todo su situación.

—¿Cómo?

—¿No es distinto cuando nos encerramos nosotros que cuando nos quedamos fuera por las barreras que levantan otros?

Lucy lo pensó unos momentos y coincidió en que era distinto.

Talbot bostezó y cerró el libro, no le interesaba tanto, y se fijó en que algunas hortensias del parterre empezaban a marchitarse. Se levantó y fue hasta la zona pavimentada donde guardaba las pocas herramientas de jardinería en un arcón de madera, en la esquina de la casa, donde la tapia del jardín formaba un ángulo recto con el cuarto oscuro. En el rincón

también había un barril que recogía el agua de la lluvia, y Talbot levantó la tapa del arcón para sacar la regadera, llenarla en el barril y dar a las hortensias lánguidas su bendita ración de humedad. Ya puestos habrá que regarlas todas, pensó, y volvió al barril.

Más tarde se paró a pensar en lo extraña que era la sensación de que el tiempo se ralentizaba cuando ocurría un accidente: no exactamente a cámara lenta, sino como fragmentado, dividido en una serie de cortes bruscos. Con la visión periférica vio un bulto pequeño y oscuro que caía deprisa. Después oyó un trompazo, al estrellarse algo contra el borde de la tapia que separaba los jardines, y varios cristales de la ventana del cuarto oscuro reventaron, cubriendo el suelo de esquirlas alrededor de Talbot con un tintineo estridente.

Se tambaleó hacia atrás, notó el crujido de las esquirlas al aplastarlas con los pies y vio en el suelo una de las piezas metálicas con que los operarios unían los tubos del andamio. Se agachó para recogerla, imaginando, sin saber por qué, que estaría caliente, como un meteorito.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz desde arriba.

Levantó la vista y vio al joven que lo miraba con medio cuerpo fuera del andamio. Curiosamente, Talbot no podía quitarse de la cabeza la desquiciante canción del parque, la tarta de azúcar derretida por la lluvia — seguía sonando en la radio, como si fuera eterna— y la receta que no aparecía. De pronto se preguntó si estaba en *shock*.

—¿Le ha dado? —preguntó el joven, apagando la radio.

—No —gritó Talbot, recuperándose—. Me he librado por poco.

—No se mueva, señor. Enseguida bajo.

—Hay una puerta en el callejón —le indicó Talbot. Extendió las manos: le temblaban ligeramente. ¿Qué habría pasado si la pieza le hubiera dado en la cabeza? ¿Invalidez? ¿Muerte instantánea...?

Fue despacio hasta la puerta del jardín y la abrió. Recogió la pieza mientras el trabajador entraba.

—Casi me da —dijo—. Tiene que poner más cuidado.

El joven estaba jadeando, todavía sin camisa, con unos vaqueros sucios y unas botas resistentes. Talbot le pasó la pieza. El chico la examinó a fondo.

—¿Cómo ha podido caerse? No lo entiendo —la sostenía con la mano extendida, como si fuera una prueba—. Algún gilipollas se la ha dejado en la plataforma. He debido de darle un puntapié.

—A mí no me lo pregunte —dijo Talbot—. Solo sé que ha caído del andamio. Por poco me da y me ha roto la ventana.

El joven se pasó la mano por el pelo. Talbot se fijó en que tenía los pezones erectos, rodeados por un círculo pequeño y marrón. Era muy delgado, sin un gramo de grasa y con los músculos bien definidos: se le podían contar las costillas. Una línea de vello oscuro se deslizaba desde el ombligo por debajo del cinturón que sujetaba los vaqueros. No tenía pelo en el torso. Talbot notó una opresión en el pecho: le costaba respirar con normalidad. ¿Estaba en *shock*? ¿O era un ejemplo de ese tipo de situaciones que había llegado a llamar sus momentos *Muerte en Venecia*?

—¿Puedo echar un vistazo? —Se acercaron a la ventana rota—. Supongo que es inevitable que a veces ocurran accidentes —admitió Talbot—. Por suerte no me ha caído en la cabeza. Bueno, ya tiene usted su pieza.

—Lo llamamos abrazadera.

—Pues ya tiene su abrazadera.

El joven lo miró.

—Se ha hecho un corte en la cabeza.

Talbot se tocó la frente y vio la sangre brillante en la yema del dedo. Se sacó el pañuelo del bolsillo y el joven se lo quitó de la mano.

—Déjeme —le dio un toque suave en la frente—. Es solo un rasguño. Lo siento de verdad —tenía un acento de Londres muy marcado y de persona con cierta educación, pensó Talbot. Le devolvió el pañuelo. Mientras se lo guardaba en el bolsillo, Talbot llegó a la conclusión de que sí estaba ligeramente en *shock*. Tenía las piernas flojas y le temblaba todo el cuerpo.

—Creo que necesito sentarme.

El joven le ofreció el codo y lo acompañó hasta el banco que había debajo del manzano. Sentado se encontraba mejor.

—Si avisa a un cristalero, nosotros lo pagaremos, por supuesto. Se lo diré a mi jefe.

—¿Qué? Bien. Es un poco incómodo, porque no estoy aquí siempre. Pero tenemos un conserje.

—¿Puede darme un número de teléfono, señor? Nosotros nos ocuparemos de todo.

Talbot arrancó una página en blanco del final de *Una habitación con vistas*, sacó un bolígrafo del bolsillo y, sin pensar en lo que hacía, anotó el número de teléfono del Grand, en Brighton, y su nombre. A continuación tachó el número y el nombre hasta volverlos ilegibles y anotó el número del conserje.

—Paso la semana en Brighton —dijo—. Estoy trabajando allí. Me alojo en un hotel. Este es el número del conserje, puede dejarle el recado a su mujer.

—¿Me presta el bolígrafo?

El joven arrancó una tira del pie de la página, escribió sus datos y se los dio a Talbot: «Gary Hicksmith. Andamios Axelrod». Y un número de teléfono.

—Si el conserje llama a la oficina, lo arreglaremos todo cuando mejor les venga.

—Bien. Gracias.

—No me he quedado con su nombre, señor.

—Eastman.

—Señor Eastman.

Gary lo anotó. Talbot se puso en pie, algo menos tembloroso.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor Eastman?

—No, gracias. Ya me encuentro mejor.

—Daré el aviso y esperaremos a que venga el cristallero. Correremos con todos los gastos, naturalmente —negó con la cabeza, como desconcertado por el giro de los acontecimientos—. Nunca me había pasado esto. Nunca.

—Bueno, gracias —Talbot cogió el libro—. Me parece que necesito una taza de té.

El joven cogió la cámara de fotos y se la dio a Talbot.

—Buena cámara.

—Soy fotógrafo profesional.

—Ah. Genial. Estupendo —se quedó callado—. Podría haber sido peor —añadió con una sonrisa—. Hay que dar gracias por las pequeñas cosas, ¿no?

—Solo se ha roto una ventana.

Se rieron los dos, manifestando su alivio con una carcajada compartida.

—Seguimos en contacto, señor Eastman. Es usted un hombre culto y un caballero. Cuídese.

Gary Hicksmith se marchó, y Talbot cerró la puerta del jardín con llave. Estaba algo más tranquilo; el incidente y la escena posterior se desplegaron en su cabeza como una secuencia cinematográfica. La canción estúpida, el golpe en la ventana y los cristales rotos. Cayó en la cuenta de que casi no se acordaba de la cara de Gary, como si solo hubiera registrado los detalles del torso desnudo. ¿Pelo rubio tirando a oscuro y ojos azules...? De facciones proporcionadas, con barba de unos días y un diente delantero con una esquina rota...

Entró, se sirvió un buen vaso de *whisky* y bebió un trago, sintiendo el ardor en la garganta y el pecho. Era curioso cómo estos incidentes podían alterar la vida, llevarla por caminos inesperados. Cristaleros, montadores de andamios... Y ahora sabía lo que era una «abrazadera». Buscó el pañuelo en el bolsillo y vio la mancha de la sangre, todavía brillante. Se acordó del gesto de Gary: le había quitado el pañuelo de la mano para secarle el hilillo de sangre del corte. Eso fue raro. Que se hubiera encargado de hacerlo... «Es usted un hombre culto y un caballero», había dicho. ¿Cómo encajaba esa frase en el repertorio de un trabajador? Hablaría con el conserje para que llamase a Andamios Axelrod y avisaran al cristalero. Algo le dijo que tenía que buscar el modo de volver a ver a Gary Hicksmith. Una forma extraña de compensar la decepción que se llevó con Lorraine. Gary Hicksmith le había removido algo por dentro.

Bebió un sorbo de *whisky*, pensativo, alterado. Tenía varias horas por delante hasta el concierto de la noche y la sensación de que necesitaba estar activo y distraído. Necesitaba conducir, sentarse al volante del Alvis. Sabía que a esa hora estaban rodando en el paseo marítimo de Brighton. Volvería a Brighton, pensó, a controlarlo todo, y después se iría a Londres.

Movimiento, distracción, deber cumplido: eso era lo que necesitaba. Dejó el *whisky* y cogió las llaves del coche.

OceanofPDF.com

Maitland Bole llegó con veinticinco minutos de retraso, y a Elfrida le sentó muy mal. Ella era siempre más que puntual y le costaba mucho aceptar que los demás fueran desconsiderados con el tiempo. Subió y bajó varias veces las escaleras de la Tate Gallery, con un silbido monótono que era un leve símbolo acústico de su malestar y mirando el reloj hasta que, harta, se sentó en un banco y se puso a leer *Al faro*, solo por pasar el rato, reconociendo al cabo de unas páginas que no recordaba lo mucho que le había disgustado la novela, con tantos detalles superfluos, tanto miedo neurasténico al mundo, tanto hormigueo de la conciencia y tanta sensibilidad de clase alta. Con todo eso, ¿cómo podía decir nadie que ella y Virginia Woolf tenían algo en común como novelistas? Bastaba con leer un par de páginas de una novela suya para ver que...

—¿Señora Tipton?

Levantó la vista y vio a un hombre que llevaba un traje gris muy arrugado y una cartera abultadísima en la mano. Tenía una barba rala de color blanco amarillento al estilo de Abraham Lincoln, con el labio superior afeitado. ¿Qué pretendía con una barba tan ridícula?, pensó Elfrida, enfadada aún por el retraso. Pero sonrió con cortesía, se levantó, saludó, le dio la mano y lo llevó al restaurante del bajo de la Tate.

Sentados en un rincón, de espaldas al misterioso y evocador mural arcádico de Rex Whistler, siguieron intercambiando comentarios amables —sobre el tiempo, el viaje, la salud— y miraron la carta. O, mejor dicho, Bole miró la carta mientras Elfrida consultaba la lista de vinos.

—¿Borgoña o burdeos? —preguntó.

—Yo no bebo —dijo Bole—. El médico no me deja.

—Es una lástima. ¿Ni siquiera una copa?

—No me atrevo a arriesgarme. Podría darme un ataque... con la medicación que tomo.

—Pobrecillo. Lo siento. Bueno, voy a pedir una botella, por si acaso cambia usted de opinión.

Elfrida se puso a elogiar las excepcionales oportunidades de beber vino que ofrecía el restaurante de la Tate, pero notó que Bole no prestaba atención, ya que seguía examinando sus opciones gastronómicas. El comienzo no era el mejor posible, pensó, y pidió una botella de Gruaud-Larose de 1962. Eligió sopa de guisantes e hígado con beicon mientras Bole se decantaba por el cóctel de gambas y el pastel de ternera y riñones. Cuando llegó la botella de Elfrida, Bole dijo que él se conformaba con un vaso de agua del Támesis. Elfrida probó el vino y lo encontró de su gusto. Comer con un abstemio tenía sus ventajas, pensó, animando al sumiller a que le sirviera una copa generosa.

—Tengo los panfletos en la cartera —recordó Bole.

—Déjeme que le extienda un cheque ahora mismo —dijo Elfrida, pensando que la comida gratis y el más que lucrativo intercambio monetario pondrían a Maitland Bole en deuda con ella... Difícilmente podría negarse a responder a sus preguntas.

Sacó el talonario, extendió el cheque (22,5 libras) y se lo dio. Tomó nota de que Bole no le ofrecía descuento por comprar en grandes cantidades. De todos modos, Elfrida tenía sus propios objetivos en esta comida y en eso iba a concentrarse, se dijo. Bole le pasó una bolsa de plástico llena de panfletos que sacó de la cartera. Elfrida dejó la bolsa a sus pies, debajo de la mesa.

—Verá, me interesan mucho los detalles del último día de Virginia Woolf. He visto la casa, he ido dando un paseo por los prados hasta la orilla del Ouse, y he mirado el río, hasta tuve una conversación con Leonard Woolf —bebió un sorbo de vino—. Intento imaginar qué pensaría Virginia en esas últimas horas de vida, desde que se despertó. El proceso me resultaría mucho más sencillo si conociera los detalles de su vida cotidiana, de su rutina doméstica.

—¿Por qué?

—¿Perdón?

—¿Por qué le interesa el último día de Virginia Woolf?

—Porque voy a escribir una novela sobre ese último día —lo dijo sin pensar, y al instante se preguntó si no había cometido un tremendo error al anunciarlo. Curiosamente, tuvo la sensación de que Bole se relajaba.

—Bueno, si se trata de una *novela* —señaló, subrayando la última palabra como si fuera una enfermedad desagradable— puede inventárselo todo. No me necesita.

—En parte no le falta razón —asintió Elfrida con prudencia—, y evidentemente tendré que especular hasta cierto punto. Pero cuanto más sepa, cuantos más detalles y datos conozca, mejor será la ficción. Al menos yo lo creo así.

—¿De verdad?

—Sí. Según mi experiencia.

—¿Es usted novelista?

—¡No! Para nada. No, no. No, por Dios. Quiero decir como lectora. Mi experiencia como lectora —bebió un poco de vino; lo cierto es que estaba delicioso. Se alegraba muchísimo de no tener que compartirlo con Bole.

—Estoy empezando —dijo a modo de excusa—. Pensando en escribir una novela.

Bole apartó el cóctel de gambas terminado. Se le había quedado un pegote considerable de salsa rosa entre los pelos de la barba hirsuta. Elfrida dudaba si decírselo —no se veía capaz de comer si él no se limpiaba— cuando, por suerte, como si le leyera el pensamiento, Bole se lo quitó con la servilleta.

—Esa sería la cuarta novela de Elfrida Wing, ¿verdad? —sonrió Bole, como si acabara de ganar un premio.

Eres tonta, se reprochó Elfrida. Eres tonta de remate. Bole vivía en su mundo, era «un hombre de letras» en cierto modo. Tenía que haber supuesto que cabía la posibilidad de que la reconociera, ahora que se paraba a pensarlo. Sus fantasías de anonimato absoluto nunca se harían realidad mientras sus novelas siguieran en algún anaquel con una foto suya de joven en la solapa.

—Sí —reconoció—. Le pido disculpas. Ha sido un subterfugio absurdo.

—Soy un admirador —explicó Bole—. Sobre todo de *Excesos*. Mi favorita. Muy ingeniosa, muy oscura.

—Gracias.

—Y ahora una novela sobre el último día de Virginia Woolf. ¡Qué ganas de leerla!

—Habrà que esperar un poco. De momento solo estoy explorando la idea.

—En realidad no es asunto mío, y espero que no le moleste que lo señale, pero ¿usted cree sinceramente que a alguien le sigue interesando Virginia Woolf? Mi *Bloomsbury en East Sussex* es de largo el que menos ha vendido de todos mis panfletos. Yo creo que Woolf está un poco pasada de moda. Tiene que haber otros escritores de los que hablar: Oliver Onions, Alfred Duggan, Edith Nesbit...

—Me interesa personalmente Virginia Woolf.

Bole se encogió de hombros.

—La decisión es suya, faltaría más. Pero ¿qué me dice de Henry James en Rye? ¿De Kipling? ¿De Ford Madox Ford?

—Tiene que ser Woolf. Lo siento.

Bole se inclinó hacia Elfrida con aire confidencial.

—Bueno, lo primero que le conviene saber es que dormían en habitaciones separadas, Virginia y Leonard, y por tanto ese día se despertó sola.

—¿De verdad? Cuénteme. ¿Le molesta si tomo algunas notas? —Buscó su libreta y un bolígrafo, y empezó a hacer garabatos mientras Bole seguía hablando. Y se explayó con ganas (Elfrida casi no necesitó hacer ninguna pregunta), como si el cóctel de gambas le hubiera puesto locuaz. Y mientras tomaba notas comprobó que la información de Bole era muy precisa. Le contó que, por las mañanas, Leonard Woolf siempre le llevaba a Virginia una taza de té a la cama. Ella se daba luego un baño, se vestía, y desayunaban juntos, después de que Leonard también se diera un baño. Virginia Woolf trabajaba en una caseta de madera construida ex profeso en el jardín, y, todos los días, a eso de las nueve, cruzaba el jardín para ponerse manos a la obra. En 1941 acababa de terminar su última novela, *Entre actos*.

El último día de su vida, el 28 de marzo, entró en casa sobre las once de la mañana sin que nadie la viese, porque Leonard estaba trabajando arriba,

en su estudio, y dejó dos cartas encima de una mesa —o en la repisa de la chimenea, Bole no estaba del todo seguro—: una para Leonard y otra para su hermana Vanessa. Después se puso sus botas de agua y un abrigo de piel, y cogió su bastón como si fuera a dar un paseo. Salió del jardín por la puerta que está al lado de la iglesia y bajó hasta el río Ouse. La marea estaba alta, y el agua seguramente llegaría muy cerca del borde del cauce. Un trabajador la vio pasar camino del río. Eso fue sobre las once y media o doce menos veinte. Este trabajador fue la última persona que la vio con vida.

—Y después se tiró al agua, o se metió, o se deslizó —añadió Bole—. Las orillas son altas. Como va a escribir usted una novela, puede elegir lo que más le guste. Quizá un salto resulte más dramático.

—Parece ser que se metió una piedra grande en un bolsillo —dijo Elfrida.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabe?

—Por Enid... —No llegó a terminar—. Me lo contó una amiga de la familia.

—Interesante —dijo Bole—. No lo sabía. Un buen detalle —se metió un bocado de riñón en la boca y empezó a masticarlo con una energía que le produjo una desconcertante oscilación de la barba, pensó Elfrida, que bajó la cabeza para concentrarse en su hígado con beicon. Se dio cuenta de que no tenía mucha hambre. Se sirvió otra copa de Gruaud-Larose.

—Es un detalle interesante —asintió Elfrida—, porque demuestra que el suicidio no fue espontáneo. Tenía la clara intención de morir, y la piedra le impedía arrepentirse en el último momento.

—Bien pensado —observó Bole, frunciendo el ceño—. O acelerar el final.

—Exactamente.

Bole reanudó su relato. Leonard Woolf bajó a comer a la hora de costumbre y encontró las cartas.

—¿Una nota de suicidio? —preguntó Elfrida.

—Eso creo. Lo que decía en las cartas fue suficiente para que Leonard diera la voz de alarma. Pero Virginia ya había desaparecido. Estaba muerta.

—¡Qué horror! —exclamó Elfrida, transportada de pronto a las orillas del Ouse. Un abrigo de piel, botas de agua y una piedra grande en un bolsillo—. ¿No sabrá por casualidad qué clase de abrigo de piel llevaba?

—No, lo siento. ¿Es importante?

—Bueno, para una novelista podría serlo. ¿Era de visón, de ratón almizclero, de conejo? Ya sabe que Dios está en los detalles.

Bole la miró, desconcertado.

—Tardaron tres semanas en encontrar el cuerpo —explicó—, a pesar de que dragaron el río de arriba abajo.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Elfrida—. Si me permite la curiosidad.

—Hablé con su cocinera, Louie Everest. Una mujer muy comunicativa. Le gustaba mucho hablar de eso.

—Louie Everest. Qué nombre. Entonces, tenían servicio doméstico.

—Solo Louie. Iba a hacer la comida todos los días. La interna se despidió a finales de 1940. Por lo visto, me lo contó Louie, a Virginia le gustaban mucho las tareas domésticas. Le gustaban de verdad.

—Eso es curioso —dijo Elfrida—. Fascinante. ¿Qué tipo de tareas domésticas?

—¿Qué tipo de tareas domésticas hay? Limpiar el polvo, sacar brillo, lavar los platos, recoger, lavar la ropa. No creo que hubiera aspiradora en Monk's House.

—No, en 1941 no había.

—¿Existían? —preguntó Bole, al parecer con sincero interés.

—Sí, claro. Pero eran artículos de lujo. Cosas de las que presumir: «Tenemos una Hoover» —Elfrida intentó imaginarse una Hoover en Monk's House—. Es posible que tuvieran un cepillo aspirador de alfombras —dijo—. De esos que se empujan adelante y atrás.

Bole se quedó pensativo.

—No me imagino a Virginia Woolf con un Bissell, ¿usted sí? —Daba la sensación de que se animaba por momentos; a lo mejor estaba pensando en otro panfleto, supuso Elfrida: *Equipamiento doméstico en East Sussex en el período de entreguerras*.

—Creo que una Hoover sería improbable... —Elfrida trató de imaginarse de nuevo a Virginia Woolf ocupándose de las tareas domésticas—. ¿Cree usted que haría alguna tarea ese día?

—¿Quién sabe? —dijo Bole, limpiándose la boca y la horrible barba con la servilleta. Si es una novela lo que está escribiendo, puede ponerla a limpiar un poco el polvo o a abrillantar la plata.

Elfrida anotó: «¿Tareas domésticas?».

Bole estaba ojeando la carta otra vez, considerando la posibilidad de pedir un postre. Elfrida se sirvió más vino y vio que la botella estaba casi vacía. Se notaba cargada de una extraña energía que no había vuelto a sentir desde hacía años. Era consciente de lo que estaba pasando. El cerebro estaba en funcionamiento, explorando las posibilidades de una ficción. Virginia Woolf haría alguna tarea doméstica antes de quitarse la vida. Un detalle maravilloso. Vació la botella en la copa.

—Según Louie Everest —le confió Bole—, a Virginia le afectó mucho la guerra. Una bomba destruyó su casa de Londres, y el valle del Ouse se encontraba justo en la ruta de vuelo de los bombarderos alemanes.

—La Batalla de Inglaterra —dijo Elfrida—. Claro.

—Lanzaban bombas. Se estrellaron aviones.

—Debió de haber momentos terroríficos.

—Pues sí. El conflicto se extendió hasta East Sussex —explicó Bole con cierta pomposidad—. He escrito un panfleto sobre ese tema: *East Sussex en guerra*. Se vende muy bien, si le interesa.

—Puede que sí —Elfrida sopesó si pedir más vino.

—Como le digo, lanzaban bombas en los pueblos, incendiarias, y disparaban con ametralladora al tráfico y a la gente por la calle. Accidentes de aviación... Pilotos y tripulantes muertos. Alarmas aéreas a cualquier hora del día y de la noche. A Virginia le afectó mucho.

—Le destruyó los nervios literalmente. Sí, lo comprendo.

—Louie Everest me contó que era evidente, desde dos meses antes, desde principios de 1941, que iba a estallar. Que iba a tener otra crisis nerviosa. Louie conocía los síntomas.

—Dios mío, claro... —Elfrida pensó: ves que estás enloqueciendo y que el mundo ha enloquecido. ¿Por qué no tirarse al río?

Bole pidió crujiente de manzana con natillas.

—¿Puedo tentarle a tomar un *brandy*? ¿Un coñac? —preguntó Elfrida.

—¡No, por Dios! Eso me mataría.

—Espero que no le moleste si yo me tomo uno —Elfrida sonrió e hizo una señal al camarero. Estaba celebrando; el libro que tenía en la cabeza empezaba a cobrar forma. De repente la vida volvía a valer la pena.

OceanofPDF.com

El día era curiosamente fresco a pesar de que lucía un sol espléndido, pensó Anny. Tal vez fuera la proximidad del mar —azul verdoso, picado, interminable— lo que la hacía tiritar. Aunque sabía que solo era el canal de la Mancha, desde donde estaba sentada, en el paseo marítimo de Brighton, el horizonte prometía su acostumbrada simulación de infinitud. Podría haber sido el mar, verde pistacho, el agua veteada de tonos más oscuros, como flores que se abrían; oscuras flores marinas que se abrían bajo las olas y cambiaban la luz, cambiaban la temperatura...

Interrumpió esos pensamientos. ¿Qué estaba pensando? Miró el guion abierto en las rodillas. Había muchos diálogos que memorizar en la próxima escena y le estaba costando retenerlos, por más que lo intentaba. Estaba sentada en una silla de lona plegable, entre el desorden habitual de un rodaje —cámaras, generadores, grabadoras de sonido, una tienda de campaña, rollos de cable y focos amontonados—, cerca de la entrada del muelle oeste de Brighton. A veinte metros veía a Jacques y a Troy enfrascados en una conversación: Jacques gesticulaba con elocuencia; Troy escuchaba, con la cabeza ladeada, las manos entrelazadas detrás de la espalda, como un alumno intimidado por el profesor. ¿De qué estarían hablando?, pensó, vagamente preocupada. Volvió a centrarse en el guion. Tocaba la gran escena de reconciliación entre Emily y Ben; por eso las tres páginas de diálogos. Transcurría supuestamente cuarenta y ocho horas después de que Emily le diera una bofetada a Ben, subiera a un autobús y desapareciera. Después tenía una serie de encuentros extraños, surrealistas (todavía sin filmar) y luego llamaba a Ben por teléfono y le decía que quería verlo en el muelle. Había intentado aprenderse los diálogos la noche anterior pero no pudo, porque llegó Jacques. Su presencia inundaba la *suite* del hotel como el perfume, como el humo.

Después de que Troy se marchara, pidieron más vino y algo de comer al servicio de habitaciones. Cuando se metieron en la cama, Anny le dijo a Jacques que estaba a punto de venirle la regla. Jacques contestó que de acuerdo, no te preocupes, *chérie*, y reconoció que estaba muy cansado. Fue un alivio inmenso para Anny. Acostada al lado de Jacques, a oscuras, tuvo la sensación de que pasaba horas despierta, oyendo sus ronquidos suaves, tratando de apartar los recuerdos de cuando estaba haciendo el amor con Troy en esa misma cama unas horas antes. Apartando también la culpa para pensar con neutralidad. Normal que no pudiera aprenderse los diálogos, pensó, con todo lo que estaba pasando, con la multiplicación de complicaciones en su vida. Se levantó para buscar a Rodrigo.

Rodrigo fue muy comprensivo cuando le explicó que tenía un poco de migraña y le costaba memorizar los diálogos.

—No te preocupes, cielo. La mayor parte de la escena se rodará de lejos. Troy y tú podéis decir lo que queráis. Blablablá, ya sabes. Y después lo doblaremos todo.

—¿Y los planos cortos?

—Lo escribiremos en pizarras para tontos. No, no quería decir eso: no me gusta nada esa expresión. Lo siento. Pondremos tus diálogos en una pizarra, detrás de la cámara —sonrió con benevolencia—. En realidad, lo prefiero. Así tenéis más espontaneidad.

—Estupendo. Gracias, Rodrigo. Es que tengo la cabeza como llena de hormigón caliente.

—Las migrañas son una puta pesadilla. Déjalo todo en mis manos, preciosa.

Vio que Jacques se acercaba. La primera vez que se lo presentó a Rodrigo, este dijo que había leído el libro de Jacques, *Piel negra, corazón blanco*. «Un gran libro —aseguró—. *Exceptionnel, incroyable*. Un privilegio conocerlo, señor».

Jacques siempre le decía a Anny que sería rico si todo el que afirmaba haber leído su libro lo hubiera comprado y leído de verdad.

—¿Qué tal? —saludó Jacques, buscando una silla y sentándose al lado de Anny—. *Ça va?*

—¿De qué hablabas con Troy? —preguntó Anny.

—De París. No tenía ni idea de lo que pasó en mayo. Ni pajolera idea. Es como si viviera en otro planeta.

—Es un cantante pop.

—Eso no es una excusa.

—Eres demasiado severo. Demasiado implacable.

—Creo que voy a volver al hotel —dijo Jacques—. Se me había olvidado lo aburrido que es un rodaje —señaló con la mano—. ¿Qué hace toda esa gente ahí parada: comiendo, fumando, tomando café? Les pagan por no hacer nada. Es como un círculo del infierno.

—Eres demasiado severo —repitió Anny, animándolo a irse. En la escena que estaban a punto de rodar, ella y Troy tenían que besarse, y no estaba segura de que le apeteciera que Jacques los viese. En el tiempo que llevaban juntos (más o menos un año de intensa relación), Anny no había hecho ninguna película, y la situación era nueva para él. Jacques había sido en parte la solución al éxito bestial (y la intromisión en su vida del éxito bestial) de *La montaña amarilla*. Cuando estaba con Jacques casi se olvidaba de que era actriz, una «estrella». El caso es que él la veía trabajar por primera vez en esta película. Jacques le dio dos besos en las mejillas, le estrujó la mano, se permitió rozarle los pechos con los nudillos y dijo que iba a explorar esa ciudad tan curiosa, mirando a un lado y a otro, como si no supiera qué dirección tomar. Justo en ese momento apareció Talbot Kydd.

—Anny, buenas tardes. Hace un día precioso. ¿Va todo bien?

—Perfecto —se levantó y le presentó a Jacques.

—Talbot, este es mi amigo Jacques Soldat. Ha venido a pasar unos días.

—Hola —dijo Jacques. Se dieron la mano.

—Talbot es el productor de la película.

—Ah. El que tiene poder de verdad —asintió Jacques.

Anny vio que Talbot sonreía.

—Es una fantasía que nos gusta alimentar —contestó Talbot.

—La fantasía del poder —señaló Jacques—. Podría ser el título de mi próximo libro.

—*La Fantaisie du pouvoir* —tradujo Talbot—. ¿O sería mejor «puissance»? ¿«Hégémonie»?

—No: «*pouvoir*». Se lo voy a robar.

—*Je vous en prie.*

—Voy a dar un paseo —dijo Jacques.

—*Un flâneur à Brighton.* No tan buen título.

Se rieron los dos. Por algún motivo, Anny se alegró de que se conocieran: le pareció que se caían bien. Al menos habían reaccionado el uno al otro. La mayoría de la gente se cohibía cuando conocía a Jacques, como Rodrigo, necesitaban su reconocimiento como admiradores, como suplicantes. Talbot no. A Anny le gustó eso.

Jacques se despidió con un *au revoir*, y Talbot se fue a hablar con Rodrigo. Entonces llegó Shirley para avisar a Anny de que la esperaban en peluquería y maquillaje para darle los últimos retoques.

Una hora después estaba debajo del muelle oeste, escuchando el rumor de los guijarros desplazados por las olas suaves, como si alguien agitara despacio unas maracas gigantescas. Llevaba unas botas con la puntera de plata, unos pantalones de campana rojos y un caftán corto de color morado con lentejuelas y espejitos cosidos a la tela. Rodrigo quería que Anny y Troy vistieran colores vivos, colores primarios. El vestuario de los demás personajes tiraba a monótono: grises, marrones y verdes fangosos. Era «simbólico», esa fue la respuesta de Rodrigo cuando Anny le preguntó por qué; y no añadió nada más.

Anny tiritó. Aunque estaba rodeada de focos, debajo del puente había mucha humedad, hasta algas colgadas de los postes de metal que soportaban la pasarela, como barbas mojadas, pensó. Veía cangrejos pequeños deslizándose entre las frondas y notaba en el ambiente un olor extraño —a pescado y a industria al mismo tiempo—, como si llegaran efluvios de diésel de algún motor desde arriba. Oyó la voz de «¡Acción!» y buscó a Troy con la mirada en la playa.

Este era el plano largo, el plano maestro que se tomaba desde lejos con dos cámaras, y por eso no había nadie alrededor. Troy se acercaba, todavía a unos cien metros, muy llamativo, con su chaqueta rojo húsar, unos vaqueros blancos y unas botas rojas. Tenía que andar un buen trecho por la orilla de guijarros hasta donde estaba Anny; Rodrigo había dicho que la escena iría acompañada de música. Se encontrarían debajo del puente, hablarían, se besarían y se reconciliarían.

Al verlo acercarse sin pausa, Anny sintió que una extraña emoción se apoderaba de ella: una especie de tranquilidad, de relajación. Nadie le había hecho sentir esa calma jamás. ¿Por qué Troy le producía este efecto? O quizá era porque Jacques se había ido a dar un paseo por Brighton.

Troy ya estaba a su lado. Se detuvo.

—Hola, cariño —dijo, con acento *cockney*—. Según Rodrigo solo tenemos que decir chorradas.

—¿De qué hablabas con Jacques?

—Ah, sí. Me ha estado contando los increíbles disturbios que hubo en París en mayo. Dice que los estudiantes de instituto y universidad intentaron hacer una revolución. Me lo había perdido.

—¿Es que no ves la televisión?

—Pues claro que veo la tele. *Top of the Pops*. Programas de naturaleza. Mucho deporte.

—¿Y las noticias?

—La verdad es que no me gusta ver las noticias, si te soy sincero. Me deprimen.

—Lo entiendo.

Se quedaron un rato mirándose, sonriendo. «Qué idiota soy», pensó Anny.

—Supongo que tiene que parecer que discutimos un poco —dijo Troy, gesticulando con los brazos al azar.

Anny lo señaló con un dedo y se puso en jarras, como si estuviera ofendida. Hasta donde era capaz de recordar, Ben se estaba disculpando, y ella tenía que ser implacable antes de ceder.

—Te echo de menos, Anny —dijo Troy. Se pasó un dedo por la frente, trazando una línea—. Estoy hasta aquí de lefa.

—¡Qué guarrada! —protestó Anny—. ¿Así es cómo pretendes seducirme?

—¿Puedo pasarme esta noche?

—Jacques está conmigo. ¿Cómo vas a «pasarte»?

—Podrías escaparte tú a mi habitación.

—No se quedará mucho tiempo. Tiene que volver a París.

Troy asintió con la cabeza.

—¿Ya ha terminado la revolución?

—Eso parece. No estoy segura de cómo están las cosas ahora mismo.

—Eres la hostia de guapa, Anny. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Una voz gritó en el paseo marítimo:

—¡Vale! ¡Ahora el beso!

Troy dio un paso al frente y la abrazó. La besó en el cuello.

—Me he mojado los vaqueros —dijo.

Anny volvió la cabeza para besarlo con todas sus fuerzas, metiéndole la lengua hasta la garganta. Troy respondió estrujándola todavía más. Anny cerró los ojos y se entregó al momento, consciente del temblor en la columna vertebral, del deseo que le hinchaba los pulmones, del oxígeno.

—¡Vale! ¡Corten!

Se separaron.

—Ha sido largo —dijo Troy—. Supongo que tendré que conformarme de momento con esto. Una dosis de emergencia.

Anny no sabía cuánto había durado el beso. ¿Cinco segundos? ¿Diez? ¿Veinte?

Se volvió a mirar hacia el paseo, donde ya empezaban a mover el equipo para hacer las tomas cortas en la orilla de gujarros. Notó que se le tensaba el cuello.

Jacques estaba en el borde del paseo marítimo, con las manos en los bolsillos, mirándola. A pesar de la distancia, Anny detectó la frialdad con que la observaba. Lo saludó con la mano y le lanzó un beso. Era un gesto completamente inútil. Jacques se había dado cuenta. Ya no quedaba la menor duda: todas las sospechas se habían confirmado.

Virginia Woolf se movió, refunfuñó y cambió de postura en la cama cuando el suave sol de primavera dibujó en la pared de su dormitorio un rectángulo amarillo limón. Se incorporó despacio, parpadeando, mientras su conciencia apartaba de la memoria inmediata el sueño que estaba teniendo. No conseguía atrapar el sueño fugaz y en fuga, por más que lo intentaba, y entonces se acordó de que aquel iba a ser el último día de su vida.

Elfrida dejó la pluma y soltó el aire. Vio entonces que la mano derecha, ahora desocupada, estaba temblando, vibrando, y cogió rápidamente el vaso de vodka con tónica. Levantó el vaso.

—¡Bienvenida, Elfrida Wing! —brindó. Se prometió a sí misma que pronto dejaría de beber, quizá cuando hubiera escrito un capítulo completo y el libro empezara a ser un poco más real; cuando hubiera puesto más negro sobre blanco. Ahora que acababa de arrancar no le parecía un buen momento para echarse a los hombros la carga añadida de la abstinencia.

Porque había arrancado: el dique se había roto, la neblina se había disipado, el día había seguido a la noche; cualquier otro cliché serviría, pensó. Lanzó un grito de alegría demasiado fuerte y se avergonzó.

Pasó la página de la libreta de notas y miró lo que había escrito.

EL ÚLTIMO DÍA DE VIRGINIA WOOLF
Una novela de
Elfrida Wing

Dio un puñetazo en el escritorio, eufórica y enfadada al mismo tiempo. ¿Por qué le había costado una década de silencio redactar estas pocas docenas de palabras, estas tres frases? No encontraba una respuesta racional, pero el tiempo, las circunstancias y el funcionamiento incomprensible y aleatorio de su cerebro se habían combinado para producir... esta recensión. ¿Cuál era la palabra? Se acercó a la librería y cogió el diccionario. No, no era eso. «Recensión» era la reseña de una obra científica o literaria. No era eso.

«Redención», entonces. Lo buscó: «La salvación del género humano llevada a cabo por la pasión y muerte de Jesús». Había algo religioso en lo que había escrito, pensó; producía una especie de exaltación sincera. Pero no, «transfiguración» era la palabra que buscaba. Se había operado una transfiguración, una transformación; había ocurrido algo hermoso, sublime: una metamorfosis. Algo seco y estéril había experimentado una transfiguración hasta volverse fecundo, glorioso y cargado de promesas.

Enroscó la tapa de la pluma, cogió el vaso y bajó las escaleras. Despacio, despacio, paso a paso. Se sentó en el cuarto de estar, un poco abrumada por lo que acababa de ocurrir, con los ojos llenos de lágrimas. Había pasado mucho tiempo. Tonta, se reprochó. Cuánto se alegraba de estar en su casa —su acogedora casita blanca en el valle de Health, en Hampstead—, una casa que había comprado con el dinero que ganó por *El gran espectáculo*.

En realidad ya no era del todo su casa, porque Reggie se mudó allí cuando se casaron. Había un montón de cosas suyas, de carteles de películas que había hecho o le habría gustado hacer: *El ángel exterminador*, *Belle de jour*, *La dolce vita*, *El desierto rojo* o *El jorobado de Roma*. Por eso quería llamarse Rodrigo, pensó Elfrida. La absurda esperanza de que la gente lo tomara por medio italiano, español o brasileño, y el nuevo nombre le permitiera coger prestado o robar parte del encanto de los cineastas extranjeros a los que tanto admiraba y envidiaba. Qué triste, pensó, tan triste como las toscas esculturas abstractas —piezas curvas de metal soldado y sin pulir— en los alféizares de las ventanas y las mesas; como las dos butacas de cuero negro de los Eames, con sus reposapiés, que no casaban nada con el informal estilo Arts and Crafts del cuarto de estar. Se llevó el vaso a la cocina para rellenarlo, en un acto de transfiguración y celebración. Reggie había pagado la reforma de la cocina, eso tenía que reconocerlo; de granito y madera muy clara, tampoco exactamente de su gusto, pensó Elfrida. Quizá estuviera colonizando la casa poco a poco, sin la más mínima consideración. Quizá tenía que reconquistar el territorio perdido ahora que había vuelto a escribir: había sido demasiado complaciente, demasiado pasiva.

Llenó el vaso y salió por la puerta de la cocina al pequeño jardín trasero. Había una mesa de teca redonda, con cuatro sillas y una sombrilla, sobre una terraza de piedra de York; un trozo de césped y un seto alto de hayas. No había flores, aparte del borde de geranios rojos a los pies del seto. Se llevó una silla al sol y se sentó a pensar en Reggie y en su matrimonio.

Sabía que Reggie tenía aventuras, sobre todo cuando estaba rodando una película. No tenía grandes dotes como adúltero, y Elfrida descubría sus transgresiones sin querer. Pensó que debería dolerle más, pero por alguna razón no se decidía a protestar. *Une épouse complaisante*. Otro título de novela para su larga lista. Por otro lado, ella tenía la libido bastante baja últimamente. Se preguntó qué pensaría Leonard Woolf de las aventuras amorosas de Virginia. ¿Había sido un *mari complaisant*? Pero todas las amantes de Virginia eran mujeres. ¿Eso cambiaba algo? De todos modos, pensó, ahora que su carrera como novelista volvía a ponerse en marcha todo sería distinto, y la próxima vez que pillara a Reggie en uno de sus repugnantes flirteos furtivos lo mandaría a paseo. Como hizo Marion, su primera mujer, que lo puso de patitas en la calle en cuanto descubrió que estaba conmigo, pensó. ¡Dios! Marion Tipton, ¡qué mujer tan vengativa, hostil e incapaz de perdonar! Aunque, reflexionó, tal vez no le faltaran motivos para estar amargada. Las hijas de Reggie eran pequeñas, de seis y ocho años. ¿Cómo se llamaban? Tenían nombres ridículos: Butterfly y Evergreen. ¿Te imaginas que te llamas Evergreen Tipton...? Al recordar los meses de su aventura con Reggie tuvo la sensación de estar viendo a otra persona, a un ser humano completamente distinto. Ay, *aquella* Elfrida Wing...

Oyó que sonaba el teléfono y dudó si contestar o no. Vale, pensó, dejándose llevar por el espíritu de su reciente transfiguración: a partir de ahora cogeré el teléfono. Y entró con paso largo. Descolgó el auricular. Era una de sus amigas más antiguas y cercanas, Jessica Fairfield. Habían ido juntas a Cambridge, y Jessica era una abogada brillante, según todo el mundo; su ascenso a socia senior sería inminente.

—Estás ahí, cariño. Me alegro de encontrarte —dijo Jessica. Tenía una voz grave. Por teléfono podía pasar por un hombre.

Charlaron un rato, y Elfrida tuvo mucho cuidado de no hablar más de la cuenta. Sí, en general todo de maravilla, escribiendo otra vez; Reggie bien, contento, encantado de dirigir esa película absurda.

—Oye —dijo Jessica—. ¿Estás ocupada esta noche? Ha surgido algo.

OceanofPDF.com

En el taxi, de camino al Royal Festival Hall, Talbot vio que volvía a recordar continuamente el raro y fortuito encuentro con el montador del andamio, Gary Hicksmith. ¿Era natural, o pensar tanto en eso empezaba a volverse obsesivo? Que sea lo que tenga que ser, decidió; con fantasear no se gana nada. Casi se echa a reír. Con fantasear se gana todo; fantasear era sin duda el modo de seguir sano, interesado por la vida, conectado a los acontecimientos, a todo tipo de hipotéticas posibilidades agradables. Quizá, reflexionó, la capacidad de fantasear era un rasgo fundamental de nuestra naturaleza humana. Los animales no fantaseaban, no podían. Solamente el *Homo sapiens* tenía ese don. Deberíamos cuidarlo.

Se acordó de la conversación que había tenido con el amigo de Anny, Jacques Soldat, en el paseo marítimo de Brighton, y de su divertida especulación, un poquito espinosa, sobre un libro que llevara por título *La fantasía del poder*. Soldat tenía una actitud agresiva y extraña, como si viviera para provocar y sospechara, incluso despreciara ligeramente, a todas las personas que conocía. Aunque esa actitud nacía de su confianza en sí mismo: del éxito, no de la beligerancia, esa debilitante enfermedad inglesa. Analizó a Soldat. ¿Qué veía Anny en un hombre como él... como mínimo veinte años mayor? No se hacían ningún favor a sí mismas, las actrices jóvenes y vulnerables. Cornell Weekes, el terrorista urbano, y Jacques Soldat, el filósofo radical. Seguro que Anny podía encontrar a alguien más idóneo... Pero bueno, no era asunto suyo.

Había llamado por teléfono a Naomi para ver dónde quedaban, y resultó que estaba en la cama, con gripe, así que tendría que ir al concierto solo, le dijo. Sin problemas, pensó Talbot. Dado que el fin de semana no estaba saliendo según lo planeado, más le valía olvidarse de los planes definitivamente. Además, tendría ocasión de pasar un rato a solas con

Humphrey, «de hombre a hombre», y valorar el estado de su relación, que, siendo sincero consigo mismo, en ese momento definiría como algo incómoda y distante.

Recogió su entrada en la taquilla y estuvo un rato deambulando entre la multitud que asistía al concierto, dudando si tomar algo ya o esperar al intermedio. En el intermedio, decidió. Compró un programa y vio que la velada empezaba con el poema sinfónico *Así habló Zaratustra*, seguido del *Peer Gynt* de Grieg y *Scheherezade* de Rimsky-Kórsakov. Se fijó en el público mientras subía a localizar su asiento en el auditorio y pensó, como siempre que se veía inmerso en una multitud, qué raros eran los demás, qué extraños. A veces —como si viviera en un mundo que podía controlar a su antojo— imaginaba que le gustaría que la gente llevara una etiqueta en la espalda con su descripción y el motivo de su presencia: «Germanófilo», «Artista fracasado», «Aburrido», «Apasionado de la música clásica», «Con ganas de impresionar», «Turista ocioso», «Amante abandonado» o lo que fuera. Y ¿qué proclamaría su etiqueta? «Padre del timbalero». Quizá tan raro como los demás, este hombre alto y calvo, de mediana edad y aire severo, igualmente digno de la curiosidad y la observación ajenas.

Ocupó su asiento, lateral pero con buena vista de la orquesta, y lamentó no haber llevado los prismáticos. Los anteojos de ópera no valían, no tenían suficiente aumento. Había ido a cientos de conciertos a lo largo de su vida y había comprobado que la experiencia mejoraba inconmensurablemente mirando a los músicos a través de la lente de precisión de unos prismáticos. Era voyerismo, lo sabía, pero ver de cerca la intensidad de la concentración y la gama de expresiones y distorsiones faciales resultaba estimulante y divertido. Y cuando los músicos no estaban tocando era incluso más interesante: se rascaban con disimulo, se retocaban el pelo o la ropa, susurraban, comentaban en voz baja, se miraban, ajustaban los instrumentos, se libraban de la saliva, humedecían las cañas, giraban ligeramente las clavijas para tensar o aflojar las cuerdas; los prismáticos te permitían convertirte en un mirón, en público y sin censura, con plena conciencia y permiso de todos. Transformaban la experiencia del concierto para Talbot en un fenómeno casi sensual, en una gratificación visual además de auditiva.

Vio que la orquesta entraba tímidamente en el escenario y sorteaba los endeble atriles para ocupar sus puestos. Los músicos comprobaron y aplanaron las partituras antes de producir la acostumbrada variedad de gruñidos, chirridos y aullidos mientras probaban y afinaban los instrumentos. Vio llegar a Humphrey despacio; lo vio ponerse detrás de sus cuatro timbales para dar unos golpes de prueba, *pianissimo*, y ajustar los pernos de afinación, y se preguntó por enésima vez ¿qué mosca le había picado a su hijo para elegir un instrumento como el timbal?

Se lo había preguntado un día, y Humphrey contestó: «Alguien tiene que hacerlo». Era una broma, y enseguida ofreció una explicación más sincera. «Imagínate una orquesta sin percusión: dura o blanda. La percusión modifica y anula siglos de creciente complejidad para recuperar las raíces de la música, papá. Ritmo, percusión: la piedra angular de toda música. El cavernícola que golpea un tronco con un garrote. Los percusionistas añadimos fuerza atávica». Sus palabras tenían la estudiada impostura de la defensa preparada —era evidente que las había repetido muchas veces como respuesta a la misma pregunta—, pero a Talbot le hicieron reflexionar. Quizá su hijo tuviera razón. Los timbales, los tambores grandes, eran el pulso de la orquesta, su corazón latiente. Una buena forma de expresarlo, pensó; a lo mejor se lo decía a Humphrey en el taxi, de vuelta a casa.

El director, de corbata blanca y frac, salió al escenario, saludó con una reverencia, subió al podio, y entonces empezó *Zaratustra*: el leve gruñido del bombo, los contrabajos, el órgano y la llamada de las trompetas, una octava arriba; después toda la orquesta y luego Humphrey —bam-bum-bam-bum—, *molto pesante*: trece golpes atronadores en el auditorio. Richard Strauss, el compositor favorito del timbalero. Por unos momentos, Talbot sintió un cosquilleo de orgullo paterno. El clamor de la percusión: tensa, emocionante, el latido de la orquesta. Humphrey marcaba la pauta. Talbot se entregó a la música.

Qué música tan conmovedora, pensó cuando salía del auditorio, en el descanso. Seguro que después de oír una pieza así Grieg parece asexuado y blando. Echó un vistazo y se dirigió al bar. Pidió un escocés con soda, grande, y, al darse la vuelta, casi tropieza con una mujer que también

llevaba en la mano su lingotazo de mitad del concierto. Talbot adivinó que era un *gin-tonic*.

Se miraron.

—Talbot, qué sorpresa.

—Elfrida. Pues sí. Me alegro de verte. ¿Verdad que Strauss es espléndido? Casi me entran ganas de afiliarme al Partido Nazi.

—Yo no llegaría tan lejos.

—Era una broma.

—Ya lo sé.

Intercambiaron unos cuantos clichés musicales, como para borrar el mal comienzo de su encuentro.

—He venido con mi amiga Jessica —explicó Elfrida—. Y se ha empezado a encontrar mal cuando estábamos a punto de sentarnos, así que se ha ido a casa.

—Nos han abandonado a los dos. Naomi tiene fiebre.

—¿Naomi?

—Mi mujer.

—Claro. Le mando recuerdos; que se recupere pronto.

Que Talbot supiera, Elfrida y Naomi no se habían visto nunca.

—Mi hijo toca en la orquesta. Los timbales.

—Fascinante. Aporrear. Maravilloso. Seguro que le encanta *Zaratustra*.

Bebieron los dos para llenar el silencio. Los dos perdidos en el torpe convencionalismo de su personaje, pensó Talbot, en ese malestar crónico de la clase media inglesa.

—¿Ha venido Reggie? —preguntó Talbot. Era una pregunta idiota y lo lamentó al instante.

—No. Dice que no quiere salir de Brighton hasta que haya terminado la película.

Talbot sabía que no era cierto. Reggie iba a Londres con frecuencia para supervisar la edición, el primer montaje de lo filmado. Y para ver a Janet Headstone, seguro.

Se alejaron espontáneamente de la barra a un rincón más oscuro del entresuelo, como una pareja, pensó Talbot, guiados por acuerdos tácitos y

viejas costumbres, pegados hasta que se reanudara el concierto, incapaces de imaginar una forma de estar solos que no fuera descortés.

Mientras seguían hablando —con cortesía, de cualquier cosa—, Talbot observó a Elfrida con más atención. Siempre se olvidaba de que era tan alta —no la tenía catalogada mentalmente como una persona alta— y muy delgada; llevaba un traje gris y una blusa índigo, con zapatos de charol planos. Tenía los labios de un color rojo vivo y un tono de voz —una constante— seco, aflautado, casi cínico, diría Talbot. Sospechaba que Elfrida desconfiaba de él, más allá de su falta de sociabilidad innata, porque formaba parte del mundo de Reggie, no del suyo. No paraba de tocarse el pelo con nerviosismo: el flequillo, los mechones laterales, como si se pusiera un casco con un movimiento rápido de los dedos. ¿De qué se escondía?, se preguntó Talbot. Echó un vistazo al reloj —faltaban aún diez minutos—, pensando si podía volver ya a su asiento. La educada banalidad de la conversación empezaba a resultarle aburrida y torpe —seguramente a ella le pasaba lo mismo—, pero tenía que guardar las apariencias. Encontrarse con la mujer de un colega cuando uno ni se lo espera ni le apetece especialmente era un suplicio social.

Siguieron hablando a pesar de todo: del propio Festival Hall, del placer de ir a conciertos, de la Guerra de Vietnam, de la casa de Rottingdean, de la especial rareza de Brighton como ciudad. Elfrida pareció que se relajaba un poco al tomarse el *gin-tonic*. Talbot se preguntó vagamente si algún hombre (él no, desde luego) la encontraría atractiva, sexualmente atractiva. No tenía la menor idea. Era inteligente, eso saltaba a la vista, y le hizo reír cuando dijo que creía que el bullicio de Brighton cumplía la función de zona franca de la conciencia para los londinenses: como el Las Vegas de Inglaterra. Era una buena expresión, y Talbot comprendió lo que quería decir: las normas de conducta se abandonaban allí más fácilmente, como si el libertinaje fuera contagioso. Y se sorprendió pensando que si Reggie, la película y su propia función en ella no se interpusieran entre Elfrida y él, habrían sido capaces de disfrutar del momento sin pensar en nada. Lo habrían sido. En un universo paralelo.

El timbre anunció el final del intermedio.

—¿Sabes? —dijo Elfrida—. Creo que me voy a saltar la segunda parte. A ver cómo está la pobre Jessica.

Se despidieron, y Talbot la vio volver a la barra. Una mujer rara, pensó. ¿Cuántas veces había hecho la misma observación sobre Elfrida? ¿Qué observación haría ella de él?

Después del concierto Talbot esperó a Humphrey en la puerta de artistas. Se dieron la mano, y notó la lasitud en la mano de su hijo, como si cogiera un guante vacío. ¿Cómo se le dice eso a alguien? Que cuando dé la mano tiene que apretar más. Es imposible. Fueron andando hasta el puente de Waterloo para coger un taxi.

—Un concierto maravilloso —dijo Talbot.

—Me parece que no ha sido nuestro mejor día.

—Yo creo que al público le ha gustado.

En el taxi, mientras observaba a su hijo en silencio, pensó que Humphrey prefería sentarse en el asiento reclinable, en diagonal a él, en vez de a su lado. Humphrey tenía veintitantos años, el pelo largo, peinado con la intención de esconder las orejas, y un flequillo lateral que dejaba a la vista un triángulo de frente pálida. Se había dejado un bigote desigual y ralo que no le sentaba bien. Buen pelo, anotó Talbot con pesar, pero no era atractivo; no había heredado los rasgos apacibles y bien definidos de los Kydd: la nariz un poco bulbosa y los labios finos. De pequeño era un niño guapo y encantador, recordó Talbot: su niño de la guerra, concebido y nacido en plena contienda. Entonces creía ver en su hijo cierto parecido con su hermano Kit, pero eso se acabó con la pubertad. Talbot se casó con Naomi en 1941, durante unos días de permiso del frente de África, y Humphrey nació antes de su primer aniversario de boda. Zoë llegó un año después. Cuando pensaba en Zoë casi sentía una puñalada de pérdida. ¡Cómo cambian los hijos cuando se hacen adultos! Dos hijos, chico y chica, con los que ya no tenía nada en común. Lo cierto es que no recordaba con qué frecuencia hacían el amor Naomi y él después de que naciera Zoë. Por aquel entonces lo hacían: Talbot pasó muchos años alimentando la ilusión de que tal vez fuera heterosexual al cincuenta por ciento.

—¿Te quedas esta noche? —preguntó Humphrey.

—Claro. He venido expresamente para verte... y oírte tocar.

—Gracias.

—No hay de qué, Humph. Soy yo quien tiene que darte las gracias. Me he sentido muy orgulloso.

—Gracias de nuevo..., papá —añadió.

—¿Cómo van las cosas por Manchester?

—Me gusta mucho vivir allí.

—¿Alguien en especial? —Talbot sonrió, con el ánimo de que la insinuación pareciera más cariñosa que indiscreta.

—La verdad es que no. Tengo buenos amigos en la orquesta.

Talbot cayó en la cuenta —y le dio algunas vueltas a la idea— de que Humphrey podía ser gay. Optó por no especular.

Recorrieron Londres hacia el oeste camino a Chiswick, otra vez callados. Humphrey encendió un cigarrillo y fumó con torpeza, como si llevara poco tiempo fumando y aún no dominase la técnica. Echaba el humo sin llegar a tragárselo, formando una buena nube. Talbot también encendió un cigarrillo —humo contra humo— y empezó a hablar de cualquier cosa: de los planes de cambiar el jardín de Chiswick, de las peleas de Naomi con la dirección del colegio, y del errático y exigente avance de *Escalera a la luna*. Humphrey daba muestras de escuchar con interés, asintiendo y sonriendo. Padre e hijo enfrascados en una agradable conversación, pensó Talbot, imaginándose observados por un testigo invisible. ¿No era curioso cómo los hijos podían convertirse en completos desconocidos para uno?

Jacques volvió a París al día siguiente. No parecía que nada hubiera cambiado, pensó Anny, agradecida, segura de no hacerse falsas ilusiones. Cabía la posibilidad de que Jacques hubiera visto el beso con Troy como simple interpretación, lo que hacen los actores para dar realismo. Estuvieron cariñosos cuando se vieron a solas: no hubo conversaciones incómodas; se besaron con auténtica pasión. Esa noche, en la cama, Anny le cogió el pene con la mano y se ofreció a masturbarle, pero Jacques dijo: «No, gracias, *ma puce*, eso lo hago yo mejor, que tengo más práctica». Se echó a reír —se rieron los dos— y la abrazó. Anny no detectó nada raro, no percibió rastro alguno de sospecha o desconfianza; aun así, seguía teniendo la extraña sensación de que Jacques la observaba en silencio, la analizaba, la estudiaba, como si buscara pequeños cambios en su comportamiento o su actitud. Ninguno de los dos habló de Troy o la escena del beso.

Dos horas después de que Jacques se marchara a Londres para coger el avión, Anny recibió una llamada de recepción.

—El señor Bergman está aquí y quiere verla.

Cornell se presentó sin afeitarse y con la ropa arrugada, como si hubiera dormido en el suelo. También parecía mucho más alterado.

—Esto no puede ser, Cornell —dijo Anny con cansancio—. Ya te advertí que no quería volver a verte. Te están buscando. No son idiotas. Crean que intentarás localizarme. No voy a dejar que me arrastres contigo otra vez.

—Nadie piensa arrastrarte. Me voy... pero me hace falta más dinero. La documentación que necesito cuesta una fortuna. Es una pesadilla.

—¡No quiero saber nada! —protestó Anny—. ¡No quiero saber nada de la mierda en la que estás metido! ¿Vale?

—¿Dame un poco de paz, Anny! ¿Tienes idea de lo dura que es mi vida ahora mismo? ¿En este momento?

—¿Y quién tiene la culpa? ¿Eh?

Anny entró rápidamente en el dormitorio y rebuscó en sus bolsos, donde encontró primero un monedero y luego otro. Tenía dinero. Lo contó: ciento cuarenta y cinco dólares. Volvió al cuarto de estar y le dio los billetes con el brazo extendido. Cornell los cogió, un poco avergonzado, pensó Anny. Si ya le había dado dinero una vez, reflexionó, no pasaba nada por darle un poco más. En ambos casos era cómplice. Sintió un leve malestar: demasiado tarde.

—No hay más —dijo—. Me has dejado sin blanca.

—¿Podemos pedir algo de comer? Estoy muerto de hambre.

—No. Lárgate, Cornell, y no vuelvas, por favor. Déjame en paz de una puta vez. Fuera de mi vida.

Cornell la miró con gesto sombrío, dolido.

—Siempre has tenido esa mala hostia, y un lado cruel. Que sepas que te devolveré el dinero.

—No te preocupes por el dinero, por favor. Es un placer. Un regalo: un regalo de despedida.

Anny fue hasta la puerta y la abrió.

Cornell se puso en marcha despacio, con cara de perro apaleado, de víctima de las injusticias de la vida. Acarició la mejilla de Anny, y ella le apartó la mano de un manotazo.

—¿Me das un beso de despedida, cielo? —preguntó mansamente.

Anny le dio un beso en la mejilla. ¡Lo que hay que aguantar!, pensó.

Luego cerró la puerta con llave. No estaba llorosa, ni siquiera enfadada, solo tenía el mal pálpito de que la cosa no terminaba ahí. Estaba segura de que, por hache o por be, Cornell Weekes encontraría el modo de complicarle la vida.

Llamó a la habitación de Troy. En cinco minutos Troy estaba en la puerta, con la botella de vino tinto, como de costumbre. Se besaron. Anny lo abrazó. Y por fin se tranquilizó, sintió la calidez de esa extraña seguridad que Troy le infundía.

—¿Dónde está nuestro amigo Jacques? —preguntó Troy, sacando un sacacorchos del bolsillo.

—Ha vuelto a París.

—No sospecha, ¿verdad?

—No lo sé. No creo. Por lo menos no ha dicho nada, aunque estaba un poco raro. Como en guardia. Y luego ha venido el puto Cornell a pedirme más dinero.

—Tú no tienes mucha suerte con los tíos, ¿eh? —dijo Troy, descorchando la botella con un estallido húmedo. Sirvió dos copas y se sentó a la mesa. Sonrió—. Aparte de mí.

—Te voy a poner a prueba —contestó Anny—. Has arrancado con buen pie.

Empezó a desnudarse.

—Mañana tenemos el día libre —dijo Troy—. ¿Quieres venir a conocer a mis padres?

—¿A Swindon? —Anny se acordaba.

—Al soleado Swindon.

Estaba desnuda. Se acercó a Troy y se sentó en sus rodillas. A lo mejor eso era lo que necesitaba: ver un poco de vida normal. A los padres de Troy en Swindon. Sería la mejor terapia. Troy la besó en el hombro.

—¿Qué dices?

—No se me ocurre nada en el mundo que me apetezca más —le aseguró Anny.

OceanofPDF.com

—Virginia Woolf. Hmmm... —Calder McPhail frunció el ceño mientras daba golpecitos con los dedos en la mesa—. Creía que habías dicho que la novela se titulaba *El hombre en zigzag*.

—Bueno, y es cierto —dijo Elfrida—. Está en marcha. Pero se me ha ocurrido una idea nueva. *El último día de Virginia Woolf*. Ya he empezado, o sea que también está en marcha. Después terminaré *El hombre en zigzag*.

—Son buenas noticias en cualquier caso —asintió Calder—. Dos novelas en marcha. Nos gusta que las cosas se muevan —parecía escéptico—. Ha pasado mucho tiempo.

—No tanto —contestó Elfrida—. Solo diez años. Si fuera una novelista estadounidense nadie pondría reparos —miró a su agente literario, sentado al otro lado de la mesa. Llevaba tiempo sin verlo en persona... Echó cuentas. Dios. ¿Dos años? Definitivamente estaba más gordo, pensó que debía de irle bien en la vida. Calder tenía cincuenta y pico. Siempre había sido gordo, tipo tonel, pero ahora la papada se le desbordaba por encima del cuello de la camisa y estaba un poco colorado. ¿Hipertensión? Tenía acento culto de Edimburgo y unos modales secos y reservados que ante todo disimulaban su afilado sentido del humor y cierta propensión al cabreo repentino y pasajero. Elfrida le tenía mucho cariño, lo veía como a un hermano mayor bondadoso al que acudir en momentos de necesidad: casi para cualquier cosa. Como ahora. Calder se acomodó en la silla, exponiendo su panza como si le leyera el pensamiento.

—Creo —dijo Elfrida, con aire de que se le acababa de ocurrir— que me vendría de maravilla un anticipo por las dos novelas. En pagos escalonados, ya sabes. Cada tres meses. Sería un buen incentivo.

—Cuéntame más cosas.

Y Elfrida le contó. *El último día* pretendía ser una exploración imaginaria y subjetiva de cómo vivió Virginia Woolf las pocas horas que transcurrieron entre el momento de despertar y el de morir ahogada, el 28 de marzo de 1941. Sería una novela rompedora, reveladora y audaz.

Calder no parecía nada entusiasmado.

—¿A alguien le interesa hoy Virginia Woolf? —preguntó—. Quiero decir si le interesa en serio. ¿No está un poco pasada de moda?

—Bueno, a mí sí. Y ni siquiera me gusta su obra especialmente. Pero es un ejemplo fascinante de... De ser humano, un caso digno de estudio —hizo una pausa—. Es la escritora más interesante del siglo xx —añadió con valentía, sin creerse del todo su propia propaganda.

—Siento discrepar —contestó Calder—. Rica, esnob, privilegiada, con escaso atractivo físico y vinculada a un grupo de intelectuales ingleses que follaban unos con otros. Casas bonitas, buena decoración de interiores y criados a espuestas. Estamos en 1968, Elfrida. Mira a tu alrededor: Alemania, Francia, Estados Unidos, Vietnam... El mundo está incendiado, cambiado. No vuelvas atrás.

—Siguen siendo *personas*, Calder. Seres humanos... —Elfrida no sabía lo que iba a decir a continuación—. Y la gente acude a nosotros, los novelistas, en busca de información.

—¿De qué?

—De otras personas. De todas las demás personas que existen en el mundo. Qué pensamos, qué necesitamos, qué soñamos, qué odiamos. Qué nos mueve esencialmente. La gente es opaca, de lo más misteriosa. Hasta nuestros seres más queridos son un enigma. Si quieres saber cómo son los seres humanos, cómo son de verdad, si quieres saber lo que tienen en la cabeza, detrás de la máscara que todos llevamos... entonces lee una novela.

Se quedó callada, ligeramente sorprendida de su perorata. No se acordaba de la última vez que había hablado tanto rato seguido, sin interrupciones, con tanta pasión y relativa elocuencia, a su modo de ver. ¿Era la ginebra o era su cerebro, activo de repente después de una década dormido, como un animal que se despereza al terminar su hibernación?

—Me suena todo un poco *recherché*. *El hombre en zigzag* parece una venta más fácil. Háblame de eso.

—*El último día* es la novela que voy a escribir primero —insistió Elfrida, esperaba que con seguridad inquebrantable—. Consígueme un acuerdo por los dos libros y demuestra que eres un agente listo.

—Te he conseguido tres acuerdos por dos libros, Elfrida, y tus editores siguen esperando a recibirlos. ¿Conoces el concepto de la ley de rendimientos decrecientes?

Elfrida hizo como si no lo oyera.

—He pasado una mala racha. Pero ya estoy bien. Me siento rebosante de energía. Voy a reventar de vinagre y de pis.

Calder levantó las manos pálidas con las palmas vueltas hacia arriba.

—De acuerdo, de acuerdo. Llamaré a Ginevra. Para darle la buena noticia.

Ginevra Russell era su editora.

—¿Sigue viva?

—Más o menos.

—Curiosamente, ella hizo exactamente la misma pregunta de ti la semana pasada.

—Ja, ja. Mentiroso.

—Preguntó si te había visto el pelo. Es lo mismo.

Siguieron hablando de Ginevra y sus problemas de higiene personal. Luego cotillaron un poco y se rieron mucho. Sí, Calder era su amigo, Elfrida tomó nota: un aliado. No solo un comisionista, como llamaba Reggie a los agentes de Hollywood con los que tenía tratos.

Elfrida se despidió en la puerta con un beso cariñoso y un breve y atípico abrazo.

—Ya sabes que haré todo lo posible —dijo Calder—. Pero no esperes una montaña de dinero. Tienes una deuda considerable con Muir & Melhuish. No será fácil.

—En la vida nada es fácil, querido Calder. Échale valor.

OceanofPDF.com

John Saxonwood miró la carpeta que tenía delante y abanicó el aire con una mano, como si quisiera disipar un olor desagradable.

—Humo y espejos, Talbot —dijo—. Y en francés medieval *legalese*, argucias legales. Normal que me hiciera sospechar.

—Seguro que es uno de esos planes enrevesados de Yorgos —dijo Talbot—. Hablaré con él... Me lo aclarará.

—Pareces muy confiado en que todo va bien.

—Lo estoy. Yorgos siempre anda tramando algo. En este caso debe ser que no me ha llegado a contar todos los detalles.

—Estoy impaciente por conocer sus aclaraciones. A mí me parece que intenta engañarte.

—Imposible. Nunca. No, no. Yorgos nunca haría eso.

John extendió las manos, dando a entender que se rendía.

—Yo me limito a informarte de lo que veo. Me parece que tienes que ponerte más firme. Apriétalo.

—Es uno de mis amigos más antiguos, John. Ha salvado la empresa por lo menos dos veces. Es el padrino de Zoë, por favor. ¿Por qué iba a intentar engañarme?

—¿Digamos que «por dinero»? ¿O «poder»? ¿O «influencia»? Cuando uno apuesta por esas cosas, la amistad baja muchos peldaños en la escala de prioridades.

Talbot renunció a convencer a John de la honradez de Yorgos, esencial aunque peculiar; se llevó una copia del contrato con su traducción y volvió en taxi a Primrose Hill —sin leer una sola línea— para recoger el Alvis. En el apartamento llamó por teléfono al conserje que se ocupaba del mantenimiento del edificio para interesarse por los trámites con el cristalero

que arreglaría la ventana del piso de abajo. Le dijeron que todo estaba en marcha.

Naomi le había preguntado cómo se hizo el corte en la frente, y Talbot se inventó que se había caído un foco de una grúa, en el plató, y fue como si llovieran esquirlas de cristal.

—Madre mía —dijo Naomi—. ¿Y si te hubiera dado en un ojo?

Talbot reconoció que tenía razón, que podía haber pasado eso, y volvió a pensar que se había librado por los pelos de la abrazadera. Pero es que la vida estaba llena de ocasiones en las que uno se libraba por los pelos, aunque probablemente solo fuera consciente como mucho un diez por ciento de las veces. Volvió a Brighton perplejo y de malhumor, con la sensación de que empezaba a arderle el duodeno. Sería inevitable enfrentarse con Yorgos para aclarar este asunto tan raro del contrato de *Las hojas cuando arden*. ¿A qué estaba jugando Yorgos? ¿Qué estaba pasando en realidad? Se negaba a aceptar el análisis de John Saxonwood, tan pesimista. Era mucho más probable que se tratara de un plan bien urdido por Yorgos con el que todos ganarían más dinero. Sin embargo, vio que seguía defendiendo a Yorgos en lugar de protegerse. ¿Estaba en fase de negación? Quizá, reconoció, porque a veces era necesario pasar por la fase de negación. Movi6 la cabeza a un lado y a otro mientras aceleraba por la A-23 camino de Brighton, relajando los músculos del cuello. «Procura conservar la calma —se dijo—, aunque solo sea por el bien de tu úlcera. Todo esto pasará».

Ferdie Meares lo estaba esperando en la oficina de producción, claramente alterado por algo. Talbot lo sent6 en su despacho y sirvi6 un escoc6s para los dos sin perder la sonrisa de cortesía.

—¿Cuál es el problema, Ferdie? Se ve que no estás contento.

—No lo estoy. Estoy muy cabreado.

—No nos gustan los cabreos. ¿Qué pasa?

—Es por mi latiguillo.

—¿Tu latiguillo? Recuérdamelo.

—«Me hace mucha ilusión. ¿A ti?».

—Sí, ya me acuerdo. Y ¿qué pega hay?

—Pues que tu supuesto director, el gilipollas de Rodrigo Tipton, no me deja decirlo en mis escenas.

—Bueno, a lo mejor no encaja.

—Está en mi contrato.

Talbot pidió el contrato de Ferdie y lo comprobó. Estaba, en alguna cláusula adicional. Ferdie Meares tenía autorización contractual para decir su latiguillo —«Me hace mucha ilusión. ¿A ti?»— al menos en dos ocasiones cuando filmara las escenas en las que participaba.

—Creo que deberías hablar tranquilamente con Rodrigo —dijo Ferdie.

—Muy bien —asintió Talbot—. Dalo por hecho.

—¿Y por qué se han cambiado mis escenas con Anny Viklund? Tenía muchas ganas de trabajar con ella.

—La película es así, Ferdie. Fluida, cambiante, en sintonía con el espíritu de los tiempos que vivimos. Estamos en 1968. El libertinaje de Londres y esas cosas. Hacemos pequeñas modificaciones a diario: todo el mundo tiene que aceptar los cambios.

—¿Lo sabe Andy Marvell?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque es amigo mío. Él fue uno de los motivos por los que acepté hacer esta película.

Mentiroso de mierda, pensó Talbot.

—Creo que Andy está en Los Ángeles —dijo vagamente.

—No le va a hacer gracia que toqueteéis su guion —sentenció Meares, levantándose. Era una amenaza velada, pensó Talbot mientras lo acompañaba a la salida.

—Si vamos a eso, me parece que tu latiguillo no figuraba en el guion de Marvell.

—A Andy no le va a hacer gracia —repitió Ferdie, por si acaso, pensó Talbot—. No tengo miedo. Ni un poquito.

Talbot fue al plató en un coche de la unidad de rodaje. Estaban en el campo, entre Burwash y Herstmonceux, grabando tomas del Mini amarillo circulando por el idílico paisaje de East Sussex. Más oportunidades de poner buena música, había dicho Reggie. Talbot lo encontró visionando una prueba en un televisor portátil, cerca del camión de la cámara. Le explicó la

situación contractual del latiguillo de Ferdie Meares. Reggie se negó rotundamente a incorporar el «Me hace mucha ilusión. ¿A ti?» en ninguna escena de *Escalera a la luna*.

—No, Talbot. Lo siento. Es degradante. Esta es una película seria, no una pantomima de teatro provinciano.

—Deja que la diga y luego la cortas en el montaje.

—Pero eso es rendirse ante un imbécil como Ferdie Meares.

—Perder una batalla para ganar la guerra.

—Nos demandará. Es mejor decir «no» desde el principio.

—No tiene dinero para demandarnos.

Talbot esperaba haber convencido a Reggie de que el camino de la menor resistencia era el único posible en este caso, y lo dejó a lo suyo mientras iba a buscar una taza de té. Vio a lo lejos a Tony During, el director de fotografía, al lado de una grúa, esperando a que el Mini pasara zumbando por una pista de carros hundida. During tenía barba y la tez cetrina; siempre parecía pachucho. Talbot se acordó de que acababa de pasar la gripe.

—Hola, Toni. ¿Ya te encuentras mejor?

—¿Perdón, jefe?

—De la gripe.

—¿Qué? Ah, sí, mucho mejor, gracias, jefe.

Encontró a Joe al lado del carrito del té, con la mujer que lo preparaba. El sol de la tarde espesaba el vapor del hervidor, convirtiéndolo en una especie de ectoplasma. Joe le pasó un té del color de la arena húmeda en un vaso de plástico.

—No te olvides de que tienes una reunión a las cinco —le recordó—. En la oficina.

—¿Con quién?

Joe bajó la voz.

—El investigador.

—Ah, has encontrado uno. Bien.

—Se anuncia en las Páginas Amarillas. No ha sido difícil.

—Bueno, para eso son las Páginas Amarillas, digo yo —miró alrededor—. ¿Dónde están Anny y Troy?

—Tenían el día libre. Estamos haciendo las tomas del coche con sus dobles.

—Muy bien. Entonces mejor que vuelva a la oficina.

El investigador estaba esperando en la sala de estar de la oficina de Napier Street cuando llegó Talbot. Era joven, de treinta y tantos años, guapo, demacrado y muy flaco, con el pelo moreno, despeinado y largo hasta los hombros. Llevaba un traje negro, corbata de cordón y unos zapatos de punta muy fina. Estaba masticando chicle.

Se sentó enfrente de Talbot, al otro lado del escritorio, y se puso cómodo, cruzando majestuosamente las piernas antes de sacar su tarjeta.

Talbot le echó un vistazo y se la devolvió.

—Se la puede quedar —dijo el investigador.

Talbot volvió a mirarla y la dejó encima del tapete de cuero. Decía:

ASESORÍA DE RIESGOS CRIMINALES

«¿Está usted al límite? Podemos ayudarle».

Kenneth Kincade (licenciado en Derecho).

—Gracias por venir a vernos, señor Kincade —dijo Talbot.

—Por favor, llámeme Ken.

Talbot se fijó en que Ken tenía un ligero acento estadounidense.

—¿Eres de Estados Unidos?

—Soy de Brighton. De toda la vida —la puntera afilada y rayada del zapato visible subía y bajaba como un metrónomo.

—Estupendo. Veo que es licenciado en Derecho.

—Casi. Lo dejé en tercero. Por eso lo pongo entre paréntesis —dibujó los paréntesis con los dedos en el aire.

Talbot asintió. Ken Kincade podía serle útil; además, no tenía tiempo para buscar otro investigador. Le expuso la situación y le habló de la importante cantidad de película robada, por valor de cientos, si no miles de libras. El sospechoso más evidente sería alguien del departamento de cámara.

—¿Cuántos mendas trabajan allí? —preguntó Kincade, arrugando la frente y sin dejar de masticar chicle.

—Cuatro. El departamento de cámara es quien nos pide los rollos de película. Tiene que ser uno de ellos.

—Es de lógica. O todos. Podrían estar conchabados.

—No lo había pensado, pero lo dudo —dijo Talbot—. Solo quiero que encuentre al culpable. Después yo me ocupo de todo.

—La justicia por su mano, ¿eh?

—Solo quiero que no salga a la luz.

—*Capichi*. Cobro veinte pavos al día, más gastos.

—¿Pavos?

—Libras. Perdón. Dos días por adelantado, si puede ser.

Talbot subió a contabilidad, donde Geoffrey Braintree le dio ocho billetes de cinco libras. Se los pasó a Kincade, junto con el nombre y dirección de los miembros del equipo de cámara anotado en un papel. Kincade contó los billetes dos veces antes de guardárselos en el bolsillo.

—¿No tengo que estampar mi firma en un contrato o algo?

—Vamos a hacerlo de la manera más informal posible, si le parece bien —dijo Talbot, que empezaba a hartarse de la jerga ridícula de Kincade—. Solo necesito un nombre.

—*No es problema, señor* —dijo Kincade, llevándose un dedo a la frente a modo de saludo informal—. Le enviaré un recibo oficial. Usted rómpalo si quiere, pero me temo que yo tengo que incluirlo en mi contabilidad. Un placer hacer negocios con usted, señor Kydd. Seguimos en contacto.

Kincade se marchó, y Talbot se quedó pensando si era prudente hacer lo que estaba haciendo. Por desgracia tenía que averiguar qué estaba pasando: reducir daños y esas cosas. Sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Talbot, soy yo, amigo mío. Jimmy Appleby.

—¿Qué tal, Jimmy? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Todo de lujo, Talbot. Pero a Bob y a mí nos gustaría una reunión rápida. Tenemos una propuesta interesante, creemos que te gustará. Te lo garantizo. Ven a vernos cuando pases por la ciudad. O, si prefieres, vamos nosotros.

—Lo que mejor os venga.

—¿Qué tal se está portando nuestro niño?

—¿Troy? Como pez en el agua, diría yo.

—Dabuti. Nos vemos, Talbot.

Talbot colgó. «¿Una propuesta?». ¿Por qué le preocupaba?

OceanofPDF.com

La señora Farthingly le ofreció a Anny otro trozo de bizcocho Battenberg.

—No, gracias, señora Farthingly. Ya he comido suficiente.

—Tonterías. Comes como un pajarito. Anda, toma otro trozo. Estás muy flacucha. Una pata de pollo tiene más carne que tú, como decimos por aquí. Tenemos que engordarte un poco, jovencita.

Anny, sin entenderlo, aceptó el trozo que le ofrecía y lo puso a un lado del plato, con el sándwich de paté de pescado y el bollito con mantequilla.

La señora Farthingly la miró con cariño, llena de amable interés. Era bajita y regordeta, con colorete en las mejillas y poco pelo, completamente blanco y rizado. Tenía un tic que la hacía parpadear de vez en cuando espasmódicamente. A Anny la desconcertaba mucho.

Estaban sentadas en sofás paralelos, en el «cuarto de estar de atrás», así lo llamó la señora Farthingly. Anny veía por las puertas de cristal un estanque con peces, un reloj de sol y un césped alargado y estrecho, dividido por un sendero de baldosas rotas que llevaba hasta una caseta. Detrás de la caseta había un terraplén del ferrocarril, y de vez en cuando pasaba un tren a toda velocidad, retumbando, en las dos direcciones.

—Como te iba diciendo —la señora Farthingly resumió el análisis de la carrera de su hijo—, Nigel está contentísimo con esta película. El año pasado solo sacó dos singles y ninguno de los dos llegó a los treinta primeros. Y hablamos de alguien que tiene un disco de platino.

—En la película está genial. Es un actor nato.

—Paul Jones hizo una película. Creo que eso fue lo que le dio la idea al señor Appleby.

—¿Esa fue la película en la que actuaba Jean Shrimpton? —Anny empezaba a sentirse un poco mareada.

—No sabría decírtelo, hija —la señora Farthingly cortó un trozo de bizcocho para ella—. En 1966 Nigel actuó en el Palladium de Londres. ¿Sabes dónde dio su último concierto?

—No.

—En el Tower Club de Warrington.

—¿Y eso está mal?

—Peor que mal. Y entonces el señor Appleby lo pasó de Decca a Parlophone, porque parece que no les interesa. Nigel no es un grupo, ya sabes. Y hoy todo son grupos. Yo le dije: «Necesitas un grupo pop, hijo. Como Cliff o Manfred». Pero no me hace caso. No, no.

La señora Farthingly sonrió. Anny no sabía qué decir.

—Entonces ¿tú quién eres exactamente en la película? —preguntó.

—Soy Emily, Emily Bracegirdle.

—Ya. ¿Y cuál es la historia?

—Se supone que soy una estrella de cine famosa que está rodando una película en Brighton. Y me enamoro de mi chófer. Un chico de Brighton.

—Y ese es Troy.

—Sí.

La señora Farthingly frunció el ceño.

—Pero tú eres una estrella de cine que está haciendo una película en Brighton.

—Sí.

—No parece muy inteligente.

—Creo que se trata de que el arte imita a la vida. Y la vida imita al arte. Esa es la clave.

—¿Qué narices significa eso?

Anny vio que Troy y su padre salían de la caseta y echaban a andar por el sendero.

—Aquí vienen los hombres —dijo la señora Farthingly, aleteando con las pestañas. Se levantó para abrirles la puerta de cristal.

—Tomarás un poco de bizcocho, ¿verdad, Nigel? —preguntó cuando entraron.

—Claro. Gracias, mamá.

—¿Te ha contado Nigel que esta casa nos la compró él? —dijo la señora Farthingly—. Antes vivíamos en un piso del Ayuntamiento.

—Es preciosa —dijo Anny. No se había fijado mucho al llegar. Pareada, con la fachada de guijarros y una mata enorme de hierba de la Pampa en el jardincito de la entrada. Miró a la señora Farthingly, que seguía sonriendo.

—¿Más té, hija?

—¿Podría tomar un vaso de agua, por favor?

Nigel/Troy fue a la cocina a por uno.

—Nosotros nunca habríamos podido permitirnos una casa como esta —explicó el señor Farthingly con mucho énfasis—. Por nada del mundo.

—En esta zona de la ciudad seguro que no —puntualizó la señora Farthingly.

—Comprendo —dijo Anny—. Claro.

—Nigel nos la compró cuando su primer álbum fue disco de platino —añadió el señor Farthingly—. Un día aparece en un concurso de talentos en Slough y al día siguiente ha conseguido un disco de platino y ha firmado con EMI.

—Decca —corrigió su mujer—. «Toda la noche sin dormir», se llamaba.

—Poco a poco voy conociendo la música de Troy... Quiero decir, de Nigel.

—¡Si se le puede llamar música! —exclamó la señora Farthingly con desprecio.

—¿Te gustaría oír el álbum?

—Papá, déjalo —dijo Troy, que apareció justo en ese momento y le pasó a Anny el vaso de agua—. Anny no quiere oír un álbum viejo. Ha venido a conocerlos.

—Recuerda —dijo su madre— que ese LP cambió la suerte de nuestra familia.

—Y Nigel nos compró un coche —añadió su padre—. Un Jaguar S. Gris plateado.

—Que nunca conduces —le reprochó Troy.

—Es para no ponerlo en peligro. Lo reservo para ocasiones muy especiales.

—¿De dónde eres, Anny? —preguntó la señora Farthingly.

—De Minnesota. En Estados Unidos.

—¡Y pensar que has venido desde allí para hacer una película con Nigel!

—Tengo que decir que Nigel es lo único de esta película que me ayuda a seguir cuerda.

—No es mal chico, nuestro Nigel —dijo el señor Farthingly, apretando el muslo de su hijo con la mano extendida.

—Comparado con su hermano... —añadió la señora Farthingly, con desdén y aspereza.

—*Mamá* —le advirtió Troy.

—Su hermano está en prisión —dijo la señora Farthingly sin pelos en la lengua—. Puedes saberlo, Anny. En esta familia no hay secretos.

—No nos pongamos a remover esas cosas —dijo Troy—. A Anny no le interesa saber nada de Godfrey.

—No sabía que tuvieras un hermano ni que se llamaba Godfrey.

—Godfrey —el señor Farthingly pronunció el nombre despacio y lo repitió—. Godfrey es la oveja negra de la familia.

—¿Conoces esa expresión, Anny? —preguntó la señora Farthingly.

—Sí. ¿Puedo preguntar por qué está en prisión?

La señora Farthingly suspiró.

—Porque es un pecador.

—Robó el plomo de los tejados de unas doscientas iglesias del sur de Inglaterra y el West Country —explicó el señor Farthingly.

—Y lo vendió como chatarra —dijo Troy—. Y con el dinero compraba drogas, *speed*, sobre todo, que luego vendía en bares y clubs de Portsmouth y Southampton.

—Y Bornemourth —precisó su madre con pena—. Dios nos guarde...

—Ahora ya sabes por qué lo llamamos la oveja negra de la familia —dijo el señor Farthingly.

—Demos gracias al buen Dios de los cielos por Nigel —apostilló la señora Farthingly.

—Godfrey es mucho mayor que Nigel, por cierto —dijo el señor Farthingly—. Doce años mayor.

—Nigel ha sido un regalo. Me quedé embarazada a los cuarenta —explicó la señora Farthingly—. ¿Te imaginas que solo hubiéramos tenido a Godfrey? ¡Dios mío!

—No puedo ni pensarlo. No puedo ni pensarlo.

Se quedaron todos callados unos momentos.

—¿Podemos cambiar de tema? —pidió Troy—. No hablemos más de Godfrey. Vais a deprimir a Anny.

—¿Tú tienes hermanos? —preguntó la señora Farthingly.

—Tengo un hermano. Lars. Un hermano mayor.

—No está en prisión, ¿verdad?

—No. Está en el Ejército. En Vietnam.

—¡Ay, Dios mío! —La señora Farthingly se llevó las dos manos a las mejillas—. ¿Está peleando en la guerra de Vietnam? ¿Tu hermano?

—Bueno, está allí, pero no sé si entra en combate.

—Godfrey tendría que haberse metido en el Ejército —dijo el señor Farthingly con especial amargura. Tendría que haber hecho el servicio militar. No deberían haberlo suprimido. Así se habría hecho un hombre... Ahora no es más que un delincuente.

—Come un poco más de bizcocho, Anny.

—No, gracias. Así está bien, gracias.

La señora Farthingly le ofreció más Battenberg a Troy, que aceptó una rodaja. Luego se volvió hacia Anny.

—¿Tienes novio, Anny?

—Mamá, por favor. No seas descarada.

—No pasa nada —Anny sonrió—. Sí tengo novio. Nigel es mi novio.

OceanofPDF.com

31

—¿Tengo que ir? —preguntó Elfrida.

—No *tienes que*, por supuesto. Pero creo que deberías venir —dijo Reggie—. Sería raro que no vinieras.

—Es que no conozco a nadie.

—¿Y qué? A lo mejor conoces gente interesante. Es la fiesta de Dorian Villiers, ¡por favor! Seguro que es un grupo como mínimo interesante. Para una novelista. Buen material.

—No necesito ir a una fiesta para encontrar buen material.

—Vale. Haz lo que te salga de las narices. Me trae sin cuidado.

—Está bien. Iré.

—Tienes que prometerme que te sentarás conmigo —dijo Anny—. Promételo, Troy.

—Te lo prometo. Pero puede que los asientos estén asignados. O que haya un bufet.

—Tú quédate cerca de mí.

—Es una fiesta, Anny. No es para tanto.

—Odio las fiestas.

Talbot estaba jugueteando con el nudo de la pajarita cuando sonó el teléfono. ¿Quién inventaría la pajarita? ¿Por qué era tan puñeteramente difícil hacerse el nudo? Tendría que haber comprado una de esas que venían con el nudo ya hecho, pero un vago esnobismo inculcado le hizo optar por una pajarita de verdad, a pesar de lo torcida que le había quedado. A lo mejor esa era la clave. Cogió el teléfono.

—¿Hola?

—Talbot, querido, tenemos que hablar.

—Estoy a punto de salir para una fiesta, Yorgos.

—Voy a verte. Quiero explicarte mi... nuestro... complicadísimo acuerdo para *Las hojas cuando arden*. Nos irá muy bien, Talbot. Vamos a hacernos ricos.

—Reconozco que me suena todo un poco raro.

—Exacto. Precisamente. Ese es el plan. Raro, enrevesado, confuso. Espera hasta que te haya explicado todo lo que estamos haciendo. El pajarillo madrugador encontrará el caldero de oro al final del arcoíris.

—Genial. Avísame cuando vayas a venir.

Anny se sentía rara y un poco nerviosa en el asiento trasero del coche, al lado de Troy, camino de la fiesta; a lo mejor porque no llegaba a acostumbrarse a verlo de esmoquin. En parte parecía otra persona. Parecía mayor, y su atractivo, su encanto único, se había vuelto genérico. Parecía un chico elegante cualquiera en esmoquin, no su Troy especial. Vale ya, pensó Anny, y estrujó la mano de Troy. Él se volvió a mirarla y le repitió una vez más que estaba guapísima. Era cierto que estaba guapa, se dijo Anny; al menos lo había intentado. Llevaba un vestido de terciopelo negro muy escotado, con un sujetador de aro que le levantaba los pechos y los unía formando un canalillo perfecto. Se había puesto además un chal de seda roja y unos pendientes de diamantes. «Me cago en la hostia —dijo Troy cuando la vio salir del dormitorio—. ¡Pareces una puta estrella de cine!». Añadió que los pechos parecían cucuruchos de helado de vainilla y se agachó para besarlos en un acto de «homaje». Anny le corrigió amablemente la pronunciación y le dio las gracias de parte de sus pechos.

Lo miraba de reojo mientras circulaban por Brighton. Qué distinto estaba. Estiró una mano y le frotó la entrepierna, le agarró la polla.

—¡Anny! ¿Te has vuelto loca?

—Es que estás muy guapo, Nigel. No he podido resistirme.

—Estate quieta, chica. Compórtate.

Anny apoyó la cabeza en el hombro de Troy. Odiaba las fiestas, pero en esta a lo mejor se divertía.

Elfrida se bebió media pinta de vodka a escondidas antes de salir con Reggie a la fiesta. Estaba borracha, pero sabía que no diría incoherencias si no bebía nada más. Era un truco que había aprendido, y funcionaba. No vayas a una fiesta para emborracharte. Emborráchate y luego ve a la fiesta. Llevaba un vestido de raso verde con mucho vuelo que había encontrado en el armario —¿qué vena le daría cuando se lo compró?—, anticuado, muy de los cincuenta, pero le importaba una mierda. Se maquilló mucho y se puso unos pendientes de imitación de amatista muy llamativos. Nadie podría decir que no se había esmerado.

Mientras esperaban el taxi en el vestíbulo vio que Reggie había optado por una pajarita roja con el frac.

—Muy contracultural, cariño —dijo—. Pareces un crupier de casino de costa. ¿Estás seguro de que es esa la impresión que quieres dar?

—¿Tú estás bien?

—De maravilla.

—¿No irás a ponerme en ridículo?

—Solo si tú me pones en ridículo a mí.

—¿Has bebido?

—Me he tomado un jerez antes del baño. Lo siento. Se me olvidó pedirte permiso por escrito.

—El sarcasmo no te sienta bien, querida.

—Deberías leer alguna de mis novelas. Para ilustrarte un poco.

Parecía tenso, casi crispado, pensó Elfrida. Normalmente le gustaban las fiestas. Siempre la abandonaba para merodear por los salones y catalogar a los invitados, en busca de posibles adquisiciones y ventajas profesionales. Cogió su bolso de mano. Llevaba dentro una tarjeta en la que había anotado el número de la empresa de taxis de Rottingdean que usaba siempre. Si no se lo pasaba bien se marcharía discretamente. Reggie no tendría problemas para volver a casa por su cuenta.

Cuando Talbot llegó a la enorme mansión de estuco blanco de Dorian Villiers, muy cerca de Marine Parade, vio que era demasiado pronto. Los criados estaban encendiendo dos braseros a cada lado del pórtico con columnas y desplegando una alfombra roja en las escaleras, para perplejidad de Talbot.

Encendió un cigarrillo y esperó hasta que terminaran de dar los últimos toques. Pero Dorian lo saludó desde el balcón del primer piso, flanqueado por dos gigantescas columnas jónicas, como un dictador arengando a la multitud. Estaba apoyado en el balcón, con corbata y chaqueta blanca, se fijó Talbot, y llevaba en el pecho una especie de banda roja en diagonal.

—Toc, toc, ¿quién anda ahí, en nombre de Belcebú?

—Qué bien que te hayas acordado de lo mucho que me gusta una alfombra roja, Dorian.

—Felicísimo amigo. No te quedes ahí. Pasa, pasa, por el amor de Dios, Talbot, ¡cariño!

Talbot se sintió de repente decaído. Curiosamente, le entraron ganas de estar en Chiswick, cenando una sopa con Naomi. «Ten cuidado —se advirtió—: come poco y bebe menos». La llamada de Yorgos lo había inquietado. No era propio de Yorgos sino todo lo contrario. Apartó el tema de la cabeza, tiró el cigarrillo y subió por la alfombra roja a un vestíbulo de grandes volúmenes. Suelo de mármol ajedrezado; dos armaduras decorativas de cuerpo entero, de plata, flanqueaban la grandiosa escalera que se dividía contra la pared del fondo, presidida por un arrogante retrato de Dorian a tamaño natural en su papel de Falstaff en *Enrique IV*, acto 1. Había ramos de flor de Pascua por todas partes. ¿De dónde narices los había sacado Dorian en pleno verano? Dos filas de cuatro camareras con bandejas en la mano ofrecían flautas de champán. Talbot se olvidó de su voto de sobriedad y cogió una copa. Era evidente que Dorian se proponía hacer una declaración esa noche.

Elfrida se detuvo delante de una bandeja de efervescentes flautas de champán.

—¿Tiene algún refresco? —le preguntó a la camarera—. Es que yo no bebo.

—Hay un bar en el piso de arriba, señora. Allí puede pedir un zumo o lo que quiera.

—Gracias —subió la escalinata con Reggie, deteniéndose a mirar el retrato de Dorian.

—¿Quién es ese? ¿Se supone que es Falstaff?

—Es Dorian Villiers en el papel de Falstaff. ¿No lo reconoces?

—Creía que era Orson Welles.

—Puede que esté invitado.

Oyeron romper la ola, el rumor de la animada conversación que llegaba de los salones del primer piso. Elfrida notó el bajón familiar que le producían las fiestas: los desconocidos; las horas de conversación banal con hombres y mujeres a los que no volvería a ver nunca. ¿Por qué se tomaba la gente tantas molestias?

Cerró los ojos y se agarró con fuerza a la barandilla, al notar que le daba vueltas la cabeza. A lo mejor se había excedido con el vodka profiláctico.

—¿Estás bien? —preguntó Reggie—. Toma mi copa de champán.

—No, gracias. Solo me estoy armando de valor.

—Podrías intentar divertirte un poco, Elfrida. No es un delito, ¿sabes?

Anny y Troy subieron las escaleras. Troy llevaba una copa de champán en la mano. Anny no quería beber, porque se había tomado un par de Equaniles antes de salir y se sentía segura —en la nebulosa ideal del Equanil—, con los ojos despejados y a la vez como envuelta en un invisible campo de fuerza protector. Señaló el retrato.

—¿Quién es?

—Ni idea.

Entraron en el salón principal. Estaba abarrotado de hombres y mujeres en traje de gala. El nivel de ruido de la conversación era considerable; Anny resistió las ganas de taparse los oídos. Al otro lado de una doble puerta había un salón más pequeño, igual de abarrotado, con las paredes de color granate y muchos retratos colgados.

Troy abordó a una camarera que pasaba con una bandeja de canapés y se comió tres cuadraditos de salmón ahumado seguidos.

—Salmón ahumado. Rico de la hostia. Toma un poco, Anny.

—No, gracias, no tengo hambre.

Echó un vistazo alrededor y vio a Talbot hablando con un hombre que llevaba una banda roja cruzada en el pecho. Talbot les hizo señas, a Anny y a Troy, para que se acercaran. A Anny le sorprendió que le diera un beso en la mejilla.

—Anny Viklund y Troy Blaze: nuestras ilustres estrellas. Este es *sir* Dorian Villiers, nuestro anfitrión.

Sir Dorian se inclinó para besar la mano de Anny.

—Cuánto me alegro de volver a verte —dijo. Retrocedió unos pasos para admirarla—. Radiante. Divina. Incandescente. *Meravigliosa*.

—Gracias, señor, es muy amable.

—Creo que nunca te he dicho como es debido la ilusión que me hizo trabajar contigo en *El caso Monopoly*. Una puta maravilla.

Anny sonrió sin decir nada. Miró a Troy. ¿Era algún juego?

—Dale muchos recuerdos a Porfirio —añadió Villiers—. Dile a ese cabronazo que lo echo de menos.

—Claro —asintió Anny.

Villiers había visto a alguien al otro lado del salón.

—¡Larry! —gritó—. ¿Quién cojones te ha invitado?

Se fue a asaltar a Larry. Talbot bebió un sorbito de champán.

—Es un personaje genial —dijo, con comedido entusiasmo.

—¿Quién cree que soy? —preguntó Anny.

—Creo que... podría ser Melissa Blake —explicó Talbot—. No te preocupes porque nunca escucha a nadie. Vamos a ver si conseguimos encontrar a Rodrigo entre este gentío.

Se abrieron paso a través del mareante barullo del salón. Anny cogió la mano de Troy.

La casa de Dorian tenía un salón de baile que ocupaba toda la fachada trasera, con una tarima flotante de madera. Habían montado allí diez mesas para doce comensales, con un centro floral en cada una rodeado por cuatro candelabros con las velas encendidas. Elfrida había tardado cinco minutos en encontrar su sitio a kilómetros de Reggie, asomándose a mirar por encima de muchos hombros. Pero no le importaba no estar cerca de él. Se sentó entre un extranjero que solo hablaba alemán con la mujer que estaba a su izquierda y un hombre callado, con gafas, que retiraba la comida hacia los bordes del plato para ver qué fragmentos podía comer. Dijo que era el corredor de bolsa de Dorian. Pidió disculpas por comer tan despacio.

—Es que me han quitado unos veinte centímetros de intestino —explicó—. Casi no puedo comer nada, ya lo ve —encontró una rodaja de zanahoria, se la metió en la boca y la masticó con mucho cuidado.

Como Reggie estaba fuera de su vista, a saber en qué parte de la sala, Elfrida se pasó al vino blanco después del vaso de zumo de naranja. Se puso las gafas para observar el salón, o lo que alcanzaba a ver desde su silla. Vio a Dirk Bogarde y a Jill Bennett, y a una mujer que casi con seguridad era Claudia Cardinale. Matthew Maxwell estaba sentado en la mesa de al lado, sin duda, y también Morgan von Hoffman.

—¿Ese de ahí no es Morgan von Hoffman? —le preguntó al corredor de bolsa.

—No tengo la más remota idea, lo siento. No es mi fuerte.

Elfrida vio a Talbot Kydd deambulando y lo saludó con la mano. Talbot se acercó.

—¿No irá a abandonarnos? —preguntó Elfrida.

—Solo voy a inspeccionar las instalaciones.

—Me gustó el concierto el otro día. ¿Qué tal estuvo la segunda parte?

—Espléndida. Un poco deslucida después de Strauss.

Elfrida se apoyó en el respaldo de la silla y ladeó la cabeza.

—Por cierto, ¿ese de ahí es Morgan von Hoffman? En la mesa de la izquierda.

Talbot echó un vistazo.

—No. Es Max von Sydow.

—Ya decía yo que me sonaba.

—Luego nos vemos —dijo Talbot, y siguió su camino.

Elfrida se volvió hacia el corredor de bolsa.

—Es Max von Sydow —explicó—. Por lo menos he acertado el «von».

—¿Quién es?

—Da igual —vio pasar a un camarero y pidió otra copa de vino.

Pensó en su encuentro con Talbot Kydd en el Royal Festival Hall. Fue un sobresalto desagradable tropezar con él: siempre resulta un poco raro, por no decir desquiciante, encontrarse de pronto con una persona fuera de su contexto familiar. Talbot estuvo encantador, por supuesto... Seguro que se llevó el mismo sobresalto que ella. «Encanto», pensó Elfrida, era un concepto inglés muy escurridizo, lleno de matices. Para ella significaba cerrado, educado y afable, aunque frío, capaz de trabar conversación sin decir nada. Eso resumía bastante bien a Talbot Kydd.

Le dijo al camarero que dejase la botella.

Sí, Talbot Kydd: siempre con traje oscuro y corbata, siempre bien arreglado. Sí, iba arreglado —buena palabra—, arreglado para ser impenetrable. Se acordó de que Reggie había dicho que Talbot había tenido «buena guerra»; a saber lo que quería decir. Seguramente se decía eso del que sobrevivía, del que salía ileso. Así de fácil. Había sido soldado, claro. Eso explicaba muchas cosas. Un soldado en la industria del cine: peculiar.

—Un hombre encantador —le dijo al corredor de bolsa.

—Totalmente. Perdone, ¿quién?

—Talbot Kydd, el productor de cine.

—Ah, Talbot Kydd. Dorian lo adora.

Cuando Anny encontró su asiento y vio que no estaba sentada al lado de Troy, le hizo traer la tarjeta que llevaba su nombre y cambiarla por la que había.

—Nadie se dará cuenta —dijo.

Troy miró la otra tarjeta.

—Podrías haberte sentado al lado de Eric Burdon —dijo—. Ahora me tienes a mí.

—Es que te quiero a ti, cariño. ¿Cuándo volvemos al hotel?

—Tendremos que esperar hasta después de la cena. Como mínimo.

Troy se puso las gafas de sol mientras iba a dejar la tarjeta de Eric Burdon donde estaba la suya. Anny se estaba mareando con la luz de las velas.

—Ahora todo el mundo sabrá que eres una estrella de cine —dijo Troy al volver y sentarse a su lado.

Un camarero les puso delante una *mousse* de cangrejo, brillante y temblorosa. Troy la probó.

—No está mal. Sabe a pescado —se metió el resto en la boca con el tenedor.

—Puedes tomarte la mía —dijo Anny, acercándole el plato.

Talbot estaba sentado a la mesa de Dorian, al lado de su mujer, Bruna Casanero, sorprendido porque además de ser muy guapa estaba embarazadísima. Tenía como mínimo treinta años menos que Dorian, calculó, y hablaba bien inglés, aunque con un acento muy marcado. La barriga de embarazada era perfecta, como si debajo del vestido de crepé de China azul celeste llevara un melón o una campana de cristal. Dorian estaba sentado enfrente de Bruna y no paraba de tirarle besos. A ella le hacía mucha gracia.

Talbot se fijó en que Dorian llevaba el pelo largo, por debajo del cuello, y se lo había teñido de un tono nuevo, entre beis y mantequilla: lo mejor para quitarse años, pensó. Le caía bien la mujer anterior de Dorian, la segunda, Vanessa, una mujer inteligente y sardónica que parecía haber calado bien al actor y lo interrumpía cuando la hipérbole se le iba de las manos.

Bruna le estaba hablando.

—¿Perdón?

—¿Tienes hijos, Talbot?

—Un hijo y una hija.

—¿Y se llaman?

—Humphrey y Zoë.

—Me gustan. Mi hijo se va a llamar Ercole. Es el primero. Traducido es Hércules.

—Sí. Ya sabes que es un niño. Increíble.

—Sé que es un niño —se apretó la cúpula perfecta con las manos—. Porque me habla.

—¡Hércules Villiers! ¡Qué nombre!

Talbot apartó unos centímetros la tarta de queso, que no había probado, cuando Dorian golpeó varias veces una jarra —el nítido sonido cristalino silenció el salón de baile— y se levantó entre aplausos dispersos.

—Como decía Chaucer... o tendría que haber dicho si hubiera tenido un poco de sentido común —empezó a declamar Dorian, con su voz atronadora y su legendaria capacidad de proyección sin necesidad de amplificadores electrónicos—: ¡Tengan vuestras mercedes la bondad de venir a esta hermosa villa llamada Brighton, donde encontrarán mozas y podrán brindar con ponche caliente para alegrar el corazón!

Elfrida notó que se le empezaba a caer la cabeza. Había soportado unos cuantos discursos interminables en la vida, pero Dorian Villiers estaba batiendo todos los récords. En ese momento se dirigía a su mujer en italiano, con un acento atroz: *la molta più bellissima sposa e mamma del mondo*, o alguna chorrada por el estilo. No aguantaba más. Buscó con la mirada un camarero que llevase una botella de vino, pero por lo visto se habían evaporado todos cuando empezó el discurso. Muy listos; decidió hacer lo mismo. Retiró la silla muy despacio, le dijo al corredor de bolsa: «Disculpa», y se escabulló, dejando el bolso de mano en la silla, para indicar que su ausencia era temporal.

Encontró a un camarero recogiendo copas en el salón granate y le pidió una copa de vino blanco. Vio que necesitaba ir al lavabo y siguió las flechas

escaleras arriba hasta la planta donde estaban los dormitorios, cuartos de baño y vestidores de la mansión de los Villiers.

Cuando por fin encontró el lavabo, al fondo de un amplio pasillo enmoquetado de azul claro, resultó que estaba ocupado. Segundos después de que Elfrida intentase abrir la puerta cerrada salió un hombre. Tenía cuarenta y tantos años, calculó, y llevaba unas gafas redondas de montura metálica, de esas que estaban tan de moda. Una severa raya al medio, ligeramente descentrada, le separaba el pelo canoso y fosco, como la línea blanca de un cortafuegos que atraviesa un bosque denso, pensó. Llevaba un esmoquin de terciopelo un poco deshilachado y la pajarita torcida.

Elfrida pidió disculpas, el desconocido pidió disculpas y preguntó si sabía dónde estaba el ropero. Había dejado un maletín y por lo visto había desaparecido.

—Yo no he traído abrigo —dijo Elfrida—. ¿No irás a marcharte? ¿En mitad de los discursos?

—Tengo que coger el tren para volver a Londres. ¿Por casualidad no llevarás encima un cigarrillo?

—Lo siento. No fumo —bebió un sorbo de vino. Llegó a la conclusión de que el desconocido era un tipo simpático, desaliñado y con aire de intelectual tímido.

—¿Eres amiga de Dorian?

—No lo conozco. ¿Tú?

—No sé si «amigo» es la palabra exacta. Le hice una buena reseña hace diez años y ahora me invita a todas sus fiestas. Continuamente.

—¿Una reseña?

—Antes era crítico de teatro. Creo que Dorian trabajó en *Un espíritu burlón*. No lo recuerdo.

—¡Crítico de teatro! Fascinante.

—Sí —el desconocido repitió la palabra en voz baja—: Fascinante.

—¿Sigues siendo crítico de teatro?

—No. Me despidieron. Y ahora la verdad es que soy novelista. No es que tenga mucho éxito pero más o menos me gano la vida.

—Qué interesante. ¿Es posible que haya oído hablar de ti?

—Me llamo Laurence Falconer.

—He oído hablar de ti —asintió Elfrida—. Estoy segura. Bueno, felicidades. Supongo que es mejor ser novelista que crítico de teatro.

—Es un trabajo oscuro y sucio, pero alguien tiene que hacerlo.

—¿Has escrito muchas novelas?

—Unas veinte o por ahí. Como mínimo. ¿O treinta? He perdido la cuenta.

—¡Madre mía! —Elfrida vació la copa y se deshizo de ella—. Eso es una *oeuvre* en toda regla.

—Tengo varios *noms de plume*. Me libra de muchas maldades.

—¿Te resulta fácil? Escribir, quiero decir.

Falconer frunció el ceño.

—Supongo... La respuesta corta es no. Pero lo encuentro gratificante.

—La gente se olvida de lo arduo y lo duro que es.

Falconer la miró con más atención, observándola, como si intentara identificarla. Elfrida se dio cuenta de que había hablado sin pensar.

—¿Escribes novelas?

Estuvo a punto de negarlo, como hacía normalmente, pero ¿qué coño?

—Lo estoy pensando. Escribir una novela, quiero decir.

Falconer se metió las manos en los bolsillos, soltó el aire haciendo mucho ruido, sin dejar de mirarla, y se tambaleó ligeramente. Elfrida se dio cuenta de que estaba muy borracho. *In vino veritas*.

—Es un camino largo y tortuoso, como dijo alguien —citó Falconer—. Probablemente otro novelista.

—Caminos tortuosos, caminos largos y tortuosos. Está bien dicho. ¡Mientras no haya terremotos o corrimientos de tierras!

—Bueno, de vez en cuando puede haber un terremoto, aunque suele ser de poca magnitud en la escala de Richter.

—Pero tiene sus compensaciones. ¿No crees? —preguntó Elfrida, sonriendo.

—Supongo que eres el último hombre orquesta. No es poca cosa.

—Sí. Suena perfecto.

Falconer sonrió, y le brillaron los ojos por detrás de las gafas redondas. Elfrida notó de pronto que se le tensaba la vejiga.

—Encantada de conocerte, Laurence Falconer. Buena suerte. Discúlpame.

Entró en el lavabo, echó el cerrojo y se apoyó contra la puerta, entusiasmada, casi conmocionada. Qué curioso conocer a un novelista. A lo mejor era una señal.

—¿Podemos irnos? —le dijo Anny a Troy—. Estoy muy cansada. Lleva casi una hora hablando.

—En realidad han sido unos treinta minutos —puntualizó Troy, mirando el reloj—. Sin notas. Es un gran actor.

—Eso no es excusa. Me quiero largar.

Troy se estaba terminando la tarta de queso de Anny.

—Vale, cielo. Dame un minuto —echó un vistazo alrededor—. Deberíamos despedirnos de Rodrigo.

—Ya lo veremos mañana. Da igual.

Un hombre con traje oscuro y una carpeta se acercó a su mesa.

—Disculpen. ¿La señorita Viklund?

—¿Sí? ¿Qué hay?

—Siento interrumpirla pero abajo hay dos caballeros que quieren hablar con usted.

Troy tomó la palabra.

—Lo siento, tío. Verás, es que hay un montón de gente que quiere hablar con la señorita Viklund. Esto es una fiesta privada. ¿Sí? Diles que pasen por la oficina de producción.

El hombre de la carpeta bajó la cabeza y susurró algo al oído de Troy mientras Anny los miraba, divertida. Troy empezó a asentir.

—¿Hay alguna sala discreta? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Qué pasa, Troy? —dijo Anny. Nunca lo había visto así.

—Creo que será mejor que vayamos con este señor, muñeca.

Elfrida volvió al salón de baile. La gente empezaba a dispersarse despacio después de que sirvieran el café y los pastelitos. Los hombres encendían cigarros, las licoreras de oporto circulaban alrededor de la mesa y los invitados volvían a los salones para la sorpresa final de la fiesta, a saber cuál sería. Elfrida encontró su mesa y vio que sus dos compañeros ya se habían retirado. Recogió el bolso de mano y sacó la tarjeta de la empresa de taxis de Rottingdean. Ahora tenía que encontrar un teléfono en aquella casa imposible. Empezaba a notar el cerebro un poco embotado y lento. «Más te vale dejar de beber vino», se dijo, aunque estaba de buen humor, por no decir eufórica, después del encuentro con Falconer en el piso de arriba. Echó un vistazo, vio a Talbot Kydd hablando con una mujer embarazada y se acercó a ellos. Talbot sonrió con cortesía al verla llegar.

—Elfrida..., ¿puedo presentarte a Bruna Casanero? —Y se largó.

Elfrida estrechó la mano que le tendía Bruna Casanero.

—Soy la mujer de Dorian.

—Encantada de conocerte. ¿Hay algún teléfono por aquí?

—Te lo enseño. Ven conmigo.

Siguió a Bruna, zigzagueando entre las mesas desordenadas hasta una especie de *office* donde los camareros estaban apilando los platos y las copas. Bruna señaló un teléfono colgado en la pared.

—Hay que marcar el nueve para conseguir línea —explicó.

—Muchas gracias —dijo Elfrida—. Quiero pedir un taxi y volver a casa. He pasado una noche estupenda —señaló la barriga de Bruna y añadió—: A lo mejor te conviene sentarte, para descargar el peso de los pies.

—No, estoy bien. Soy una italiana fuerte. ¿Tú tienes hijos?

—Sí. Tengo tres hijas.

—¿Y se llaman?

—Selina, Serene y Sabrina.

Bruna la miró con una media sonrisa. Elfrida siempre contestaba con la misma broma a la frecuente pregunta. Otras veces decía que tenía tres hijos: Godfrey, Geoffrey y Gregory.

—Te dejo que llames —dijo Bruna, y volvió al salón de baile.

Elfrida se adueñó de una oportuna copa de vino que estaba por la mitad y pidió un taxi.

Talbot salió a la calle y se alejó del sorprendente círculo de calor que irradiaban los braseros, todavía ardiendo. Encendió un cigarrillo en una sombra fresca y pensó en la fiesta. ¿Se había divertido? No. ¿Había conocido a alguien interesante? La verdad es que no. ¿Había mejorado mínimamente su experiencia vital? Lo cierto es que su experiencia vital se había visto perjudicada por la patente pérdida de tiempo. ¿Qué mosca le había picado a Dorian para organizar una fiesta tan ostentosa, tan fastuosa? Ni idea. *Cui bono?* A nadie. Entonces, pensó, quizá el mismo juicio implacable pudiera aplicarse a todas las fiestas. Alguien —alguien joven— le había dicho en una ocasión que el único motivo para ir a una fiesta era «pillar» algo. Sexo, drogas, comida, cotilleos, contactos, influencia o promoción. Si no pillabas, la fiesta había sido una pérdida de tu valioso tiempo. Visto así había perdido la noche. Aunque no todo...

—Ah, Talbot, estás ahí. Gracias a Zeus. Me han dicho que acababas de salir. Me alegro de encontrarte.

Dorian se acercó al rincón de sombra, adonde no llegaba el resplandor de las luces del pórtico. Llevaba un puro en la mano y la banda roja caída por debajo de la cintura.

—Creo que voy a volver al hotel dando un paseo —dijo Talbot—. Me apetece tomar un poco el aire. Ha sido una velada deliciosa, muy especial. Gracias Dorian. ¡Qué noche!

—¿Podemos hablar un momento, Talbot?

—Claro.

Dorian lo alejó un poco más de la luz de la puerta —los invitados salían en grupos numerosos—, hacia la oscuridad.

—Esta película tuya, la que estás rodando aquí, en Brighton —dijo Dorian—. ¿Cómo se llama?

—Es una película muy tonta con un título igual de tonto. *La utilísima escalera a la luna de Emily Bracegirdle*. La llamamos *Escalera a la luna*. O *Escalera*, sin más. Para ahorrarnos el bochorno.

—¡Qué más da! Los títulos hoy en día no tienen sentido. El caso es, Talbot, ¿hay un papel para mí en tu absurda película?

Talbot tuvo que respirar.

—El reparto está completo, Dorian. Estamos a mitad del rodaje.

—¿Y qué? Dame un cameo. Puedo ser el tío rico de algún personaje. La realeza que viene de visita. El cerebro maligno. Lo que más te guste.

—No es ese tipo de película. Te horrorizaría.

Dorian dio una calada fuerte, y la punta del cigarro se encendió con una intensa brasa roja. Lo tiró por la alcantarilla.

—Te lo digo de otra manera, Talbot, amigo mío. Disculpa la falta de sutileza pero necesito ganar, necesito conseguir, cinco mil libras legales para finales de la semana que viene. Me parece que el único modo factible de alcanzar el objetivo es que me ofrezcas un papel en tu película y me pagues cinco mil libras. Así de sencillo.

Talbot se quedó callado y luego preguntó:

—¿Cómo puedes dar una fiesta como esta y al mismo tiempo necesitar cinco mil libras? Te habrás gastado...

—No, no he gastado nada. He encargado, pedido, organizado. Las facturas llegarán a su debido tiempo, y algún día es posible que las pague. Pero ahora mismo tengo una necesidad muy clara. Cinco mil libras para finales de la semana que viene. No puedo ser más sincero.

Una vez más, Talbot reflexionó unos momentos antes de responder, viendo que la petición escondía una situación extraña, oscura y grave en la familia Villiers. Decidió no hacer preguntas sobre la situación, fuera la que fuera.

—Lo haría sin dudarlo, Dorian. Pero..., disculpa mi falta de sutileza..., si te meto de pronto en esta película se jode todo.

—No hay nada que tú no puedas resolver, Talbot —Dorian posó una manaza en el hombro de Talbot—. Eres uno de mis amigos más antiguos. No sabes cuánto te lo agradecería. Te pido este favor como amigo, uno de mis amigos más queridos. Si no haces esto por mí se va todo a la mierda. Y cuando digo todo quiero decir todo.

—Escucha, Dorian, sabes que yo...

—Estaré allí el lunes por la mañana. Un par de días de trabajo. Cinco mil. Y todo resuelto. Que Dios te lo pague.

Se inclinó, besó a Talbot en la mejilla —que notó el olor a tabaco ácido en el aliento de Dorian— y volvió a su mansión. ¿Qué cojones habrá hecho?, pensó Talbot. ¿En qué lío desesperado se habrá metido? Cerró los ojos y notó que los ácidos del estómago se ponían en movimiento.

La operadora de Rottingdean le dijo a Elfrida que el taxi la estaría esperando en la puerta en cuestión de quince minutos. Perfecto, pensó, el tiempo ideal para una última copa de vino. Volvió al salón de baile, ya vacío, y vio a los actores de la película de Reggie —¿cómo se llamaban? ¿Angie y Tim?— siguiendo a un hombre que llevaba una carpeta en la mano. Encontró media botella de vino tino y una copa bastante limpia, y la llenó antes de volver al salón granate, rebosante de ruido y humo, de invitados reacios a terminar, con ganas de aferrarse al ambiente de juerga y tolerancia. Echó un vistazo mientras saboreaba el vino, pensando que aquel salón era como una capilla consagrada a la mayor gloria de San Dorian Villiers. Había muchos retratos del gran hombre, muchas fotos en blanco y negro, y muchos carteles de teatro que anunciaban las representaciones de sus papeles más famosos: Lear, Tamerlán, Archie Rice, Próspero, James Tyrone, Macbeth y, por supuesto, muchos Falstaff.

Examinó de cerca un cartel enmarcado de una obra que no reconocía, *Sombra blanca, ola blanca*, y reflejada en una esquina del cristal, casi como un retablo, vio a una pareja sentada en un rincón, rodilla con rodilla: el hombre inclinado para encenderle el cigarrillo a la mujer. Un segundo más tarde se daba cuenta de que el hombre era Reggie. Dio media vuelta, dejó el vino en una mesita y echó a andar entre los escandalosos grupos de invitados. A lo mejor Reggie quería irse con ella; no tenía sentido pedir dos taxis, cuando estaba claro que la fiesta había terminado.

—Estás ahí, cariño. Llegará un taxi dentro de cinco minutos. ¿Quieres venir conmigo?

Reggie se levantó, y lo mismo hizo la mujer que estaba con él.

—Ah, Elfrida. Talbot me dijo que te habías ido. ¿Conoces a Janet Headstone? Está dando unos retoques a nuestro guion. Gracias a Dios.

Elfrida vio a una treintañera rubia, con el pelo recogido en un moño flojo, y un vestido turquesa brillante, muy ceñido en el escote, que formaba un abismo entre los pechos grandes. Se dieron la mano.

—¿Cómo estás? —saludó Elfrida.

—Encantada de conocerte.

Elfrida se fijó en el gangoso acento de Londres, en el cierre total de la glotis con que Janet se comía las letras.

—Hasta mañana, Jan —dijo Reggie, recogiendo sus cigarrillos y el mechero.

—Que lleguéis bien —contestó Janet.

Elfrida y Reggie salieron del salón y se dirigieron a la escalera.

—Nos ha salvado la vida Janet. Es una chica muy lista.

—¿De verdad? Qué suerte tienes.

Elfrida no dijo nada más. Tenía un torbellino en el cerebro y necesitaba concentrarse para bajar las escaleras sin caerse. Ya sabía quién era la amante.

El hombre de la carpeta llevó a Anny y a Troy a un saloncito de la planta baja, a la izquierda de la escalinata. La mesa estaba preparada para el desayuno. Y sentados alrededor se encontraban el inspector Desmondson y el agente Radetski, del FBI.

Anny notó la bola de vómito que le subía a la garganta.

Troy dio un paso al frente, haciéndose dueño de la situación.

—¿Qué pasa, chicos? Estamos en una fiesta. No podéis...

—¿Puedo preguntarle quién es usted, señor? Queremos hablar con la señorita Viklund en privado —dijo Desmondson.

—Es un amigo —explicó Anny—. Quiero que se quede.

Desmondson miró a Radetski, que asintió.

—De acuerdo.

—¿Qué quieren? —preguntó Anny.

—Tenemos noticias de su marido, Cornell Weekes.

—Es mi exmarido. Ya se lo he dicho varias veces.

—Disculpe.

—¿Qué pasa con él? —Anny tenía de pronto la garganta seca. Sin una gota de saliva.

—¿Lo ha visto recientemente?

—No. Hace muchos meses. Alrededor de un año. Más.

—Lo han detenido esta mañana en el puerto de Southampton —anunció Radetski—. Estaba a punto de subir a un ferry con rumbo a España. Y llevaba encima una considerable suma de dinero.

—¿Y qué tiene todo eso que ver conmigo?

—Sí, eso —intervino Troy, con ánimo de apoyar.

—Bueno —Radetski se quedó callado y miró a Desmondson—. Weekes ha dicho que fue usted quien le dio el dinero.

OceanofPDF.com

Rendición

OceanofPDF.com

1

—¿Qué está pasando, Talbot? Esto es intolerable —dijo Reggie, con voz lastimera. Falsamente lastimera, pensó Talbot. Esto pasa a todas horas en el maravilloso mundo del cine.

—No es ningún misterio —contestó Talbot—. Tenemos que inventarnos un cameo para Dorian Villiers.

—¿Por qué cojones?

—Porque será bueno para la vida de la película llevar su nombre. Ya sabes: «Con Dorian Villiers». Nos ayudará a venderla por el mundo. Los de promoción están emocionados, como locos —mintió.

—¿Qué dice Yorgos?

—Está encantado. Contentísimo —eso sí era cierto. Talbot le había llamado por teléfono para trasladarle la sugerencia y Yorgos aceptó al instante... También aceptó el atraco de Dorian. «Es un precio barato», dijo. En realidad, Talbot le planteó la idea precisamente para calibrar la respuesta de Yorgos, sabiendo que de ese modo podría confirmar o descartar sus sospechas. La rapidez con que Yorgos dio su consentimiento era una señal inequívoca, y las sospechas de Talbot aumentaron. Algo estaba pasando y Yorgos quería contentar a Talbot. Y aún tenían que sobrevivir al cara a cara por el contrato de *Las hojas cuando arden*. Talbot se quedó con la sensación de que podía pedirle a Yorgos cualquier cosa y este le complacería: le daría lo que fuera con tal de camelarlo. Era preocupante.

Talbot estaba en su despacho, con Reggie, después del rodaje. Cogió la botella de *whisky* y sirvió dos vasos.

—Bueno, tú eres el jefe —dijo Reggie, un poco molesto—. ¿Qué tipo de papel haría Dorian?

—No lo sé. Podría ser una especie de personaje fantástico; una aparición, un producto de la imaginación de Emily Bracegirdle —de

repente se le ocurrió una idea—. ¿Por qué no le pedimos a Janet que se invente algo? Estamos hablando de dos o tres páginas, un par de días de rodaje como máximo. Janet lo escribe, lo rodamos y si no sale bien podemos no utilizarlo. Dorian solo quiere que se le pague por el trabajo hecho.

—¿Hacienda? —Sospechó Reggie.

—Podría ser cualquier cosa.

—Bueno, pídeselo tú a Janet. Yo me niego. La idea es tuya.

—Muy bien, se lo pediré. Con mucho gusto. Por cierto, no es una «idea»; es un plan, una táctica. Así tenemos a un gigante del cine en nuestra película. Nada que perder, todo que ganar.

Reggie no parecía convencido.

—Me pasaré a ver a Janet esta noche —añadió Talbot—. Algo se le ocurrirá. Ya que le estamos pagando un dineral, que se lo gane.

—Janet Headstone ya nos ha salvado la película.

—En ese caso, escribir un par de páginas más para Dorian Villiers será como... —Talbot buscó un símil—. Pan comido.

Reggie se quedó pensativo.

—Supongo que poner «con Dorian Villiers» nos da caché.

—Exacto. Bien vale hasta el último penique.

—¿Cuántos peniques vamos a pagarle a ese cabronazo?

—Lo estamos negociando —volvió a mentir Talbot—. ¿Me haces el favor de llamar a Janet y decirle que me espere a eso de las siete?

Talbot llegó tarde a casa de Janet Headstone, en Kemp Town, y viendo que eran casi las ocho le dijo al conductor que no esperase. Llamó al timbre y Janet abrió la puerta, descalza y con un kimono rojo y negro. Se fijó en que llevaba las uñas pintadas de negro. Janet se alegró mucho de verlo, cosa que sorprendió a Talbot, y cuando iban a la cocina, charlando, se preguntó si no estaría un poco «colocada». En cuestión de drogas nunca estaba seguro: a saber qué fumaba, se inyectaba o esnifaba la gente, o qué pastillas tomaba. Se sentaron a la mesa de pino y Janet preparó unos *gin-tonics* mientras Talbot intentaba aparentar que no se había fijado en el balanceo de los pechos grandes por debajo del kimono de seda, con las solapas cada vez más alarmantemente abiertas. Llegó a la conclusión de que estaba

«colocada». Janet encendió un cigarrillo mientras Talbot le hablaba de la situación con Dorian Villiers y la necesidad de crear un papelito para él.

—¿De dónde ha salido esta idea tan brillante? —preguntó Janet.

—Se nos ha ocurrido... ahora que Dorian vive aquí, en Brighton. Por sacarle partido.

—¿Y puede ser cualquier cosa?

—Cualquier cosa que encaje en un par de días de rodaje.

—¿Rodrigo está conforme?

—Yo no diría que está en el séptimo cielo pero no ha dicho que no.

Janet se quedó pensativa.

—Villiers podría ser un vagabundo. Un holgazán al que Emily conoce cuando huye.

—Ya. No creo que queramos que haga una escena con Emily... Es decir, con Anny. Podría ser una especie de aparición: algo que sale en una de las secuencias oníricas. Un mago. Un espectro.

—¿Y si fuera el fantasma del abuelo de Emily?

—No está mal.

—Tenemos esa parte en la que Emily va dando vueltas de noche, perdida, buscando dónde dormir. Está lloviendo y tiene hambre. Se cobija en un portal... Se queda dormida.

—Y sueña con su abuelo.

Janet dibujó una onda con el cigarrillo.

—Una especie de viejo sórdido que la regaña —improvisó—. El fantasma del pasado. A lo mejor le echa una maldición o algo de eso.

—Me gusta.

Janet se levantó y se puso a dar vueltas por la cocina, continuando su improvisación. La velocidad a la que iba de un lado a otro le abría la falda del kimono, desnudando las piernas y los muslos blancos y fuertes. Talbot la escuchaba solo a medias; estaba pensando si Janet y Reggie se habían liado en serio. Muy probablemente, decidió. La fama de Reggie reforzaba la suposición. Solo esperaba que la pobre Elfrida no lo descubriera antes de que hubieran terminado la película.

Janet se sentó de una manera tan brusca que hizo temblar la mesa.

—Bastará con un par de páginas. Un monólogo bonito —dijo.

—Lo que sirva para dos días completos de trabajo de Dorian. Si rodamos más de la cuenta, siempre podemos usar algún fragmento en *flashback* si nos apetece.

—Te entiendo. ¿Para cuándo lo necesitas?

—Para mañana sería ideal. Así podemos decirle que venga la semana que viene —Talbot había conseguido aplazar la llegada de Dorian un par de días. Dorian no quería un cheque; quería el dinero en metálico, y Talbot le dijo que para eso necesitaba algo más de tiempo. «Yo me encargo de arreglarlo todo con mi agente —dijo Dorian—. Es mejor que de momento esto quede entre nosotros».

—¿Seguro que a Rodrigo le parece bien? —preguntó Janet—. Porque a mí me da que no le gustaría nada.

—Creo que se va haciendo a la idea. Ve las ventajas comerciales —contestó Talbot con cautela, consciente de que Janet llamaría a Reggie en cuanto él se marchara. Terminó el *gin-tonic* y dijo que tenía que irse. Janet lo acompañó a la puerta y, sorprendentemente, le dio un beso de despedida.

—Deberíamos trabajar juntos —dijo—. Quiero decir, en serio. Hacer una película en serio.

—Cualquier día. Será un placer.

—He escrito un guion —anunció Janet—. Es un poco autobiográfico. En realidad es muy autobiográfico —la idea le hizo reírse con ganas—. Me encantaría que lo leyeras.

—Envíamelo —dijo Talbot, sintiendo de golpe el cansancio familiar, vislumbrando la cantidad de tiempo futuro que tendría que dedicar al guion autobiográfico de Janet Headstone—. ¿Cómo se titula? —añadió, intentando mostrar interés.

—¡*Torbellino*! —Janet lo señaló con un dedo inestable, tembloroso—. ¡Es la hostia, Talbot!

En la calle, Talbot encendió un cigarrillo. *Torbellino*: buen título para una película sobre su vida en ese preciso instante. Tenía la sensación de que su vida, su vida profesional, se estaba acelerando, de que perdía el control. O se desmoronaba como un castillo de arena arrasado por la marea. Una marea de interminables complicaciones. Esta película, *Escalera a la luna*, era como el tiempo: tan imprevisible como inevitable. Nunca se sabía lo

que iba a deparar el día siguiente, pero algo depararía: viento, lluvia, sol, tormentas o sequía. La ambición principal era sencillamente sobrevivir, conservar cierto grado de normalidad. Necesitaba otra copa. Seguramente habría algún bar en el barrio...

Miró hacia las tiendas del final de la calle, donde el destello de una luz de neón blanca que brillaba en la creciente oscuridad del atardecer de verano le llamó la atención. Echó a andar hacia allí.

El Icebox.

Se quedó en la acera, dudando si entrar o no. Había una puerta debajo de la caja cuadrada de neón blanco en 3D. El nombre del club estaba grabado a fuego en la madera de la puerta, con las letras talladas por un instrumento de escritura incandescente. O un atizador al rojo vivo, pensó con ironía. Un hombre salió y se escabulló rápidamente con la cabeza agachada. Talbot sujetó la puerta antes de que se cerrara y entró. Unas escaleras bajaban al sótano, donde había una cortina de terciopelo rojo como las que se ven en el vestíbulo de las *brasseries* francesas. Talbot dudó de nuevo... y por fin apartó los gruesos pliegues.

Sonaba música de *jazz* suave y la iluminación era azulada y tenue, como un reflejo del nombre del club, pensó Talbot. Había una barra larga delante de una pared, y varias mesas alrededor de una pequeña pista de baile de madera. Al fondo, en la pared contraria, había más mesas de asiento circular, tapizado de azul marino y casi a oscuras. El local era un cruce entre bar y club nocturno, pensó: un sitio donde tomar una cerveza, bailar o besuquearse en la oscuridad de las mesas del fondo; entregarse al impulso que te hubiera llevado hasta allí, fuera cual fuera.

Se acercó a la barra. Era temprano y había muy pocos clientes. La iluminación azulada teñía las caras de un curioso tono monocromo. Era casi como estar en una película en blanco y negro, pensó Talbot; el ambiente acentuaba la impresión de que el sitio no era del todo real, de que allí en cierto modo se actuaba, de que uno no era en realidad uno mismo.

Talbot sopesó si dar media vuelta, salir a la calle y volver al Hotel Grand, pero el camarero —barrigón, con chaleco y pajarita— lo había visto y lo saludó con un alegre: «Buenas noches, señor, ¿qué puedo servirle?».

Talbot dijo hola, entre la curiosidad y una emoción extraña, y pidió un escocés con soda. ¿Quién fue quien dijo que la sensación de ser único que cada uno tiene de sí mismo en este mundo abarrotado de gente era en el fondo absolutamente banal?... Pero *había* algo que te hacía único, con toda certeza: tu vida sexual. A qué respondes en presencia de otra persona, cuáles son tus detonantes sexuales. ¿Quién puede analizar esto con exactitud? Lo que explica la atracción por la geometría particular de unos rasgos faciales y la infinita diversidad de la forma humana —sexo, olores, labios, piernas, pechos, nalgas, penes, vaginas, delgadez, gordura, color y largo del pelo, falta de pelo, dientes, uñas, ojos, y así interminablemente— es exclusivo de cada uno, de la persona que despierta y se excita ante los diversos aspectos de otra persona, de una determinada congruencia de detalles. ¿Por qué esta y no cualquier otra? Tal vez en la respuesta a esa pregunta residiera la clave de la naturaleza humana, la que nos lleva a su identidad única, a su verdad idiosincrásica, en cuyo caso sería todo lo contrario de banal. A veces podía cogerte por sorpresa: la curiosa alquimia de un individuo con el que te encuentras es capaz de desencadenar emociones y sentimientos a los que uno puede resistirse o creerse indiferente. A lo mejor por eso se había emocionado, aquí, en el Icebox, a lo mejor este era el *mundo feliz* para un hombre como él, de su edad y experiencia, ahora que todo era distinto: podían tenderle una emboscada y desarmarlo en cualquier momento, hacer visible su corazón aún sin revelar.

Dos jóvenes que estaban al fondo de la barra lo miraron un segundo cuando les echó un vistazo mientras examinaba el ambiente. A lo mejor el toque maestro era la luz azul: todo el mundo parecía más raro, como ultraterrenal, en aquel resplandor ártico. «Despójate de tu vieja identidad y tus inhibiciones» era el mensaje que Talbot recibía.

Bebió unos sorbos de *whisky* y continuó con su observación. Había media docena de hombres en el club, algunos jóvenes, con bigote y pelo largo, y otros de mediana edad. Vio a un hombre mayor sentado a una mesa, con abrigo y bombín, mirando su vaso como si allí estuviera la respuesta a su problema particular.

—No lo había visto nunca por aquí, señor —dijo el camarero—. ¿Vive en Brighton?

—Estoy de paso —contestó Talbot.

—¿No lo estamos todos, Talbot? —preguntó una voz familiar a sus espaldas.

Dio media vuelta, y allí estaba George Trelawny. Talbot buscó al coronel con la mirada, pero casi instantáneamente tuvo la sensación de que George estaba solo. Se dieron la mano. George llevaba unos vaqueros negros y una camisa de flores sin meter por debajo del pantalón, con el cuello largo y sin almidonar. Se instaló en la barra al lado de Talbot, sonriendo. Talbot se fijó una vez más en su corpulencia, su físico de toro, de tonel: un hombre bajito y fuerte.

—Ya me imaginaba que algún día nos veríamos por aquí —dijo.

—¿De verdad? ¿Qué vas a tomar, George?

George pidió un *brandy* con soda, que le sirvieron al momento, y Talbot preguntó si el coronel se sumaría más tarde.

—No. Esta noche no. Tiene que estar de humor para venir aquí. Yo me dejo caer de vez en cuando: no le molesta.

—Me acordé de que me habló de este sitio —explicó Talbot, como si tuviera que justificar su presencia de algún modo—. Curiosamente tenía una reunión en la misma calle, y se me ocurrió pasar.

George dio dos buenos tragos de *brandy* y encendió un cigarrillo.

—Este club está muy bien. Puedes hacer lo que quieras. Sin agobios.

—¿Eso qué quiere decir exactamente?

—Puedes entrar a tomar una copa: como nosotros. O puedes venir con un amigo y que nadie te «moleste». O puedes venir a conocer gente.

—Entiendo.

George miró a los chicos que estaban al fondo de la barra.

—Si te pones a hablar con alguien, por ejemplo, y te apetece charlar más en privado, puedes ir al piso de abajo. Hay un sótano grande. Y también están los lavabos.

Talbot recibió esta información con una vaga sonrisa. Pensó que esta era la réplica de Brighton a Christopher Street, en Nueva York.

—¿Cuál es su caso, señor? Quiero decir, Talbot.

Talbot veía que en el Icebox todos eran iguales.

—¿Cuál es mi caso?

—¿Has venido a tomar una copa o algo más?

—Supongo que se podría decir que vengo en misión de reconocimiento... Y una copa, claro. He tenido una reunión complicada. El negocio del cine puede ser agotador.

—Ah, sí, las películas —George se quedó callado, como si fuera a decir algo; luego se lo pensó mejor... y por fin se decidió a decirlo—. ¿Has visto esa película de Dirk Bogarde?

—¿He visto muchas? ¿*Un médico en la familia*?

—No. Una en la que es abogado. Un abogado pijo. Y un chaval lo está chantajeando.

—Sí. Se llamaba *Víctima*.

—Esa. Me recuerdas a él a veces, a Dirk Bogarde. Solo a veces: en un gesto.

—Él es mucho más joven que yo, y tiene un pelo bien lustroso —Talbot pidió otro *whisky*, por señas.

—No es que te parezcas a él, pero a veces haces el mismo gesto. Perdona, no tiene mucho sentido.

—¿Quieres decir que parezco una «víctima»? —preguntó Talbot, tratando de no sonar hostil.

—No. Para nada. Todo lo contrario. Es más bien... —George protestó y empezó buscar la expresión exacta, mientras Talbot esperaba a que dijese algo—. A veces tienes una expresión como... Como si vieras lo que hay detrás de todo. ¿Me entiendes? Bogarde tiene la misma expresión. Como si supiera lo que es verdad y lo que es mentira.

Talbot sacó entonces el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo, dándose tiempo para pensar. No tenía la más remota idea de qué quería decir George.

—Bueno, George, si me estás haciendo un cumplido, lo acepto con mucho gusto. Curiosamente —dijo, llenando los pulmones de humo—, anoche mismo estuve hablando con Dirk Bogarde. Lo conocí en una fiesta. Un hombre maravilloso. Muy abierto, inteligente y divertido.

—Hay que ver en qué círculos se mueve, señor. Perdón, Talbot —se corrigió de nuevo y sonrió con complicidad—. Disculpa, veo que mi amigo acaba de llegar.

Estrujó el brazo de Talbot por encima del hombro con bastante fuerza, sin dejar de sonreír. Talbot tomó nota de la familiaridad del gesto, del subtexto. En los veinticinco años que se conocían, el cabo George Trelawny nunca lo había tocado así. Jamás.

—Hasta la próxima, Talbot. Que vaya bien.

—Recuerdos a Ivo —dijo Talbot, vagamente, y se quedó mirando a George, que se acercaba a la cortina roja para saludar a un joven con traje, corbata y maletín. Se instalaron en una de las mesas de asiento corrido del fondo. Talbot se terminó el *whisky* rápidamente y se marchó.

OceanofPDF.com

2

Era rarísimo, pensó Elfrida, pero cuando estaba en casa, en Londres, no tenía la más mínima noción de cuánto bebía, ni idea. En Brighton, en Rottingdean, medía su vida en botellas de vinagre blanco de Sarson. Soltó el aire, cerró los ojos, notó que la habitación empezaba a dar vueltas y los abrió rápidamente... y se sirvió otra ginebra. Se había quedado sin tónica, pero la ginebra sola estaba rica, la verdad, no le molestaba para nada. Bebía menos, pero el efecto era más intenso. «Menos es más», pensó: una bonita paradoja si se hablaba de alcohol... En cuyo caso la norma era «más es más». Sí, claro, se acordó, retomando el hilo de sus pensamientos: siempre podía ir a la compostadora del jardín, desenterrar las botellas vacías que había escondido allí y contarlas bien pero —sinceramente— no le interesaba. En realidad le importaba un carajo.

Tenía la tele encendida, sin sonido; le gustaba eso, le gustaba el parpadeo mudo; le hacía sentirse menos sola en la casa, porque el valle de Health era muy silencioso de noche; rara vez pasaba un coche. Cogió una patata frita de la bolsa que tenía delante, en la mesa de la cocina, llenó el vaso hasta el borde y subió al estudio.

El círculo de luz de la lámpara de mesa iluminaba la libreta abierta con las primeras frases de *El último día de Virginia Woolf*. Se sentó, leyó lo que había escrito y no le gustó. Cogió la pluma, desenroscó la capucha, lo tachó todo y empezó de nuevo.

Virginia Woolf estaba soñando. En su sueño había un perro, un perro grande que intentaba lamerle la cara. Lo apartó y entonces se despertó sobresaltada, con las manos enredadas entre las mantas que la cubrían. Tosió y se sentó en la cama despacio, tratando de orientarse, hasta que poco a poco recuperó plenamente la conciencia y se fijó en que el sol formaba un rombo de luz pálida en la pared de su dormitorio. Por lo visto seguía haciendo buen tiempo. Su último día en la tierra sería clemente.

Mucho mejor, pensó, sin saber por qué había elegido meter «un perro grande» en el sueño. Era curioso cómo ofrecía estos detalles el cerebro de un novelista, por instinto y al instante. Tenía pensado empezar la novela con «Virginia Woolf estaba soñando», pero el contenido del sueño le vino así, de sopetón. Curioso...

Bebió un trago de ginebra, aromática y templada. Hielo: eso era lo que necesitaba. Fue con el vaso a la cocina, sacó la cubitera del congelador, abrió el grifo y la puso debajo del agua para poder mover la palanca. Al mover la palanca, varios cubitos saltaron y cayeron al suelo de la cocina. Sumergió tres cubitos en el vaso y la ginebra se desbordó. Bebió dos tragos largos para rebajar el nivel y notó en la cabeza el vértigo de la embriaguez. Estaba embriagada porque había vuelto a escribir, y la ginebra, ahora fría, le supo mejor.

Más fría estaba mejor. «Menos es más y más frío es mejor», este sería su lema. Volvió al estudio, leyó lo que había escrito y no le gustó. Tachó las líneas y empezó de nuevo.

Virginia Woolf estaba soñando. Un perro —un setter irlandés— se le echó encima y le arañó los brazos con las patas, jadeando, con la lengua rosa y húmeda colgando. Abrió los ojos y se dio cuenta de que era su respiración la que se había acelerado, y le entró pánico, pensando que podía tratarse de un ataque. Se sentó en la cama y bebió agua del vaso que tenía en la mesilla. El sol iluminaba la pared de su dormitorio con un rombo de luz alimonada. Tenía pinta de hacer buen día para estar en marzo. Su último día en el planeta sería...

¿Sería qué? Tachó «Tenía pinta de hacer buen día para estar en marzo». Era banal, y no hacía ninguna falta hablar del tiempo: el sol en la pared ya decía todo lo necesario. Pero el arranque seguía sin convencerla, por alguna razón. El sueño del perro no venía a cuento. ¿Y por qué un setter irlandés? ¿De dónde salía eso? Volvió a su primera versión, legible todavía a pesar de que la había tachado. Quizá era mejor, quizá debiera quedarse con la primera idea. Tachó lo que había escrito y empezó de nuevo.

Virginia Woolf se movió en la cama, refunfuñó y abrió los ojos. Lo primero que vio fue un rectángulo de sol en la pared, a su lado. Se sentó, asaltada por la conciencia, recordando que ese día, el 28 de marzo de 1941, iba a ser el último de su vida.

Sí, mucho mejor. Más sucinto, más expresivo: «refunfuñó» estaba bien. Haría a los lectores imaginarse a Virginia refunfuñando en sueños. Le gustó la imagen: una mujer madura, dormida. El gruñido la volvía humana. ¿Y si se tiraba un pedo? No, no era lo más conveniente. Se echó a reír. El tono de un pedo. Cogió el vaso y vio, con perplejidad, que estaba vacío. Eso era lo que pasaba cuando el acto de escribir te dominaba. El tiempo, la actividad, el consumo de alcohol transcurrían en otro plano existencial. Se levantó y tiró la silla. A la mierda. Bajó las escaleras con cuidado, con el vaso en la mano, tambaleándose un poco. Lo más prudente sería subir la ginebra y el hielo al estudio para evitar tantas idas y venidas. Sí, eso iba a hacer.

En la cocina casi se resbala con el agua de los cubitos de hielo derretidos en el suelo. Tendría que haber rellenado la cubitera. Daba igual. Se sirvió un poco de ginebra y de pronto se sorprendió pensando en la asquerosa fiesta de Brighton, y en Reggie y esa mujer. ¿Cómo se llamaba? Janet Algo. Notó las lágrimas calientes en los ojos. Una mujer joven, con las tetas grandes. Y era escritora, recordó. Eso era lo que le dolía, absurdamente, no que Reggie hubiera elegido a una mujer más joven y lasciva, sino que hubiera elegido a una escritora. Traicionaba a una escritora con otra escritora. Se bebió la ginebra de un trago. Eso era lo imperdonable.

3

«NO TOMAR MÁS DE OCHO PASTILLAS EN 24 HORAS», decía el envase de Equanil. Anny no estaba segura de cuántas había tomado. ¿Seis? Se convenció de que eran seis cuando hizo la cuenta; entonces podía tomar otras dos. Se acercó al fregadero de la caravana, llenó un vaso de agua y se tomó las pastillas. Tenía que reconocer que estaba un poquito grogui, pero eso era mejor que la pura ansiedad. Se asomó por las cortinas y vio a Shirley, que se acercaba por la calle. Dejó caer la cortina: ya estaba vestida, así que seguramente tenía que pasar a maquillaje. Era la única que trabajaba en las próximas escenas; todo el mundo la estaba esperando.

—Enseguida voy, Shirley —dijo, al oír el toque en la puerta.

—No. Aún no estamos listos. Es que hay aquí dos hombres que dicen que quieren hablar contigo, si puedes atenderlos diez minutos.

—No es buen momento. Diles que vuelvan mañana.

—Dicen que tienen que hablar contigo esta noche.

Anny sintió la oleada de pánico: el pajarillo que revolotea, atrapado en la caja torácica. ¿Cuándo iba a hacerle efecto el puto Equanil? Pensó deprisa; y abrió la puerta.

—Diles que puedo hablar con ellos esta noche, cuando terminemos. Que vengan aquí, al tráiler —más tarde explicaría el plan que se desplegó milagrosamente en su cabeza. Supo por qué la buscaban y supo lo que tenía que hacer—. Ofréceles un café y unas galletas, ya sabes. Diles que pasaré en cuanto salga de maquillaje. Que a lo mejor tardo un poco.

—Vale. Han dicho que no les importa esperar.

Las escenas de esa noche no eran complicadas, le había dicho Rodrigo. Emily había huido en un arrebató. Cayó la noche y se vio perdida en una zona desconocida de la ciudad. Echaría a andar despacio por una calle, encontraría un portal, se acurrucaría en un rincón, se quedaría dormida y

tendría pesadillas. Sin diálogos. Sin Troy. Una gran oportunidad para poner más música, dijo Rodrigo. Y luego, cuando se quedara dormida, meterían una increíble secuencia onírica. Una idea nueva.

—¿Cuál es? ¿Puedo saber lo que voy a soñar? —preguntó Anny.

—En cuanto esté escrito, cielo —prometió Rodrigo.

Rodar de noche era incómodo: muchas cosas podían salir mal. Sirenas, bocinas de los coches, reflejos de los faros de vehículos que pasaban cerca, aunque la calle, el plató, estuviera cerrada al tráfico. Rodrigo le recordó los pasos de la escena. Tenía que salir de un callejón, asustarse al ver un coche y esconderse en el jardín de una casa. Esperar a que hubieran pasado dos policías, y echar a andar por delante de una hilera de escaparates, hasta encontrar un portal en el que acurrucarse y dormir.

—Cinco tomas, puede que seis —dijo Rodrigo—. Está chupado.

En realidad fueron más bien diez, y la más larga la improvisaron. Rodrigo le pidió que se quedara mirando su reflejo en un charco, hasta que los círculos concéntricos de una gota de lluvia solitaria distorsionaran su imagen.

Formó dos eles mayúsculas con el pulgar y el índice y se las puso a Anny delante de la cara, imitando un primer plano.

—Tu cara del revés. Un primer plano grande del revés. Imagínatelo. Se forman las ondas, y tu cara se rompe. ¡Genial!

—¿Por qué me paro y me miro en un charco? —preguntó Anny—. Estoy aterrorizada, ¿no? Huyendo, perdida.

—La imagen es preciosa, cariño. De Óscar.

Anny registró todo lo que Rodrigo le pidió que hiciera, con la mitad de la cabeza puesta en el plan de fuga que estaba tramando. Se acurrucó en el portal, fingiendo que dormía, y repasó las diversas etapas del plan para asegurarse de minimizar los riesgos. Rodrigo por fin anunció que era hora de recoger.

—Has estado brillante, cariño —dijo—. Por cierto, me acaban de decir que dos personas quieren hablar contigo urgentemente. Policías o algo de eso. ¿Va todo bien?

—Todo controlado. Voy a verlos en mi tráiler.

—Bien. Hasta mañana.

—Mañana no vengo.

—Ah, es verdad —se quedó pensativo—. ¡Ay, Dios mío! Mañana viene Sylvia. Deséame suerte.

—Buena suerte. Y luego es fin de semana.

—Claro. Tengo el cerebro a rebosar. Nos vemos la semana que viene, preciosa. ¡Sé buena!

Le dio un abrazo —parecía sinceramente emocionado por las tomas que habían rodado esa noche— y Anny fue a cambiarse de ropa y a que la desmaquillaran. Tenía el pelo alborotado, lleno de ramitas y hojas, de tanto pasar entre matorrales y arbustos, y la cara tiznada de barro; necesitaba volver a la normalidad. Mientras la desmaquillaban pidió que la esperasen con su coche a la vuelta de la caravana de maquillaje. Una vez limpia y aseada, peinada y con el pelo reluciente, se escabulló, subió al coche y ordenó al conductor que la llevara al hotel. Allí le dijo que no iba a necesitarlo más, y calculó que tenía entre cuarenta y cinco minutos y una hora para escapar de Desmondson y Radetski. Se los imaginó sentados en el tráiler, esperando, tomando el café y las galletas de Shirley. Una media hora más tarde, Shirley iría a buscarla a maquillaje y volvería diciendo que la señorita Viklund se había ido al hotel. Solo entonces se descubriría el truco y se daría la voz de alarma.

En el hotel preparó una bolsa de viaje a toda prisa y dejó en recepción una nota para Troy. Pidió un taxi, sin indicar ningún destino, y cuando llegó el taxista le dijo que la llevara al aeropuerto de Gatwick.

Se pasó la noche sentada en el aeropuerto —en un rincón oscuro de la terminal, sin atreverse a registrarse en un hotel— y consiguió dormir un par de horas en un asiento tapizado antes de que el personal de limpieza la despertase de madrugada. Entonces compró un billete para el primer vuelo con destino a París. Estaba segurísima de que nadie sospecharía qué había sido de ella.

Solo después de que el avión hubiera despegado empezó a relajarse de verdad. Sabía exactamente por qué habían ido a buscarla al plató Radetski y Desmondson. Se lo advirtieron cuando la interrogaron en la fiesta de Dorian Villiers: era evidente que no la creían, a pesar de la contundencia de sus respuestas.

—Comprenda, señorita Viklund, que Cornell Weekes es un fugitivo de la justicia. Está en busca —explicó Desmondson con paciencia, como si aleccionara a un niño—. Hemos dado orden en todos los puertos. Fue así como lo localizamos.

—En busca y captura —subrayó Radetski—. Es un delincuente convicto y fugado. Un terrorista.

—No lo he visto desde que nos divorciamos —repitió Anny—. ¿Cómo creen que he podido ayudarlo? ¿Que le he dado dinero? Solo intenta incriminarme.

Era consciente de que no llegaría muy lejos negando las acusaciones implícitas de la policía. Se imaginó que Cornell había dado información muy precisa del lugar y la hora de sus entrevistas, con detalles adicionales —como lo de mezclarse con los cazadores de autógrafos, el servicio de habitaciones o la decoración de la *suite*— y que sus descripciones, su testimonio, habrían sido de lo más convincente para los detectives. Si consiguió ganar un poco de tiempo fue únicamente gracias a su buena interpretación y a su posición de estrella de cine estadounidense. Tenían que estar cien por cien seguros antes de acusarla de colaboración y complicidad, denunciarla y detenerla. Esos pocos días le permitieron trazar un plan y confirmar, mediante una rápida llamada de teléfono a Jacques, que era casi imposible extraditar a un ciudadano de Estados Unidos desde la República Francesa. El trámite podía prolongarse años, o décadas, le aseguró Jacques: *pas de problème*.

Estaría a salvo —esa era la prioridad— y entonces podría evaluar el daño que le había hecho Cornell a su vida y su futuro. Iba mirando las nubes por la ventanilla ovalada, pensando con amargura lo deprisa que todo había cambiado, para mal: el cabrón de su exmarido se había cobrado su venganza bien a gusto. Pero mientras hay vida, hay esperanza, se dijo. Mientras hay esperanza, hay vida.

Pidió a la azafata otro café y pensó en la película, en las consecuencias que tendría para todos su abandono del rodaje. Lo sentía. Y estaba triste por Troy, por lo que estaría sintiendo y lo que pensaría de ella. Estaba segura de que volvería a verlo, pasara lo que pasara. Estaba segurísima. Se había metido en un lío del carajo. De repente estaba envuelta en una pesadilla de

la hostia que no era culpa suya, pero tenía la obligación consigo misma de no convertirse en víctima, de no hundirse en esa ciénaga.

Pire hypothèse. Force majeure. Sauve qui peut. Eso le había dicho Jacques por teléfono. ¿Cómo se traduciría? «En la peor hipótesis. En caso de fuerza mayor. Sálvese quien pueda...». El ruido de los motores del avión cambió ligeramente al comenzar el descenso. París, Jacques y la seguridad la estaban esperando. No podía malgastar las pocas fuerzas que le quedaban, tan valiosas, pensando en lo que había dejado atrás.

OceanofPDF.com

4

—Está cometiendo un grave error, señora Tipton. Por favor, piénselo. No es seguro.

—Asumo toda la responsabilidad con mucho gusto —contestó Elfrida.

—Me temo que no conseguimos localizar a su marido.

—Está rodando una película. Fuera del país —mintió. Sabía muy bien por qué no conseguían localizarlo—. Gracias por todo —añadió—. Les agradezco mucho su interés. Adiós.

Elfrida sonrió al joven médico. No recordaba su nombre. La verdad es que parecía jovencísimo.

Se despidió de él con un enérgico apretón de manos y se abrió camino por los pasillos y escaleras del Royal Free Hospital hasta recepción, donde le dieron formalmente el alta. Salió a Gray's Inn Road y buscó el bar más cercano.

Encontró uno a doscientos metros, yendo hacia King's Cross: el Heart of Albion. Resultó ser un cuchitril deprimente, que era lo que Elfrida pedía a los bares. Que bajaran el ánimo al entrar para subirlo a continuación; así lo argumentaba ella. Las paredes estaban decoradas con un papel verde Lincoln de Anaglypta, que reproducía grabados de históricas victorias militares —Trafalgar, Balaclava, las Líneas de Torres Vedras, Blenheim, Dunquerque, Malta y Waterloo—, y Elfrida tomó nota de que todo eran batallas, todo tenía que ver con la guerra y el conflicto, como si eso definiera a una nación más que su cultura. La habitual moqueta de colores chillones estaba ya a mitad de su largo camino a la monocromía, y varias máquinas de juego parpadeaban y lanzaban pitidos en las esquinas. El bar justo acababa de abrir sus puertas y estaba prácticamente vacío.

Elfrida pidió media pinta de cerveza con limón, para activar los receptores delicadamente, y calculó que no había bebido una sola gota de

alcohol desde que se desmayó en la cocina, dos días y medio antes. Era extraño y bastante inquietante tener semejante laguna en la historia personal, pensó. Dos días perdidos para siempre. Lo último que recordaba era que estaba echando un último chorro de ginebra en el vaso (con la idea de irse definitivamente a la cama después), y luego nada. Recobró la consciencia a trompicones en una habitación del Royal Free unas cuarenta y ocho horas después.

Mientras estuvo en el hospital recibió la visita de un chico que se llamaba Lonnie. Al parecer fue él —resultó ser australiano— quien le salvó la vida. Trabajaba en la empresa de jardinería que Elfrida tenía contratada para cortar el césped, podar las flores secas y arrancar las malas hierbas una vez cada quince días. Al entrar en el jardín por la puerta trasera, a la mañana siguiente, vio que la tele estaba encendida, con la carta de ajuste, en el cuarto de estar vacío. Pensando que Elfrida estaría en casa y sin querer asustarla, llamó a las puertas vidrieras que daban al jardín. Miró por el cristal y vio las piernas de Elfrida, boca abajo, en la cocina. Estaba tirada en un charco de vómito y orina, según le explicó el médico de un modo totalmente innecesario, para mayor indignidad y vergüenza, pensó Elfrida. Lonnie llamó a la policía, que forzó la puerta, encontró a Elfrida todavía comatosa y la trasladó rápidamente al servicio de urgencias del Royal Free.

Le dijeron que su casa no corría peligro, que habían avisado a los vecinos, y —milagrosamente— alguien le había llevado ropa limpia y su bolso con las llaves dentro. Tenía la sensación de haber estado dos días enteros en trance, o drogada, en el olvido de la anestesia. Empezó a encontrarse mejor con un par de tragos de cerveza con limón y fue a la barra a pedir un vaso grande de Bristol Cream. La crema de jerez con la cerveza era la vía más rápida a un maravilloso mundo de irresponsabilidad, según le había contado en cierta ocasión un escritor galés ya viejo. Y Elfrida necesitaba volver a ese mundo para no ver las partes inquietantes de su vida, al menos de momento.

La curiosa mezcla de cerveza y jerez dulce surtió efecto. Enseguida se sintió más tranquila, fuerte y capaz de organizarse. Se quedaría un rato en el bar y a lo mejor pedía algo de comer —una empanada o un sándwich—; después volvería a casa, limpiaría, se tomaría una o dos tazas de té y se

sentaría a escribir su novela. Había arrancado, a pesar de todo —había puesto sus pensamientos negro sobre blanco, como recomendaba Guy de Maupassant—, tenía un tema y estaba inspirada. Nada se interponía en su camino, aparte de su eterna costumbre de postergar las cosas, y eso era agua pasada. Esos tiempos habían quedado atrás. Los diez años de parálisis literaria y de inercia creativa estaban muertos y enterrados. ¡Qué desperdicio! ¿Qué habría podido escribir? ¿Qué pérdida de valioso tiempo!

Buscó su libreta de notas en el bolso, la encontró, y volvió a preguntarse cómo es que tenía el bolso con la libreta de notas y el monedero para pagar las bebidas. Seguro que fue cosa de una policía eficiente, o alguien del servicio de ambulancias. Daba igual, tenía todo lo necesario; incluso la libreta y la pluma. Abrió la libreta por una página en blanco y empezó a escribir.

Novela: terminar

Reggie: terminar

Casa: vender (dinero)

Calder: avisar (dinero)

Jessica: contratar (divorcio)

Futuro: pensar

Bueno, ya había puesto orden en su vida. Le asombró un poco la rapidez con que lo anotó todo. En realidad no se paró a pensarlo, pero, al releer la lista, tuvo la sensación de que ya se estaba produciendo algo parecido a un cambio en su existencia. Y en buena hora. Había llegado el momento de acabar con la farsa de su matrimonio; el momento de reflexionar y esbozar las novelas que quería escribir; el momento de planear la vida nueva y feliz que tanto necesitaba. Todo cambiaría. Nueva vida, nuevas novelas, nueva independencia, nueva casa, nuevas aspiraciones. Todo estaba en su mano —era capaz—, tenía la razón de su parte y por lo tanto podía tomar las riendas. La cerveza con jerez dulce operó su magia singular: ya estaba preparada para un gin-tonic.

5

Ken Kincade llamó al hotel antes de que Talbot se hubiera afeitado siquiera.

—Todo resuelto, jefe —anunció.

—¿Qué quiere decir?

—Que ya podemos pillarlo. Ya sé lo que ha pasado con los rollos de película.

Talbot quedó con Kincade en el comedor del Grand a las nueve, para que le informara mientras desayunaba.

—Recibido —dijo Kincade—. No te va a gustar, tío. Te lo advierto.

Talbot bajó a desayunar con aprensión y curiosidad. Estaba extrañamente nervioso —¿qué revelación iba a hacerle Kincade?— y resignado al mismo tiempo. Siempre había sido igual: las normas de conducta habituales en el cine no tenían vigencia.

Pidió para desayunar lo mismo de todos los días, y Ken Kincade apareció a la vez que el arenque. Llevaba una cazadora de cuero negra, con camiseta blanca, vaqueros negros y botas camperas de tacón con puntera de plata.

—¿Tiene hambre, señor Kincade?

—Pues la verdad es que sí. Pediré un pescado como el suyo.

Mientras se tomaban los arenques ahumados, Kincade explicó cómo había averiguado el paradero de los rollos de película desaparecidos. Se infiltró en el almacén —no especificó cómo— y marcó con tinta indeleble todos los rollos de película sin usar. Así, todos los rollos que aparecieran fuera del almacén remitirían a *Escalera a la luna...* o no.

—Entiendo la lógica —asintió Talbot.

—Lo demás ha sido simple vigilancia, señor Kydd. Muy aburrido, muy costoso en tiempo pero... nueve de cada diez veces, noventa de cada cien, basta con sentar las posaderas, vigilar y prestar atención para resolver los

casos más difíciles. Además, las latas de película son grandes y pesan mucho. Se me ocurrió que tenía que seguir a quien saliera del almacén cargado con un bulto grande.

—Parece razonable.

—Lo es, señor Kydd. Y el que siembra recoge —apartó la mitad del arenque sin comer—. Vi salir del almacén a un tío con una bolsa que parecía llena de plomo. Lo seguí hasta su casa. Al día siguiente lo seguí a su otro puesto de trabajo.

—Pero yo confío en esa gente —dijo Talbot, ligeramente ofendido, aunque enseguida se dio cuenta de lo endeble que sonaba—. Les pago bien.

—Sus medidas de seguridad son igual a cero —dijo Kincade—. Es como, perdone la expresión, robarle un caramelo a un niño.

—¿Qué hace esa persona con las películas que roba? ¿Las vende en otros rodajes? ¿Pretende perjudicar a la competencia? ¿Agfa? ¿Kodak? ¿Eastmancolor? ¿Tiene contactos en el mercado negro?

—No lo creo —contestó Kincade con aire misterioso—. Pero ¿por qué no vamos a averiguarlo?

Salieron del hotel, y Kincade propuso ir en su coche. Era un Ford Mustang, negro, con el volante a la izquierda y un rayo naranja pintado en los laterales. Talbot se acomodó con cautela en el asiento del pasajero.

Fueron a Peacehaven, al este de Brighton, y aparcaron en una calle residencial, a dos manzanas de South Coast Road.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó Talbot.

—La zona se llama Telscombe Cliffs. La calle Eleanor Avenue.

Talbot se fijó en la calle de casas y *bungalows* modestos, algunos un poco más grandes, de dos pisos. Miró el reloj. Eran las 9.40 h de un viernes por la mañana y había gente paseando con sus perros, madres con sus bebés en los carritos y dos obreros con mono subidos a la cesta de la grúa de un camión municipal, cambiando la bombilla de una farola. Todo de lo más normal.

Salieron del coche, saludados por la versión acústica del mundo suburbano que hasta ese momento solo habían contemplado: el ladrido de un perro, el molesto zumbido de una sierra eléctrica, la campanilla de una furgoneta de helados a lo lejos. Casi parecía una parodia, pensó Talbot.

—Número 43 —anunció Kincade, y echaron a andar hacia una de las casas más grandes, de dos plantas, con una tapia alta de hormigón en el jardín.

—¿Va a entrar conmigo? —preguntó Talbot.

—Yo diría que es cosa suya, señor Kydd. Lo esperaré fuera. Mi trabajo ha terminado.

—Muy bien —Talbot se quedó un momento pensativo—. ¿Y si hubiera problemas? ¿Si nos liamos a puñetazos? Quédese cerca.

—De acuerdo.

Talbot dejó a Kincade en la calle, abrió una cancela de hierro y echó a andar por un camino de gravilla hasta la puerta de cristal opaco del número 43. Llamó al timbre y esperó, volviendo la cabeza. Ken Kincade había encendido un cigarrillo, y animó a Talbot levantando el pulgar. Talbot volvió a llamar al timbre.

Una chica rubia, en bata, abrió la puerta unos centímetros.

—¿Sí?

—Hola.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Creo que sí.

Talbot no tenía ni idea de qué decir a continuación. Temía que Kincade se hubiera equivocado. Fue la joven quien lo rescató.

—¿Viene por la película?

—Soy uno de los productores —dijo Talbot. Normalmente esto era casi infalible. Rara vez se cuestionaba.

—Ah, vale. En ese caso, pase. Están todos arriba.

Talbot entró en el vestíbulo. La joven en bata le señaló la escalera.

—¿Le apetece una taza de té?

—No, gracias —dijo Talbot. Y subió las escaleras.

En el descansillo se encontró con dos hombres desnudos —uno muy peludo y el otro muy delgado— que estaban masajeándose el pene flácido mientras charlaban con una mujer de mediana edad, desnuda, con unos pechos enormes y caídos. Al parecer hablaban de vandalismo en el barrio: de cabinas de teléfono rotas y ropa robada de los tendederos. El tono de indignación era general y contundente. Talbot vio cables eléctricos negros

tirados por el suelo y el resplandor artificial de unos focos potentes que salían de un cuarto, detrás de los hombres.

Volvieron la cabeza al ver a Talbot.

—Disculpen. Soy uno de los productores —se llevó un dedo a los labios. Los hombres se apartaron para dejarle paso y Talbot se coló en el dormitorio de Eleanor Avenue 43, en Peacehaven.

Tony During, su director de fotografía, estaba encorvado sobre una cámara de 35 mm, enfocando una cama con las sábanas revueltas. En la cama había dos chicas desnudas y abrazadas sin demasiadas ganas. Alrededor de la cama había otros tres hombres, mirando y charlando en voz baja. Uno de ellos levantó un micrófono por encima de la cama.

—¡Silencio, joder! —gritó Tony sin mirar. Y los que estaban hablando de vandalismo en la puerta se callaron.

Otro hombre dio un paso adelante con la claqueta y entrechocó las planchas.

—Escena veintiuno, toma dos.

—Quiero que os beséis. Con lengua —les dijo Tony a las chicas que estaban en la cama—. No vale si no os besáis.

—No pienso besarla. Dijiste que nada de beso lésbico.

—Pues bésala en el cuello, entonces. Que parezca que te gusta. Chúpale las tetas. Tenéis que ser bolleras ninfómanas. ¡Acción!

Talbot se quedó unos segundos viendo cómo las dos chicas se magreaban con pocas ganas.

—¡CORTEN! —dijo en voz alta. Todo el mundo volvió la cabeza.

—¿Quién cojones...? —Tony levantó la vista de la cámara y, al ver a Talbot, su mirada cargada de veneno y fastidio se transformó en incredulidad y vergüenza en una fracción de segundo—. Ay, no. Mierda, no. Señor Kydd. No, no.

—Sí, sí, Tony. Mierda, sí. Creo que a esto se le llama «con las manos en la masa», ¿no?

Y a partir de ahí todo fue sumisión y suavidad. Tony confesó: robo de película, robo de equipo, hacerse el enfermo, pluriempleo. Parecía casi aliviado de que lo hubieran descubierto. Talbot se sintió como el director de

un colegio que sorprende a su delegado de confianza atracando la tienda de aperitivos y golosinas.

Pero después de la confesión las cosas cambiaron. Tony empezó a introducir circunstancias atenuantes en la ecuación. Estaba hasta el cuello de deudas, a punto de perder su casa y su mujer tenía tres tipos de cáncer. El escepticismo de Talbot crecía por momentos; Tony se dio cuenta. No tenía escapatoria. Y, al ver que agachaba las orejas y reconocía la derrota, los actores desnudos y los técnicos empezaron a exigir su dinero. Talbot se vio discutiendo con las dos «lesbianas», que reclamaban veinte libras cada una. Como las chicas subían la voz cada vez más, las hizo callar amenazando con llamar a la policía. Dijo que tenía un testigo en la puerta, para dar fe de todo. Rodar películas pornográficas era un delito. Les aconsejó que se vistieran y se fueran a casa. Y eso hicieron, protestando en voz baja y lanzando miradas hostiles.

Cuando por fin se quedaron a solas, Talbot habló con Tony.

—Calculo que nos debes entre dos y tres mil libras, Tony. Así que tus deudas han aumentado sustancialmente. ¿Qué crees que debo hacer en estas circunstancias? Tengo una responsabilidad con nuestra película.

—Se lo devolveré todo, señor.

—¿Cómo?

—Hablaré con mi productor. Tiene toneladas de dinero. No querrá que esto salga a la luz, así que no llamará a la policía. Se lo ruego, señor Kydd. Podemos resolverlo, de verdad.

—La verdad es que no volverás a trabajar en la industria del cine británico. A partir de ahora tu carrera está en el porno, Tony. Buena suerte. Que lo disfrutes, como dicen en Estados Unidos.

—¡Eh! ¡Tony! —llamó alguien desde el piso de abajo—. ¿Qué hostias está pasando aquí? ¿Dónde está todo el mundo?

Tony se asustó.

—Mierda. Es él, el productor —abrió la puerta del dormitorio y dijo—: Estamos aquí, colega.

Talbot encendió un cigarrillo y al instante se puso en guardia. No se esperaba aquel encuentro. Apretó los puños. No había vuelto a pelearse con nadie físicamente desde la guerra.

Y entonces entró Ferdie Meares.

Ken Kincade llevó a Talbot a la oficina de la productora. Talbot se había asegurado de que Kincade presenciara el momento en que le describía a Ferdie Meares la naturaleza exacta del robo y el alcance de su responsabilidad como patrocinador y productor de la película pornográfica en cuestión. El silencio de Talbot solo podía comprarse con el reembolso inmediato de los fondos robados. Ferdie, que mantuvo un tono agresivo y resentido a lo largo de toda la conversación, informó a Talbot de que toda película británica de nota tenía su contrapartida clandestina en forma de secuela porno. Una vez que se lanzaba la película oficial, la versión porno se sumaba al carro. «Vuestra publicidad se convierte en nuestra publicidad». ¿En qué mundo vivía Talbot?

—En mi mundo, sea cual sea, no recomiendo a mi director de fotografía que me robe las latas de película. Si nadie se hubiera pasado de listo, podríais haber seguido tranquilamente con vuestro rollo porno.

—Yo no tenía ni puta idea de que te estaba robando —dijo Ferdie, dominando su furia evidente—. A mí también me estaba robando, el muy cabrón. Le di dinero para comprar película. Se quedó con la pasta y te robó la película a ti. Nos ha estafado a los dos. ¿Por quién me tomas? ¿Por qué iba a arriesgarme a robarte material? ¿Me crees tan gilipollas? Esto es un negocio a lo grande. Puedes ganar una fortuna.

—Lo que tú digas, Ferdie —se miraron fríamente—. ¿Cómo se llama tu peliculita guarra, por cierto?

—Está por decidir. O *Escalera sexual a la luna* o *Polvo lunar*.

—Supongo que estás de coña.

—La gente como tú no tiene ni idea de la vida real, Talbot. Estás tan cegado por tus privilegios que nos lo pones en bandeja. Esa es la puta clave.

Talbot se sentó en su despacho y repasó mentalmente su altercado con Ferdie Meares, con una leve sensación de malestar y aturdimiento. Era solo la hora de comer, pero esa mañana había acumulado la experiencia vital de una semana o un mes. Reggie estaba filmando con Sylvia Slaye en alguna parte, fiel al plan de rodaje, un plan según el cual *Escalera a la luna* había

entrado en su cuarta y última fase. Pero estaba inquieto y preocupado. Tenía sesenta años cumplidos, era un veterano de la Segunda Guerra Mundial y productor de una buena cantidad de películas, con su surtido de traumas y desengaños, de éxitos por sorpresa y de fracasos imprevistos; y, a pesar de todo, en su enfrentamiento con Ferdie se había sentido —¿cómo?— ingenuo y pazguato, como si de golpe se abriera una ventana a un mundo que escapaba a su comprensión. Ferdie le había acusado de estar «cegado por los privilegios». A lo mejor tenía razón; a lo mejor esa visión arrogante le impedía ver muchas cosas.

En fin, pensó, encendiendo un cigarrillo: «Vive, y aprende. No todos los días entras en una casa de Peacehaven y discutes con un par de lesbianas en bolas qué remuneración les corresponde. Tendrías que reírte. O al menos intentarlo».

Joe tocó en el marco de la puerta y se asomó. Talbot lo conocía ya lo suficiente para saber que no estaba contento.

—Suéltalo, Joe —suponía que Joe le iba a decir que Tony During no podía venir porque estaba enfermo.

—El inspector Desmondson quiere hablar con usted.

Desmondson entró en el despacho, rechazó un café y encendió un cigarrillo.

—Iré al grano, señor Kydd.

—Por favor.

—Creemos que Anny Viklund ha desaparecido. Que se ha fugado.

Talbot casi se echó a reír.

—Eso es imposible —dijo. Miró el plan de rodaje que tenía delante—. Si viene usted el lunes por la mañana a primera hora la encontrará aquí, en plena faena.

Desmondson le explicó con paciencia la situación tal como él la veía. La División Especial británica y el FBI creían que la señorita Viklund había entregado una considerable suma de dinero a su exmarido, Cornell Weekes, un fugitivo «en busca y captura» al que habían detenido cuando intentaba huir del país. Desmondson y Radetski habían tratado de reunirse con la señorita Viklund la noche anterior, cuando terminó el rodaje y, aunque inicialmente ella prometió que los recibiría, se marchó del plató y no

pudieron hablar con ella. Más tarde averiguaron que había vuelto al hotel y una vez allí había pedido un taxi, pero no tenían ni idea de adónde había ido.

—QED —dijo Desmondson—. *Quod erat...*

—Ya sé qué representan las iniciales, gracias —Talbot apoyó las manos en el tapete de cuero del escritorio—. Verá, inspector, la señorita Viklund es joven. Además es actriz. Además es una estrella de cine famosa en Estados Unidos. Es muy rica. Tiene tres días libres. ¿Tengo que darle más argumentos?

—Sabía que queríamos interrogarla, que queríamos hacerle preguntas sobre su exmarido.

—Y sospecho que por eso ha decidido escabullirse y disfrutar del fin de semana. Estoy seguro de que el lunes por la mañana hablará con ustedes tan contenta.

—¿Es normal que sus principales actores desaparezcan así?

—Debería decir que «no», pero la verdad es que «sí». Pasa con frecuencia. En cierto modo es normal, si es que hay algo normal en este negocio anormal. Verá, inspector Desmondson, el trabajo de actor es muy raro en cualquier circunstancia. Y es todavía más raro para un actor famoso. Ni usted ni yo resistiríamos veinticuatro horas si tuviéramos que soportar la presión que ellos soportan.

—Yo creo que se ha fugado.

—No se ha fugado, porque no tiene ningún motivo para huir.

—Ha ayudado a un delincuente convicto y fugado de la justicia, y se ha convertido en su cómplice. Él mismo lo ha confesado.

—Y ustedes se han creído todo lo que les ha contado. Venga ya... Usted mismo acaba de decir que es un delincuente. Dirá cualquier cosa.

—Ella le dio dinero para que pudiera salir del país.

—Puede que haya otra explicación. Supongo que ella es inocente mientras no se demuestre que es culpable —a pesar de que sonrió con confianza, en realidad se estaba acordando de que Anny le había pedido dos mil dólares. De repente tuvo un mal presentimiento sobre este detalle en particular.

—Sí, claro —Desmondson se levantó. Si pudiera permitirse poner mala cara lo haría, pensó Talbot. Seguro que este también cree que estoy cegado por el privilegio—. Le agradecería mucho que empleara sus recursos para localizar a la señorita Viklund este fin de semana y facilitarnos cualquier información sobre su paradero.

Los hastiados circunloquios del *apparatchik* a lo largo de la historia, pensó Talbot.

—Claro. Haré algunas llamadas y preguntaré al equipo —asintió, levantándose también—. Todo esto son suposiciones —añadió, suavizando el tono—. Conjeturas descabelladas. Usted no entiende este negocio, inspector. Aquí todo es muy cambiante; más que cambiante: es inseguro e incierto. Es incontrolable. La señorita Viklund estará aquí el lunes por la mañana y se deshará en disculpas. Lo he visto cientos de veces. Tenía otros planes, nada más. No le venía bien hablar con usted y su colega anoche. Lo siento.

Desmondson apagó el cigarrillo en el cenicero de Talbot.

—No espere volver a verla en esta puñetera película —señaló con aspereza—. Se ha dado a la fuga. Le apuesto quinientas libras.

—Por suerte para usted apostar no va conmigo.

Desmondson se marchó y Talbot volvió a sentarse, moviendo la cabeza despacio a un lado y a otro para aliviar la tensión repentina en el cuello y los músculos de los hombros. ¿Y si Desmondson tenía razón? ¿Y si Anny se había fugado? La desaparición de Anny Viklund iba a convertir en una nadería el enfrentamiento con Ferdie Meares por la película porno.

Sonó su teléfono privado y Talbot contestó.

—¿Sí?

—Ah, señor Eastman, soy Brewster, el conserje de...

—Hola, señor Brewster, ¿qué desea?

—Ya han arreglado la ventana rota y he pagado al cristalero.

—Estupendo, gracias, señor Brewster —Talbot notó en la voz del conserje un tono taciturno que no era normal—. ¿Va todo bien?

—Ha surgido una... una complicación. Me han denegado el cheque que me dieron los de Andamios Axelrod como reembolso. Me he quedado sin blanca, señor Eastman. Ocho libras, tres chelines y seis peniques.

—Pasaré por allí mañana. Déjelo en mis manos. Le reembolsaré el dinero personalmente.

Colgó el teléfono. Benditos problemas sin importancia, pensó.

OceanofPDF.com

6

Otra vez en Rottingdean. En cierto modo, Elfrida se alegraba de estar de nuevo en Peelings, con sus habitaciones vacías, sus desconcertantes araucarias, su sopor, su inercia. Después del susto, de la caída y la contusión en su casa del valle de Health, sentía una extraña tranquilidad en este apacible pueblecito de los alrededores de Brighton. Reggie estaba en Londres y no tenía la más remota idea de lo ocurrido. Era evidente que no se había tomado la molestia de llamarla por teléfono: Elfrida incluso se preguntó si había llegado a darse cuenta de que no estaba en casa.

El caso es que otra vez se encontraba en la cocina, echando un chorrito de vodka en el zumo de naranja, como si no hubiera pasado nada, como si todo fuese de maravilla. Era hora de continuar con la novela.

Virginia Woolf estaba durmiendo. Por la pared, junto a su cama, un paralelogramo de luz matinal de color limón claro se deslizaba hacia su cara. Cuando el sol le dio en los ojos, refunfuñó y cambió de postura, pero era incuestionable que en su cerebro también había amanecido, y su conciencia la urgía a espabilarse. Despierta, despierta. Los pensamientos se desperezaron poco a poco, así que se sentó y miró a su alrededor, parpadeando. Luz del sol en la pared. 28 de marzo de 1941. Sabía que este sería el último día de su vida.

Elfrida dejó la pluma. Este arranque era mejor, pensó; el mejor hasta el momento. Tenía más garra, un toque más moderno. Se terminó el vaso de Sarson con zumo de naranja y pensó en rellenarlo, para celebrarlo. Sin fijarse en lo que hacía, se estaba rascando un araño de diez centímetros que tenía en la cara interior del brazo izquierdo. Debió de darse con algo al caerse en la cocina. En el hospital le habían puesto un poco de violeta de genciana, pero el color morado había desaparecido, dejando a la vista el araño de un rojo furioso. ¿Por qué tenía ese color? ¿Se había infectado? La pinta no era normal.

Acercó el brazo a la luz del escritorio. Le dio la sensación de que estaba más hinchado. La piel desgarrada se asentaba en la cresta de un edema. Lo observó con más atención y se asustó al ver algo que se movía muy levemente. Acercó los ojos, se estiró la piel con los dedos y, justo por debajo de la superficie traslúcida, vio con toda claridad unas larvas, diminutas como la cabeza de un alfiler, que palpitaban, se amontonaban y se retorcían.

Le dieron náuseas, se tapó el arañazo con la palma de la mano y sintió que un velo de sudor frío le cubría la frente. Joder. ¿Qué se había hecho? ¿Qué había pasado? ¿Cómo era posible que un mal arañazo en la piel se llenara de parásitos diminutos, microscópicos?

Bajó corriendo a la cocina y abrió el cajón donde guardaban el botiquín de la casa. Encontró una venda de crepé, se envolvió el brazo con ella para cubrir la herida infectada y la sujetó con un imperdible. Se sirvió unos dedos de vodka y se los bebió de un par de tragos para tranquilizarse. ¡Qué pesadilla! Parecía una situación sacada de una película de ciencia ficción, o de esa novela de Albert Camus... ¿Cómo se llamaba?... No se acordaba del título. *Peste* o *Pandemia* o algo por el estilo. Ratas muertas: de eso sí se acordaba. Ratas agonizando.

El vodka surtía efecto y Elfrida empezaba a tranquilizarse. ¿Qué le había dicho Reggie que tenía que hacer? Si surge algún problema, una pequeña emergencia, llama a Joe: sí, llama a Joe. Encontró la lista mecanografiada del equipo de rodaje con sus números de teléfono. Allí estaba: Joe Swire, jefe de producción. Llamó a la oficina, y en cuestión de un minuto Joe se puso al teléfono.

—Soy Joe, señora Tipton.

—Hola, Joe. Siento muchísimo molestarte pero tengo un problemilla... Es un asunto de salud. Necesito ver a un médico lo antes posible.

—Eso está hecho, señora T. La llamo dentro de cinco minutos con todos los detalles.

Elfrida dejó el teléfono y se llenó el vaso hasta arriba. Esto era lo maravilloso de trabajar en la industria del cine. Mientras se rodaba la película te facilitaban prácticamente cualquier cosa que pudieras necesitar: dinero, transporte, alojamiento, comida, compañía, guías, diversión,

reservas de hoteles y restaurantes y, en este caso, asistencia médica. Sabía que su posición como «mujer» del director le daba aún más prioridad. Si hubiera llamado diciendo: «He comprado un piano y quiero que lo lleven a Londres» o «Resérvenme una *suite* en el mejor hotel de Torquay» o «Tengo un antojo de aguacates», alguien recibiría la orden de solucionarlo todo. Lo malo era que una vez terminada la película toda esta ayuda sin cuestionar terminaría también, y entonces tendría que volver a hacer las cosas por su cuenta. Para determinadas personalidades era muy poco conveniente, por no decir desastroso, dejarse mimar de esa manera. El caso es que pronto conseguiría cita con un médico, que seguramente tendría un acuerdo muy lucrativo con la productora. El médico sabía que Elfrida «era de la película» y gracias a eso nada sería demasiado complicado. De repente pensó que quizá ahí estaba la clave de la poderosa seducción de hacer películas. No tenía nada que ver con el arte; se trataba de que todo el mundo estuviera a tu disposición.

Resultó que el médico era una mujer, no un hombre, tal como Elfrida se había imaginado. Se llamaba Sarah Ingham y tenía un acento irlandés muy marcado. Era de constitución fuerte y tenía alrededor de cuarenta años, y llevaba un traje de *tweed* a cuadros debajo de un abrigo blanco. Quizá tuviera un par de años más que Elfrida. Su consulta estaba en Hove, al lado del Landsdowne Road, cerca del campo de críquet. Mientras le examinaba el araño con una lupa, Elfrida pensó que tenía unas facciones duras: casi parecían talladas. La nariz era ligeramente ganchuda y la línea de la mandíbula muy marcada. Tenía el pelo canoso y fosco, recogido hacia atrás con una cinta de terciopelo. Los dedos cortos, sin anillos. ¿Por qué se fijaba en esos detalles? La doctora Ingham no dijo nada mientras examinaba el araño; al menos nada tranquilizador, y Elfrida empezó a asustarse un poco de ella.

La doctora Ingham dejó la lupa.

—Se ha hecho un buen araño en el brazo —dijo—. ¿Cómo ha sido?

—Me resbalé y me caí. Y después se llenó de esos bichos.

—No hay «bichos», señora Tipton. Se ha hecho un buen araño. Punto final.

—Pues yo los veo claramente. No necesito una lupa. Son como un enjambre de gusanos diminutos debajo de la piel.

—Todos «vemos» cosas, señora Tipton —la doctora Ingham se apoyó en el respaldo del asiento, formó un tejado con las puntas de los dedos y miró a Elfrida por encima, como si la apuntara a través de la mira de un arma—. Le aseguro que no hay bichos, no hay gusanos, no hay nada. El arañazo se habrá curado por completo en cuestión de unos días. No se lo vende. Deje que le dé el aire.

—¿Entonces qué es lo que veo?

—No «ve» nada: está alucinando.

Elfrida decidió no hablar más con aquella mujer severa y de facciones duras. Pensó que tenía un perfil digno de grabarse en una moneda o esculpirse en un monumento bélico soviético. No era en absoluto la doctora amable y comprensiva que necesitaba en ese momento.

—Me gustaría hacerle un análisis de sangre —dijo la doctora Ingham.

—¿Para confirmar la presencia de bacterias, de microbios?

—Para confirmar la cantidad de alcohol... o de otras drogas... que tiene en la sangre.

—¡Eso me ofende profundamente! —protestó Elfrida, fingiendo la máxima indignación posible. Se encogió por dentro.

—¿Bebe usted alcohol?

—Pues claro. Como todo el mundo. Un jerez antes de comer. Un vaso de vino de vez en cuando.

La doctora Ingham anotó algo en su libreta.

—Creo que padece usted algún tipo de psicosis —explicó con su tono directo y práctico—. Me gustaría que pasara una temporada en una clínica excelente que tenemos no lejos de...

—¡Pare, doctora Ingham! —Elfrida se levantó—. Estoy escribiendo una novela importante. Reconozco que tengo un poco de estrés por exceso de trabajo pero... ¿psicosis? En la vida había oído mayor tontería. Es posible que mi infección exceda a su experiencia clínica o a su pericia profesional. Gracias por su tiempo. Consultaré mi problema con... El Instituto de Medicina Tropical de Londres —improvisó Elfrida. Y dio un paso atrás—. Tengo contactos allí, buenos amigos. Buenos días, doctora.

La doctora Ingham no se dio por vencida. La miró a los ojos.

—La decisión es suya, señora Tipton. Yo no puedo obligarla a hacer nada. Pero creo que está sufriendo. Así que, por favor, vuelva a llamarme. Puedo ayudarla de muchas maneras.

—No creo que eso sea necesario.

La doctora Ingham puso una mano en el hombro de Elfrida y sonrió con consideración, como si quisiera consolarla, pensó Elfrida, enfadada de pronto. No quería la compasión de esa mujer, quería enfadarse con ella y sus absurdas pretensiones.

—Si se ve desesperada, señora Tipton, recuerde que aquí me tiene. Hay otras alternativas interesantes.

Elfrida salió de la consulta confundida, sumida en un torbellino de emociones. Estaba indignada y agradecida al mismo tiempo. ¿Cómo se atrevía la doctora Ingham a afirmar —no, a aseverar— que estaba alucinando, a la vez que le ofrecía una especie de refugio, una red de seguridad? Era angustioso, enloquecedor.

Se detuvo en la esquina de una calle para ver dónde estaba. Su sentido de la orientación en Brighton iba mejorando, y vio que, por casualidad, no estaba demasiado lejos del Repulse. De repente sintió una necesidad imperiosa del Repulse y los Repulsivos, como llamaba genéricamente a los demás bebedores del bar, incluida ella. Así que echó a andar hacia el Repulse atenta a las casas y el tráfico, fijándose en las fachadas de estuco claro, en los balcones y miradores típicos de Brighton, tratando de mitigar su malestar y su desorientación. Todo iba bien. La nueva novela estaba en marcha; Calder se estaba ocupando del contrato, y de pronto contraía esta extraña infección de microbios malignos. ¿Cómo era posible que una médica no fuera capaz de ver lo que ella veía?

En el Repulse se sintió más tranquila. Buscó un asiento, fue a la barra y le pidió un *gin-tonic* grande a un joven con el pelo prácticamente hasta la cintura. Se dio cuenta de que, a pesar del tiempo que llevaba frecuentando este legendario bar de Brighton, no tenía la menor idea de quién era su dueño o dueña. Los empleados de la barra, chicos y chicas, parecía que cambiaban a diario.

Pagó la ginebra y se la llevó a su mesa. Como de costumbre, el bar estaba poco concurrido. Había dos mujeres gordas, de mediana edad, tomando oporto con limón; un hombre con gorra de plato y gabardina con cinturón que leía el periódico puesto a cinco centímetros de las gafas; y dos repartidores con mono bebiendo cerveza. Elfrida se instaló en su rincón y se miró el arañazo de reojo. Sí, los malvados gusanos seguían ahí, retorciéndose y deslizándose a lo largo de la línea rosa, justo por debajo de la piel.

Buscó en el bolso, encontró la venda de crepé y se la enrolló discretamente encima del arañazo, sujetándola con el imperdible. Ojos que no ven, corazón que no siente; a la mierda la orden de la doctora Ingham de que «le diese el aire». Repitió la frase en voz alta, con fuerte acento irlandés, y las dos mujeres gordas se volvieron bruscamente a mirarla. Elfrida levantó el vaso en su honor hasta que giraron la cabeza, cuchicheando. Elfrida bebió un trago de ginebra y vio que tenía hambre. A lo mejor un paquete de patatas fritas o un huevo encurtido, pensó. Mejor no: un par de copas rápidas y se iría a casa para continuar con la novela.

Virginia Woolf se despertó sobresaltada, con los ojos muy abiertos. Había tenido un sueño: había soñado con la muerte de una estrella en algún punto del cosmos, con un holocausto de gases incandescentes; pero se dio cuenta de que era solo el sol: el sol que se colaba por una rendija de las cortinas y dibujaba un rombo de luz amarillo limón encima de su almohada. Se movió unos centímetros, a la sombra, y sonrió con alivio. Y entonces se acordó: hoy sería el último día de su vida y lucía el sol.

Puede que eso estuviera mejor todavía, pensó. Era más chocante como arranque de una novela. ¿Se despertó con un sobresalto? ¿Se despertó con una sacudida? ¿Cómo se despertaba uno exactamente cuando estaba teniendo un sueño inquietante? ¿Temblando? Sí, lo suyo era jadear y temblar. Se despertó temblando, entonces. Tachó «con una sacudida» y escribió «temblando» encima del tachón. Dejó la pluma y notó un dolor de cabeza incipiente. No tendría que haber bebido tanta ginebra en el Repulse, pero de todos modos volvía a estar en la mesa, trabajando, y eso era lo principal. A lo mejor le venía bien prepararse una tostada con queso o algo.

Bajó a la cocina, pensando: «Sí, comida es lo que me hace falta». El incidente de los microbios la había afectado mucho. Y esa médica horrible,

tan critica, con un diagnóstico tan absurdo y aterrador... Normal que necesitara una copa para consolarse. Buscó un poco de queso en la nevera, pero no había. En un armario encontró una lata de sopa *mulligatawny*. ¿Qué animal era un *mulligatawny* con el que se hacía sopa? Una anguila, o un pez plano, o un roedor de río más grande, como un castor o una nutria... Le daban arcadas solo de pensarlo. Se sirvió un poco de vodka en un vaso y añadió algo de agua. Un par de tragos: con eso se tranquilizaría.

Sonó el teléfono. ¿Sí? ¿No? Contestó. Era Reggie.

—Hola, cielo. Voy a llegar muy tarde esta noche. Lo siento. Toca cosas complicadas.

—Vale. ¿Quieres algo de cenar?

—No, no. Comeré algo por aquí. Un sándwich o una hamburguesa.

Elfrida se acercó el auricular al oído, pensando.

—¿Estás bien? —preguntó Reggie.

—Claro.

—Bueno. Hasta luego, cariño.

—Adiós.

Elfrida colgó. Sabía exactamente lo que estaba haciendo Reggie. Iba siendo hora de reunir pruebas concluyentes, decidió.

OceanofPDF.com

El cuarto de estar del apartamento de Jacques no era exactamente un sitio pensado para relajarse, pensó Anny. Se parecía más a un teatro pequeño o un aula poco convencional. En el centro había una mesa grande, delante de dos ventanales del suelo al techo que miraban al bulevar Saint-Germain. Junto a la mesa había un solo sillón de cuero, de respaldo alto, y a derecha e izquierda dos flexos de cromo de estilo *art déco*. Las paredes estaban forradas de estanterías abarrotadas de libros. Delante de la mesa y las estanterías había un sofá, un par de butacas y un sillón de mimbre. El suelo era de parqué claro. Desde el sofá uno tenía la sensación de estar esperando la entrada de un actor, que se sentaría a la mesa y proclamaría algo.

Hacía muchos meses que Anny no había vuelto por el apartamento de Jacques, y de nuevo le llamó la atención la distribución tan extraña y calculada; el modo en que las prioridades del espacio conducían en una dirección: hacia la mesa y el hombre sentado a la mesa, flanqueado por sus dos caras lámparas de cromo y, por supuesto, los grandes pensamientos que pudiera tener.

Anny se levantó del sofá y fue a sentarse en el sillón de mimbre. No cambiaba nada: el centro de atención seguía siendo el mismo. Se acercó a la ventana y se puso a mirar la calle a sus pies. Jacques estaba en la cocina, preparándole una infusión de menta fresca. A un lado de un pasillo pequeño había un dormitorio y un cuarto de baño, y eso era todo el apartamento: la sala de estar era la *pièce de résistance*, con su vista oblicua de Les Deux Magots y la iglesia de Saint-Germain-des-Prés a lo lejos. Cayó en la cuenta de que la casa de Jacques estaba en todo el meollo. Justo lo que él buscaba.

Jacques entró con la infusión en una bandeja y la dejó encima de una mesita, al lado del sofá. Después se sentó a la mesa y giró el sillón de cuero para mirar directamente a Anny. Ella era el público; él estaba en el

escenario: era el actor. Anny bebió un sorbo de menta. Tenía también un plato con galletitas ovaladas. Cogió una y volvió a dejarla.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Jacques.

—Mucho mejor. Siento haberme echado a llorar.

—Necesitabas desahogarte. Has hecho bien. Y, sobre todo, estás a salvo. Puede que los del FBI o la CIA intenten extraditarte, pero aquí en Francia es muy difícil. Se tardan años y años —sonrió—. Hasta podría casarme contigo... Así serías ciudadana francesa, y aquí no extraditamos a nuestros ciudadanos —Jacques levantó una mano—. Podemos aplazarlo eternamente, y eso es lo principal.

—Ya. Pero sigo pensando en las consecuencias. Sigo pensando en la película.

—A la mierda la película —dijo Jacques, dando un manotazo al aire—. Habrá muchas más películas. Mejores películas, aquí en Francia nunca habrías tenido la necesidad de aceptar esa... *merde britannique*.

Anny no sabía si discutir con Jacques por la película, pero decidió que no valía la pena. Estaba cansada. Casi no había dormido en veinticuatro horas.

—Creo que necesito dormir un poco —dijo—. Me caigo de sueño.

—No puedes quedarte aquí conmigo —señaló Jacques—. Es el primer sitio al que vendrían a buscarte.

—¿Quiénes?

—La prensa, para empezar. En cuanto se conozca la noticia. Todo el mundo sabe lo nuestro. Abre un periódico o una revista de cine. Eres la actriz famosa que sale con un filósofo francés.

—Supongo que sí. Pero se largarán.

—Y luego vendrán los abogados. Y el FBI. Y la policía británica. No, estarás mucho más segura con mi hermano Alphonse. Necesitamos tiempo. Necesitamos ver qué pasa con ese gilipollas con el que te casaste. A lo mejor cuando vuelvan a encerrarlo te dejan en paz. Pero más vale que pases una temporada acostada.

—Quieres decir escondida —Anny lo dijo sin pensarlo, pero vio que a Jacques le fastidiaba mucho la corrección.

—Te pido disculpas por mi inglés. ¿Qué tal tu francés, por cierto?

—Lo siento. Prácticamente nulo. *Bonjour. Au revoir.*

—Bueno, mi hermano habla un poco de inglés, así que podrás entenderte.

—¿Es tu hermano pequeño?

—Mayor. Es un poco aburrido, pero buena persona. Vive solo.

—¿Dónde vive?

—En el *13e arrondissement*. No es precisamente un barrio chic pero nadie se imaginará que estás allí. Y está bien que no seas rubia. Sigue tiñéndote el pelo.

Jacques se levantó y abrió los brazos para que Anny se acercara. Llevaba una camiseta holgada, con el lema «MARXISTE: TENDANCE GROUCHO» impreso en letras grandes y negras, y unos pantalones anchos de color gris. Anny se acercó, y él la abrazó y le dio un beso en la frente.

—Es muy emocionante tenerte aquí —dijo—. Esconderte. Es como en la guerra. Nos estamos escondiendo del enemigo.

—¿Qué guerra?

—La guerra de Argelia. Es la única guerra que he vivido de verdad... Como soldado, quiero decir. Aunque supongo que todas las guerras son iguales en lo esencial. Terror y aburrimiento. Poder e impotencia. Responsabilidad y falta de responsabilidad.

—Yo no quiero estar en una guerra —murmuró Anny—. No quiero tener que esconderme del enemigo. Solo quiero ser libre.

OceanofPDF.com

Era rarísimo que los Appleby fueran a verlo, pensó Talbot. Había intentado organizar una cita en Londres, pero le dijeron que preferían verlo en Brighton. Ya habían estado en otra ocasión, el primer día de rodaje, para la cena de celebración. Yorgos también vino entonces de Londres, y cenaron los cuatro en un restaurante chino de London Road. Pero tanta insistencia no era normal. Talbot se temía algo.

Los llevó a los dos a su despacho. Bob, el más joven de los Appleby, era cetrino y fuerte. Llevaba una chaqueta tres cuartos de color beis —a pesar de que hacía calor— y unos zapatos que parecían de piel de serpiente. Jimmy era rubio y simpático, estaba engordando muy deprisa y tenía la sonrisa fácil y las mejillas coloradas —sonrosadas, más bien, pensó Talbot—, como manzanas. Llevaba un traje de raya diplomática, con camisa roja y sin corbata. Habían concedido a los Appleby el reconocimiento como productores ejecutivos en los créditos de la película, por insistencia de Troy, aunque aparte de eso no daban muestras de tener ningún interés en *Escalera a la luna*. Pero a pesar de su evidente buen humor, de las sonrisas y los enérgicos apretones de manos, de los abrazos afables, a Talbot la pareja le resultaba curiosamente inquietante, amenazante. Eran dos hermanos que no se parecían en nada, con un cosmopolitismo y un *savoir faire* que hacía sentirse a Talbot ingenuo y descolocado, como un niño.

—Esto es un cuchitril, ¿no, Talb? —dijo Bob Appleby, abarcando con un barrido de las manos el despacho y la casa entera de Napier Street.

—Nos iremos de aquí dentro de tres semanas. No vale la pena pagar algo más caro. Aquí tenemos todo lo necesario.

—Te equivocas, Talbot —señaló Jimmy—. Te lo digo con respeto. Todo es cuestión de percepción. Esta oficina no te conviene. Todo es cuestión de percepción, tío. Deberías estar en una *suite* del Metropole.

—La próxima vez —asintió Talbot—. Tomo nota.

Había estado en las oficinas de Appleby Entertainment, en Euston Road: dos pisos altos en un edificio de vidrio y acero. Macetas con plantas por todas partes y los pasillos forrados de retratos de sus clientes con sus discos de platino. Había contado siete secretarias en el trayecto desde la entrada hasta sus despachos.

Los hermanos tomaron asiento y aceptaron con gusto el *whisky* que les ofreció Talbot. Bob encendió un purito y Talbot y Jimmy un cigarrillo. Jimmy se inclinó hacia delante y apoyó las palmas de las manos en el escritorio.

—Vamos al grano, Talbot. Necesitamos un favor.

—Dispara.

Los hermanos se miraron.

—Necesitamos incluir una canción en la película. Una canción de Troy Blaze.

Talbot se quedó callado.

—Es un poco tarde. Ya tenemos un compositor.

—Nunca es tarde, Talbot. Un favor de amigo.

—No es ese tipo de película, chicos. Rodrigo no lo aceptará.

—Pues haz que lo acepte, Talbot. Tú eres el productor.

—Las cosas no funcionan así.

—Solo una canción. Te lo agradeceríamos.

—Puedo consultarlo. Pero no os prometo nada.

Bob se levantó y se acercó a la ventana. Habló dando la espalda.

—El caso es, Talbot, que esta no es una situación en plan: «¿Hay una vaga posibilidad de...?». No sé si me explico. No es una pregunta tipo: «¿Hay una mínima oportunidad de...?» —dio media vuelta—. Es una necesidad.

—Imprescindible —aclaró Jimmy, extendiendo las manos a modo de disculpa—. Definitivamente imprescindible.

Bob volvió a sentarse.

—Troy Blaze necesita un *hit*. La ocasión es perfecta.

—Por eso lo metimos en esta película.

—Entiendo.

—Ahora salen todos en las películas. Dave Clark, Adam, los putos Beatles, Lulu. Y todos tienen que cantar una canción. Esa es la clave.

—Nunca dijisteis nada de eso cuando lo contratamos —les recordó Talbot.

—Cierto —asintió Jimmy—. Pero eso fue porque estábamos concentrados en la visibilidad.

—Ahora queremos una canción además de visibilidad —explicó Bob.

Talbot comprendió que eso no era una negociación sino una transacción.

—A lo mejor podemos poner una canción con los títulos de crédito —sugirió.

—Sí —dijo Bob—. Ya sabíamos que se te ocurriría una idea brillante, ¿a que sí, Jim?

—Con los títulos de crédito nos parece bien. ¿No?

—Es el momento ideal —aseguró Talbot. Es lo que el público recuerda cuando sale del cine.

—Un brindis —propuso Bob, levantando el vaso vacío.

Talbot rellenó los vasos. Tenía la boca seca; necesitaba agua, no *whisky*.

—No nos dejarás tirados, ¿verdad, Talbot? —preguntó Jimmy, sonriendo de oreja a oreja.

—No. Claro que no.

—Ah, otra cosa. Y si lo haces hay un Río para ti —dijo Bob.

—¿Un Río?

—Un Río Grande. Uno de los grandes. ¿Lo pillas?

—Eso no es necesario.

—Sí que lo es —replicó Jimmy—. Eso cimenta nuestro... Nuestro acuerdo.

—Además Yorgos se lleva uno... ¿Por qué tú no? —preguntó Bob.

—¿Habéis hablado con Yorgos de esta idea de la canción?

—Yorgos está completamente a favor. Dijo que la decisión dependía de ti.

—Y entonces vinimos a Brighton.

Bob buscó en su chaqueta, sacó un sobre gordo y lo dejó encima del escritorio de Talbot. Jimmy se lo acercó.

—Una copa por nosotros. Así lo llamamos. «Una copa».

Talbot miró el sobre.

—Esto no es necesario —repitió.

—¿A ti qué te pasa, Talbot?

—¿Esto no es corrupción?

—La corrupción está en todas partes —dijo Bob Appleby pragmáticamente—. Y todos se dejan corromper.

—Sobre todo en tu mundo —añadió Jimmy—. ¡La hostia! ¡Mira que hablar de corrupción!

—Pero mi mundo también es el vuestro —protestó Talbot—. Estamos en el mismo negocio. El espectáculo.

—No me hagas reír, joder —dijo Bob.

—No. Hablamos de *tu* mundo. Nosotros no somos parte de él —explicó Jimmy. Se rio—. ¿Lo somos, Bob?

—Ni de coña —se rieron por lo bajo.

Talbot se acordó de algo que había oído decir una vez: que todos los ingleses llevan su condición social marcada a hierro en la lengua. Vio que, a pesar de las sonrisas, eso no era una charla amistosa. Era el reconocimiento de la barrera que los separaba: a un lado Talbot Kydd; al otro Bob y Jimmy Appleby. Una barrera que jamás cruzarían. Talbot cogió el sobre, su Río.

—Hecho —dijo—. Habrá una canción de Troy Blaze en *Escalera a la luna*.

9

Había sido facilísimo averiguar dónde vivía Janet Headstone. Elfrida llamó a Joe, fuente de toda sabiduría, para decirle que Reggie quería enviar un libro a Janet.

—Podemos enviárselo nosotros —dijo Joe—. Sin ningún problema.

—No, ya se lo envió yo por correo. No es urgente.

Joe le facilitó la dirección de Janet en Brighton. Elfrida la anotó y le dio las gracias.

—No se lo digas a Janet. Es una sorpresa.

Y a continuación llamó a la empresa de taxis de Rottingdean y pidió un servicio de ida y vuelta. Advirtió de que la espera podía ser larga.

El taxista resultó ser un asiático joven que se llamaba Dalgit. Era un chico hablador, y Elfrida agradeció distraerse con sus muchas preguntas. Le preguntó cómo se ganaba la vida, y Elfrida dijo que era novelista. Escribía libros, contaba historias.

—¿Quiere decir que se queda en casa, se inventa historias y las escribe?

—Sí. Es una buena descripción.

—¿Y le pagan por eso?

—Sí. Te compran las historias.

—*Kustik narak!* —volvió la cabeza para mirar a Elfrida—. Me cuesta creerlo. Te sientas, piensas y escribes. Y te dan dinero. Voy a hacer lo mismo. Es mejor que conducir un taxi.

—No es tan fácil. Les tienen que gustar tus historias; solo te pagan si les gustan.

—¿Y qué tal escribir canciones? Canciones de música pop. Mucho más dinero.

—Puede. Yo no me dedico a eso.

Dalgit aparcó enfrente de casa de Janet Headstone. Elfrida observó la casa. Un adosado normal y corriente, solo que de color morado y con una de esas yucas tan vulgares en la entrada. Le pidió a Dalgit que aparcase un poco más lejos pero sin perder de vista la casa. Dalgit obedeció. Pasaron diez minutos y luego treinta. Así son las misiones de vigilancia, pensó Elfrida: el tiempo se hace eterno mientras esperas a que ocurra algo. Dalgit fue a comprar algo de comer y estuvo diez minutos fuera del coche. Volvió con un paquete de pescado y patatas fritas. Elfrida rechazó las patatas que le ofrecía Dalgit y siguió esperando en el coche, que empezaba a oler a vinagre. Sentía muchísimo no haber llevado una petaca de Sarson.

Pasó una hora.

—¿Qué hay en esta casa? —preguntó Dalgit.

—No lo sé. Eso es lo que quiero averiguar.

Alrededor de las 8:30 —llevaban una hora y media esperando—, un coche de lujo aparcó en la puerta de casa de Janet, y Reggie salió del coche con una bolsa colgada del hombro. Fue a paso rápido hasta la puerta principal y se arregló el pelo antes de llamar al timbre. La puerta se abrió y Reggie entró en la casa, pero Elfrida no vio a Janet.

Notó que se tensaba, ahora que había visto a Reggie llegar y ser recibido. Ya tenía la prueba ocular; sus sospechas eran ciertas. Lo del rodaje nocturno y las tomas complicadas eran una patraña. Elfrida exhaló e inhaló despacio; sintió que el corazón le latía más deprisa, y se fijó en que el coche de lujo seguía aparcado en la puerta de la casa. Un coche con chófer a su disposición, por supuesto: privilegios del director.

Se reclinó en el asiento al notar un espasmo muscular en el cuello, acompañado de una ligera náusea. No era la primera vez que pasaba esto con Reggie. Elfrida le había pillado por lo menos cinco veces en los años que llevaban casados, y creía que el número exacto de sus infidelidades sería el resultado de multiplicar esas cinco por dos o tres (por las veces que no lo había pillado). Entonces ¿por qué daba tanta importancia a esta pequeña transgresión furtiva? Porque la otra era escritora: novelista, como ella. Era irracional, pero eso volvía la traición mucho más amarga para ella. ¿Qué pasaría si ella tuviera una aventura con un director de cine? Sería un

golpe durísimo, definitivo, para el ego de Reggie. Jamás se lo perdonaría. Y ella tampoco iba a perdonárselo.

—Dos minutos —le dijo a Dalgit, y abrió la puerta.

Hacía calor en el coche, y le sorprendió lo mucho que había refrescado cuando echó a andar hacia la casa de Janet Headstone. Estaba tiritando. Se acercó al coche de lujo y tocó en la ventanilla para despertar al chófer, que estaba echando una cabezada.

El chófer bajó la ventanilla.

—Disculpe —dijo Elfrida con su mejor sonrisa—. Pasaba por aquí y estoy segura de haber visto bajar del coche al director de cine Reginald Tipton. ¿Es cierto? Soy una gran admiradora de su trabajo.

—Sí, es él, aunque ahora dice que se llama Rodrigo Tipton.

—¿Vive aquí?

—No. Tiene una reunión con la guionista.

—Ya. ¡Fascinante! Muchas gracias.

Se alejó sin apartar la vista de la casa y vio que se encendían las luces en el piso de arriba. Por un segundo estuvo a punto de volver y llamar al timbre, pero casi al instante comprendió que saldría muy mal parada de una confrontación en la puerta. Sería ella la que pasaría vergüenza, no Reggie; él se inventaría cualquier mentira, ingeniosa y absurda, y su amiga lo respaldaría. Volvió al minitaxi con Dalgit y le pidió que la llevase al Repulse.

Era raro estar en el Repulse de noche, cayó en la cuenta de que siempre había ido a la hora de comer. Para empezar, el local estaba abarrotado, lleno de gente joven, con ropa informal y colorida. ¡Y cuánto ruido! Se abrió camino a empujones hasta la barra y esperó con el dinero en la mano. La atendió una chica con un flequillo hasta las pestañas, tan largo como el suyo. «Un *gin-tonic* largo, por favor». Se lo sirvieron, se lo bebió en diez segundos y levantó un billete en la mano para pedir otro.

«Ahogando tus penas —se dijo—. Ojalá pudiera ahogarlas, como una camada de gatitos». Le sirvieron la ginebra, pagó y se la bebió, pensando qué hacer con Reggie y esta nueva traición: la más vil. «¿Quieres estar casada con un hombre que es capaz de hacerte esto?». Respuesta: «no». «Pues ese hombre vive en tu casa —le recordó a Elfrida el interlocutor que

tenía en la cabeza—, y cuando haya terminado esta película volverá al valle de Health y lo colonizará de nuevo. ¿Vas a consentirlo?». «No». «¿Vas a echarlo a patadas?...». Reflexionó unos instantes antes de responder. «Sí. Esta vez creo que lo haré... Pero voy a elegir el momento. Que siga jugueteando con Janet, sin saber nada, hasta que haya terminado esta estúpida película, y entonces recibirá su merecido. Con mis condiciones».

Le pareció un buen plan, sonrió para sus adentros y murmuró un «sí». «Otra ginebra, y después le pido a Dalgit que me lleve a Rottingdean».

Vio al camarero joven del pelo larguísimo y le hizo una seña.

—Un *gin-tonic* grande, por favor.

El camarero se lo sirvió.

—Hola —dijo—. ¿Te acuerdas de mí? Normalmente vengo a la hora de comer.

—¿Eres del ejército de salvación?

—Da igual.

Se terminó la copa, fue al lavabo de señoras y se quitó la venda de crepé del araño infectado. Seguían allí, los bichos, amontonados debajo de la piel, alimentándose de su herida. *Bestioles*, pensó, de repente le vino a la cabeza la palabra en francés, se multiplicaban e invadían su araño como un cultivo repugnante en una placa de Petri. ¡Qué idiota era la doctora Ingham! ¿Qué sabía ella de nada?

OceanofPDF.com

La desaparición de Anny Viklund. Buen título para una película, pensó Talbot. Una película de terror, tal vez. El inspector Desmondson había llamado personalmente a las 8:00 de la mañana del lunes. La señorita Viklund no había vuelto al hotel, anunció escuetamente. Su habitación estaba vacía, no había dormido allí. Desmondson iba a emitir una orden de detención. Creía que al señor Kydd le gustaría estar al corriente de los últimos acontecimientos.

Talbot sabía que las cosas se torcían continuamente en las películas; continuamente, al margen del tamaño o el prestigio de la producción. Las disfunciones eran consustanciales al arte del cine. Pero esto era distinto. En los años que llevaba en el oficio de productor había tenido que enfrentarse a drogas, divorcios, peleas a puñetazos, incompetencia, gente borracha en el plató, cabreos que duraban una semana, gritos, insultos repugnantes, acoso sexual y robo de escenas por imposición: en general comportamientos de los que un niño de tres años se avergonzaría. Hasta el incidente con Tony During por el robo de material parecía normal y corriente. La desaparición de Anny era otra cosa. Esto nunca le había pasado. Colaboración y encubrimiento de un terrorista. Esto era un mundo nuevo.

Le dijo a Desmondson que no tenía la menor idea de dónde podía estar Anny. A lo mejor había vuelto a su país. Mientras, tenía que reducir a toda costa los daños para la película. Le dijo a Reggie que rodara las escenas sin Anny: «Rellena, mejora, haz tomas “de batalla” que no hayas tenido ocasión de hacer antes: gente subiendo a coches, bajando de coches, entrando a una casa, saliendo de una casa o conduciendo. Ve preparando encuadres. Lo de siempre. Dedica un par de días a grabar a Troy deambulando por la ciudad». ¿Quién sabía si podría resultar útil en la edición final? Lo importante era localizar a Anny y traerla de nuevo; lo más

probable es que se hubiera agobiado o le hubiera entrado un ataque de pánico, dijo Talbot. Todo el mundo iba a buscarla, y contaban con la ventaja de que era una estrella del cine americano, no una adolescente a la fuga, con problemas de drogas, o una mujer maltratada que ha decidido poner fin a su situación. Seguro que era solo cuestión de tiempo, dijo Talbot, con ánimo de tranquilizarlo, pero al ver el pánico en los ojos de Reggie se dio cuenta de que no transmitía tanta confianza.

Troy Blaze fue su salvador.

Talbot estaba en el plató donde tenían que rodar ese día: una feria. Era allí donde irían Emily y Ben después de su reencuentro debajo del muelle. Troy se acercó a Talbot desde su caravana y se quedó tranquilamente a su lado.

—Señor Kydd —dijo—. Creo que debería saberlo. Tengo una nota.

—¿Una nota?

—De Anny.

Se la enseñó a Talbot.

Con pulcra caligrafía de estudiante de instituto estadounidense, Anny había escrito: «Troy, cariño: Me voy a París unos días. Tengo que resolver un problema. Te quiero, Anny».

Talbot se la devolvió.

—Bendito seas, Troy. No se lo digas a nadie. Iré a París, la encontraré y la traeré. Pero que todo esto quede entre nosotros. ¿De acuerdo?

—Mensaje recibido, señor K. No se preocupe.

Y entonces a Talbot se le ocurrió una idea buenísima.

Ken Kincade se ajustó el cinturón de seguridad despacio, como si le costara desentrañar el funcionamiento de su sencillo mecanismo.

—¡Joder con los cinturones! —protestó vagamente.

Miró a Talbot con una sonrisa extraña.

—Creo que tiene que saber, señor Kydd, que me pongo muy nervioso en los aviones.

—No eres el único, Ken.

—Pero me he tomado un par de Librium... En realidad han sido tres... Para poder subirme a este avión. De no ser por eso no estaría aquí.

—Lo comprendo. Tú relájate. Es un vuelo corto.

—Lo digo solo porque si no parezco el mismo de siempre es porque el Librium está hablando por mí.

—Claro.

—Es el despegue y el aterrizaje lo que me asusta.

Talbot le dio una palmadita en el brazo, para tranquilizarlo, pensando si su buenísima idea no empezaba ya a derretirse delante de sus narices, como la mantequilla en una plancha caliente.

Ken Kincade llevaba su traje negro de costumbre y sus botas camperas, pero no la corbata de cordón. Se había puesto una camiseta con el interrogante «¿SEXO?» estampado en el pecho. Mientras Kincade se acomodaba en el asiento y cerraba los ojos con fuerza, Talbot lo miró, preguntándose si habría sido el Librium lo que inspiró la decisión de elegir aquella camiseta. Se fijó en que le temblaban claramente las dos manos, a pesar de que se estaba apretando las rodillas.

Talbot volvió la cabeza y se puso a pensar en sus problemas. ¿Cómo encontrar a Anny Viklund en una ciudad tan grande como París? Además, ¿cómo encontrarla en París si no quería que la encontrasen?

Había llamado por teléfono a la agente de Anny en cuanto dio la hora de abrir las oficinas en Los Ángeles, pero solo recibió inútiles y bruscas negativas. No. Eso no era posible. Anny nunca haría una cosa así. Y no, no tenía ni idea de dónde podía estar Anny en París. La agente, que se llamaba Bernadette Shaw, dijo que tenía que salir un momento del despacho, que enseguida le devolvía la llamada. Por supuesto, no volvió a llamar, y desde entonces no hubo forma de localizarla. Al cabo de muchas horas y varios intentos infructuosos, Talbot le pidió a la secretaria de Bernadette Shaw que le dijera únicamente dos palabras cuando volviera a su despacho, si es que volvía. Las palabras eran «contrato» y «litigio». «Claro, se lo diré con mucho gusto», contestó la secretaria, con una voz muy animada. Y le deseó que tuviera un buen día.

Fue entonces cuando a Talbot se le ocurrió su idea genial. Si alguien podía encontrar a Anny Viklund en veinticuatro horas, ese seguramente era

Kenneth Kincade (licenciado en Derecho), el hombre que había resuelto en un visto y no visto el misterio del material de cine desaparecido.

Llamó a Kincade y le explicó rápidamente la misión en París, que requería una delicadeza y una urgencia extremas.

Kincade dijo que sus honorarios se duplicaban cuando trabajaba fuera del país.

Ningún problema, le aseguró Talbot.

—En ese caso, parece que nos vamos a *La belle France*, señor Kydd. Por favor, envíeme los detalles del viaje a mi oficina.

Y así, el martes por la mañana, en el aeropuerto de Gatwick, embarcaron en el primer vuelo de BEA con destino a París.

Talbot y Kincade iban andando a buen paso por un amplio pasillo de la terminal del aeropuerto de Le Bourget. El avión había llegado a su hora, sin turbulencias durante el vuelo: Kincade se tranquilizó relativamente y pidió un *brandy* antes de que se encendiera la señal de abrocharse los cinturones de seguridad para iniciar el descenso, y volvió a instalarse entonces en el mismo estado cercano a la catatonia.

—Todos los aeropuertos se parecen, pero este tiene algo incuestionablemente francés —murmuró Kincade—. ¿No cree? —Parecía mucho más animado ahora que habían llegado a salvo y volvían a pisar tierra firme.

—A lo mejor es porque todos los letreros están en francés —contestó Talbot, pensando si Kincade aún seguía bajo los efectos de los tranquilizantes o si estaba a jugando a provocar, como de costumbre.

—Es posible que haya dado en el clavo.

—Pero creo que entiendo lo que quiere decir —dijo Talbot, con ánimo de rebajar la tensión. Daba la sensación de que se peleaban (y eso estaba muy mal), en lugar de enfrentarse juntos a las difíciles circunstancias.

—Nunca he estado en París —dijo Kincade.

—No es verdad.

—Sí, es verdad. No había pisado Francia hasta hoy —miró a Talbot y sonrió sin avergonzarse—. Mis intereses siempre han estado al otro lado del

Atlántico.

—Desde Brighton prácticamente se ve Francia.

—Será por eso —dijo Kincade—. Ya lo tenía muy visto. Necesitaba una cultura desconocida. Algo nuevo.

—Me parece bien. Pero en cuestión de cultura Francia gana de largo.

—Esa es su opinión, señor Kydd. No, me alegro de estar aquí; no me malinterprete. Viajar al extranjero es uno de los incentivos de este oficio.

Mientras esperaban el equipaje, Talbot pensó que sería un gesto de cortesía interesarse por Kincade. Estaban compartiendo misión, viajando juntos, se alojaban en el mismo hotel, y el detective era prácticamente un desconocido. Preparó mentalmente un par de arranques de conversación anodinos.

—¿Qué le parece a su mujer que haga este viaje a París? Seguro que se ha puesto celosa.

Kincade lo miró de un modo extraño, como si Talbot hubiera dicho una estupidez descomunal.

—¿Eso pretende ser una broma?

—Una pregunta sin importancia.

—No estoy casado.

—Pues entonces a su novia. Seguro que le habría encantado venir.

Kincade suspiró.

—Yo... A ver cómo se lo digo para que me entienda. No tengo esas inclinaciones, señor Kydd.

—Me he perdido. Perdón.

Kincade lo miró a los ojos.

—A mí no me va eso. Mi rollo es otro. Voy a mi aire. Tengo otros gustos.

—Vale. Ya entiendo —Talbot consiguió sonreír—. Pido disculpas por ser tan obtuso.

—Prefiero los eufemismos a la denigración directa —explicó Kincade—: Loca, marica, sarasa, reinona, bujarra...

—Sí, entiendo.

—Claro que entiende, señor Kydd.

—¿Qué insinúa?

—Que le he calado. Aunque usted no me hubiera calado a mí.

Talbot vio llegar su maleta en la cinta transportadora y se acercó a cogerla, alegrándose de disponer de unos segundos para ordenar las ideas. De repente tenía la sensación de conocer a Kincade demasiado bien. Más le habría valido cerrar el pico.

Kincade estaba a su lado, recogiendo su bolsa de viaje.

—Sepa usted —dijo Talbot tranquilamente— que soy un hombre casado y con dos hijos.

—Sí. También lo era Oscar Wilde. Y, hablando del rey de Roma, igual me paso por el cementerio de Père Lachaise si tenemos algún momento libre —sonrió—. Podríamos ir juntos: a presentar nuestros respetos.

—Vamos a encontrar a Anny Viklund antes de planear ninguna excursión, ¿de acuerdo?

Se encaminaron hacia la salida, la aduana y un taxi.

Talbot había reservado dos habitaciones dobles en un hotel de la *rue Notre-Dame-des-Champs*, el Hôtel Cardinal. Era un sitio que conocía bien: pequeño, con un bar oscuro y un restaurante más que aceptable, y a la mitad del precio de otros hoteles más lujosos y famosos de los que presumía la ciudad. Se registraron en recepción, los acompañaron a sus respectivas habitaciones y quedaron en verse en el bar para hacer planes.

Kincade ya se había instalado en una mesa baja cuando llegó Talbot. Se fijó en que el detective estaba tomando un vaso de vino. Talbot pidió un agua Perrier.

—Bien —dijo Kincade, sacando su libreta de notas—. Está en París. Hasta ahí sabemos.

Talbot había intentado hablar con Kincade en el avión pero no tardó en darse cuenta de que era inútil: el miedo a volar le impedía tener una conversación coherente.

—Tenemos otra pista —señaló Talbot—. Anny Viklund tiene un novio aquí; se llama Jacques Soldat.

Kincade le pidió que lo deletreara para anotarlo.

—¿A qué se dedica?

—Es escritor... Filósofo. Muy famoso. Tuvo un papel muy destacado en *les événements*.

—¿Eso cómo se llama en casa?

—Los disturbios de París. En mayo. Este año, 1968.

Kincade frunció el ceño, pensativo, claramente ajeno al reciente pasado de París. Talbot lo ilustró.

—Ocupaciones estudiantiles, huelga general, enfrentamientos, batallas campales con la policía. Fue una especie de revolución social muy violenta.

—Ah, sí —asintió vagamente Kincade.

—No lo digo con ánimo de ofender en absoluto, pero supongo que vería usted los enfrentamientos en la calle, ¿no? Dijeron que era casi como una repetición de la Revolución francesa. Salía en la tele todas las noches.

—Claro que los vi. Pero no me interesaba demasiado; no lo analizaba todas las noches.

Una vez más, Talbot se preguntó si Kincade intentaba tocarle las pelotas. Estaba claro que era un tipo inteligente, pero a veces daba la impresión de que quería pasar por idiota. Era agotador.

—Fue un momento importante en la historia de Francia, por no decir de Europa —insistió Talbot—. En la historia del siglo xx.

—Como ya le he dicho, señor Kydd, cuando se trata de «las cosas de fuera» todo mi interés, toda mi atención es para Estados Unidos. Pregúnteme lo que quiera sobre el asesinato de Bobby Kennedy. O el de Martin Luther King, por ejemplo. ¿Sabía que a su asesino, James Earl Ray, lo detuvieron en Londres? En la Terminal 2 del aeropuerto de Heathrow...

—Muy bien, muy bien. No lo sabía. Entendido. El caso es que Jacques Soldat fue uno de los intelectuales que más se comprometieron en «la lucha». Si no llegó físicamente a las barricadas estuvo muy cerca. Fue una figura inspiradora.

Kincade seguía tomando notas.

—Entonces, si localizamos a Jacques Soldat podemos localizar a la señorita Viklund —concluyó.

—Eso mismo pienso yo. Por eso se me ocurrió que era usted el hombre perfecto para dar con ella. Pero hay un problema.

—¿Cuál es?

—Su nombre: Jacques Soldat es un pseudónimo, un *nom de plume*.

—O sea, que no es probable que aparezca en la guía de teléfonos.

—Ya lo he consultado. No hay ningún Jacques Soldat.

—¿Tiene idea de cuál es su verdadero nombre?

—No.

Kincade hizo otra anotación. Talbot no sabía qué estaría anotando exactamente. Kincade se reclinó en el asiento y bebió un sorbo de vino.

—Si ha publicado con el nombre de Jacques Soldat cabe suponer que su editor sepa quién es.

—Sí. Buena observación. Lo cierto es que dos de sus libros son muy famosos. Uno fue una especie de éxito internacional a principios de los sesenta. Es de esos libros que todo el mundo presume de haber leído.

—Un poco como *El ser y la nada*. Me acuerdo de que en la universidad todo el mundo lo llevaba en el bolsillo.

—Exacto —Talbot observó atentamente a Kincade. Vio que el detective intentaba descolocarlo con ese tipo de comentarios.

Kincade se irguió, como galvanizado de repente.

—Necesitaré un anticipo en efectivo, señor Kydd. Tengo que comprar varias cosas.

Talbot sacó la cartera y le dio un fajo de francos. Kincade los abrió en abanico.

—¿Cuánto es esto en dinero de verdad?

—Unas cien libras.

—Llevaré la cuenta, descuide —Kincade se levantó—. ¿Nos vemos aquí a las seis? Le daré el informe de los avances.

Talbot ocupó el día fácilmente. Comió algo en La Closerie des Lilas y luego fue al Jeu de Paume a ver *Los nenúfares* de Monet, como hacía siempre cuando tenía un par de horas que llenar en París. Había poca gente, y podía quedarse todo el tiempo que quisiera delante de los impresionantes y vistosos lienzos sin que nadie le molestara. Sin embargo, no llegó a experimentar del todo esa especie de calma zen que le producían normalmente *Los nenúfares*, y sus pensamientos volvían continuamente a los comentarios de Kincade en el aeropuerto. ¿Cómo había podido «calarlo» Kincade y él a Kincade no? ¿Sería algo generacional? ¿Qué decía

eso de él y sus suposiciones? ¿Qué decía de su presunta vida secreta? Volvió al hotel deambulando, como envuelto en una niebla de ceñuda concentración. «No le des importancia —pensó—: tienes tu vida; deja que los demás tengan la suya».

Paseando por el bulevar Saint-Germain empezó a ver restos de los sucesos de mayo. Había comercios tapiados con tabloncillos, un cine incendiado, carteles y pintadas hechas a todo correr. «*Lutte Contre Le Cancer Gaulliste*», «*Nous irons jusqu'au bout*», «*Flins pas Flics*», «*Salaires Légers Chars Lourds*», «*CRS = SS*», «*La Structure est Pourrie*», «*Je jouis dans les pavés*». Observando los carteles tuvo que reconocer que el diseño de algunos era genial, muy atractivo. ¿Qué estaba haciendo él en mayo? Buscando localizaciones en Brighton para *Escalera a la luna* con Reggie Tipton. Mientras, al otro lado del canal de la Mancha estallaba una revolución social. ¿Habría sido parecido en 1789? Entonces se oían truenos al otro lado del canal mientras la vida seguía su curso en la querida Albión.

Estuvo un rato mirando lo que quedaba de los carteles descoloridos y rotos, evocando imágenes de los disturbios de mayo: París sitiado, París en llamas. *Tout passe, tout lasse, tout casse*, pensó, y vio que en inglés no había una frase que hiciera plena justicia a la expresión francesa. «Todo esto pasará» solamente expresaba cansancio y resignación estoica. «Todo pasa, todo se rompe, todo aburre». ¿O «todo se vuelve agotador»? Un poco torpe. Siguió su camino, probando mentalmente distintas versiones, sin encontrar ninguna que le convenciera.

En el hotel, a media tarde, hizo varias llamadas a Joe para ver cómo iban las cosas. Todo bien: los dos días de rodaje de Dorian Villiers habían transcurrido sin incidentes y Reggie estaba filmando ahora muchas tomas de Troy deambulando por las calles, mirando el mar y esas cosas. Mientras la gente estuviera ocupada se mantenía la ilusión de que la película seguía su curso, de que la ausencia de Anny Viklund no era una catástrofe. De momento.

Llamó a Naomi, también para tranquilizarla. Le había hablado de la fuga de Anny a París y las posibles consecuencias para la película. Naomi se compadeció de él.

—Pobrecillo —dijo—. ¿Qué tal si voy a animarte un poco?

—No soy buena compañía, cariño. Tenemos que encontrar a esta chica.

—Era una broma, Talbot. Relájate.

—Perdona.

A las seis bajó al bar. Kincade ya estaba allí, con un vaso de vino en la mesa y totalmente cambiado. Llevaba unos pantalones caqui, mocasines, americana azul, camisa blanca y corbata roja. Se había cortado el pelo al estilo militar; en francés lo llamaban *en brosse*, y no se parecía en nada al tenso personaje del traje negro. Levantó la vista al notar que Talbot se acercaba. Talbot decidió no hacer comentarios.

—Ha habido suerte —anunció Kincade—. Me reúno con Jacques Soldat mañana por la mañana.

—¡Fantástico! —Talbot se sentó y Kincade le pasó una tarjeta.

«Harold J. Hopkins, editor, University of South Tennessee Press».

Kincade se explicó. Lo primero que hizo fue ir a una librería y buscar algún libro de Jacques Soldat. Así averiguó el nombre de su principal editorial: Jadis & Naguère, una editorial parisina pequeña. Luego se compró la ropa que llevaba puesta, se cortó el pelo y se presentó en la recepción de Jadis & Naguère con el pretexto de que la University of South Tennessee Press estaba interesada en sacar una nueva edición de las obras completas de Jacques Soldat. Nueva edición, nuevas traducciones, nuevas introducciones. Encantados de conocerlo, le dijeron.

—No he conseguido *Piel negra, corazón blanco*: ya se ha publicado en Estados Unidos. Pero sí uno titulado *Masacre* y otro que se llama —Kincade echó un vistazo a su libreta— *Pseudo ciudadanos*, creo que lo he pronunciado bien. Y dos o tres más.

—Bien hecho. Bien vale el sacrificio de esos rizos largos.

Kincade no se dio por aludido.

—En fin, tuve que esperar un par de horas antes de conocer al editor. Cuando empecé a hablar de dinero, salió un momento a llamar por teléfono a Soldat. Le dije que solo pasaría un día más en París, y hemos quedado en vernos mañana a las once.

—¡Increíble! ¡Bravo! —dijo Talbot. Kincade pidió más vino al camarero, por señas. Talbot decidió sumarse para celebrarlo.

—Como ve, señor Kydd, la clave está en Estados Unidos. «The University of South Tennessee Press». Irresistible. ¡Qué glamur! El salvaje Oeste. Si hubiera dicho que era de la «University of South Shropshire Press» me habrían dado con la puerta en las narices.

Talbot tendió las manos en un gesto de admiración sin palabras.

—Me gusta el corte de pelo, ahora que lo pienso. Igual se lo puede dejar así. Le da un aire muy americano.

—Ese era el objetivo.

—Pues funciona. ¿De dónde sacó la tarjeta de visita?

—Tengo todas estas tarjetas en blanco; en blanco excepto por el escudo de armas.

Talbot lo examinó. Era un escudo en color y en relieve: un escudo heráldico genérico, dividido en cuatro cuarteles, con unas hojas de encina, unas bellotas y un pergamino con un lema en latín: *Dominus Illuminatio Mea*.

—Antes de que me dé una lección —Kincade levantó una mano—. Sé de dónde lo he sacado. El latín siempre ayuda. Y aparte tengo mi modesto equipo: una imprenta infantil. Imprimo el nombre y el título que quiero. Da el pego, aunque lo que convence es el escudo.

—Estoy impresionado.

—Va en relieve.

—Me he fijado. Es un buen toque.

—Y, naturalmente, he puesto acento de Estados Unidos. Acento sureño.

—Doblemente impresionado.

—El diablo está en los detalles, señor Kydd.

—Eso me han dicho —terminaron el vino y pidieron más—. ¿Qué piensa hacer cuando conozca a Soldat?

—No llegaré a conocerlo. No tengo intención de presentarme. Me esperará un buen rato y se irá, muy cabreado, supongo. Lo seguiré hasta su casa. Entonces usted podrá entrar en escena.

—Esperemos que Anny Viklund esté con él.

—¿Quién sabe? Pero al menos tendremos el primer eslabón de una cadena, con un poco de suerte.

Decidieron cenar en el restaurante del hotel. Kincade le pidió a Talbot que le contara la historia completa de las *manifestations* de mayo en París, y Talbot le hizo el mejor relato posible, intentando recordar la secuencia de huelgas y protestas que desembocaron en auténticas batallas en las calles de París y otras ciudades.

—Teniendo en cuenta que eso fue en mayo —dijo Kincade—, o sea, hace un par de meses, y según usted fue como una repetición de la Revolución francesa, mi pregunta es: ¿qué ha cambiado? Yo hoy solo he visto París en funcionamiento: todo calma y tranquilidad. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

—Buena pregunta —asintió Talbot, pensando en su paseo por el bulevar Saint-Germain. Lo único que había visto eran unos carteles destrozados—. A lo mejor se han ido todos de vacaciones —dijo con escasa convicción—. ¿Le apetece un coñac?

A la mañana siguiente, a la hora prevista para la cita de Jacques Soldat con su editor y el señor Harold J. Hopkins, de la University of South Tennessee Press, Talbot y Kincade estaban sentados en la terraza de un café de la *rue Saint-André-des-Arts*, en el *6e arrondissement*. Disfrutaban de una buena vista del patio donde tenía su sede Jadis & Naguère, en la planta baja. Todo precioso, pensó Talbot, muy francés. Era absolutamente incapaz de imaginarse algo similar en Inglaterra; además, en la misma calle, un poco más adelante, se encontraba una de las *brasseries* clásicas de París: Chez Allard. Muy a mano para comer o cenar temprano. Talbot se prohibió seguir divagando y se obligó a concentrarse. No era un editor francés pensando dónde comer; era un productor de cine inglés con un problema descomunal.

Miró de reojo a Kincade. Volvía a llevar su traje negro con camisa negra. Talbot no acababa de acostumbrarse al corte de pelo, aunque era una señal de la diligencia de Kincade, de su profesionalidad como investigador. El pelo corto en realidad no le favorecía; le adelgazaba aún más la cara ya de por sí flaca, como si estuviera convaleciente de una enfermedad o recién salido de la cárcel. De todos modos, ¿cuántas personas estarían dispuestas a someterse a un corte de pelo tan drástico y a transformar su aspecto

simplemente para hacer mejor su trabajo? No muchas. Un punto a favor de Kenneth Kincade (licenciado en Derecho) y Asesor en Riesgos Criminales. Tomó un sorbo de *petit café*. Kincade miró el reloj.

—Hace diez minutos que yo tendría que haber llegado. Pronto empezarán a hacer llamadas.

—¿A quién?

—Al Hotel George V. Es donde dije que me alojaba. Y entonces verán que no estoy registrado.

—¿Y?

—¡Putos americanos!

Kincade pidió otro café.

—Me voy acostumbrando a trabajar en París —dijo—. Es un poco más entretenido que Brighton.

—*Quelle surprise*. Y va el doble de rápido.

—Todavía no me ha pagado, señor Kydd, así que no se ponga tan eufórico y triunfalista —Kincade se echó a reír y espantó de un manotazo a una avispa que merodeaba alrededor de su taza de café vacía—. Te pillé, cabrona —dijo, y miró a Talbot—. ¿Para qué sirven exactamente las avispas, señor Kydd?

—Supongo que tendrán una función en el misterioso orden de las cosas.

Siguieron hablando, esperando a Soldat, disfrutando del suave sol de julio y tomando café. Kincade preguntó a Talbot en qué otras películas había trabajado y se sorprendió —o fingió sorpresa— cuando Talbot le dio varios títulos: *Muerte repentina en el Soho*, *Y llegó el hombre*, *Triple melodía*, *La marca de Caín*, *Sam el destripador*, *Los olvidados* y *La guerra perdida*.

—He visto algunas... Y estoy aquí sentado con el productor. Pero ¿qué hay de esta *Escalera a la luna*? ¿Ganará algo de dinero?

—Puede. Suponiendo que consigamos recuperar a nuestra protagonista.

—¿Mucho dinero?

—Soñar siempre es posible. Con tal de que me paguen los honorarios, todo lo demás son beneficios extras. Tengo otro proyecto, una obra de teatro... Una obra estadounidense... Seguro que eso le gusta... He puesto en él esperanzas más concretas.

—¿Esperanzas concretas, no es un poco un oxímoron?

A Talbot se le olvidaba continuamente que Kincade había ido a la universidad y casi completado la carrera de Derecho.

—¡Ahí está! —exclamó Talbot, que de pronto había visto salir a Jacques Soldat de las oficinas de Jadis & Naguère, y le pareció raro que no lo hubieran visto entrar.

Soldat se detuvo en la entrada del patio a hablar con alguien a quien Talbot no veía. Era evidente que estaba protestando. No parecía nada contento.

—Malditos editores americanos —dijo Talbot.

—Vamos, en marcha —ordenó Kincade, poniéndose en pie.

—¿Me necesita?

—A nadie se le ocurre que lo sigue una pareja.

Talbot dejó unos francos en la mesa y salió detrás de Kincade. Echaron a andar uno al lado del otro, a unos veinte metros de Soldat.

Kincade miró a Talbot de reojo.

—No me había dicho que Jacques Soldat era africano.

—No es africano. Bueno, es de origen africano. Es de Guadalupe.

—¿Se le había olvidado?

—No me pareció relevante.

—¡Por favor!

Talbot no respondió, y siguieron a Soldat hasta el bulevar Saint-Germain. Notó que Kincade estaba un poco enfadado. Bien que por una vez no tuviera el as en la manga. Enseguida se reprochó su mezquindad. Estaban trabajando juntos: la solidaridad era esencial.

No tuvieron que ir mucho más lejos. Al cabo de unos veinte minutos veían entrar a Soldat en un bloque de apartamentos, en la esquina del bulevar con la *rue des Ciseaux*. Talbot miró a su alrededor. Vio a lo lejos Les Deux Magots, con su placita adoquinada delante. Perfecto para un *intello*, como Soldat. Se volvió hacia Kincade.

—¿Qué hacemos ahora?

—Bueno, ya sabe dónde vive. Yo me enfrentaría a él.

—¿Ahora mismo?

—¿Por qué no? —dijo Kincade—. Mi máxima profesional es: «Hazlo ya». ¡HAZLO YA! ¿Por qué esperar?

—Sí, comprendo la lógica. ¿Viene conmigo?

—No.

Se miraron.

—Muy bien —asintió Talbot—. Pero, por favor, espere aquí fuera.

—Recibido. Adelante.

Talbot llamó al timbre de la portería, y le abrieron la puerta. En buen francés, aunque con acento inglés, preguntó a la portera si vivía allí un caballero africano. Tenían una cita, el señor Soldat.

—*Non. C'est Monsieur Duhameldeb.*

—Claro. *Mes excuses.*

La portera parecía sacada directamente de un *casting*: bajita, gorda, canosa, antipática... ¿Dónde encontrarían a esa gente?, pensó Talbot, mientras la mujer iba a llamar por teléfono. Volvió la cabeza y le preguntó cuál era el motivo de la cita.

—*C'est au sujet de Mademoiselle Viklund* —dijo. Eso debería ser suficiente—. *Mademoiselle Anny Viklund.*

OceanofPDF.com

11

Anny oyó llegar a Alphonse. Alphonse vivía en el *13e arrondissement*, cerca de la *place d'Italie*, en una zona de París que Anny no conocía. El piso era muy cómodo, en la cuarta planta de un edificio alto y moderno. Anny tenía un dormitorio para ella sola pero compartía el baño con Alphonse, que, por otro lado, se iba a trabajar a las siete y media de la mañana y nunca volvía antes de las seis de la tarde.

Alphonse Duhameldeb se parecía vagamente a su hermano menor. Era alto, canoso y de aspecto serio, y trabajaba de cajero en la *Société Générale*, en la *rue de Rennes*. Era más moreno —más negro— que Jacques. Anny le preguntó por la familia de Guadalupe y se enteró de que Alphonse y Jacques en realidad eran medio hermanos, hijos de la misma madre pero de distinto padre.

En realidad se alegraba de estar encerrada y sin pensar. Le había pedido a Jacques que llamara a su abogado y a su agente en Los Ángeles y los pusiera a trabajar, pero él dijo que era demasiado pronto. «Cuanta menos gente sepa dónde estás, por ahora mejor. No des señales de momento, es más seguro. Nos tomaremos tiempo; contraatacaremos cuando queramos».

Anny pasaba el día oyendo la radio francesa —canciones de las que apenas entendía nada—, picaba algo, se echaba una siesta y miraba por la ventana. Alphonse volvía del trabajo, comía algo y salía otra vez. Estaba claro que seguía órdenes de Jacques, que aparecía por rutina diez minutos después de que se fuera su hermano. Se iban a la habitación de Anny y se metían en la cama. Que ella estuviera a la fuga y en peligro había hecho renacer su relación sexual, al menos por parte de Jacques.

—¿Por qué no puedo volver a tu casa y quedarme allí? —preguntó Anny.

—Puedes, pero no ahora. Tenemos que ser prudentes. Un montón de gente te estará buscando. Seamos listos, esperemos un poco; unos días, una semana —se interrumpió—. Tengo una idea. Será un bombazo.

Anny asintió, sin preguntar cuál sería el «bombazo», feliz en su limbo por ahora. A veces pensaba en Troy y se preocupaba. No sabía cómo estaría tomándose una situación tan caótica. Era consciente de que se estaba tomando más de ocho Equaniles al día pero ¿qué le iba a hacer? El tiempo pasaba mejor con el Equanil. A veces salía a dar una vuelta. Curiosamente, las calles de los alrededores estaban llenas de chinos, de chinos que hablaban en francés. Encontró una cafetería que le gustó, y entraba allí a tomarse una Coca-Cola, se fumaba un par de cigarrillos, observaba la actividad de aquel mundo desconocido y volvía a casa de Alphonse. A veces tenía la sensación de que llevaba años en París, y no unos días, pero casi nada le importaba demasiado mientras estuviera a salvo.

12

Talbot llegó a la puerta del segundo piso, según le había indicado la portera. Un rectángulo de plástico encima del timbre llevaba el nombre de M. Mehdi Duhameldeb. Talbot llamó y, segundos más tarde, Jacques Soldat/Mehdi Duhameldeb abrió la puerta con recelo. Se quedó sorprendidísimo al ver a Talbot. Lo reconoció, aunque era evidente que no recordaba su nombre.

—¿Usted es?

—Talbot Kydd. Nos conocimos en Brighton. Soy el productor de la película.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Pues... —No había preparado una respuesta. Improvisó—. Anny dejó su dirección en la oficina.

—¿Por qué?

—No lo sé. Creo que quería que le enviásemos algo. Algo así. El caso es que ahí estaba —sonrió—. ¿Cómo si no lo habría encontrado?

Soldat miró por encima del hombro de Talbot, como si esperase que hubiera más gente escondida y, al ver que no, abrió la puerta un poco más, para que Talbot pudiera pasar.

Talbot se sentó en un sillón de mimbre pequeño mientras Soldat se instalaba en su sillón de escritorio, girándolo para mirar a Talbot de frente.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Talbot?

—Tenemos un problema, como seguramente sabe.

—No. ¿Qué problema?

—Anny ha desaparecido. Se ha «fugado». Supusimos que había venido a París, con usted.

—No. Para nada. Me cuesta creer que haya hecho eso. No es propio de Anny.

A Talbot le pareció patético el fingido desconocimiento de Soldat. Pero, en fin, tendría que seguirle la corriente.

—A lo mejor ha vuelto a Estados Unidos —dijo Soldat.

—Lo dudo. Se ha dictado una orden de búsqueda. Han detenido a su exmarido y lo han devuelto a Estados Unidos. Está bajo custodia del FBI. Ha acusado a Anny, dicen que lo ayudó a escapar. Que le dio dinero para huir. El caso es grave.

—*Quel con!* —dijo Soldat con resentimiento—. Ojalá pudiera ayudarlo. No he vuelto a ver a Anny desde que estuve en Brighton.

—¿Ha hablado con ella?

—Hace una semana que no hablamos —se levantó—. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿*Whisky*?

Talbot aceptó y Soldat salió y volvió enseguida con dos *whiskys* pequeños, en vasos de vino.

—Por que Anny vuelva pronto —brindó Soldat—. Francia es un país grande. A lo mejor se ha ido al sur. Sé que tiene un amigo en Cannes. Quizá debería buscarla allí.

—¿Sabe cómo se llama su amigo?

—Puedo enterarme.

Talbot le dejó el nombre de su hotel, por pura formalidad. Soldat mentía muy mal. Se terminó el *whisky*, con la sensación de que la reunión se acercaba a su fin. Se levantó, dio las gracias a Soldat por su tiempo y le aseguró que en cuanto tuvieran alguna pista de Anny se lo haría saber.

—Es muy amable pero... —Soldat se detuvo en la puerta, con la mano en la manilla—, si le soy sincero, creo que mi relación con Anny ha terminado.

—¿En serio? Lo siento.

—Se estaba follando a su estrella del pop. ¿Cómo se llama? El Tolay.

—Troy. Troy Blaze. No, eso es imposible. No sé de dónde habrá sacado esa idea.

—Lo he visto con mis propios ojos. Los vi juntos en el rodaje. No soy tonto, señor Talbot.

Talbot se abstuvo de corregirle.

—Le puedo asegurar que se equivoca. Lo habría notado. Inmediatamente. Habría oído algo. Su relación es exclusivamente profesional.

—¿Cómo dicen ustedes? «No hay mejor ciego que el que no quiere ver». Use los ojos. Es evidente.

—Yo lo veo todo, *monsieur* Soldat. No se me escapa nada. Especialmente cuando estoy produciendo una película.

—A todos nos gusta pensar eso. Nuestra vanidad es única —Soldat sonrió—. No, no, a *mí* no me engaña nadie.

Se acercó a Talbot, como si fuera a hacerle una confidencia.

—Quieren destruir a Anny.

—¿Quiénes?

—Los americanos: la CIA, el FBI. El Estado. Anny es un símbolo. Ya lo sabe usted. Todo el mundo se fija en ella: en qué cree, qué desprecia, qué causa defiende. Aplastando ese símbolo enviarán un mensaje a mucha gente. Eso es lo que está pasando, *monsieur* Talbot. Tenga mucho cuidado. Estas fuerzas son muy poderosas. ¿Cómo se dice...? El fuego se combate con fuego.

—Creo que se equivoca.

Soldat sonrió con lástima.

—En este mundo hay gente que agacha la cabeza... y gente que se niega a agachar la cabeza.

—Ojalá fuera tan fácil. Yo solo intento hacer una película.

—Y ese exactamente, precisamente, es su problema.

Talbot se encogió de hombros.

La conversación no iba a ninguna parte. Soldat abrió la puerta, le deseó *bonne chance et bon retour*, y Talbot se fue sin darle la mano. Bajó las escaleras despacio, evitando a propósito el endeble y estruendoso ascensor abierto de doble puerta. ¿Cuántas mentiras había dicho Soldat? Era evidente que sabía dónde estaba Anny y, en cierto modo, con sus torpes negaciones y su absurda teoría de la conspiración había ofrecido a Talbot la confirmación que buscaba. Pero ¿qué hacer ahora? Seguro que Kincade tendría una respuesta. Menos mal que lo había contratado, a pesar de lo difícil y lo terco que era.

Salió a la calle y encendió un cigarrillo, buscando con la mirada a su investigador. ¿Dónde se había metido?

—Señor Kydd. Volvemos a vernos.

Talbot dio media vuelta y se encontró con un hombre al que reconocía vagamente. Tenía acento americano. Llevaba gabardina y sombrero de fieltro.

—Soy el agente Radetski. Nos conocimos hará cosa de una semana.

—Lo recuerdo.

Se dieron la mano.

—¿Qué hace aquí, señor Kydd? ¿Buscando a Anny Viklund?

—Sí —Talbot optó por la sinceridad.

—¿Qué hará si la encuentra?

—Tratar de convencerla para que vuelva y cumpla con su contrato.

Radetski se permitió una sonrisa escéptica.

—¿Acaba de reunirse con el señor Soldat?

—Sí. No tiene ni idea de dónde está la señorita Viklund. Eso dice. Por lo visto su relación ha terminado. Son exnovios.

—¿Y usted lo cree?

—Me inclino a creerlo —fue la ambigua respuesta de Talbot. No tenía ningunas ganas de ayudar a Radetski. —Estaba convencido de que la señorita Viklund estaría aquí con él. Pero no: ni rastro. El apartamento es muy pequeño... Me habría dado cuenta.

—Quizá debería hablar con él.

—Quizá, aunque dudo que esté dispuesto a hablar con usted. Tenga en cuenta que para el señor Soldat usted y su organización son el Anticristo.

Radetski sonrió con cansancio.

—¡Estos intelectuales! ¡Joder!

—Sabe que no pueden extraditarla ahora que está Francia.

—Podemos intentarlo: hay un tratado entre Francia y Estados Unidos, aunque tengo entendido que los trámites duran alrededor de veinte años. Solo queremos hablar con ella. Tiene que saber muchas cosas. Podría sernos muy útil.

—No es más que una actriz joven y hecha un lío. No pueden...

—Estaba casada con un terrorista —le recordó Radetski con paciencia, como si le explicara algo a un niño—. Un terrorista violento y asesino, dispuesto a detonar bombas y matar inocentes. Cornell Weekes forma parte de un ejército terrorista clandestino: Llamada de Advertencia. ¿Ha oído hablar de ellos?

—¿Llamada de Advertencia? No.

—No es un lobo solitario. Su señorita Viklund tal vez esté dispuesta a darnos alguna información sobre Llamada de Advertencia a cambio de un acuerdo.

Talbot observó en silencio a Radetski, con su gabardina y su sombrero de fieltro. ¿Por qué llevaba gabardina si no había riesgo de lluvia? Se acordó de la teoría de la conspiración de Soldat y de pronto dejó de estar tan seguro de que fuera absurda.

—No creo que ella sepa nada —dijo—. Es una niña.

—Con todo respeto, señor Kydd, no es una niña. Mire con quien sale: Cornell Weekes, Jacques Soldat. Un terrorista convicto. Un filósofo revolucionario y radical. Venga ya. Tratamos con este tipo de gente a diario. Pueden estar engañados, pero no son niños. La señorita Viklund sabe cosas, incluso sin ser consciente de saberlas. Cuando hablemos con ella podremos analizar la parte útil. Es su obligación como ciudadana estadounidense.

—Si consigue encontrarla.

—Cogió un avión con destino a París. Eso lo hemos confirmado. Está en la ciudad.

—Francia es un país grande —contestó Talbot, haciéndose eco de Soldat—. Soldat me sugirió que la buscara en Cannes.

Esta vez fue Radetski quien observó a Talbot en silencio. Punto muerto. Por distintos intereses ocultos, pensó Talbot, los dos necesitaban a Anny Viklund.

—Muy bien. Puede que intente hablar con Soldat.

—Buena suerte. Por cierto, su verdadero nombre es Mehdi Duhameldeb.

—Ya lo sé —Radetski sonrió con paciencia—. Hasta la vista, señor Kydd. Si tiene suerte no deje de avisarnos.

—Vuelvo a Londres. Aquí no puedo hacer nada más.

Talbot se quedó mirando a Radetski, que se alejaba hacia el bulevar Saint-Germain. Oyó el rumor de las preocupaciones que se abatían sobre él para atacarlo como una bandada de estorninos malignos. Por primera vez tuvo que aceptar que el futuro de Anny Viklund no incluyera la posibilidad de terminar *La utilísima escalera a la luna de Emily Bracegirdle*. Era un pensamiento deprimente.

—Parece un poco mustio —dijo Kincade, dándole un susto al salir de un portal próximo.

—He tenido momentos más optimistas —contestó Talbot.

—Me gusta la frase. Voy a copiarla. «He tenido momentos más optimistas». Tiene estilo. ¿Quién era ese hombre con el que estaba hablando?

—Es un agente del FBI que también está buscando a Anny Viklund.

—Se mueve usted en ambientes improbables.

—No será por gusto —Talbot tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó.

—¿Alguna pista de la señorita Viklund?

—En ese apartamento no.

—¿Soldat sabe dónde está?

—Creo que sí. Me ha mentido desde el principio. Ha intentado mandarme a Cannes con una pista falsa.

—¿Cannes? Eso suena bien.

—No se haga ilusiones. No iremos a Cannes. ¿Qué hacemos, señor Kincade? Perdona, ¿nos tuteamos?

—Necesito más dinero.

Cogieron un taxi para volver al hotel. En el camino, Kincade le dio algunos datos de Jacques Soldat que su editor había divulgado.

—Al parecer estuvo en Argelia en 1945, como recluta del Ejército francés. Con veinte años.

—Ah. De ahí lo de «Soldat».

—Exacto. Presenció una matanza en una ciudad llamada Guelma. En mayo de 1945. Decenas de miles de argelinos asesinados, según me han dicho. A manos del Ejército francés y los colonos argelinos franceses.

—¿Estás seguro? Nunca lo había oído.

Kincade le explicó que cinco años después, con el seudónimo de Jacques Soldat, Mehdi Duhameldeb escribió un libro titulado *Massacre*.

—Y se hizo un nombre. De repente se convirtió en el portavoz intelectual de los pueblos desafectos y marginados del imperio colonial francés. Se hizo famoso de la noche a la mañana. Nunca volvió a mirar atrás. Escribió un libro detrás de otro.

—*Massacre*. ¿No era uno de los libros que quería comprar Harold J. Hopkins?

—Sí.

—Empiezo a entender la actitud de *monsieur* Soldat —dijo Talbot—. Por qué es siempre tan agresivo.

El taxi aparcó delante del hotel.

—¿Cuánto dinero necesitas? —preguntó Talbot.

—Mucho, me temo.

Talbot canjeó cheques de viaje por importe de doscientas libras y los cambió a francos. Le dio el dinero a Kincade.

—¿Qué vas a hacer con esto?

—Voy a alquilar un coche. Si tengo que vigilar el apartamento de Soldat necesito estar cómodo. No puedo pasarme el día y la noche de pie en la calle.

—Muy bien. Pero guarda los recibos.

—Todo este plan se basa estrictamente en tu intuición, señor K. Si Soldat sabe dónde está Anny, irá a verla. No creo que vaya esta noche, después de tu visita. ¡Ni en sueños! Pero puede que vaya mañana si cree que no hay peligro. Y yo estaré vigilando cómodamente —levantó los billetes que tenía en la mano— desde mi coche de alquiler.

Kincade dobló los billetes y se los guardó en la cartera. Improbables conspiradores, pensó Talbot.

—¿Algún plan para esta noche? —preguntó Kincade.

—Tengo que hacer varias llamadas.

—¡Qué emocionante! Yo voy a un club. ¿Quieres venir? Creo que te parecerá interesante. Se llama Inferno. Déjame ser tu guía. Tu Virgilio.

—Otro día, Virgilio. Estoy cansado.

—Me parece bien, como dirías tú —sonrió Kincade—. Estoy seguro de que mañana encontraremos a tu valiosa señorita Viklund.

—Cuento contigo. Que te diviertas esta noche. Si no puedes ser bueno, sé prudente.

OceanofPDF.com

13

—¿Hola? —dijo Elfrida con aprensión, consciente de que le temblaba un poco la voz. Se había levantado cuando sonó el teléfono y tenía la mano en el aire, paralizada por la duda, hasta que vio que no tenía intención de parar de sonar y se decidió a cogerlo.

—Elfrida, soy Calder.

¿Cómo era posible transmitir tanto con solo tres palabras?, pensó. Por el tono supo de inmediato que Calder no estaba contento ni llamaba para animarla. Que ni siquiera se trataba de una llamada neutra o de rutina por ver «¿Cómo van las cosas?». Algo en el modo en que pronunció su nombre parecía presagiar con claridad que Calder era portador de malas noticias.

—Hola, Calder —dijo, con la mayor alegría posible.

—Me temo que tenemos un problemita...

—Ah. ¿Cuál?

—Virginia Woolf.

—Sí. ¿Qué pasa con la querida Virginia?

Tosió. Se aclaró la garganta.

—Lamento decirte que en Muir & Melhuish a nadie le entusiasma la idea de tu libro sobre Virginia Woolf.

—Bueno, puede que les entusiasme cuando lo hayan leído. Va excepcionalmente bien.

—Les intriga más *El hombre en zigzag*. Algo es algo.

—Ese lo haré después. Tú consígueme un buen acuerdo por dos libros.

—No es tan sencillo, Elfrida.

—¿Qué intentas decir?

—Me resulta un poco incómodo pero lo esencial es que no quieren tu *Último día de Virginia Woolf*, me han dado un no definitivo, y no están

dispuestos a pagar ningún anticipo por *El hombre en zigzag* hasta que tengan un manuscrito completo.

Elfrida se quedó con el teléfono pegado a la oreja, consciente de que se estaba tambaleando adelante y atrás.

—Mándalos a tomar por culo —dijo—. Búscame otro editor.

—Bueno. Creo que deberíamos hablar, querida. Trazar un plan. Establecer nuestras prioridades.

—Hablaemos cuando me hayas conseguido otro editor decente. Buenas noches, cariño.

Colgó y se fue a la cocina a por vodka.

OceanofPDF.com

Talbot pasó otro día solo mientras esperaba noticias de Kincade. Desayunó y pensó en ir al Louvre pero decidió que no. No estaba de humor para concentrarse. En vez de eso se fue de tiendas y compró una corbata de seda de color gris marmolado en Charvet y un Chanel N.º 5 para Naomi. Comió en el Café de Flore: una *omelette aux fines herbes*, ensalada y dos copas de Brouilly. Por la tarde, cuando volvió al hotel, el portero le entregó un mensaje junto a sus llaves. Era de Kincade. Decía: «La he encontrado. Estoy en mi habitación». Talbot llamó inmediatamente a Kincade y se vieron en el bar.

—¿Qué tal fue tu noche? —preguntó, al ver que Kincade tenía un aire cansado y desaliñado.

—Curiosa... Te alegrará saber que me fui del club temprano y pasé el resto de la noche vigilando la casa de Soldat, por si acaso —explicó que no hubo ninguna actividad a lo largo de la noche, hasta que Soldat salió sobre las diez de la mañana. Kincade salió corriendo del coche y lo siguió hasta el Metro. Al ver que Soldat hacía varias maniobras evasivas en el camino —retrocedió, entró en una tienda y salió por una puerta trasera—, Kincade se convenció de que iba a ver a la señorita Viklund. Por fin cogió el Metro en dirección a Corvisart y desde allí fue andando hasta un bloque de pisos en la *rue Bobillot*.

—El piso está en el *13e arrondissement*. Lo vi entrar —dijo Kincade—. Lo seguí hasta el portal y lo perdí, naturalmente. Pero en la entrada había un buzón con el nombre de Duhameldeb. Bingo.

—¿Es suya la casa?

—O de algún familiar. El caso es que apuesto a que Anny Viklund está ahí.

—Todas esas maniobras evasivas son sospechosas. Bastante reveladoras.

—Lo pillas deprisa, señor K.

Una vez más, Talbot empezaba a encontrar cargante el sarcasmo de Kincade.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó con sequedad, sin seguirle la corriente.

—Ahora viene la parte divertida. Vamos a ir en nuestro coche de alquiler, a vigilar y esperar.

Fueron en dirección sureste hasta el *13e arrondissement*. Talbot no conocía esa zona de París. Era como otra ciudad, como los barrios periféricos de una ciudad de provincias, con torres destartaladas de viviendas de mala calidad y calles bulliciosas llenas de tiendas baratas. Pasaron por delante de un mercadillo de ropa y verdura. La gente parecía pobre, necesitada. Aparcaron el coche en un punto desde el que se veía la entrada del edificio y esperaron. La tarde se hacía interminable. Talbot se fumó tres cigarrillos en dos horas. Kincade fue a un supermercado y compró unos refrescos y unos rollos de higo.

—No he comido un rollo de higo desde que era pequeño —dijo Talbot.

—Yo creo que soy adicto —confesó Kincade—. Este es mi trabajo, señor K. Sentarme a vigilar y pasar horas y horas esperando. No animes a tus hijos a dedicarse a esto.

—¿Qué crees que va a pasar?

—Anny Viklund saldrá por esa puerta en algún momento. Puede que hoy o puede que mañana. O pasado mañana.

Talbot tomó la decisión de esperar otras veinticuatro horas y punto final. Entonces volvería a casa y buscaría el modo de salvar la película.

Kincade bebió un trago de la botella de gaseosa mientras masticaba un rollo de higo.

—¿Qué tal tu club anoche, el Infierno? —preguntó Talbot, con la mayor naturalidad posible.

—Estupendo. Me enrollé con un tío majísimo que se llamaba Jean-Louis.

—¡La hostia!

—¿Tú no haces esas cosas, señor K.?

—No pienso hablar contigo de mi vida privada.

—Como quieras.

Se quedaron un rato en silencio mientras Kincade se comía otro rollo de higo.

—Yo también he estado en un club —dijo Talbot—. En Brighton —enseguida se arrepintió de la chulería.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—El Icebox.

—Lo conozco —dijo Kincade—. Está bastante bien.

—Eso me pareció. Iba a ver a un amigo. Un amigo del Ejército —añadió, como si eso diera algo de decoro a la confesión.

—¿Estuviste en el Ejército?

—Sí, en la guerra. En la Segunda Guerra Mundial.

—Esa me suena —Kincade cerró los ojos un momento—. ¿Viste algún combate?

—Demasiados.

—Voy a tener que revisar mi dossier sobre ti, señor Kydd. Un soldado. La Segunda Guerra Mundial. Ha visto combates.

—Tu dossier es cosa tuya.

—Supongo que tu amigo del Ejército también «entiende».

—Si quieres decirlo así...

—¿Se acostó con él?

Talbot suspiró.

—No es obligatorio acostarse siempre, ¿sabes?

—¿Entonces para qué ir a un club?

—Da lo mismo —Talbot no entendía cómo la conversación había podido desviarse tanto, por derroteros que no tendría que haber permitido.

Era consciente de que Kincade lo estaba mirando.

—¿Te gustaría acostarte conmigo? —dijo Kincade.

Típico de Kincade, pensó Talbot. Lanzar una granada en mitad de la conversación.

—No. La verdad es que no. Pero gracias por preguntar.

—No te asustes, era una pregunta hipotética —Kincade bebió un trago de gaseosa y eructó discretamente.

Talbot cambió de opinión en lo de quedarse un día más. Estaba de mal humor. Harto de las provocaciones y la cara dura de Kincade. Notó un picor en la espalda, como un reflejo físico de su estado de agitación mental. No tenía ganas de seguir más tiempo sentado en el coche, aunque comprendía las circunstancias excepcionales que lo habían llevado hasta allí. Le daría una hora más, y volvería a casa. La situación se le estaba yendo de las manos. Era ridículo. Por qué tenía exponerse a...

—Eh. Ahí está —dijo Kincade en voz baja.

Talbot miró hacia la puerta del edificio. Vio a Anny salir y echar a andar por la acera. Llevaba una gabardina corta, de color crema, gafas de sol y una de esas gorras de plato de las fuerzas aéreas que tanto gustaban a los cantantes de música folk, calada por debajo de las cejas. Nadie la habría reconocido, pensó.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—¿Hacemos? Tú la sigues. Mi trabajo ha terminado, tío.

Talbot salió del coche, sintiéndose un poco idiota, y siguió a Anny a una distancia prudente. Anny se paró en un parque descuidado y casi sin hierba donde unos niños jugaban en los columpios y en una especie de rueda que daba vueltas. Había un estanque lleno de basura flotando. Siguió adelante y giró en una calle. Talbot se fijó en el nombre: *rue* de la Colonie. Se veían varias tiendas: una carnicería, una zapatería, un supermercado y, en la esquina, una cafetería grande, con un toldo sucio de color marrón chocolate y mesas y sillas en la acera. Café Couderc, se llamaba. Anny encontró una mesa en la terraza y le hizo señas al camarero. Talbot se detuvo y se quedó detrás de ella para que no lo viera, otra vez con la sensación de estar haciendo el ridículo. Y el ridículo empezaba a dar paso rápidamente a la rabia. Era un productor de cine respetado y andaba persiguiendo a su protagonista, de incógnito en París, que había firmado un contrato con YSK Films y estaba poniendo en peligro el trabajo y el sustento de todos, por no hablar del arte que intentaban crear. El cine le había puesto en situaciones ridículas y estúpidas, pero esta se llevaba la palma. Era hora de aclarar las cosas de una vez por todas.

Anny levantó la vista del café cuando un hombre se sentó delante de ella.

—Hola, Anny —dijo con cordialidad.

Anny lo miró, consciente de estar poniendo una cara de asombro de dibujos animados. La última persona con la que esperaba encontrarse estaba sentada enfrente de ella: Talbot Kydd, su productor.

—Hola, Talbot.

Se fijó en que llevaba un traje gris oscuro, con camisa azul clara y corbata fina de color granate estampada con escudos pequeños, y el pelo blanco peinado hacia atrás como dos alas tiesas a cada lado de la calva brillante. Iba elegante y bien vestido, como de costumbre, pensó Anny; tenía un aire casi señorial. Podía pasar por un embajador retirado o el director de un museo importante, un experto en arte, o un banquero rico, o un conde distinguido, un miembro de la pequeña nobleza.

—¿Cómo narices me has encontrado? —preguntó por fin—. No me lo creo.

—Ha sido un viaje trepidante —contestó Talbot, con su acento tenso y engolado—, pero aquí estoy —señaló el café y la calle—. En el quinto pino de París. ¿Qué está pasando, Anny? Hoy tenías que estar en Brighton, rodando la escena de tu boda en secreto con Troy. No aquí.

Anny notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Ya lo sé —murmuró—. Sé que tendría que estar allí. Siento mucho que haya pasado esto.

—Oye —Talbot le habló en un tono más firme—. Podemos solucionarlo todo. Tenemos abogados, tenemos influencia. No has hecho nada grave.

—Lo sé, pero esto no tiene nada que ver conmigo. Esto es por Cornell, por lo que hizo y lo que representa. Quieren arrastrarlo por el fango y a mí

con él —hizo una pausa—. Tengo que tomar postura. Tengo que denunciar lo que me está pasando, esta caza de brujas.

—No. Tienes que hacer tu trabajo. Ese que se te da tan bien.

—No, Jacques lo está organizando todo. Vamos a dar una rueda de prensa, aquí en París. Ya ha avisado a todos sus amigos en los medios de comunicación. Vamos a desenmascarar a esos cabrones. A contar al mundo cómo actúan el Estado y el FBI en Estados Unidos. Soy inocente. Estoy metida en este lío sin ser culpable de nada y quieren destruirme —se dio cuenta de que estaba jadeando y procuró tranquilizarse.

Vio que Talbot apretaba los labios y sopesaba la situación.

—No creo que dar una rueda de prensa sea una idea prudente —señaló con amabilidad—. Es una confrontación pública en toda regla. Los estás invitando a que te ataquen.

—Parece ser que ya están aquí, en París: el FBI y la CIA. Han estado acosando a Jacques. Ha tenido que llamar a su abogado. Quieren hundirme, Talbot. Tenemos que responder al fuego con fuego.

—Está bien, está bien. Discutamos las opciones —propuso Talbot.

Le ofreció un cigarrillo y Anny lo aceptó. Le dio fuego antes de encender el suyo.

—Hay otro modo de ver este problema —dijo con paciencia— y a lo mejor no lo has pensado. Has firmado un contrato y te hemos pagado mucho dinero para que aparezcas en nuestra película. Y ahora te fugas. La película no ha terminado.

—No es culpa mía.

Talbot sonrió, esta vez con tristeza, pensó Anny.

—Si no terminas la película, Anny, la verdad pura y dura es que no volverás a trabajar en el mundo del cine. Se te verá como un riesgo demasiado grande. Nadie estará dispuesto a asegurar una película en la que tú trabajes y, como bien sabes, no se puede empezar una película sin un seguro: una «garantía», lo llaman. Creo que no has pensado en esto. Lo mejor que puedes hacer con diferencia es volver, volver conmigo, y resolveremos el problema de tu exmarido con el FBI. Podemos decir que te amenazó, que amenazó con matarte si no le dabas el dinero. Tenías miedo... —hizo una pausa para dar una calada—. Pero si no vuelves, será... —se

interrumpió de nuevo, pensando qué decir—. Será un escándalo en nuestro mezquino mundillo. Un escándalo descomunal del que nadie se olvidará nunca. De ti tampoco.

Anny estaba desconcertada. No había considerado esta posibilidad y vio que se asustaba por momentos. ¿Dónde se había metido Jacques? Había dicho que la apoyaría. Sintió el familiar aleteo del pajarillo del pánico encerrado en la caja torácica.

—Lo siento, señor Kydd... Talbot. Lo siento por ti, por la película, por Troy, pero no puedo volver. Sería peligroso. Intentarán encerrarme en prisión, lo sé. El único sitio en el que estoy segura es aquí, en Francia. Aquí no pueden detenerme.

—Te equivocas si tomas esa decisión, Anny.

—¡Qué novedad! —Se echó a reír—. Siempre me equivoco al tomar decisiones. Soy especialista. Es lo que mejor se me da. Cagarla.

Todavía riéndose para sus adentros, algo sorprendida por la agudeza de su observación, apagó el cigarrillo.

—¿Qué tiene tanta gracia? —dijo una voz.

De pronto vio que Jacques estaba delante y la miraba con rabia. Talbot volvió la cabeza. Se levantó. Dos hombres altos enfrentados.

—¿Qué cojones está haciendo aquí? —preguntó Jacques.

—Tratando de convencer a Anny de que vuelva conmigo.

—¿Para que la metan en la cárcel en Estados Unidos?

—No iré a la cárcel, idiota. Lo resolveremos todo y podrá terminar la película que se comprometió a hacer con nosotros.

—¿Por esa mierda de película... está dispuesto a ponerla en peligro? ¿Por eso es capaz de entregarla al FBI?

—Nadie va a poner en peligro a nadie, *monsieur* Duhameldeb...

Y entonces Anny vio que Jacques estampaba un puñetazo en la cara de Talbot, fuerte, sin previo aviso... Lo derribó de un solo golpe. Talbot cayó con un grito ahogado de asombro, se llevó la mano a la boca y se quedó en la acera despatarrado. Movié violentamente la cabeza e intentó levantarse, pero Jacques se lo impidió con un empujón.

—*Putain d'Anglais* —le lanzó un escupitajo—. El café de Anny lo pagas tú. Cárgalo en la cuenta de tu película de mierda.

Cogió a Anny de la mano y se la llevó bruscamente, a grandes zancadas.

Anny miró un momento por encima del hombro. Vio que la gente ayudaba a levantarse a Talbot, que tenía sangre en la boca. Le dio vergüenza. ¿Por qué le había pegado Jacques? Talbot era una buena persona. Solo intentaba ayudarla, a su manera.

Jacques le tiró de la mano, y Anny apretó el paso para no quedarse atrás.

OceanofPDF.com

Huida

OceanofPDF.com

1

El río Ouse no tenía tanta profundidad como la primera vez que estuvo allí, o eso le pareció a Elfrida. Entonces se acordó de que el caudal oscilaba con las mareas, aquí en Rodmell, y razonó que la marea estaba baja, o bajando, o había terminado de bajar y estaba empezando a subir. De todos modos había agua suficiente para sus fines. Echó un vistazo alrededor. Habría sido mejor que hiciera un día gris y con llovizna intermitente, quizá —la falacia patética siempre le había parecido un recurso literario subestimado—, más acorde con lo que estaba a punto de ocurrir. Pero hacía calor, corría la brisa y se veían grandes lagunas de cielo azul entre las nubes, como islas que flotaban hacia el este. Un día de verano casi perfecto.

Elfrida había comprado un bastón en una ferretería, uno de roble fuerte, con una contera de metal en la punta que estaba resultando muy útil para levantar las piedras grandes incrustadas en la turba de la orilla. El abrigo de piel olía un poco a moho, pero le había costado solo una libra, en un mercadillo de iglesia, así que no podía quejarse. No tenía sentido comprar un abrigo más caro. Lo importante eran los símbolos: el bastón, el abrigo de piel y las botas de agua. Solamente le faltaba una piedra de buen tamaño que pudiera guardar en un bolsillo.

Se alejó de la orilla del río y echó a andar por el prado sin levantar la vista del suelo, buscando piedras. Vio una, más o menos del tamaño de una empanadilla de Cornualles, y la desenterró con la punta de hierro del bastón. La frotó entre las palmas de las manos para limpiarla. Calculó que pesaría un kilo o kilo y medio, y dio por hecho que era del mismo tamaño —aproximadamente— que la que se echó al bolsillo Virginia Woolf. Tenía que caber en un bolsillo. Siguiendo con los cálculos, mientras metía la piedra a presión en el bolsillo derecho del abrigo de piel, cayó en la cuenta de que tuvo que ser el abrigo empapado —no la piedra— lo que en realidad

hundió a Virginia; el abrigo empapado seguramente resultó mucho más eficaz. Qué curioso que nadie hubiera desarrollado esta teoría, pensó. Prueba a nadar con un abrigo de piel. Incluso para Virginia Woolf, la piedra era más bien un símbolo; un símbolo de que tenía la clara intención de acabar con su vida, de que no había sufrido un accidente, no se había resbalado y caído. La piedra no permitiría a nadie reescribir la historia de su vida cómodamente. Pobre mujer, loca y valiente.

Con la piedra ya guardada en el bolsillo, Elfrida volvió a la orilla sin ganas y se quedó mirando el río. ¿Saltaba? ¿O se sentaba en el terraplén y se arrastraba hasta hundirse? En cualquier caso, dejaría el bastón en la orilla a propósito, para indicar por dónde había entrado en el agua. Miró hacia el puente de Southease, aguas abajo, y pensó vagamente adónde iría a parar su cuerpo. En realidad le traía sin cuidado: estaba harta, hartísima. Su matrimonio era una puñetera farsa; no parecía capaz de escribir más que unas líneas de la novela que iba a redimirla, a borrar los años de silencio y a revivir su prestigio. A esto había que añadir que tenía en el brazo un nido de parásitos diminutos que se alimentaban de su piel. No podía más. Se alegró de que poniendo fin a su miserable existencia acabaría de paso con estos microbios asquerosos.

Metió la mano en el bolsillo izquierdo y sacó la petaca de vodka. Dio un trago demasiado largo y le entró un ataque de tos. Y encima era alcohólica: no podía olvidarse de eso. En resumidas cuentas, la inconsciencia sería una bendición. Entonces, como en respuesta a su tos, oyó una carcajada a lo lejos.

Miró río arriba, hacia Lewes, y vio a un grupo de excursionistas paseando por su orilla del río. Mierda. Justo cuando estaba decidida. Ahora tendría que esperar a que pasaran y, por supuesto, saludar con la cabeza, sonreír y decir: «Qué día tan bonito, ¿verdad?».

Cuando estaban más cerca vio que todas eran mujeres —cinco mujeres—, pero a la cabeza iba un hombre con pantalones cortos de color caqui, una mochila y un libro en la mano.

Elfrida se apoyó en el bastón y se quedó mirando el río, como perdida en una ensoñación. A lo mejor así pasaban de largo, sin interrumpir su trance. Haría como si no los viera.

Las voces alegres se oían cada vez más cerca. Cerró los ojos. «Por favor, seguid vuestro camino. Ignoradme, dejadme en paz».

—¡Madre mía! —Era la voz del hombre—. ¡Qué increíble coincidencia!

Elfrida dio media vuelta, tuvo la sensación de que el hombre en pantalones cortos le sonaba de algo y lo reconoció definitivamente por la barba de Abraham Lincoln, entre canosa y rubia. Maitland Bole, mira tú por dónde. Casi le entraron ganas de llorar.

Bole detuvo al grupo y se acercó a ella.

—Sí, qué coincidencia —asintió Elfrida mientras se daban la mano, intentando esbozar una sonrisa—. Estaba investigando un poco.

Bole señaló el abrigo de piel.

—¿Metiéndose en el personaje, eh?

—No quiero entretenerlo.

—Venimos andando desde Charleston —explicó Bole—. Lo llamamos el paseo de Vanessa a Virginia. Vamos a subir hasta Monk's House por la iglesia y ya está. Es hora de una jarra de cerveza espumosa en el Abergavenny... Para mí no, claro. Es bienvenida, si quiere acompañarnos —Bole bajó la voz—. Verá, estas visitas guiadas son un negocio secundario. *Du Côté de Chez Virginia Woolf*. Cada vez es más popular.

—En otro momento, a lo mejor —dijo Elfrida con un hilo de voz.

Bole se volvió hacia su grupo de mujeres. Elfrida vio que eran casi todas de mediana edad, con cazadoras y calzado de andar. Tres de ellas llevaban pañuelos de colores en la cabeza, una un sombrero de paja, y la quinta —la única joven— parecía japonesa. Todas miraban con curiosidad a la mujer parada en la orilla del Ouse con un abrigo de piel y botas de agua en pleno verano, pensó Elfrida, con razón.

—Señoras —dijo Bole, levantando la voz—. Esto es un encuentro extraordinario. Estamos haciendo la ruta de Charleston a Monk's House, la última casa en la que vivió Virginia Woolf, y ¿a quién nos encontramos en el camino sino a la *nueva* Virginia Woolf? La novelista Elfrida Wing.

A una de las mujeres se le escapó una exclamación de reconocimiento, y las demás aplaudieron, como si todo fuera un golpe de efecto preparado por Bole. Elfrida tenía ganas de abrirle la cabeza con el bastón. ¡Qué

hombre tan ridículo! Pero logró sonreír y levantar la mano para confirmar la identificación.

—Dejaremos a la señorita Wing con sus meditaciones literarias y empezaremos a contar los días que faltan para la publicación de su novela.

Bole se volvió hacia Elfrida, sonriendo.

—Avíseme si necesita más información. ¡Vamos, señoras!

Se alejó con su grupo por los prados —todas se despidieron con cortesía y la chica japonesa con una inclinación— hacia la iglesia de San Pedro.

Elfrida se sacó la piedra del bolsillo y la lanzó al río. Bole lo había estropeado todo, todo. El muy idiota, ¿por qué la había identificado? Él y sus mujeres ahora eran testigos. ¿Cómo iba a ahogarse después del encuentro? ¿Cómo iba a meterse en el río, igual que Virginia, la afortunada Virginia, que fue capaz de morir sin que nadie la viera? La muerte de Elfrida Wing se haría famosa. La policía interrogaría a Bole y a sus excursionistas, que la habían visto preparándose para morir. «Ah, sí, llevaba un abrigo de piel. ¡Qué raro! Creímos que era una inteligente ocurrencia del señor Bole». «No, nos pareció muy simpática; no sospechamos para nada que estuviera a punto de hacer eso». «¡Qué lástima! ¡Pobre mujer!» Ahora era absurdo, pensó Elfrida. Había salido todo mal. Mal, mal, mal. Sacó la petaca y bebió varios tragos de vodka con un estremecimiento, asaltada por una amarga decepción. ¿Y ahora qué? Se sentía abandonada, desesperada, inconsolable...

Alejó la petaca de los labios. Desesperada. Doctora Ingham... ¿Qué le había dicho la doctora Ingham? «Si se ve desesperada, recuerde que aquí me tiene. Hay otras alternativas». ¿Qué otras alternativas?, pensó, mientras echaba a andar hacia Rodmell por los prados, con la hierba alrededor en los tobillos. Arrojó el bastón llena de ira. ¿Y ahora qué se suponía que tenía que hacer con su inútil vida?

2

Talbot firmó el cheque de Kincade. Ahora que habían pasado un par de días la suma le pareció excesivamente generosa, teniendo en cuenta que la misión de París resultó ser un rotundo fracaso. Por otro lado, Kincade había sido meticuloso con las cuentas y había guardado los recibos. Además, Talbot había aceptado doblar los honorarios, y Kincade le avisó siempre que tuvo que hacer un gasto extra —el disfraz de editor americano o el coche de alquiler—, así que no podía quejarse. A pesar de todo, el rencor persistía, aunque quizá no tuviera nada que ver con el dinero, pensó, sino más bien con el hombre de negro sentado delante de él: provocador, sarcástico, inquietante. Kincade lo sacaba de quicio.

Abanicó el cheque para que se secara la tinta y se lo dio a Kincade, que lo examinó a fondo, como si pudiera ser falso. Eso es, justamente, pensó Talbot. Siempre liándola como quien no quiere la cosa.

—¿Contento? ¿La cantidad está bien?

—Perfecto. Lo hemos hecho lo mejor posible, señor Kydd. Lo único que siento es no haber estado allí cuando ese cabrón de Soldat le dio un puñetazo. ¿Qué tal va el labio?

Talbot se palpó con aire pensativo la costra abultada en el labio inferior. Soldat se lo había partido con el puño, y ahora tenía una raja fea, negra y dura, casi en el centro.

—Bien, gracias.

—No, gracias a ti, señor Kydd. Ha sido una lección, sinceramente. La verdad es que me he enamorado un poco de París. Volveré pronto, eso seguro —se levantó—. Creo que hemos hecho un buen equipo. Tú el cerebro y yo los músculos, por así decir. Tú ideabas la estrategia y yo la ejecutaba.

—Sí, bueno, puede ser.

—Kydd y Kincade —se echó a reír—. Suena como el título de una de tus películas.

—Muy gracioso.

—Si alguna vez necesitas mi ayuda ya sabes dónde encontrarme.

—No lo dudaré.

Kincade ya estaba en la puerta cuando se detuvo y miró fijamente a Talbot.

—En serio, señor Kydd, si me permite un consejo... Creo que debería...

—No necesito ningún consejo tuyo.

—Yo creo que sí. Lo que te pasa es que no aceptas que...

—Un placer trabajar con usted, señor Kincade.

—Sí... Sí. Vale. Ya nos veremos un día de estos en el Icebox.

Sonrió, salió y cerró la puerta despacio. Ken Kincade... Talbot vio que ya no era capaz de conseguir el estado de ánimo que buscaba. Kincade había resultado ciertamente valioso las dos veces que lo contrató. No era culpa de Kincade que a Talbot lo alterara y fastidiara un poco su presencia. La confianza y el desenfado de Kincade eran lo opuesto a su naturaleza reservada y hermética, y Talbot lo sabía. ¿Cómo se decía en francés? Kincade se encontraba *bien dans sa peau*, a gusto en su piel, de una manera en la que Talbot no creía que pudiera llegar a sentirse nunca. Y entonces se preguntó qué «consejo» quería darle Kincade. Podía haber sido interesante. Demasiado tarde.

Miró el reloj. Reggie le había pedido que pasara por una localización en el campo. Parecía eufórico cuando hablaron por teléfono.

El coche de la unidad de rodaje lo llevó a las afueras de Brighton; según el chófer, a un pueblecito que se llamaba Tanyard Malling. Se desviaron en dirección a Lewes y continuaron por una carretera de un solo carril y llena de baches que parecía más una pista de carros que una vía secundaria. Por fin llegaron a un camino estrecho y cubierto de hayas, y Talbot vislumbró entre los árboles una iglesia antigua, pequeña y baja, rodeada por unas cuantas casas. Tanyard Malling era una aldea más que un pueblo, pensó. Se alejaron del camino por un campo segado donde los esperaba la habitual caravana de vehículos. El chófer aparcó y le abrió la puerta a Talbot.

—Están todos al lado de la iglesia, jefe —dijo.

Talbot echó a andar entre los rastrojos y siguió por un camino donde estaba aparcado el Mini amarillo de Ben y Emily. Al pasar por delante del coche vio que el parabrisas estaba destrozado, como si un cuerpo lo hubiera atravesado.

La iglesia —de piedra, con ventanas ojivales— parecía el centro de la actividad. Talbot vio a Troy sentado en el pórtico de madera, repasando el guion. A los pies del campanario achaparrado habían puesto un tablero sobre dos caballetes, y allí, para sorpresa de Talbot, estaba Janet Headstone, escribiendo a máquina. En todos sus años como productor nunca había visto a un guionista en el plató, y mucho menos escribiendo. Iba a acercarse a saludarla cuando Reggie lo asaltó. Parecía de un humor espléndido. Por fin algo iba bien.

—Talbot, me alegro de verte. Tienes que ver esto por ti mismo para que lo entiendas —señaló a Janet—. Esa tía es la hostia, es un genio. Hemos resuelto el problema. Ya no necesitamos a la zorra excéntrica de Anny Viklund. A Janet se le ha ocurrido una idea maravillosa.

—Tranquilo, Reggie. Cuéntamelo despacio.

Volvieron por el camino hasta el Mini accidentado, y Talbot puso toda su atención en el torrente de palabras con que se explicaba Reggie.

—La última escena que tenemos de Anny y Troy juntos es cuando están debajo del muelle, ¿no? Vuelven a verse después de que ella huyera, se perdiera y todo eso. En un plano general oímos a Troy en *off*, diciendo: «Te espero en la iglesia de San Salvador. Tengo que darte una cosa».

—Sí. Te sigo.

—Entonces pasamos a un plano de Troy... de Ben... esperando a la puerta de la iglesia —Reggie señaló hacia la torre de Tanyard Malling—. Eso es San Salvador. Troy abre un estuche de terciopelo en el que hay una alianza de oro. Va a pedirle a Emily que se case con él.

—Sí, lo entiendo. ¿Pero no sería un anillo de compromiso? ¿Un diamante?

—Necesitamos una alianza de oro. El símbolo sencillo del círculo.

—Bien. Lo que tú quieras.

—Janet se acordó de que habíamos grabado muchas tomas del Mini amarillo por carreteras rurales. Y dijo: «¿Por qué no las usamos?».

—¿Y eso que tiene que ver con la proposición de Troy?

—Suponemos —explicó Reggie— que Emily viene en el Mini hacia San Salvador, donde Ben la está esperando.

Reggie gesticuló con las manos.

—Hacemos una toma, una toma larga del Mini circulando bastante deprisa por un camino de baches. Lo vemos coger una curva. Lo perdemos de vista. ¡BUM! ¿Sigues conmigo?

—Sí, Reggie.

—Ben oye el golpetazo desde la iglesia. ¡Un accidente! ¡No! Echa a correr por el camino y ve el coche estrellado contra un árbol, con el parabrisas reventado, y a Emily tirada en el centro de la carretera. Muerta.

—¿Muerta?

—¿No es brillante?

—Has dicho que no necesitábamos a Anny.

—Usaremos a su doble. Boca abajo.

—Ah. Vale. Sigue.

—Ben se queda paralizado, destrozado. No se puede creer que el cruel destino haya matado a la mujer que estaba a punto de convertirse en su prometida justo cuando estaba a punto de recibir su proposición de matrimonio. Enloquecido de dolor, arrastra el cuerpo de Emily, lo mete en el coche y prueba el motor. Arranca.

—¿Y entonces qué?

—Este es el golpe genial de Janet.

—Ilústrame.

—Troy va en el coche a Beachy Head.

—Entiendo —el escepticismo de Talbot empezaba a disminuir. Por fin veía la lógica.

—Entonces pasamos a un plano del interior del coche en Beachy Head —explicó Reggie—: Ben al volante y el cuerpo de Emily desmadejado a su lado. Van derechos hacia el borde del acantilado... Cada vez más deprisa —Reggie hizo una pausa—. Tenemos que grabar esa escena este lunes, por cierto, después del fin de semana.

—Y a Emily no se le ve la cara, claro.

—No. Está como doblada. Ben está llorando, histérico. El coche va lanzado hacia el borde del acantilado. Y aquí viene el tercer golpe maestro de Janet —Reggie hizo una mueca de alegría desmedida y apretó los puños—. Ben... Troy... Mira el cuerpo de Emily y dice: «No te preocupes, Emily. Estaremos siempre juntos. Tenemos nuestra escalera a la luna». Y el Mini amarillo salta por el acantilado. Desaparece. Empieza la música. No hay un solo ojo seco en el cine.

Talbot se quedó pensativo. Podía funcionar, sí.

—Y —añadió Reggie— desde tu punto de vista de productor, la película habrá terminado en tiempo y forma. A lo mejor hay que hacer algún retoque pero, sinceramente, hemos rodado kilómetros de película mientras esperábamos a que la puñetera Anny volviera de su excursión a París. Tenemos nuestra película, Talbot. Y el título ahora tiene sentido.

Reggie siguió cotorreando, hablando de posibles interpretaciones. ¿Era fantasía? ¿De verdad había una escalera a la luna? ¿Iban los enamorados a una especie de hipotético cielo lunar? ¿O era un simple acto de suicidio provocado por un dolor y una pérdida insoportables? Suave o rugoso. Bingo. Empezó a soltar nombres: Adorno, Freud y la Escuela de Frankfurt, pero Talbot dejó de escucharlo y se puso a pensar en la logística. De una cosa estaba seguro: el inmenso problema de la desaparición de Anny Viklund, aparentemente insuperable, se había resuelto de un plumazo.

Talbot y Reggie volvieron despacio a la iglesia, discutiendo algunos detalles prácticos del rodaje del salto del coche desde el acantilado de Beachy Head.

—¿Qué te ha pasado en el labio, por cierto?

—Un puñetazo de un filósofo francés.

—No, en serio. ¿Qué te ha pasado?

—Me di con una puerta.

—Deberías tener más cuidado, Talbot.

Reggie dijo que quería lanzar el Mini por el acantilado y estrellarlo en el mar literalmente. Sería caro pero valdría la pena, argumentó. Talbot aceptó sin dudarle. El nuevo final le estaba ahorrando un montón de dinero. Un Mini destrozado no tenía la menor importancia. Estaba a punto de ir a

felicitar a Janet cuando vio que Troy le hacía señas desde el pórtico. Se acercó a él.

—¿La encontraste, Talbot?

—Sí... Pero no quiso venir.

Troy tensó la mandíbula y consiguió no perder la compostura mientras recibía las malas noticias.

—Tiene demasiado miedo de que la detengan —dijo—. En Francia está segura. Allí se siente segura. Por lo visto es casi imposible que la extraditen desde Francia.

Entonces Talbot vio que a Troy se le llenaban los ojos de lágrimas y se le formaba un hoyuelo en la barbilla. Al verlo tan triste, Talbot se acordó de la acusación de Soldat sobre Anny y Troy... Puede que hubiera algo de verdad.

—¡Joder! —protestó Troy con voz ronca—. ¡Qué puto lío! —Blandió las páginas nuevas del guion—. Eso lo explica todo. Ya podéis terminar la película sin ella.

—Sí. La necesidad agudiza el ingenio.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que no teníamos elección. Le rogué que viniera, le prometí que nuestros abogados se ocuparían de resolverlo todo. Y no quiso.

—Todo es por ese puto vejestorio francés, ¿no? Soldado, o como se llame. La tiene dominada.

—Parece que lo está organizando todo —asintió Talbot, y decidió no decir nada de la rueda de prensa.

Troy suspiró, relajó los hombros, echó la cabeza hacia atrás y volvió la vista al cielo. Miró de nuevo a Talbot.

—¿Qué te ha pasado en el labio?

—Me resbalé al salir del baño.

OceanofPDF.com

3

—¿Somerset? —preguntó Elfrida—. Creo que nunca he estado en Somerset. En la vida. ¡Qué raro!

—No está tan lejos como parece —dijo la doctora Ingham—. Bath está en Somerset.

—En Bath sí he estado.

—Pues este sitio está cerca de Taunton. A unas tres horas en tren, aunque parece otro mundo. Yo creo que le sentaría de maravilla. Creo que sería su salvación.

—Cree que necesito que me salven, ¿no?

—Yo diría que sí.

—Bueno, seguro que cualquier cosa es mejor que mi situación actual. Pero tiene que dejar de beber —dijo la doctora Ingham con sensatez.

—¿Cuánto ha bebido hoy?

—¡Por favor! He tomado un vaso de vino blanco con la comida.

—Hasta eso es demasiado —le reprochó la doctora Ingham, señalándola con el dedo.

Era curioso, pensó Elfrida, lo deprisa que había cambiado su opinión de la doctora Ingham. Del resentimiento y la hostilidad en plena ebullición a una especie de cordialidad pasiva y obediencia fácil. Quería confiarle su futuro —su vida— a esta mujer irlandesa tan fuerte, tan práctica, tan sensata. Tan... Solo había una palabra para definirla: *agradable*.

—Puedo organizarlo todo en cuestión de unos días... Digamos que para mediados de la semana que viene. ¿Será suficiente para poner en orden sus asuntos?

—Sí, seguro —contestó Elfrida inmediatamente, sin pensar, con ganas de dejar atrás cuanto antes la desesperada «Solución del Ouse», como había

empezado a llamarla, y poner en marcha esta otra. Tenía un plan y un objetivo y eso era importantísimo—. ¿Cómo puede organizarlo tan deprisa?

—Porque ya he hecho los trámites un par de veces y sé lo que tengo que hacer. Además, mi hermana es la encargada de... De las visitas. Así las llaman. «Visitas». No es una condena a cadena perpetua.

—Ah, tiene contactos.

—Contactos familiares. Mejor todavía.

La doctora Ingham la acompañó hasta la puerta.

—Ya sabe que no es gratis —le recordó—. Doy por hecho que tiene fondos suficientes.

—Sí, sí, tengo... o tendré... mucho dinero —dijo Elfrida, con confianza, esbozando mentalmente otro plan.

La doctora Ingham le apretó el brazo y Elfrida, para su propio asombro, le dio un beso en la mejilla espontáneamente.

—Gracias —dijo—. Creo que puede haberme salvado la vida.

—Esto es solo el comienzo de un proceso. No hay que dramatizar.

—Claro —Elfrida se quedó callada un momento—. Esas pastillas que me ha dado —dijo— ¿matarán a los bichos que tengo el brazo?

—Sí. En veinticuatro horas. La llamaré para darle más detalles sobre su estancia. No haga más equipaje del necesario para un par de días. Allí no necesitará muchas cosas.

OceanofPDF.com

4

Anny se paró delante de la puerta, temerosa. Sabía que el FBI y la CIA ya se habían enterado de que estaba en casa de Alphonse, según le había dicho Jacques. Estaban vigilando el edificio. Pero Jacques también le había explicado que no tenían jurisdicción para detenerla. Solo querían interrogarla, aunque la decisión era suya: podía negarse.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, Troy.

Abrió la puerta. Ahí estaba Troy, con su chaqueta de ante y sus vaqueros azules. Anny echó un vistazo al pasillo: no había nadie. Troy entró y Anny cerró la puerta con dos vueltas de llave.

Se besaron. Anny se acurrucó contra Troy, disfrutando de la fuerza con que le atenazaba la espalda.

—No me lo puedo creer —dijo Troy—. No me puedo creer que esté aquí, que seas tú.

—Soy yo. ¿Has visto a alguien fuera? ¿Vigilando la casa?

—No. He esperado veinte minutos, como me dijiste. No he visto a nadie.

—Bien. Puede que nadie te haya visto.

—¿Hablamos primero o vamos a la cama? —preguntó Troy.

—¿Tienes el dinero?

—Todo lo que he podido conseguir.

—Vale. Gracias. Vamos a la cama.

Después, Anny insistió en que se vistieran, ante la duda de que Alphonse pudiera volver por algún motivo.

—Puedo explicar por qué has venido, pero no por qué estás en mi cama, desnudo.

Troy no protestó. Anny pensó que parecía un poco cohibido, aunque en la cama había estado tan fogoso y divertido como siempre. Intentó no pensar en Jacques.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Te echo de menos. Así que la verdad es que no estoy bien. No.

—No podía hacer otra cosa. Si no me hubiera quedado en Francia ahora estaría en la cárcel.

—Talbot Kydd dijo que podía solucionarlo todo. Que no te pasaría nada.

—Talbot solo es un productor. Quiere terminar su película. No le intereso ni yo ni mi vida. Ni mi seguridad.

—Terminamos el lunes.

—¿Qué? ¿Cómo coño? ¿Cómo podéis terminar sin mí? —Se había tomado un Equanil mientras esperaba a Troy y le estaba costando concentrarse.

—Se les ha ocurrido una manera de acabar la película sin ti —y Troy le explicó detenidamente cómo era el nuevo final.

—O sea, me matan —murmuró—. Me muero —se acordó de su sueño y del pensamiento que tenía todos los días al despertarse. A lo mejor era eso lo que llevaba tiempo presintiendo: su muerte en la pantalla. No sabía por qué pero no la tranquilizó.

—Yo también me muero —dijo Troy—. Morimos juntos.

—Bueno, algo es algo —le acarició el dorso de la mano—. Bien.

—Y entonces subimos por nuestra escalera a la luna.

—¿Y eso qué significa?

—Lo que quieras, supongo. Rodrigo tiene unas diez explicaciones distintas.

—Es un tío bastante majo pero tiene muchas gilipolleces en la cabeza. Gilipolleces pretenciosas.

—Creo que se está tirando a la nueva guionista —dijo Troy.

—No me extrañaría. ¿Dónde está el dinero?

Troy se acercó a la silla en la que había colgado su chaqueta y buscó en el bolsillo. Le pasó a Anny un sobre gordo. Anny lo abrió: estaba lleno de

billetes, de libras. Había llamado a Troy al hotel, le había dicho dónde vivía y le había pedido que le llevara todo el dinero posible.

—¿Cuánto hay? —preguntó, señalando el fajo.

—Unas novecientas libras. Puedo darte más pero necesito que me avises con algo de tiempo.

Anny convirtió mentalmente las libras a dólares. Era más que suficiente. Le duraría hasta que pudiera encontrar el modo de acceder a su dinero en Estados Unidos. Volvió a guardar los billetes en el sobre y lo dejó encima de la mesa, a su lado.

—Te lo devolveré —dijo.

—No quiero que me lo devuelvas. Es un regalo.

—Te lo devolveré.

—Vale. Como quieras —Troy la levantó de la silla y la sentó en sus rodillas. La besó en el cuello y Anny le agarró del pelo en la nuca—. He escrito una canción que habla de ti. ¿Te apetece oírla?

—Claro.

—Se llama «Quien tú querías».

Se aclaró la voz y cantó, con su voz potente de tenor.

Sabía que nunca podría ser quien tú querías.

Sabía que nunca podría ser tu Don Perfecto.

Pero me has hechizado para siempre:

Mi corazón es de gominola, el tuyo es de antracita.

—Calla —dijo Anny—. No puedo seguir oyéndolo.

—Hay tres estrofas más.

—No puedo seguir oyéndolo. Me haces llorar.

—No te preocupes. Tengo la esperanza de que salga en la película. Dicen que la pondrán al final, con los títulos de crédito.

—¿Qué es antracita?

—Una especie de carbón. La mejor variedad de carbón duro. Arde con una llama azul y no produce humo. Encontré la palabra en un diccionario de rimas.

—Yo no tengo el corazón de carbón.

—¿Entonces por qué no vuelves conmigo?
—Tengo que quedarme aquí. Ya te lo he explicado.
—Con Jacques.
—Sí. Él me protege.
—Yo te protegeré.
—No puedo, Troy —volvió a besarlo, y él la abrazó.
—Vuelve —susurró Troy—. Vuelve conmigo.
—Volveré —contestó Anny—. Algún día.

OceanofPDF.com

5

Gary Hicksmith llegó con quince minutos de retraso. Talbot en parte se alegró mucho: así tuvo más tiempo para tranquilizarse. Estaba curiosamente nervioso, como si fuera a una reunión importante o como si estuviera a punto de conocer a un gran actor que quizá se dignara aparecer en la película que estaba produciendo. «Qué absurdo —se reprochó—. Haz el favor de mirarlo con un poco de perspectiva». El joven encargado de la empresa de andamios venía a disculparse y a reembolsarle el importe del cheque devuelto. Se ordenó tranquilizarse.

Sonó el timbre —en la puerta principal— y Talbot fue a abrir. Gary llevaba unos vaqueros negros y una cazadora gris carbón, con una camiseta roja debajo. Parecía limpio y recién afeitado, muy distinto del hombre al que Talbot había conocido en ropa de faena.

Talbot lo invitó a entrar y Gary sacó un billete de diez libras como reembolso; podía quedarse con el cambio, y Andamios Axelrod le pedía mil disculpas por las molestias.

—No tiene la menor importancia —dijo Talbot—. El caso es que ya está todo resuelto. Bien está lo que bien acaba.

—Cierto —asintió Gary, echando un vistazo al apartamento con sincera curiosidad—. Lo suyo está resuelto, señor Eastman, pero yo estoy hasta el cuello de problemas.

Talbot tuvo la sensación de que Gary necesitaba desahogarse. Lo miró con una sonrisa comprensiva. Gary: alto, delgado, limpio, con el pelo rizado y rubio oscuro por debajo de las orejas, las manos en los bolsillos, preocupado.

—Oye, ¿puedo invitarlo a tomar algo? Hay un bar agradable aquí cerca: el Swan. Las penas compartidas son menos penas, y esas cosas que se dicen.

Iban por la calle hacia el Swan, y Talbot dio un rodeo para pasar por el Alvis, se había dejado el talonario en la guantera. Abrió la puerta y lo recuperó mientras Gary daba una vuelta alrededor del coche, impresionado.

—Supongo que es suyo —dijo.

—Es un capricho. Me gusta mucho.

—Ya me imagino. Madre mía. Debe de costar un dineral.

—Sí, bastante —se rio Talbot—. Se fabrican muy pocos de este modelo.

—Un Alvis. ¡Caramba! Debe de costar miles.

—¿Vamos?

Continuaron hacia el bar, y Gary se volvió para admirar el coche por última vez antes de doblar la esquina.

El Swan era un bar de época, del siglo XVIII, o eso decían, que se regodeaba demasiado en su supuesta antigüedad, en opinión de Talbot: techos bajos, suelos de tablones desiguales y con manchas oscuras, mesas con bancos de madera y una puerta antigua entre el salón y el reservado, tan pequeña que había que agacharse para pasar. Detrás de la barra había docenas de jarras de peltre colgadas. Todo estaba impoluto y la cristalería reluciente. La venerable historia del local justificaba los precios caros de la cerveza, el alcohol y la comida, y se sobreentendía que uno no iba a un bar así si no tenía recursos económicos. La clientela era por tanto gente de clase media acomodada del norte de Londres y de mediana edad. En las paredes de roble había fotografías en sepia de jugadores de críquet famosos. El dueño era un tipo con fama de arrogante y engreído que se reservaba el derecho de admisión si no le gustaba la pinta de los clientes.

Talbot notó la incomodidad instantánea e instintiva de Gary al entrar en el bar, y buscaron una mesa lo más lejos posible de la barra. Gary pidió una pinta de cerveza; Talbot su habitual *gin-tonic*. Era sábado y casi la hora de comer. Solo se oía el suave rumor de la conversación y alguna carcajada de vez en cuando.

—Salud —dijo Talbot, levantando su vaso—. Gracias por venir. Y por el reembolso. Se lo agradezco mucho.

—No debería decirle esto, señor Eastman, pero le estoy pagando de mi bolsillo. Andamios Axelrod está al borde de la quiebra. Está en bancarrota.

Se explicó mejor. El señor Axelrod tenía problemas con el juego de toda la vida. Parecía que la empresa funcionaba, pero desde hacía aproximadamente un año se supo que en realidad solo iban trampeando, que estaban ahogados por las deudas. Habían licitado para proyectos grandes — edificios de oficinas, puentes, andamios voladizos, estructuras para trabajos pesados, cubiertas provisionales— muy por encima de su capacidad, y se vieron obligados a subcontratar y por tanto a reducir el margen de beneficios. Axelrod se había jugado los beneficios de la empresa. Y el Ayuntamiento de Camden Town había puesto el último clavo en un ataúd carcomido denunciando a la empresa.

—Es una pesadilla —dijo Gary—. Pero yo no quería que usted se viera perjudicado por el desastre de Axelrod. Le pido disculpas. Hemos causado daños en su casa y tenemos que pagarlos.

Talbot preguntó qué iba a pasar, qué pensaba hacer Gary.

—Bueno, sinceramente, me gustaría establecerme por mi cuenta. Puedo comprar las existencias y el material muy barato cuando todo se vaya al garete. Empezaría a pequeña escala: un camión y un patio donde guardar el metal —imitó un cartel rectangular con las manos—. Andamios Hicksmith. Aceptaría los trabajillos que los grandes no quieren. Encargos domésticos, pintura o apuntalamientos. Si lo haces bien ganas dinero, y rápido. Con eso compras un camión de plataforma, más tubos, abrazaderas y planchas. Luego contratas más gente. Puedes hacer trabajos más grandes y ganar más dinero.

—Ojalá que tenga suerte —dijo Talbot—. Parece muy lógico —estaba encantado mirando a Gary y oyéndolo hablar en voz baja, con intensidad y pasión—. ¿Qué piensa su mujer de todo esto?

—No estoy casado.

—Perdone. No sé por qué me había dado la impresión de que sí. ¿Su novia?

—Ahora mismo estoy solo. La última «relación»... no funcionó.

—Bueno, llega más lejos el que viaja solo.

—Sí, pero hace un mes que no me pagan. ¿Comprende? A ninguno de nosotros. Estamos todos pelados.

Talbot tuvo una idea; vio una oportunidad que surgía de la nada.

—¿Qué diría a cincuenta libras por una hora de trabajo?

—Diría que muchísimas gracias. ¿Cuándo empezamos?

—Sabe que soy fotógrafo —explicó Talbot, improvisando sobre la marcha—. Me llevo una comisión bastante buena.

Le sorprendió el ingenio y la elocuencia con que se inventaba una historia para Gary. Le habían hecho un encargo de una «revista de papel cuché» y tenía que retratar a londinenses. Podía ofrecer a sus modelos, sin distinción —taxistas, camareras, jueces del Supremo, enfermeras, políticos—, unos honorarios de cincuenta libras por posar para él—. También a los montadores de andamios, añadió.

—¿Me daría cincuenta libras por hacerme una foto? Acepto.

—No es una instantánea. Tendría que venir a mi estudio. Tardaremos alrededor de una hora... De ahí el pago por su tiempo.

—Estoy disponible, señor Eastman. Cincuenta libras son cincuenta libras.

—¿Qué hace... mañana por la tarde? —preguntó Talbot, intentando aparentar la mínima agitación posible.

—Nada que no pueda cambiar.

—¿Por qué no se pasa alrededor de las cuatro? Habremos terminado antes de que abran los bares.

Vio que Gary agrandaba la sonrisa pensando en su buena suerte.

—Entre por la puerta del jardín —añadió Talbot—. Ya sabe cuál es: la del callejón, donde nos conocimos.

—Entendido. ¿Tengo que ponerme elegante?

—No. Venga como viene hoy. Es su cara lo que me interesa.

—Allí estaré. A las cuatro en punto.

—Tiene una cara estupenda, Gary. Perfecta para el trabajo.

—¿Ah, sí? ¿Quién me lo iba a decir? Mucho mejor.

—¿Le apetece otra pinta?

—Pida usted, por mí no se preocupe. Por cierto, ¿qué le ha pasado en el labio?

—Estaba... jugando al *squash*. Me di con la raqueta en la boca.

—¡Ay!

6

Alphonse contó los billetes dos veces, con destreza, con la agilidad manual de un contable veterano, concentrado y parando de vez en cuando para humedecerse la yema del dedo medio. Daba la impresión de que no se podía creer lo que tenía en la mano: cinco mil francos; y otros cinco mil francos por su viejo Renault 4 azul marino de 1962. Anny le preguntó cuánto costaba su coche, y Alphonse dijo que tres mil francos. Anny le ofreció cinco mil si no le decía nada a Jacques hasta pasadas veinticuatro horas. Alphonse aceptó a la primera. Anny había notado que los hermanos no estaban demasiado unidos. El día anterior estuvo en el banco para cambiar las libras de Troy por francos. Calculaba que cinco mil francos eran unos mil dólares: aproximadamente la mitad del dinero que le había dado Troy. El coche era el mayor gasto, pero le permitiría viajar de incógnito y llegar sana y salva a España, donde podría vivir con poco dinero. En ese momento era esencial disponer de un coche propio: era lo más importante. Así no tenía que depender de nadie.

Estaban al lado del Renault, en el garaje del edificio.

—¿Para qué necesitas un coche? —preguntó Alphonse.

—Es mejor que no lo sepas. Lo necesito. Necesito un coche propio.

—Vale. Claro —se encogió de hombros y le dio las llaves—. ¿Necesitas hacer un seguro? Tengo un amigo que te puede ayudar.

—No. No me hace falta. Estoy asegurada para conducir cualquier coche.

—¿Cómo es eso?

—Es una póliza americana —mintió.

Abrió la puerta trasera y dejó la bolsa de viaje encima del asiento. Estaba lista para marcharse.

—¿Te vas ya?

—Sí.

—Tu amigo americano dijo que volvería mañana.

—No es mi amigo.

—Dijo que era tu amigo.

—Es un espía americano. *Espion*.

—Le diré: «No, ella no está aquí».

—Muy bien. Gracias, Alphonse. Me voy. Dile a Jacques que lo llamaré.

—¿Adónde vas?

—A Ámsterdam.

Estrechó la mano de Alphonse y volvió a darle las gracias antes de ponerse al volante. Se asustó al ver que la palanca de cambios iba montada en el salpicadero. Alphonse tardó cinco minutos en explicarle cómo funcionaba el sistema: tirando y empujando. Anny arrancó el motor, metió la marcha y salió por la rampa del garaje despacio. Se guió por instinto y fue siguiendo los carteles que indicaban la salida de París. Paró en la primera gasolinera que encontró, llenó el depósito y compró un mapa grande y detallado de Francia.

Decidió su ruta hacia el sur: Orleans, Tours, Poitiers, Angulema, Burdeos. Desde Burdeos podía llegar a España en un par de horas. San Sebastián, Bilbao, Pamplona... Cualquiera de las tres ciudades estaría bien para esconderse y hacer planes.

Planes. Jacques había convocado a la prensa para el día siguiente, en una gran sala de conciertos del centro de París. Dijo que asistirían todos los medios franceses. Y algunos americanos. Habría docenas de periodistas; su historia sería un bombazo, le aseguró. La noticia daría la vuelta al mundo.

—Y tú, la actriz Anny Viklund, eres la víctima de esta trama. Eres el objetivo del FBI. No se atreverán a extraditarte cuando lo hayamos contado. Una causa célebre: es lo que siempre da mejor resultado.

Jacques estaba muy enardecido, casi como si el centro de atención fuera él, como si le hubieran pedido comparecer ante la prensa mundial para defenderse. Ni siquiera le había preguntado si quería hacer eso, pensó Anny, que estaba cada vez más asustada, y fue entonces cuando le entró el pánico. El plan era exclusivamente de Jacques. Esto le hizo ver que tenía que fugarse de nuevo.

Lo primero era estar sola; después deshacerse del FBI y por último hacer llamadas. Pero ¿a quién? Necesitaba consejo. Troy siempre le enviaría dinero si le hacía falta más. Estaría más segura por su cuenta y escondida. Ahora necesitaba a Troy, no a Jacques.

En la salida de Tours paró en un hipermercado, un Carrefour, y compró una manta de tela escocesa, una almohada, varios paquetes de galletas y unas botellas de agua. Consiguió llegar a Poitiers sin cansarse. Aparcó en una calle secundaria, cerca de un colegio, bloqueó las puertas del Renault y se acomodó para pasar la noche en el asiento trasero con su manta y su almohada. Durmió mal, despertándose aproximadamente cada media hora, y en cuanto amaneció volvió a ponerse en camino: dirección Angulema. El Renault no era un coche rápido pero funcionaba bien. En realidad, Anny no tenía ninguna prisa; lo mismo le daba llegar a España en dos días que en cinco. Lo importante era que nadie en el mundo supiera dónde estaba.

OceanofPDF.com

—Ahí es donde se alojan las visitas —explicó la hermana Lamorna mientras cruzaba con Elfrida el césped trasero del convento hacia un edificio construido alrededor de un patio—. Antiguamente eran los establos, pero los convertimos en apartamentos —sonrió—. Todos tienen un dormitorio y un cuarto de baño con ducha. Las comidas las hará con nosotras.

El convento de San Judas y San Simón el Zelote era una casa de campo remodelada, bastante grande, con la fachada de sillares de piedra y cuatro columnas en el pórtico. Al edificio original se había añadido un ala con buhardillas y ventanas simétricas. A un lado, y separada del convento, había una capilla bastante fea, de estilo gótico victoriano, de ladrillo jaspeado entre gris carbón y naranja quemado. La casa contaba con un terreno generoso, de unas ochenta hectáreas, rodeado por una tapia alta de piedra seca. No estaba lejos de Taunton. Elfrida había ido en tren hasta Taunton, y en taxi desde la estación hasta el convento en cuestión de veinte minutos. Sin embargo, la impresión que tuvo al cruzar las verjas y pasar por delante de la portería fue de aislamiento casi absoluto. Una arboleda de robles y castaños altos ocultaba buena parte de los alrededores, y, al pararse en el patio delantero de gravilla, delante de la entrada porticada, Elfrida solo vio un par de granjas a lo lejos. La Inglaterra más profunda y más oscura, pensó. Perfecto. Era un día de brisa, fresco, y el sol asomaba muy de vez en cuando. La extensa masa forestal que rodeaba la finca se encogía y agitaba al paso de las ráfagas de viento; casi parecía un ser vivo, inquieto, pensó Elfrida, como enormes gigantes arbóreos con ganas de ponerse en movimiento.

Pasó con la hermana Lamorna por debajo de un arco y entró en el patio del establo, donde había aparcados varios vehículos de granja y la mitad de

los edificios parecían transformados en talleres con funciones diversas. De uno de ellos llegaba el ruido escueto y seco de un martillo contra el metal. A ambos lados, separadas a intervalos regulares, vio una hilera de puertas grises numeradas del uno al seis.

La hermana Lamorna abrió la puerta número dos y Elfrida entró en una habitación blanca, desnuda, con el suelo de linóleo marrón. Había una cama de hierro, una silla de madera y una cómoda pintada de blanco. De la pared colgaba un pequeño crucifijo de ébano. Una puerta comunicaba con el pulcro cuarto de baño de azulejos, con ducha. El alojamiento parecía un cruce entre celda y habitación de hospital, pensó Elfrida. Se volvió hacia la hermana Lamorna y sonrió.

—Es exactamente lo que esperaba.

Aunque la hermana Lamorna y la doctora Ingham eran hermanas, apenas se parecían. Lamorna era larguirucha y tenía la cara redonda, no la atractiva dureza de Sarah Ingham, como tallada con cincel.

—¿Cuántas «visitas» hay? —preguntó Elfrida.

—Ahora mismo otras dos. Rara vez estamos al completo. Esto no es para todos los gustos.

Elfrida miró de nuevo el dormitorio pequeño y sobrio. Este sería su mundo a partir de ahora, por cien libras al mes.

—Parece ideal —dijo.

—Vamos a hacer los trámites administrativos —propuso la hermana Lamorna—. Puede que sea un buen momento para que conozca a la madre superiora.

La madre superiora, la reverenda madre Matilda, resultó ser una mujer diminuta y doblada como una viuda. La osteoporosis la tenía agarrotada, pensó Elfrida, pero no parecía que la incomodidad de la postura la afectase lo más mínimo. Tenía unos ojos vivos y alegres y llevaba unas gafas redondas de montura metálica. Vestía igual que la hermana Lamorna, con la túnica verde bosque de la congregación de los zelotes y un cinturón, pero llevaba una toca por debajo de la cofia blanca y un velo que le cubría los hombros encorvados.

Repasaron los pocos formalismos necesarios para las «visitas». Elfrida llevaría una túnica verde, con un delantal y un pañuelo de su elección en la

cabeza, siempre y cuando no fuera demasiado llamativo; el pañuelo indicaba que no era una novicia. Podía deambular con libertad por cualquier punto de la finca, incluso ir a Taunton si le apetecía (eso sí, siempre vestida con la túnica del convento), y podía elegir cualquier trabajo manual por el que sintiera inclinación, en la cocina, en los huertos, en los talleres o en la granja.

—¿Tengo que ir a misa? —preguntó.

—¡No, por Dios! —exclamó la reverenda Matilda—. No estamos aquí para convertirla... Y no queremos paganos en nuestra capilla —la ocurrencia le hizo gracia, y a la hermana Lamorna también. Se rieron las dos, cubriéndose la boca con la mano—. Si quiere rezar, por supuesto es más que bienvenida.

Elfrida comería con las monjas cuando comieran ellas (en una mesa aparte) y, si era fumadora, podía fumar en su habitación.

—No está aquí prisionera —dijo la reverenda Matilda—. Está hospedada. Está de «visita». Y como todas las visitas, si quiere usted marcharse no se lo impediremos.

Elfrida pensó que era un permiso muy sabio. La redención —física y mental— de las visitas no era responsabilidad de la institución, como lo habría sido en un hospital o en una clínica de desintoxicación; aquí era únicamente asunto suyo, para eso pagaba, y, si daba resultado, todo habría sido fruto de su esfuerzo. Las monjas se limitaban a ofrecer un ambiente seguro y que facilitara la redención... de ser posible.

—¿Cómo quiere llamarse? ¿Hermana Elfrida? Llamamos «hermana» a todas nuestras visitas.

—Me gustaría que me llamen hermana Jennifer, por favor —dijo Elfrida.

—Hermana Jennifer, entonces.

La hermana Lamorna la llevó a un despacho, que llamaban la tesorería, donde Elfrida rellenó y firmó los formularios, además de una orden de domiciliación bancaria mensual por su alojamiento. Terminado el papeleo volvieron a la puerta principal, donde el taxi seguía esperando.

—Muchos recuerdos a Sarah —dijo la hermana Lamorna—. ¿La verá pronto?

—Sí —dijo Elfrida—. Tengo que hablar con ella. Resolveré mis asuntos en Londres y volveré la semana que viene.

—Magnífico. Denos un telefonazo y tendremos lista su habitación.

Elfrida dijo adiós y subió al taxi. Se alejaron por la corta entrada de coches y cruzaron las verjas entre las dos porterías gemelas. Cinco minutos después Elfrida pidió al taxista que parase. Estaban en la cima de un cerro, con una buena vista del valle largo y ancho a sus pies, y el convento enclavado con su parque y sus tierras de cultivo. Recorrió con la mirada la modesta inclinación y los declives del valle —sus riscos, barrancos, collados y hondonadas— al que la mano de los seres humanos había dado algo semejante a una forma, a una cuadrícula de caminos y setos, sometiendo el azar de la naturaleza a un orden tan sencillo y amable. Bosques más grandes cubrían las laderas donde el terreno se hacía más escarpado y ya no podía ararse —la agricultura daba paso a los páramos y afloramientos rocosos—, y detrás de las cumbres de los montes que cercaban el valle, muy lejos, como un friso borroso, se adivinaban más montes envueltos en una neblina violeta. Elfrida no se había formado aún una idea clara del entorno. Estos montes y bosques tenían nombres antiguos, como las granjas y las aldeas que veía, y pronto los habría aprendido, pero de momento, en su inocente ignorancia, se sintió abrazada por una visión perfecta de la campiña inglesa, inmersa en su historia y sus ciclos estacionales.

Y, mientras contemplaba el paisaje y el convento que iba a convertirse en su hogar, Elfrida tuvo una vivencia extraña, casi espiritual. Sintió una especie de exorcismo, como si Elfrida Wing, novelista, la nueva Virginia Wolf, abandonara su estado material y su cuerpo pasara a alojar a otra persona: la hermana Jennifer. Fue un «inorcismo», pensó, si es que existía la palabra. Tuvo la convicción profunda —y una convicción profunda era en realidad la única certeza posible en la vida— de que todo saldría bien.

Los focos estaban en su sitio, proyectando un potente chorro de luz, y también la tarima con su pantalla de vinilo al fondo —granulada, de color «blanco antiguo»—, desplegada entre los dos ventanales, con las contraventanas de madera cerradas. Había un taburete para que Gary se sentara. Talbot comprobó el encuadre a través del visor de la Rolleiflex antes de montar el pentaprisma para corregir la inversión lateral de la cámara. Ya solo quedaba esperar a su modelo.

Se sirvió un poco de *whisky* con soda para tranquilizarse. Tenía en la cabeza la estúpida canción de moda —el parque, la tarta, la lluvia, la cobertura de azúcar verde derritiéndose y la puñetera receta perdida— y una frase en especial se repetía como en bucle en un magnetofón. «Planchado por la fiebre ardiente del amor como unos pantalones de *rayás*». Talbot nunca se acordaba de la música pop; para él era como el ruido del tráfico o de los aviones que pasaban por el cielo, pero esta canción lo tenía obsesionado. A lo mejor era por esa frase en concreto, como sacada de un poema metafísico de pacotilla, con su absurda acentuación del atributo gramatical y, no tuvo más remedio que reconocerlo, su particular asociación con el día en que conoció a Gary Hicksmith. Había salido a comprar una botella de leche y unas galletas, por si a Gary le apetecía una taza de té. Fue a la tienda de comestibles de Meadowbank que al parecer estaba abierta veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y resultó que la canción, la canción de su verano de 1968, estaba tintineando en un transistor al lado de la caja registradora, persiguiéndolo con su agobiante estribillo plañidero. El parque, la tarta, la lluvia, la cobertura de azúcar verde derritiéndose. Y los pantalones de *rayás*, por supuesto, planchados por la fiebre ardiente del amor.

Oyó el timbre de la puerta del jardín y fue corriendo a recibir a Gary. Abrió la puerta, atenuando su sonrisa de bienvenida con la intención de dar a la situación un aire más profesional y desinteresado, no el de un amante que llega a un encuentro amoroso con la respiración entrecortada.

—Pasa, Gary, pasa —dijo, y de pronto quiso que Gary no se llamara Gary sino Tim o Sam. «Idiota —pensó—, esnob: ten cuidado».

Gary llevaba la misma ropa del día anterior: vaqueros claros y cazadora, pero se había cambiado la camiseta roja por una blanca.

—¿Está bien la ropa, señor Eastman?

—Perfecta. Pero no haremos nada hasta que empieces a tutearme.

—Muy bien, Talbot.

Entraron y subieron las escaleras hasta la sala principal. Talbot, que iba delante, vio que Gary se quedaba impresionado por los focos y la evidente profesionalidad del escenario. Le ofreció algo de beber —¿té, vino tinto, *whisky*?— y Gary aceptó «un vino tinto, gracias, Talbot».

Talbot le dio un sobre con un cheque por importe de cincuenta libras.

—Esto por tu tiempo. La comisión.

—Ah, estupendo. Gracias —Gary dobló el sobre y se lo guardó rápidamente en un bolsillo sin mirarlo.

El intercambio de dinero alteró ligeramente el ambiente, pensó Talbot, enfadado por habérselo dado tan pronto, como si la transacción restara informalidad a la ocasión. Fue a buscar el vino —a lo mejor eso ayudaba— mientras Gary daba una vuelta, admirando la sala.

—Es un apartamento estupendo, señor... Talbot. Estupendo. Es... De muy buen gusto, no sé si me entiendes.

—Gracias. Me gustaría pasar más tiempo aquí.

Abrió el vino y sirvió dos vasos.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? ¿Fort Knox? —preguntó Gary—. Había visto la puerta de la galería con sus muchos cerrojos.

—Ahí es donde guardo las cámaras y las luces —dijo Talbot, pasándole el vaso de vino. Es un material caro. Vale miles de libras. Necesito saber que no corre peligro cuando no estoy aquí. Por esta casa pasa mucha gente.

—No me extraña —Gary sonrió—. Cuando algo vale tanta pasta hay que protegerlo.

—Eso es. ¿Empezamos?

Gary se sentó en el taburete y Talbot hizo el numerito de ajustar las luces meticulosamente, girar los soportes un par de centímetros a un lado y a otro, y aumentar o reducir la luminosidad.

—Puedes quitarte la cazadora —dijo—. La camiseta está bien.

Gary se quitó la cazadora y Talbot la colgó en el respaldo de una silla. Entonces se colocó detrás de la Rollei, miró por el visor y mejoró el enfoque. Veía los rasgos fuertes y jóvenes de Gary en marcado claroscuro, listos para ser capturados. Una vena le latía claramente en el cuello, y la luz ensombrecía su trayectoria sinuosa a lo largo del músculo. Talbot sintió paradójicamente la cara inversa del antiguo temor de los pueblos primitivos: la convicción de que, al ser retratados, el maligno fotógrafo les robaba el alma con su aparato mágico. En este caso el modelo era inocente, ignorante y despreocupado. Era el fotógrafo el que robaba el alma deliberadamente. En unos momentos Talbot le robaría el alma a Gary Hicksmith, gracias al caro mecanismo capaz de detener el tiempo que tenía montado en su trípode, delante de él.

Vio que Gary estaba algo tenso, no estaba relajado.

—Piensa en otra cosa, Gary. Olvídate de la cámara. ¿Qué tal jugó el Arsenal ayer?

—No lo sé. La verdad es que no me interesa tanto el fútbol.

Clic. Talbot giró la película con la pequeña palanca de la Rollei. Te pillé.

—Entonces ¿qué hiciste el sábado por la tarde?

—Fui a pescar.

Clic.

—¿Pescaste algo?

—Un par de tencas. De un kilo.

—¿Te las cenaste?

Clic.

—Hay que devolverlas al agua.

Clic.

—¿De verdad? Parece injusto.

Talbot siguió con la cascada de preguntas, siempre banales, intercaladas por algún acertijo («¿Has pescado alguna vez con mosca seca?»). Esta hizo fruncir el ceño a Gary antes de responder. La cámara captó el momento, detuvo el tiempo: Gary Hicksmith quedó atrapado allí para siempre. Talbot terminó la película y la enrolló en el carrete.

—Vamos a hacer un descanso —propuso, y rellenó los vasos.

—Está riquísimo —dijo Gary, saboreando el vino—. En realidad no soy bebedor de vino.

—Es un borgoña —explicó Talbot—. Viene de un viñedo muy pequeño del este de Francia, en el valle del Saona. Son muy pocas hectáreas. Allí hacen este vino exquisito —sintió que se había puesto un poco pomposo—. Pero te puede emborrachar, si le das una oportunidad —eso también sonaba falso.

—Seguro que cuesta un dineral —asintió Gary, mirándolo al trasluz.

—Bien lo vale.

—Si puedes pagarlo...

—Claro.

—Me da que podrías enseñarme muchas cosas, Talbot —murmuró Gary con aire pensativo—. Dejé el colegio a los dieciséis años. Quería ganar un poco de dinero y empecé a trabajar en los andamios. Como mi padre. Y nada más.

—Aún tienes mucho tiempo, Gary. Eres joven.

—Sí. Pero no tengo estudios. Soy consciente. Quiero montar mi propio negocio y no sé nada, aparte de los andamios. Y de la pesca.

—Bueno, si puedo ayudarte en algo...

—Ya me has ayudado. Esas cincuenta libras que me has pagado serán mi depósito. He visto un patio pequeño en Muswell Hill. Andamios Hicksmith. En cierto modo ya estamos en marcha. En cuanto pueda comprarme un camión.

—¡Bravo! ¿Hacemos otra ronda?

Talbot repitió la operación y gastó otro rollo de película, convencido de que ya tenía lo que necesitaba. La cara de Gary, perfectamente iluminada, perfectamente revelada, estaría colgada en la galería en cuestión de uno o dos días.

Se alejó unos pasos de la cámara invadido por una sensación de serena alegría. ¿Estaba un poco ebrio? Puede que el borgoña y la penumbra, con Gary Hicksmith iluminado en el centro, lo estuvieran afectando un poco.

—Creo que ya lo tenemos, Gary. ¿Terminamos la botella?

Talbot cogió la botella de la mesa y, al dar un paso para acercarse a Gary, se enganchó la punta del zapato izquierdo con la esquina arrugada de la alfombra: tropezó, la botella se le escapó de los dedos y salió volando, y Talbot se estrelló contra el trípode de la cámara, cayó sobre una rodilla y se tiró de espaldas para romper la fuerza del impacto.

Notó que Gary saltaba del taburete y en un segundo estaba a su lado.

—¡Talbot! ¿Te has hecho daño? ¿Estás bien?

—Soy idiota. Sí, creo que sí.

Gary le tendió la mano y Talbot la cogió, entrelazando los pulgares para sujetarse mejor. Gary lo levantó entonces de un tirón, sin esfuerzo, y Talbot tuvo la sensación de salir despedido hacia delante al verse en pie de nuevo.

En ese medio segundo, se encontraron de repente muy cerca, con las caras a cuatro o cinco centímetros —Gary sorprendido, preocupado; Talbot resoplando—, y Gary lo agarró con fuerza del bíceps. Talbot se balanceó. Vio la cara de Gary grande y nítida. Muy cerca. Cerquísima. Fue casi como un abrazo, pecho con pecho, cogidos de la mano.

En ese momento, Talbot tuvo el impulso de besar a Gary. Se inclinó hacia delante. Gary retrocedió.

—¡Te está sangrando el labio! ¡Joder!

Talbot retrocedió, fingiendo que volvía a perder el equilibrio.

—¡Perdona! ¡Perdona!

Le goteaba sangre de la barbilla. Se llevó la mano a la boca y se miró las puntas de los dedos rojas, pringosas. Seguramente se había roto la costra del labio al caer.

—¡Joder! ¿Estás bien?

—Ha debido de abrirse con la caída. Lo siento.

Gary lo miraba con un gesto muy raro.

—¿Qué está pasando, Talbot?

—Déjame que vaya a por un trapo —dijo Talbot. Y fue corriendo a la cocina, metió un trapo de secar la vajilla debajo del grifo y se lo puso en la

boca. Cerró los ojos, intentando borrar lo que había estado a punto de hacer. Por alguna razón le vino a la cabeza una frase: «La osadía aterradora de un instante de abandono». ¿Por qué? ¿De qué canción, de qué poema? Uno, dos, tres. Volvió a la sala.

—Creo que a eso en el campo de fútbol lo llaman «topetazo» —dijo, forzando una sonrisa.

Gary seguía mirándolo con un gesto extraño. Talbot se dio unos toques en la herida abierta y miró el trapo que tenía en la mano, manchado de sangre.

—Mil disculpas, Gary. A lo mejor habrían tenido que darme algún punto en esa herida. ¡Qué putada!

Tuvo un recuerdo absurdo de Anny y Jacques Soldat, del puñetazo del filósofo. Del golpe responsable de esa costra. La costra que se había roto en el momento decisivo. ¿Qué vida era esa?, pensó. ¿En qué universo ocurría algo así?

—Disculpa, Gary —repitió—. Dios, *Sturm und Drang*. Tengo que estar atento a esa maldita alfombra.

—Sí, bueno, no ha pasado nada —dijo Gary en voz baja, metiendo las manos en los bolsillos, visiblemente incómodo—. Tú eres el que está sangrando. ¿Cómo te encuentras?

—Sobreviviré —dijo Talbot, casi con la sensación de estar oyendo pensar a Gary, rebobinando a toda velocidad los últimos momentos, tratando de entender lo que había estado a punto de ocurrir. Sigue hablando, sigue hablando, se ordenó—. Creo que necesito algo más fuerte que el vino —dijo con forzado ánimo—. Algo medicinal.

Se acercó a un armario y sacó la botella de *whisky* y dos vasos.

—Para mí no, gracias —dijo Gary.

Talbot sirvió el *whisky* despacio, alegrándose una vez más de tener algo que hacer mientras ponía en orden las ideas y preguntándose cuál sería el desenlace de aquella situación tan horrible, tan incómoda. ¿En qué estaría pensando? Osadía aterradora. Locura. Insensatez. Le escoció el labio al dar un trago de *whisky* mientras observaba a Gary, que paseaba despacio por la sala.

—Mucho mejor. Gracias, señor Glenlivet.

—La verdad es que, bien pensado, yo también tomaré uno —dijo Gary—. Si no te importa.

Talbot sirvió dos dedos de *whisky* en un vaso y se lo pasó.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Gary—. Una caída como esa puede dejarte aturdido.

—Estoy bien. No me he roto nada —Talbot se sentó en el brazo de una butaca—. ¡Qué drama!

—Casi tiras la cámara al salir volando. Se ha tambaleado... He llegado a sujetarla por los pelos.

—Eso sí que habría sido un desastre.

Gary, que seguía sin sentarse, muy pensativo, bebió un sorbo de *whisky*. Dejó el vaso con ruido, como si fuera a pronunciar un discurso o hacer un anuncio.

—Sí... —murmuró como si tomara una decisión—. Sí...

—¿Qué pasa? —preguntó Talbot, haciendo un esfuerzo por parecer neutral.

—La verdad, Talbot, es que justo en ese momento iba a pedirte algo. Justo en ese momento.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Un favor.

Talbot sonrió.

—Encantado de ayudarte.

—Es un favor de «dinero»...

—Ah —Talbot sintió que lo envolvía la tristeza. Se desinfló al recordar los constantes comentarios de Gary sobre el dinero en el poquísimo tiempo que habían pasado juntos, como si lo estuviera valorando, auditando. Un favor de dinero...

—No voy a marear la perdiz —dijo Gary sin rodeos, como tratando de apartar la vergüenza—. Iré al grano. Necesito doscientas libras. Es el precio de la señal de un camión de plataforma. He pensado que a lo mejor podrías prestármelas.

Talbot empezó a notar en el oído un murmullo de preocupación, como si la decepción adoptara la forma de un cosquilleo acústico. Procuró no hacerle caso. También le pareció detectar un cambio en el tono de voz de

Gary, que de repente se había vuelto más áspero, más grave, en cierto modo más insistente y controlador. ¿Era una señal de preocupación... nervios... o amenaza velada?

—Seguro que un banco te presta el dinero —dijo Talbot con naturalidad, lógicamente.

—Ya he pedido un préstamo al banco.

—Entiendo.

Se hizo un silencio que Talbot no tenía intención de romper. Fue Gary quien reanudó la conversación con la misma extraña aspereza.

—Si pudieras encontrar el modo de prestarme doscientas libras sería todo muy distinto. Te las devolveré con intereses, por supuesto. Pero necesito ese camión: no puedo empezar el negocio sin él.

—Es mucho dinero, Gary.

—Sí. Ya lo sé. Es mucho dinero para mí. Pero... sin ánimo de ofender... no lo es para ti.

A Talbot no le sentó bien la idea implícita. La suposición fácil y complaciente le dio un poco de rabia. Talbot «Eastman»: un hombre rico. Un hombre rico al que saquear. El zumbido en el oído se hizo más fuerte. No estaba aturdido por el vino ni por la descarga de adrenalina de la caída; sabía perfectamente qué estaba pasando. Se levantó.

—El caso es que quieres que te «preste» doscientas libras.

—Eso es. Te lo agradecería muchísimo. No conozco a nadie más a quien pueda pedírselo. Pareces buena persona. Has sido muy amable conmigo. Por eso pensé...

—Pensaste por qué no intentar presionarme para que te haga un préstamo.

Gary puso cara de sorpresa. Una sorpresa estudiada, pensó Talbot.

—¿Qué? ¿De «qué» presión me hablas? Es una simple petición.

—Es una simple petición pero me resulta curioso el *momento* que has elegido para hacerla. No va a funcionar.

—No entiendo qué quieres decir.

Talbot notó que se le tensaban los músculos de la cara. Le fue imposible conservar la sonrisa.

—Sé lo que está pasando, Gary. No soy tonto. Por favor, no me tomes por tonto. Sé leer entre líneas.

Gary levantó las manos.

—Oye. Por favor, Talbot. Es una petición muy sencilla. Puedes decir que sí o puedes decir que no. Punto final.

—Es todo lo contrario de sencilla. Está llena de matices desagradables. De «y sis» y de peros. De «o si no te vas a enterar». ¿Qué pasa si decido no prestarte el dinero? ¿Qué pasa entonces? Dime, ¿qué harías? ¿Eh? Etcétera, etcétera.

—¿Etcétera, qué? —Gary subió la voz—. ¿Qué insinúas?

—Que intentas sacar algo de la más absoluta nada. No va a funcionar. Lo siento.

—Hablas en chino, Talbot.

—Tradúcelo.

—¿Qué cojones estás diciendo?

Estaban frente a frente, a medio metro. Talbot notaba la tensión en el pecho, le faltaba el aire por culpa de la emoción concentrada a lo largo de un enfrentamiento que ni esperaba ni quería. Necesitaba oxígeno, estaba casi mareado. ¿Cómo se había metido en semejante situación? Viejo idiota, equivocado y patético.

—Creo que es mejor que te vayas —contestó, con la mayor serenidad y neutralidad posibles—. Tienes cincuenta libras. Te las has ganado. Te las prometí y no voy a anular el cheque.

—Sigo sin entender qué dices.

—Yo creo que sí lo entiendes.

—¿Es porque querías...?

Gary se quedó callado. Lo miró con aire de crispación, claramente molesto al comprender de repente las insinuaciones de Talbot. Entonces se sacó del bolsillo el sobre con el cheque. Lo rompió en dos y luego en cuatro. Y lanzó los pedazos al aire.

—Guárdate tu cochino dinero. No lo quiero —señaló a Talbot con un dedo tembloroso y la cara contraída y encogida de rabia—. Puto pirado. Puto bicho raro —y con esto cogió su chaqueta y se marchó.

Talbot por fin podía respirar. Tragó saliva. No; lo vio todo claro en un segundo. No; lo había interpretado todo mal, lo había hecho rematadamente mal, increíble y alucinantemente mal.

Fue hasta la ventana y forcejeó como un anciano con el cierre de las contraventanas, con tal temblor en las manos que apenas era capaz de ejecutar una operación tan elemental. Por fin las separó de mala manera y vio a Gary, que se acercaba a grandes zancadas por el césped hacia la puerta del jardín y la abría bruscamente.

Talbot golpeó varias veces el cristal. Lo aporreó con los nudillos.

—¡Gary! —gritó—. ¡Espera! ¡Por favor! ¡Espera un segundo!

Pero Gary no se volvió a mirar, y en un instante se había esfumado.

OceanofPDF.com

Fue después de salir de Angulema cuando Anny se fijó en el coche que la seguía. En realidad eran dos: uno negro y otro plateado. Se turnaban para no perderla de vista, a bastante distancia, con la esperanza de que no se diera cuenta. Se desvió de la Route Nationale y esperó una hora en un pueblo antes de reanudar el camino a Burdeos por la RN. Pero en veinte minutos los dos coches habían vuelto a aparecer en el retrovisor, alternativamente, a lo lejos, sin acercarse. El coche negro y el coche plateado.

Hizo lo posible por dominar el pánico, pensando que el cabronazo de Alphonse se lo había dicho a Jacques. Pero Jacques no habría avisado a la policía, no. Entonces tenía que ser el FBI o —¿cómo se llamaba en su versión francesa?— la Sûreté. Se acordaba de haber leído el nombre en algún guion. Pero ¿cómo se habían enterado? Habían ido al apartamento, sí, a casa de Alphonse. A lo mejor tenían pinchado el teléfono... y si oyeron la conversación entre Alphonse y Jacques no les habría resultado difícil seguir el rastro del coche: modelo, color y matrícula.

Anny se estaba mareando. ¿Cómo podían seguirla tan pronto? ¿Qué le harían si la atrapaban? No podían detenerla... En Francia era intocable. Y así, pensando, vio que lo que necesitaba era un abogado en Francia. Había confiado excesivamente en Jacques y —como le decía siempre su padre— la única persona en la que podía confiar de verdad era ella misma. Sí, decidió, en cuanto estuviera en España y a salvo llamaría a su abogado en Estados Unidos para pedirle que le buscara un abogado en París, o en Madrid, alguien que pudiera archivar el caso en Europa. Para eso necesitaba dinero, pero Troy se lo enviaría hasta que consiguiera desbloquear sus fondos. Era rica: tenía muchísimo dinero; el dinero no era un problema. El problema era la confianza. Confiaba en Troy —sabía que podía confiar en Troy— y le daba mucha pena pensarlo: únicamente en Troy.

Entonces vio un cartel que anunciaba el aeropuerto de Burdeos — Mérignac— y se le ocurrió una idea. Una buena idea, pensó. Dejar el Renault de Alphonse y alquilar un coche. Así ganarían más tiempo. Tarde o temprano se darían cuenta, pero para entonces ya habría cruzado la frontera española y estaría fuera de peligro mientras quisiera. Esperó a ver el siguiente cartel que indicaba la salida al aeropuerto de Burdeos y en el último momento salió de la Route Nationale con un viraje brusco y aceleró.

En el aeropuerto aparcó el Renault en el aparcamiento para estancias largas y fue andando hasta la sala de llegadas, donde estaban las empresas de alquiler de coches. Eligió una de las más pequeñas, S-O-L, Sud-Ouest-Locations, y alquiló un Simca 1000. Enseñó el pasaporte con cierto temor, pero la chica que atendía el mostrador no manifestó ninguna reacción al anotar sus datos. Le dieron las llaves, le indicaron dónde estaba aparcado el coche, y ya se marchaba, mucho más tranquila, cuando se acordó de que se había dejado el mapa de Francia en el Renault. Volvió corriendo al aparcamiento pero antes de acercarse al Renault vio dos hombres al lado del coche, mirando por las ventanillas, hablando y gesticulando. Los dos llevaban cazadora de cuero, eran jóvenes y tenían el pelo corto. Anny dio media vuelta sin esperar nada más, con un nudo en la garganta y sintiéndose de repente muy débil: casi pensó que iba a caerse, que no tenía fuerzas para tenerse en pie. ¿Qué podía hacer? Estaban más cerca de lo que suponía. Volvió a S-O-L, donde le dieron un mapa de la zona de Burdeos. Decidió quedarse un par de días allí, para ver si estando quieta, sin huir, conseguía despistarlos. Además, eso le daría tiempo de pensar y hacer planes. Cada vez le costaba más pensar con claridad. A lo mejor le convenía rebajar el Obetral...

El caso es que se quedó más de media hora sentada en el Simca, tratando de calmarse, obligándose a razonar con lógica. Lo primero que pensarían es que había cogido un avión. El coche abandonado en el aeropuerto lo insinuaría, y esa sería su primera comprobación: localizar a cualquier pasajera con el nombre de Anny Viklund. O quizá supusieran que había quedado con alguien, que iba a reunirse con un amigo, un cómplice... y ni siquiera se les ocurrió que hubiera alquilado un coche. Tragó con fuerza y luego intentó llenarse la boca de saliva. ¿Qué tenía que hacer?

Necesitaba tiempo. Quedarse quieta, sin moverse. Si no te mueves no pueden seguirte.

Se obligó a mirar el mapa y vio que había una punta de tierra larga y estrecha en la costa, cerca de Burdeos, en el extremo de una amplia bahía. Este saliente era un cabo, el Cap Ferret, y parecía poco poblado, con solo unos cuantos pueblos aquí y allá. O sea, era un rincón aislado y con una única carretera para entrar o salir. Siguiendo una especie de lógica inversa, pensó que a nadie se le ocurriría que una persona fugada escogiera deliberadamente como escondite un callejón sin salida. No. Eso los engañaría. Tal vez fuera el sitio ideal para esconderse, pensó, libre de persecuciones y de pánico. Tendría tiempo de decidir qué hacer; tiempo era lo que necesitaba, tiempo para elegir el momento de escabullirse y llegar a España, a la seguridad.

Caía la tarde cuando atravesó los pinares de Cap Ferret y llegó al primer pueblecito de la cadena que se extendía hasta la punta del cabo y el faro. Reconoció los nombres que había visto en el mapa: Le Petit Piquey, Piraillan, Le Canon y L'Herbe. Después de L'Herbe la carretera giraba al oeste, bordeando el cabo por la orilla atlántica. Aparcó en una zona de pícnic, bajó del coche, se estiró y echó a andar por un camino de arena entre el aroma de los pinos, hasta las dunas y el mar. Por alguna razón quería ver el mar.

Le sorprendió un poco encontrar unos barracones grandes, de hormigón gris, contruidos directamente entre las dunas, mirando hacia la inmensa playa. Eran fortines de la Segunda Guerra Mundial, sin armas y cubiertos de pintadas. Seguramente eran restos de la Muralla Atlántica de Hitler, recordó. A través de un sendero entre dos búnkeres llegó a la playa inmaculada y gigantesca. Contó los fortines que salpicaban la arena, mirando al norte y al sur, hasta donde alcanzaba la vista, algo amenazadores todavía, casi un cuarto de siglo después; recordatorios de la contienda, pensó, monumentos atroces y feos.

La marea estaba subiendo, y la espuma de las olas rotas se extendía cada vez más sobre la arena. El atardecer era templado y todavía quedaban familias y bañistas reacios a aceptar que el día tocaba a su fin. Había un pescador sentado en una silla de lona, con cuatro cañas plantadas en la

arena delante de él y los sedales hundidos más allá de la línea de las olas. Anny se acercó hasta la orilla, sintió el frescor de la brisa marina en la cara y le entraron unas ganas enormes de desnudarse y entregarse al revitalizante embate del mar. Se alejó de los últimos flecos de espuma, de las olas perezosas que alisaban la arena al derramarse a sus pies. No podía quedarse allí, sabía que necesitaba encontrar un lugar seguro donde dormir. ¡Joder! ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cómo podía estarle pasando una cosa así? Miró hacia el horizonte, donde el sol empezaba a ponerse envuelto en un resplandor de luz suave y dorada. Próxima parada: Estados Unidos de América, pensó Anny. Pero ¿conseguiría volver?

Paró en una tienda del propio pueblo de Cap Ferret a comprar más galletas, agua y dos paquetes de cigarrillos. Siguió hasta encontrarse con un puerto pequeño, con un robusto muelle de madera, del que salían los ferris. Había bastantes coches aparcados, y Anny pensó que un Simca no llamaría la atención. Vio los raíles de un ferrocarril de vía estrecha, y enseguida apareció en el muelle el pequeño convoy que trasladaba a los turistas y bañistas entre el *ferry* y las playas. Había mucha actividad: perfecto. Aparcó en un hueco entre un Peugeot y un Fiat 500. Esta sería su base de operaciones hasta que llegara el momento de irse a España.

Se quedó en el coche, fumando y comiendo galletas hasta que cayó la oscuridad. Se obligó a repasar las diversas posibilidades a su alcance, pero la llegada de la noche afectó a su estado de ánimo y su situación empezó a parecerle cada vez más angustiosa y desesperada. Opciones. Plan B. Plan C. ¿Debería volver a París, con Jacques? ¿Y la descabellada idea de la rueda de prensa? No sería capaz de enfrentarse a eso, lo sabía. A lo mejor simplemente tenía que entregarse y probar suerte. También podía pedirle a Troy que viniera a rescatarla y la llevase a Inglaterra. Sabía que Troy vendría si se lo pidiera. Pero ¿y los hombres que la estaban siguiendo? ¿Y los que se acercaron a mirar el Renault en el aeropuerto? ¿Quiénes eran y qué intenciones tenían? ¿Estaban lejos? ¿Qué le harían si llegaban a encontrarla...?

Anny salió del Simca. El calor del día se escapaba y de la orilla atlántica del cabo llegaba una brisa más fresca. Oía las bofetadas del agua en los pilotes del muelle al subir la marea, y un hilo de música alegre a lo lejos, en

algún bar del pueblo. De repente se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué hacer. Ni idea de adónde ir o a quién recurrir. ¿A Jacques? ¿A Troy?... No le funcionaba el cerebro. A lo mejor tenía que haber hecho caso a Talbot. Pero ya era demasiado tarde. Ojalá pudiera dar marcha atrás. Había sido un error ir a Cap Ferret: se encontraba en un callejón sin salida. Se había metido en un atolladero, esa era la realidad. Y ¿qué hace uno cuando se encuentra en un callejón sin salida? Entonces le vino a la cabeza una respuesta y decidió sopesarla. Le pareció lógica, y el reconocimiento le produjo una sensación de calma absoluta. En este caso, lo que iba a hacer estaba enteramente a su alcance y sería la solución a todos sus problemas. Se burlaría de los futuros potencialmente infelices que el destino le tenía reservados.

Volvió al coche y abrió el bolso de mano. En el neceser encontró sus pastillas: los tranquilizantes, las pastillas para dormir y las pastillas para adelgazar; el Equanil, el Seconal y el Obetral. Vació los botes en las rodillas y empezó meterse en la boca puñados de comprimidos que fue tragando con largos tragos de agua. Hecho esto, pasó al asiento trasero, echó el cerrojo a las puertas, se acostó y se envolvió con la manta escocesa. Se quedó quieta, parpadeando despacio en la oscuridad, contemplando el plan que ya estaba en marcha y sintiendo un alivio inmenso, abrumador. Todos sus problemas terminarían muy pronto. Sería como quedarse dormida, pensó. Al cabo de un rato, cuando ya empezaba a sentirse muy rara, a notar cómo se le escurría y se le escapaba la conciencia, cómo se deslizaba y se enredaba, le pareció oír un murmullo de voces. ¿Eran imaginaciones? ¿Estaba alucinando por culpa de las drogas? No, estaba segura de que había unos hombres al lado del coche, hablando en voz baja. Y entonces alguien intentó abrir la puerta. «Por favor, déjenme en paz —dijo en voz alta—. ¡Déjenme en paz!». Y se echó la manta por encima de la cabeza, cerrando el paso para siempre al mundo y su tumulto.

Una mañana de lunes normal y corriente a mediados de verano, pensó Talbot mientras iba por Great Marlborough Street a las oficinas de YSK. Lunes por la mañana y último día de rodaje de *La utilísima escalera a la luna de Emily Bracegirdle*. Ese día iban a filmar a Ben llorando en el coche, con el cadáver de Emily a su lado, en el asiento del pasajero; y luego, cuando ese rollo de película estuviera ya dentro de su lata, colocarían las tres cámaras para captar una única toma del Mini sin parabrisas, saltando desde el acantilado de Beachy Head. Incluso habían montado una cuarta cámara en un barco, a poca distancia de la costa, para registrar el momento en que el coche caía en el mar.

Talbot era consciente de que debería estar allí, pero esta mañana lo reclamaban asuntos más urgentes. Si todo iba bien —si todo salía tal como esperaba—, a lo mejor podía llegar a Beachy Head a tiempo de presenciar el lanzamiento del Mini hacia el mar azul a última hora de la tarde. Se detuvo en la puerta del edificio de YSK y encendió un cigarrillo para tranquilizarse. Aún seguía inquieto y alterado por los ecos del rotundo desastre del día anterior con Gary. Gary se largó y lo dejó sintiéndose... ¿cómo? Vulnerable y avergonzado era la respuesta, atónito de su estupidez y acuciado por una ansiedad pertinaz... No era tanto culpa como un arrepentimiento implacable y cruel. Tardaría en olvidar la cara de Gary mientras rompía el cheque de cincuenta libras. Había sido un castigo devastador, por no decir brutal. Sin embargo, una de las consecuencias del grotesco malentendido es que le había aclarado la visión de las cosas.

Más tarde, sentado en su galería con su *whisky*, después de que Gary se hubiera marchado, tratando de serenarse —ojeando los retratos de sus modelos, masculinos y femeninos, los rostros en sombra y los ingenuos desnudos clásicos—, Talbot estuvo horas reprochándose y maldiciéndose.

Se acordó de una vez que una persona inteligente —algún guionista o director de cine con el que estaba hablando— le dijo que todas las emociones que uno experimentaba en la edad adulta se quedaban muy cortas en comparación con sus equivalentes de la adolescencia. Deseo, añoranza, odio, venganza, amor, vergüenza, frustración, celos, anhelo, etcétera: ninguna emoción adulta conseguía igualar o acercarse siquiera a la intensidad de esas emociones que uno había experimentado de adolescente. Por eso, proseguía el argumento, los adultos siempre intentaban repetir ese nivel de experiencia, esa verdad emocional, porque ya tenían un patrón, una plantilla que recordaban con perfecta nitidez. Pero esa búsqueda era inútil, porque la experiencia original —la nítida, la sentida— siempre estaba fuera de su alcance, enterrada en las profundidades del pasado, irrecuperable. Y por culpa de eso se jodían la vida. A esta búsqueda inútil se aplicaban los hombres y las mujeres por igual, según aquella persona inteligente que ofrecía su argumento en defensa del espíritu adolescente, tan denostado por su egoísmo, su falta de lógica, sus enfados, sus torpezas y sus frustraciones. En este desplazamiento, en esta desconexión insalvable entre la adolescencia y la edad adulta, residían al parecer todos nuestros problemas personales, emocionales y sexuales.

Sí, desde luego, qué cierto, qué perspicaz, asintió Talbot irreflexivamente. Pero luego, pensándolo mejor, vio que discrepaba. En su caso, la adolescencia era una historia olvidada, como los etruscos o los neandertales. A él toda la intensidad emocional le había llegado en la vida adulta, después de enfrentarse con su naturaleza y aceptarla. Solo de adulto había experimentado y saboreado el auténtico deseo, la decepción abrasadora, la excitación sexual, el arrepentimiento persistente o el anhelo insatisfecho. El ardor y la inmediatez emocional de su vida adulta habían oscurecido y eclipsado lo que sentía y sufría como adolescente. Se preguntó por qué. Y se respondió que sus sentimientos adultos eran más sutiles, matizados y elaborados, en vez de toscos, vibrantes y confusos. Había dejado atrás esas fases incipientes del ser y ahora era más feliz.

De todos modos, al ver lo idiota que había sido con Gary Hicksmith, decidió no dejarse engañar, sobre todo por Yorgos Samsa. Ese domingo, reflexionando y analizando, reviviendo y avergonzándose, reprochándose y

castigándose hasta que ya caía la tarde, encogido, bebiendo un *whisky* detrás de otro, Talbot elaboró un plan que lo resolvería todo, o eso pensaba. Un plan que nadie imaginaría que Talbot Kydd fuera capaz de concebir.

Apagó el cigarrillo de un pisotón, tomó aire y echó un vistazo alrededor. Para su sorpresa, a unos veinte metros, vio aparcado un Rolls-Royce con número de matrícula 1 AP. Lo reconoció al instante como el Rolls de Jimmy Appleby. ¿Qué estaba haciendo allí? Daba igual. Había llegado el momento de actuar. Llamó al portero automático, le abrieron y entró.

Yorgos estaba más elegante de lo normal, observó Talbot, pensando si iría a algún acto que exigía un código de etiqueta especial. Llevaba uno de sus trajes de chaqueta cruzada y raya diplomática ancha, y una pajarita flexible, azul marino con lunares blancos. Daba la sensación de que se hubiera vestido deliberadamente para la ocasión. Tenía la piel hidratada y brillante, y olía a colonia cara. Parecía muy relajado, y Talbot confió en que no se le notaran los nervios. En los próximos minutos iba a necesitar grandes dosis de confianza para marcarse un farol.

Yorgos lo tenía todo listo. Tres contratos por duplicado de *El olor de las hojas cuando arden* estaban pulcramente puestos en fila al borde del escritorio, mirando a Talbot, y a mano había una pluma de plata.

—Sé lo que puedes pensar, Talbot —dijo Yorgos con su tranquilizadora voz de bajo—. Pero, créeme, es la única forma de asegurarnos los derechos, de protegernos del Estado. La empresa de Luxemburgo será la propietaria de los derechos y solo nosotros podemos desbloquearlos. De ese modo, si el Estado quisiera venderlos a un tercero, si nos demandara o intentara impedirnos hacer esa película, tenemos las manos limpias. No pueden hacernos nada.

«Solo tú puedes desbloquearlos», le corrigió Talbot mentalmente, sonriendo.

—Es muy ingenioso, Yorgos. A mí nunca se me habría ocurrido. ¿Dónde firmo?

—¿Se lo has explicado a John Saxonwood? Hay que levantar todas las piedras, por si acaso hubiera alguna trufa podrida.

—Claro. Está encantado. Lo entiende todo.

Yorgos pasó las páginas del contrato y señaló dónde tenía que firmar Talbot y en qué cláusulas poner sus iniciales. Talbot firmó, transmitiendo así su parte de los derechos cinematográficos de *Las hojas cuando arden* a FUMODOR, S. A. (Luxemburgo). Observó que bajo la expresión relajada de Yorgos aún se detectaban leves convulsiones de euforia interior.

—Entonces, esto significa que los derechos ya no son míos... nuestros. Teóricamente.

—Solo nominalmente. Oficialmente, legalmente, no son nuestros. Pero podemos recuperarlos cuando queramos... y ganar cantidades de dinero obscenas.

—Ah, sí, dinero.

—Piensa en lo que puedes hacer con todo ese dinero, Talbot. El dinero es la raíz de los buenos momentos al final del arcoíris.

Talbot sonrió.

—Me ha parecido ver el coche de Jimmy Appleby aparcado fuera. ¿Está aquí?

—¿Appleby? No. A lo mejor está de compras.

Hubo algo en la concisa negación de Yorgos y en su excusa tan fácil que hizo sospechar a Talbot. A veces la señal reveladora era precisamente la falta de curiosidad que suscitaban las preguntas. Nombrar a Appleby tendría que haber dado pie a algunos comentarios informales, una anécdota, un recuerdo, una opinión. Pero no. Yorgos no quería hablar de los Appleby. Talbot tuvo de pronto una visión convincente de la colaboración entre Samsa y los Appleby en la complicada maniobra de *Las hojas cuando arden*. Ya no era cosa suya: tenía su plan de fuga, al margen de quién más estuviera implicado.

—Sí, probablemente esté de compras en Oxford Street... Bueno, a propósito de dinero —dijo Talbot, procurando hablar con voz neutra y sin emoción—, creo que ha llegado el momento, Yorgos, de que compres mi parte de YSK Films. Quiero que compres mis acciones. Puedes quedarte con todas por un precio justo.

La sonrisa de Yorgos se atenuó y se evaporó en un instante. Frunció el ceño, pensando deprisa pero sin llegar a ninguna conclusión. Totalmente desprevenido, pensó Talbot. Esto no formaba parte del plan de Yorgos.

—¿Cómo? ¿Que te compre tu parte? ¿Estás loco, Talbot?

—No, estoy muy cuerdo.

—Acabas de firmar el contrato.

—Lo sé. Y sé lo que está pasando. Quiero que me compres el cuarenta y nueve por ciento de la empresa por doscientas mil libras —sonrió—. O te vas a enterar.

—Ha sido una jugada muy pero que muy inteligente, Talbot —señaló John Saxonwood con admiración, frotándose la mandíbula con aire pensativo—. Sí, rebosa astucia. Nunca me lo habría esperado de ti. Pero es muy arriesgada.

—Toda recompensa exige cierto riesgo.

—Pero este riesgo es imposible de cuantificar, de evaluar.

—No estoy seguro. En realidad no pensé que hubiera tanto riesgo. Si mi plan funciona es exclusivamente gracias a la extrañísima, curiosa y paranoica naturaleza de nuestro oficio —dijo Talbot—. Si es que es digno de llamarse oficio.

—Me sorprende un poco que no lo consultaras conmigo antes.

—Si lo hubiera consultado me lo habrías prohibido.

—Cierto. Pero bien está lo que bien acaba.

Talbot se había explicado con bastante detalle. Si hay algo que la industria del cine aborrece, detesta y desprecia por encima de todo, le recordó a John Saxonwood, es pleitear: la más vaga amenaza, el más leve tufillo a litigio de un proyecto es anatema. Sabía exactamente lo que hacía al permitir que Yorgos lo engañara. Yorgos y sus socios sin voz ni voto contaban ahora con un activo valiosísimo, como eran los derechos cinematográficos de *El olor de las hojas cuando arden*, pero los derechos perderían su valor —o lo verían drásticamente mermado— ante la más mínima mancha de escándalo. La amenaza de Talbot había sido muy sencilla, según le explicó a John Saxonwood, y Yorgos supo entenderla y sopesarla en cuestión de segundos. Tenía una opción muy clara: comprar la parte de Talbot al precio señalado —sin negociación posible—, o de lo contrario Talbot lo demandaría.

—Pero firmaste el puto contrato —dijo Saxonwood, desconcertado—. Habías perdido la capacidad de presionar.

—Y, paradójicamente, eso me dio más poder. El «fraude» de Yorgos estaba impreso, plasmado en jerga legal —añadió—. ¿Por qué si no se bombardean las películas de éxito con acusaciones de plagio? —Era una pregunta retórica—. Porque los demandantes saben que, en lugar de ir a los tribunales y poner en peligro el proyecto o la viabilidad de la película que recibe el ataque, los estudios, los productores, pagarán para quitarse el problema de encima.

—O sea, mi «te vas a enterar» era una amenaza de querella descomunal. A cañonazo limpio: la ley inglesa en todo su esplendor.

—¿Y qué? Habías firmado.

—Da igual. Eso es lo bueno. Recuerda que Yorgos me estaba engañando de verdad. Mi querella habría jodido definitivamente la posibilidad de hacer una película con *Las hojas cuando arden*. Ninguna financiera invertiría en un proyecto, de cualquier tipo, que está pendiente de una querella importante, ni siquiera de una querella medio cocinada o una que el juzgado pueda archivar. Mucho menos de una querella interpuesta por un socio de la productora. Veneno puro y letal. Y Yorgos lo sabía. Podría costarme un año, incluso dos... Pero recurriría cualquier sentencia desfavorable para mí. Yorgos también lo sabía: *sabía* que lo tenía bien pillado. Todo el sector del cine se enteraría de que Yorgos Samsa se enfrentaba a una denuncia por fraude puesta por su socio. La «mancha» del escándalo. Muy malas noticias para YSK Films y FUMODOR, S. A.

—Me quito el sombrero, Talbot. De todos modos, tienes unos nervios de acero. ¡La hostia!

—Por precaución, como seguridad adicional, amenacé con retirar mi nombre como productor de *Escalera a la luna*. Eso también haría sonar las señales de alarma. Olería mal. Y le advertí que, si yo retiraba mi nombre de la película, André Marvel, el guionista original, haría lo mismo. Otro problema. El mal olor se vuelve más nocivo. Con tanto humo, el sector no tardaría en preguntarse dónde está el fuego.

—El olor de las hojas cuando arden —dijo Saxonwood.

—Exacto.

—Tienes razón. Es un sector raro.

—Por eso la opción más sencilla para Yorgos, la solución más fácil, era comprarme mi parte. Fin del problema. De un plumazo. Asunto resuelto. Talbot desaparecería para siempre. Yorgos lo sabía. Tardó unos diez segundos en aceptar —se encogió de hombros—. Estoy convencido de que los Appleby están detrás de todo esto, conchabados con Yorgos. Quieren meterse en el negocio del cine, pero solo con gente que piense como ellos. Y yo no encajo en esa descripción, como se encargaron de dejarme bien claro el otro día —hizo una pausa—. Yorgos y los Appleby hicieron una tarta con la versión de *Las hojas* de FUMODOR, S. A. y decidieron no compartirla conmigo. Lo que no sabían era que yo tenía la receta. De todos modos, no me apetecía, no quería quedarme con ninguna parte de la tarta —sonrió—. Y entonces se me ocurrió el plan, esta manera de tener mi propia tarta y comérmela, aunque sin tarta, no sé si me entiendes —vio que John parecía confundido—. Habrás oído esa canción tan boba que suena en todas partes —dijo Talbot, pensando que eso podía ayudar—. La de la tarta verde que se derrite con la lluvia en el parque.

—¿Te encuentras bien, Talbot?

—Mejor que nunca. Creo que ahora entiendo lo que quiere decir. La canción, digo.

—Me he perdido, amigo.

—De todos modos ha sido un precio justo. No demasiado por encima de lo habitual. No le pedí un millón. Eso habría sido codicia.

—¿Cuánto dices que fue?

—Doscientas mil libras.

—Con eso podrías tirar unos añitos.

—Eso pensé. A lo mejor me sumo al club de los ricos ociosos por una temporada. Me dedico a vivir de las rentas. Podría llegar a acostumbrarme.

—¿Qué te hizo tomar la decisión?

Talbot no sabía hasta dónde contarle a John. Optó por dar una explicación vaga.

—Este fin de semana tuve una experiencia que me removi6 bastante. Me ha quitado una venda de los ojos, ¿sabes?, y me ha hecho reconsiderar

mis prioridades. Me ha hecho reconsiderar la dirección por la que estaba transcurriendo mi vida.

—Ya me lo contarás con más detalle algún día.

—Seguro, no te preocupes.

—¿Brindamos por tus tendencias maquiavélicas?

—Sí, por favor. Que sea grande.

OceanofPDF.com

11

La guardaba en una balda, al lado de la cama, como recuerdo de su vida anterior —de la persona que era antes—: una botella vacía de vinagre blanco de Sarson. A veces desenroscaba el tapón y olisqueaba, aunque sabía que el vodka no tenía olor y por tanto no habría dejado ningún rastro, pero se hacía la ilusión de que quizá pudiera inhalar un átomo, una molécula. Sería un *souvenir* diminuto, un recordatorio de su vida como Elfrida Wing, novelista.

Se había adaptado a su nueva vida como la hermana Jennifer con una facilidad asombrosa, o eso creía. Se sentía —aunque despreciaba las connotaciones religiosas— como si hubiera renacido. Redescubrió el talento que tenía de pequeña para coser y pasaba muchas horas en la sala de costura del convento, arreglando las túnicas y los delantales de las monjas. Empezó a hacer mejores delantales con un diseño propio, de lino grueso y con más bolsillos, que tuvieron mucho éxito. Hasta arregló la toca de la madre superiora. También redescubrió las propiedades tonificantes y reparadoras del trabajo manual pesado. Recogía manzanas y otras frutas en el huerto, barría las hojas del césped y los senderos, y ayudaba a reparar las grietas en la cerca de piedra seca que rodeaba los terrenos. Dejó de leer libros, periódicos y revistas. Nunca veía la televisión ni escuchaba la radio. Las noticias del mundo exterior le llegaban de oídas, de segunda o tercera mano. Se acostaba cansada y dormía bien. Si tenía un rato libre, simplemente buscaba a una de las monjas veteranas y le pedía una tarea: sacar brillo al bronce en la capilla, mecanografiar cartas en la secretaría, cambiar la rueda de la vieja Vauxhall Vellox de la madre superiora. Los días pasaban en apacible orden, sin interrupciones, felices.

Solamente una persona sabía dónde estaba, su amiga, la abogada Jessica Fairfield. Elfrida le había dado plenos poderes de representación, y Jessica

ya se estaba ocupando de tramitar el divorcio de Reggie y la venta de la casa del valle de Health, un dinero con el que Elfrida esperaba poder quedarse de «visita» en San Judas y San Simón el Zelote todo el tiempo que quisiera: a lo mejor para siempre. Reggie, según le dijo Jessica, se lo había tomado sorprendentemente bien; apenas se había quejado o protestado. A Elfrida no le extrañó: seguro que Janet Headstone ocupaba cada vez más espacio en su vida. Elfrida hizo jurar a Jessica la máxima discreción, a pesar de que su amiga le recordó que no era necesario, que estaba plenamente protegida por el secreto profesional entre abogado y cliente. «El derecho se te concede a ti, cariño —le había dicho Jessica—, no a mí. Solo tú puedes renunciar a él».

Aparte de Jessica, nadie más en el mundo sabía dónde estaba...

Cuando se acostaba en su cama estrecha, por las noches, este era el pensamiento en el que se apoyaba. A todos los efectos, Elfrida Wing había desaparecido de la faz de la tierra. ¡Qué maravilla! El concepto le resultaba totalmente liberador. La asombró darse cuenta de que volvía a ser feliz.

OceanofPDF.com

Aún quedaban vestigios de su vida anterior, pensó Talbot, mientras hojeaba el semanario *Variety* en la mesa del desayuno para ponerse al día de las noticias de la industria del cine, nacional e internacional. Habían pasado casi cuatro semanas desde el enfrentamiento con Yorgos y tres desde que le abonaron las doscientas mil libras en el banco y renunció formalmente a su parte de la empresa YSK Films Ltd. Seguía siendo el productor titular de *Escalera a la luna* y, de vez en cuando recibía llamadas, llegaban documentos que firmar o le pedían que pasara por la oficina de postproducción en el Soho, en Frith Street, donde estaban preparando el futuro lanzamiento de la película. Hasta Janet Headstone le había enviado una copia del nuevo borrador de *Torbellino*. Bebió un sorbo de té y pasó la página. No echaba de menos su vida anterior, eso tenía que reconocerlo. Miró a Naomi, que estaba sentada enfrente de él, haciendo el crucigrama del *Times*: para poner en marcha la maquinaria cerebral, decía. Tardaba unos diez minutos en terminar el crucigrama. Tenía el ceño fruncido y el boli en el aire... que de repente se abalanzó sobre el papel.

Talbot pasó otra página. Ah, sí. Aquí había algo interesante.

Debajo de un cotilleo sobre el «sexy» cineasta británico Rodrigo Tipton, se incluía la noticia de que su última película, *Escalera a la luna* —eso no estaba previsto—, iba a proyectarse en el próximo Festival de Cine de Berlín. Tipton, además, estaba a punto de meterse de lleno en la esperadísima versión cinematográfica de la obra de teatro que había tenido un éxito arrollador en Broadway: *El olor de las hojas cuando arden*. Con guion de Janet Headstone y la participación de Stella van Fleet y Dorian Villiers. Yorgos no había perdido ni un minuto. Talbot analizó sus sentimientos, ahora que estaba al corriente de la situación. No sentía nada. Estaba fuera de todo eso, pensó, apartando la revista.

—Más vale que me ponga en marcha —dijo Naomi, levantándose—. ¿Quieres *The Times*? —Se lo pasó—. Tengo claustro: dame fuerzas.

—Mándalos a la mierda, cariño —dijo Talbot.

Naomi se acercó y le dio un beso en la frente.

—¿Estás bien? ¿No te aburres?

—El aburrimiento es un problema que yo nunca tendré.

Al marcharse Naomi, Talbot tuvo que reconocer la intuición de su mujer: estaba un poco aburrido. Había cortado el césped dos veces esa semana. Había jugado al *squash*, se había apuntado a clases de natación y había estado informándose sobre un curso extracurricular de Literatura Comparada para mayores del University College de Londres. Había empezado a leer *À la recherche du temps perdu* quizá por séptima vez. Todas las señales de un hombre con demasiado tiempo libre.

Oyó alejarse el coche de Naomi, se preparó otra taza de té y cogió el periódico con desgana. Tumultos y disturbios callejeros en la Convención Demócrata en Chicago. El Pacto de Varsovia invade Checoslovaquia. «Dios, 1968 —pensó—, qué año, y todavía nos quedan unos cuantos meses». Pasó la página y un titular llamó su atención al momento: «ACTRIZ DE CINE AMERICANA HALLADA MUERTA». ¿Quién sería? ¿Greta Garbo? ¿Lilian Gish? Leyó la noticia:

Burdeos, 27 de agosto de 1968

El cuerpo sin vida de la actriz de cine americana Anny Viklund (*La montaña amarilla*, *La era de Acuario*) se encontró en el interior de un vehículo el pasado jueves, en la localidad de Cap Ferret, cerca de Burdeos. A partir del análisis forense del cadáver, la policía francesa considera posible que el cuerpo llevara cerca de tres semanas allí sin que nadie lo viera. La señorita Viklund (28) había protagonizado recientemente la comedia británica *Escalera a la luna*, y huyó de Inglaterra cuando una investigación conjunta de la División Especial y el FBI intentaba esclarecer sus vínculos con su exmarido, Cornell Weekes, también fugado de la justicia, acusado y declarado culpable de delitos terroristas y conspiración para el asesinato.

El cuerpo sin vida de la señorita Viklund ha sido trasladado a París, donde se le practicará la autopsia.

En esta primera fase de la investigación, la policía francesa declina confirmar la tesis del suicidio. Un portavoz del FBI ha negado cualquier tipo de participación en el seguimiento de la señorita Viklund o cualquier relación con su «trágica» muerte. La policía francesa afirma que se han encontrado signos de violencia y que alguien

entró por la fuerza en el coche de la señorita Viklund. Se busca por tanto activamente a los sospechosos de un posible asesinato.

Talbot dejó el periódico con la sensación de haber recibido una descarga fría, recordando con toda claridad la última vez que estuvo con Anny, en París, en la terraza de aquel café; Anny llevaba una gabardina y una gorra de plato, él le dio fuego... antes de que el patán de su novio le pegara un puñetazo en la cara. Pobre, pobre chica, pensó, conmocionado por la noticia. ¡Qué cosa tan horrible! ¿Qué insinuaban: que la había asesinado el FBI o la CIA? ¿A Anny Viklund? Parecía inconcebible. Las complicadas ramificaciones de *Escalera a la luna* habían llegado muy lejos de Brighton.

Se levantó y salió al jardín por las puertas vidrieras, triste, con las manos en los bolsillos y la inútil pregunta de si podría haber hecho algo distinto, si podría haber cambiado las cosas. No: le pidió que volviera y le prometió toda la asistencia jurídica que pudiera necesitar. No lo consolaba pensar que de haber vuelto seguiría viva. ¿Qué estaría pensando Jacques Soldat? Puede que su absurda y perversa idea de convocar una rueda de prensa hubiera sido la gota que colmó el vaso para la pobre Anny Viklund... Entonces se acordó de Troy Blaze: ¿cuáles serían los daños colaterales para él? ¡Joder, qué puto lío! ¡Horrible e innecesario! No podemos controlar la mayor parte de los aspectos de nuestra vida, pero los que sí podemos controlar, o al menos influir en ellos, tenemos que protegerlos y mimarlos.

Se paró en seco. De repente supo exactamente lo que quería hacer. Una certeza, una convicción firme se apoderó de él, una especie de confianza diferente en su criterio que casi lo sorprendió por su audacia, pues sugería un modo de actuar que el Talbot de un mes antes habría descartado al segundo, tanto por arriesgado como, posiblemente, por indigno. Le extrañaba que fuese la noticia de la muerte de Anny Viklund lo que le hacía tomar la decisión. ¿Qué había en la imagen de soledad desgarradora de Anny muerta en un aparcamiento del suroeste de Francia que aclaraba de repente su visión? Quizá en su breve, desconcertante y atormentada vida, en su desesperado aunque voluntario final, hubiera llegado sin buscarlo a una verdad acerca de su existencia... y por extensión la de todo ser humano.

Talbot comprendía lo que Anny quería decir con ese acto, con ese grito de dolor.

Entró en casa rápidamente, cogió el teléfono y marcó el número de información.

—Hola. ¿Tienen el número de Andamios Hicksmith? En Muswell Hill, en Londres. Sí.

Llamó al número que le habían indicado, y una joven contestó el teléfono con un alegre «Andamios Hicksmith. ¿En qué puedo ayudarle?». Talbot preguntó por el señor Hicksmith, y la chica dijo que estaba fuera de la oficina, trabajando en Chalk Farm. «Tengo un contrato importante para él», mintió Talbot, y al momento le facilitaron la dirección donde podría encontrar a Gary y la cuadrilla.

Fue a Chalk Farm en el Alvis y aparcó en una calle, lejos de la dirección que le habían dado. Se quedó un rato en el coche para tranquilizarse. Era consciente de que, si de verdad llegaba a ocurrir lo que esperaba, su vida secreta dejaría de ser secreta para siempre o al menos por mucho tiempo. Pero era lo mejor. Sería bueno. Era la protección que su vida secreta le había proporcionado hasta el momento lo que le había permitido llegar a Chalk Farm y a Gary Hicksmith. El estudio, la galería, sus fotos, sus modelos, su soledad y el señor Eastman habían servido a sus propósitos. Quería saber quién era en realidad y por fin lo sabía.

Salió del coche y dobló con cautela la esquina que llevaba a Modbury Gardens, con la esperanza de que Gary no lo viese antes de que se sintiera totalmente preparado para el encuentro. Sería decisivo en un sentido o en otro. Tenía que serlo. Y eso era exactamente lo que buscaba.

Resultó que el trabajo consistía en pintar una modesta vivienda adosada. Uno de los «pequeños encargos» con los que Gary dijo que empezaría a ganarse el sustento. Había dos operarios en el segundo piso, rematando la faena, y uno de ellos estaba fijando un cartel de «Andamios Hicksmith» a un tubo alto.

Talbot vio el camión de plataforma aparcado en frente de la casa. Gary estaba sentado en el asiento del pasajero, con la ventanilla bajada, tecleando

números en una calculadora, con el ceño fruncido. Talbot se acercó.

—Hola, Gary —saludó en voz baja.

Gary lo vio y casi consiguió ocultar su sorpresa mayúscula.

—Joder...

—¿Qué tal estás? Veo que estás activo y funcionando.

—¿Qué cojones quieres?

—Quiero pedirte disculpas.

Gary se recostó en el asiento, dejó la calculadora y apoyó el brazo izquierdo en el borde de la ventanilla. Se pasó los dedos de la mano derecha por el pelo.

—Sí, sí. Olvídalo, *Talbot* —acentuó el nombre como si quisiera subrayar una impaciencia recordada—. Es agua pasada.

—Me alegra verte en marcha —Talbot señaló la casa—. «Andamios Hicksmith». Tremendo.

—No ha sido gracias a ti.

—Mucho mejor, ¿no crees? Lo has hecho todo tú solo, sin ayuda de nadie.

Gary se quedó mirando el techo del camión y se permitió una sonrisa triste y un conato de carcajada, entre la risa y el carraspeo.

—Sí. Supongo que eso es importante —se tiró del lóbulo de la oreja, pensando de nuevo, con la mirada perdida, como mirando a través del parabrisas algo que había al final de la calle. Talbot notó que llevaba un par de días sin afeitarse.

—Escucha, Gary —Talbot dio un paso adelante. Ahora estaban más cerca; nadie oiría lo que pudieran decir, pero bajó la voz de todos modos—. Quiero decirte que lo siento muchísimo. Siento muchísimo haberlo interpretado todo mal... ese día, en mi estudio. No sé en qué estaba pensando, qué me pasó. Fue... Fue injusto. Y una idiotez. Necesitaba volver a verte... para decírtelo.

Gary estaba a punto de decir algo, pero Talbot levantó una mano para impedirselo.

—No hace falta que digas nada. No hace falta que respondas. Me basta con oír un simple «mensaje recibido».

Gary frunció el ceño a la vez que hacía una mueca que Talbot ya empezaba a reconocer como un gesto típico en él cuando meditaba en serio una respuesta o un plan. No paraba de dar golpecitos en el volante con los dedos de la mano derecha.

—De acuerdo —asintió—. «Mensaje recibido».

—Y te debo cincuenta libras —dijo Talbot—. Y una copia de la foto, si la quieres. Es muy buena. Eso creo.

Talbot dudó un momento antes de apoyar la mano con delicadeza en el brazo de Gary. Quería tocarlo. Era una prueba. Gary no dio un respingo ni apartó el brazo. Talbot notó en los dedos el calor de la piel de Gary. Apretó ligeramente.

—Acepta mis disculpas, por favor.

—No hay nada que disculpar, Talbot. Está todo olvidado.

Se sonrieron. Talbot sintió una oleada de alivio en estado puro.

—Y, bueno, cincuenta libras son cincuenta libras. Podrían venirme bien —añadió Gary.

—Te las debo. Te las enviaré por correo.

—No, pasaré a buscarlas. Me gustaría ver la foto.

—Muy bien. Estupendo —dijo Talbot, retirando la mano—. Estaré allí el fin de semana. Todo el fin de semana.

—Pasaré el sábado —contestó Gary—. Gracias.

Se despidieron con naturalidad y Talbot dio media vuelta y volvió adonde había dejado aparcado el Alvis. Tenía la extraña sensación de flotar, como si se hubiera vuelto más ligero de repente o estuviera lleno de helio, como un globo, y a la vez hubiera crecido unos centímetros. Una mano se había posado en un brazo. El calor de ese roce —palma sobre brazo— se había percibido. Y el brazo no se había apartado. No era un gran comienzo pero se conformaba con eso. Cerró los ojos y los abrió. Sí, el mundo era el mismo de siempre y él seguía caminando por una calle de Chalk Farm hacia su coche. Era un día fresco y nublado, a finales de agosto de 1968.

«Seguimos en agosto», pensó Elfrida, ¿seguro?, aunque hacía un día fresco y nublado. Había perdido la noción de los días de la semana y ya empezaba a costarle recordar los meses. Una leve tormenta de finales de verano había pasado por el valle la noche anterior, y Elfrida estaba barriendo las hojas caídas con el rastrillo, amontonándolas y partiendo las ramas rotas en trozos del tamaño de la leña, para el invierno y las chimeneas del convento.

Cogió una rama pequeña y seca arrancada de un roble y la rompió enérgicamente en trozos pequeños. Vio que tenía callos en las manos y las uñas cortas y sucias. Disfrutaba estando ocupada, haciendo tareas rutinarias, y se sorprendió pensando si no sería por eso por lo que a Virginia Woolf le gustaba hacer las tareas domésticas. «No pienses en Virginia —se dijo—: esa era tu otra vida, la de Elfrida. Cuando hayas terminado aquí tienes que coger la cortadora y atacar las hierbas y las ortigas del huerto». Cargó la leña en la carretilla y fue a recoger otra rama que se había caído encima del muro de piedra. Un grajo o un cuervo despotricaba con voz ronca; algo le había molestado en alguna parte.

Y entonces oyó un ruido indefinido, como una especie de piar en el aire, y vio que el cielo, por encima de los robles, se llenaba de pájaros veloces como flechas. Vencejos.

Vencejos. De pronto se acordó de una escena de unas vacaciones... ¿Fue en Chipre? ¿En el sur de Francia? ¿En Creta? El caso es que estaba sola, en la piscina del chalet que alquilaron. Reggie y los amigos a los que habían invitado se fueron de excursión, y ella decidió quedarse a trabajar en la revisión de un libro que había prometido entregar. Se acordaba de que era mediodía y hacía calor, de que estaba sentada a la sombra, al lado de la piscina, y había una media luna creciente en el cielo azul, una luna delgada y traslúcida en forma de hoz. La piscina estaba impoluta, tan clara como el

agua mineral. De repente, una bandada de vencejos, un enjambre de vencejos, apareció en el cielo, alborotando con sus gritos estridentes y revoloteando de un lado a otro.

Y entonces, uno a uno, se zambulleron en la piscina para beber. Elfrida los estuvo observando, con asombro y fascinación, mientras, ajenos a su presencia, se inclinaban y caían en picado, casi sin reducir la velocidad, hasta rozar la superficie de la piscina, haciendo un millón de microcálculos para hundir el pico al abatirse sobre el agua. El contacto, que duraba una fracción de segundo, producía una onda. Cuando los pájaros se zambullían para beber, sus voces finas y agudas se interrumpían, y solo se oía la percusión y el rasgueo de las alas al entrar y salir de la piscina, una vez concluida su milagrosa maniobra, su vertiginosa zambullida para beber, antes de virar y perderse una vez más en el cielo vacío y azul.

OceanofPDF.com

Gratitud y reconocimientos

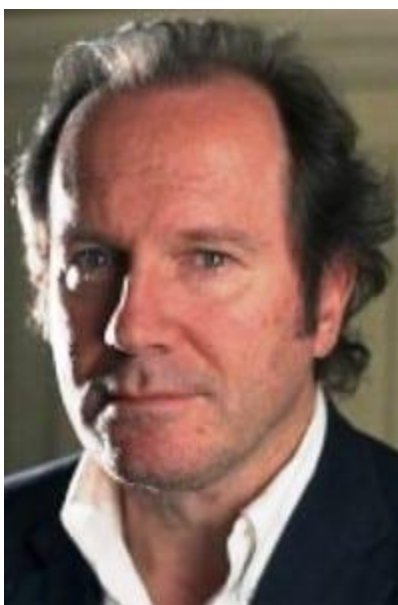
A los cineastas

Scott Meek, Dame Joan Collins, Ashley Luke, Frederic Raphael, Richard Attenborough, Jack Gold, Jim Clark, Luca Mavrocordato, Mark Tarlov, John Fiedler, Frazer Fennell-Ball, Suzi Fennell-Ball, Pat O'Connor y Steve Clark-Hall.

A los favoritos

El doctor David T. Evans, Christopher Hawtree, Gudrun Ingridsdottir, Thomas Mogford, Alison Rea, Theo Fennell, Louise Fennell, Derek Deane, Bruce Frankel, Peter Peterson, Nicholas Maddison.

OceanofPDF.com



Nacido en Ghana en 1952, William Boyd pasó gran parte de su infancia en el oeste de África. Es autor de catorce novelas, entre las que destacan *Un buen hombre en África*, *Como nieve al sol*, *Barras y estrellas*, *Las nuevas confesiones*, *Playa de Brazzaville*, *La tarde azul*, *Armadillo*, *Las aventuras de un hombre cualquiera*, *Sin respiro* y *Solo*, protagonizada por James Bond (todas ellas publicadas por Alfaguara). También ha escrito libros de relatos, un ensayo, una biografía, y guiones para cine y televisión. Ha sido galardonado, entre otros, con los premios Whitbread First Novel; Somerset Maugham; John Llewellyn Rhys; James Tait Black Memorial; Jean Monnet; Costa Novel of the Year, y el Yorkshire Post Novel of the Year. Es miembro de la Real Sociedad de Literatura británica y Oficial de la Orden de las Artes y las Letras francesa. En 2005 fue nombrado Caballero del Imperio Británico. Hoy en día divide su tiempo entre el suroeste de Francia y el barrio londinense de Chelsea.

OceanofPDF.com

Notas

[1] *Hamlet*, acto I, escena I. <<

OceanofPDF.com